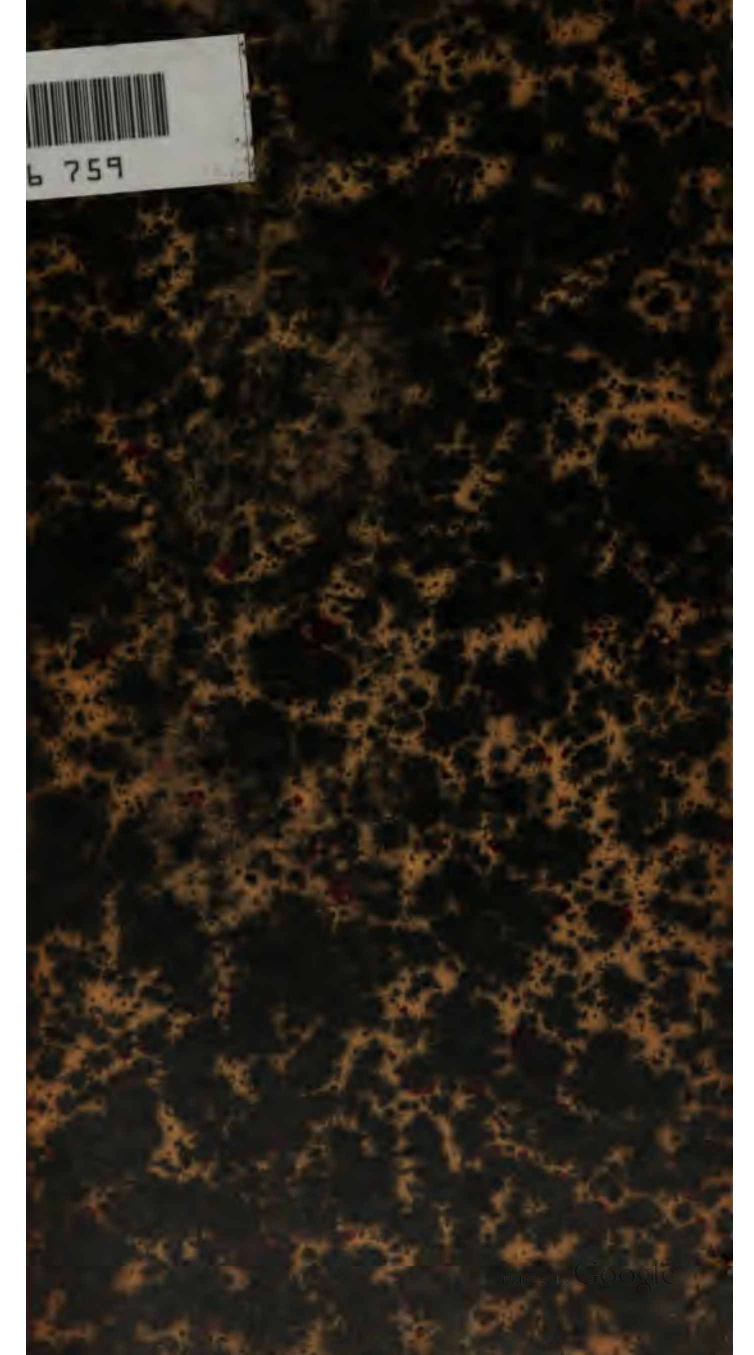
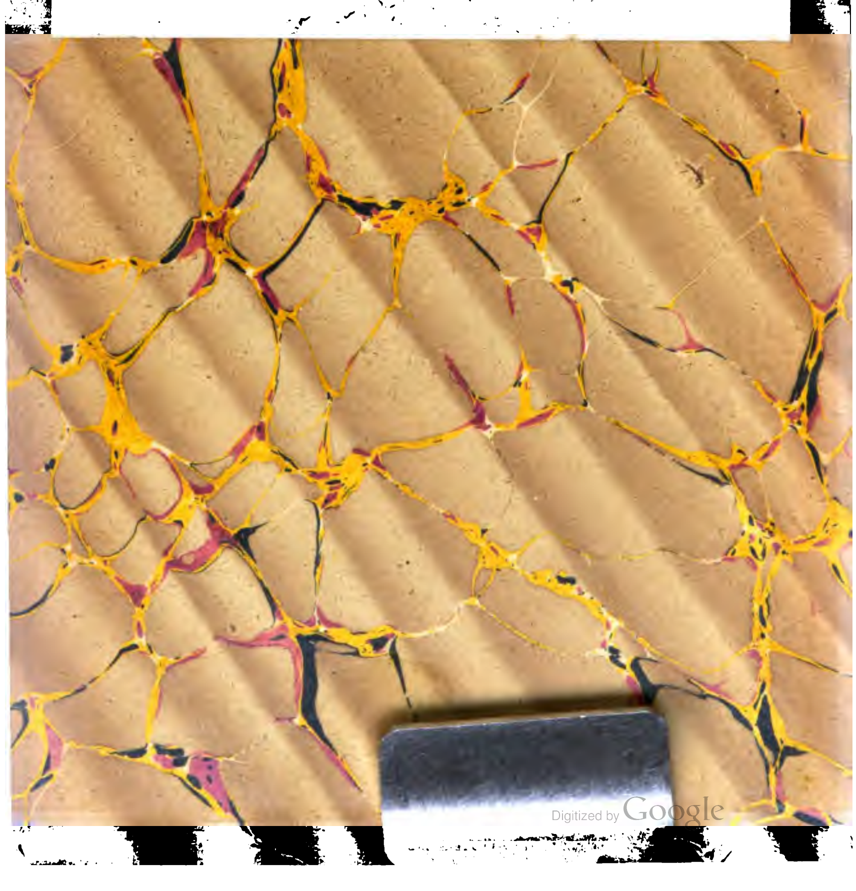
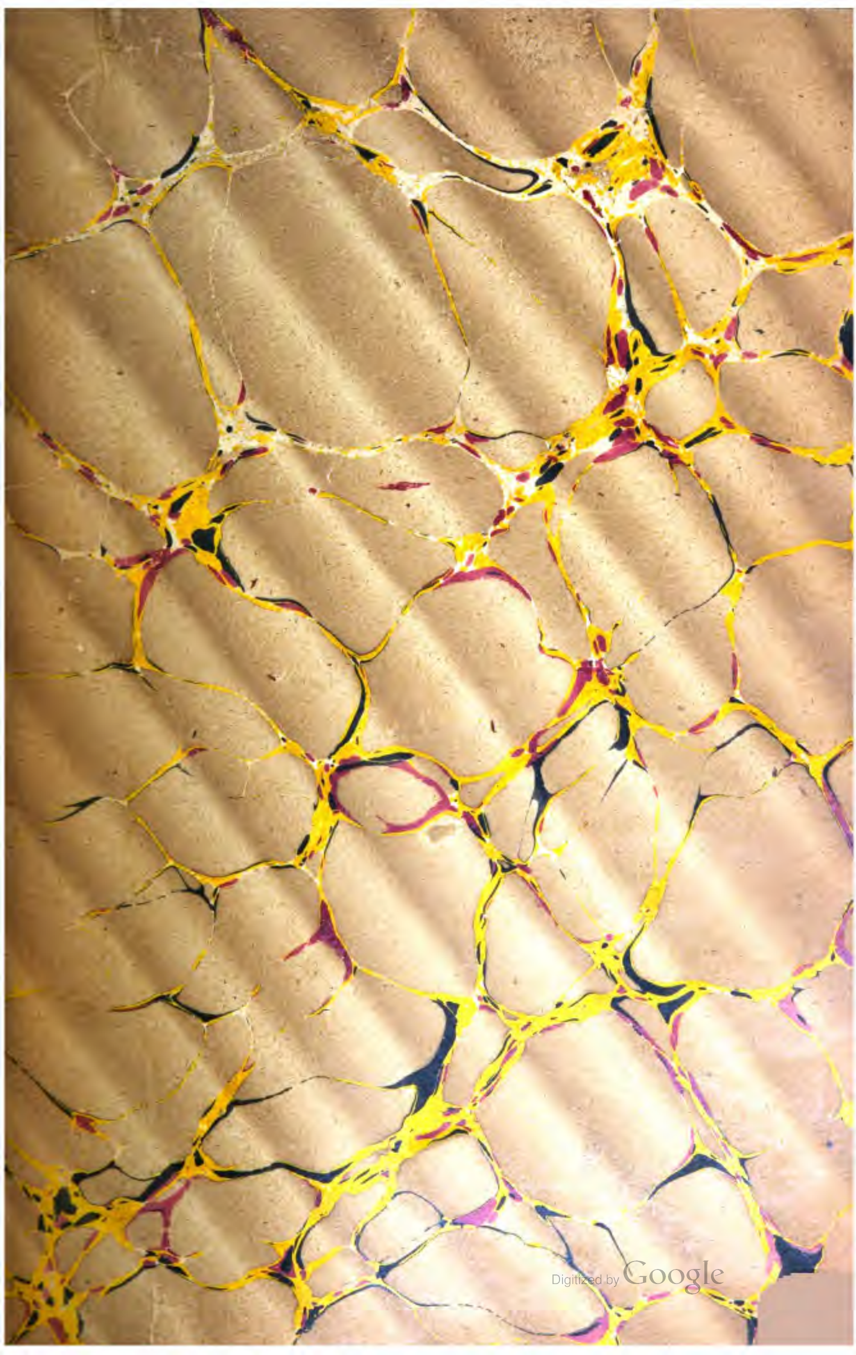

6 759


Digitized by Google



# HISTORIA

## DE LOS

# MUSULMANES ESPAÑOLES.

# HISTORIA

DE LOS

# MUSULMANES ESPAÑOLES

## HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

*Comendador de la órden de Carlos III, académico corresponsal de la de la Historia de Madrid, sòcio extrangero de la Sociedad Asiática de París, profesor de historia en la Universidad de Leiden.*

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR F. DE CASTRO,

Ex-catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla.

TOMO XXX.

SEVILLA.
Administracion
de la Biblioteca Científico-
Literaria, Moro 12.

MADRID.
Libreria de Victoriano
Suarez,
Jacometrezo, 72.

1877.

# LIBRO III.

## EL CALIFATO.

# LIBRO III.

## EL CALIFATO.

### I.

No queriendo interrumpir la historia de la insurreccion de Andalucía, llegamos en el libro precedente al año 932; pero como ahora va á ocuparnos la guerra estrangera es preciso que el lector se retotraiga al principio del reinado de Abderramen II.

La insurreccion de los Españoles y de la aristocracia árabe, no era entónces el único peligro que amenazaba la existencia del Estado; dos potencias vecinas, una reciente y otra ya antigua, la ponían igualmente en peligro: el reino de Leon y el califato africano que una secta siita la de los Ismaelitas acababa de fundar.

De acuerdo en los principios capitales, reconociendo todo el imanato, es decir, que el

gobierno temporal y espiritual de todos los musulmanes pertenecía á la posteridad de Alí, y que el iman es impecable, los Siitas ó partidarios del derecho divino formaban sin embargo, muchas sectas, y lo que los dividía sobre todo era la cuestion de saber cuál de los descendientes del sexto iman, Djafar el Verídico, tenía derecho al imanato. Este Djafar había tenido muchos hijos de los que el mayor se llamaba Ismael y el segundo Muza; pero como el mayor había muerto en vida de su padre, el año de 762, la mayor parte de los Siitas habían reconocido por iman á Muza, despues de la muerte de Djafar. La minoría por el contrario, no quiso sometérsele. Diciendo que Dios mismo había designado, por boca de Djafar, á Ismael por sucesor de este último, y que el Ser Supremo no puede revocar la resolucion que ha tomado una vez, los Ismaelitas (así los llamaban) no reconocían por imanes mas que á Ismael y á sus descendientes. Pero estos no eran ambiciosos. Desanimados por el mal éxito de todas las empresas de los Siitas y no queriendo participar de la suerte de sus antepasados, muertos casi todos prematuramente por el hierro ó el veneno, se ocultaron á los peligrosos y com-

prometedores homenages de sus partidarios y fueron á esconderse en el fondo del Khorasan y del Candahar. (1)

Así abandonada de sus jefes naturales parecía destinada á estinguirse oscuramente la secta de los Ismaelitas cuando un persa audaz y hábil vino á darla direccion y vida nuevas.

En la pátria de este hombre, el Islamismo había hecho poco mas ó menos los mis-progresos que en España. Había recibido bajo sus enseñas un número considerable de prosélitos; pero no había estirpado las otras religiones y el antiguo culto de los magos florecía á su lado. Si los musulmanes hubieran cumplido rigorosamente la ley de Mahoma no hubieran dejado á los Guebros mas que la eleccion entre el Islamismo ó la espada; pues que no poseyendo estos libro sagrado revelado por profeta que aquellos reconocieran como tal, los adoradores del fuego no tenían derecho á ser tolerados. Pero la ley de Mahoma era inaplicable en aquellas circunstancias. Los Guebros eran muy numerosos, y afectos en cuer-

(1) Djowaini, traducccion de M. Defrémery en el «Journ. asiat.,» V. série, t. VIII, p. 363, 364.



po y alma á su religion, rechazaban todo otro culto con inflexible tenacidad ¿había que degollar á todas estas buenas gentes tan solo porque pretendían buscar su salvacion á su manera? Esto era muy cruel y además muy peligroso, pues que hubiera provocado una insurreccion universal. Parte pues por humanidad, parte por cálculo, los musulmanes pasaron por cima de la ley y una vez admitido el principio de tolerancia, permitieron en todas partes á los Guebros el ejercicio público de su culto, de modo que cada ciudad y hasta cada lugar tuvo su pireo. Lo que es mas, el gobierno protegía á los Guebros hasta contra el clero musulman y hacía azotar á los imanes y muezines que intentaban trocar en mezquita los templos del fuego. (1)

Pero si el gobierno era tolerante con los sectarios declarados del antiguo culto, ciudadanos pacíficos que no turbaban la paz del Estado, no lo era ni podía serlo con los falsos musulmanes, que se decian convertidos, y que siendo aun paganos en el fondo de su corazon, trataban de minar sorda-

(1) Chwolsohn, «Die Ssabier und der Ssbismus,» t. I, p. 283-291.

mente el Islamismo, ingiriendo en él sus propias doctrinas. En Persia como en España habian sido numerosas las conversiones aparentes, cuyo verdadero móvil había sido el interés mundano, y estos falsos musulmanes eran generalmente los hombres más inquietos y ambiciosos de la sociedad. Rechazados por la aristocrácia árabe que se mostraba demasiado esclusiva en todas partes, soñaban con la resurreccion de una nacionalidad y de un imperio persas. (1) El gobierno los maltrataba sin piedad; para contenerlos y castigarlos creó el Califa Mahdí hasta un tribunal de Inquisicion que continuó existiendo hasta fines del reinado de Harun-ar-Rachid. (2) Como de ordinario, la persecucion engendró la revuelta. Babec, gefe de la secta de los «khoramia ó libertinos,» como sus enemigos los apellidaban, se levantó en el Adherbaidjan. Durante veinte años (817-837) este Ibn-Hafzun de la Persia, tuvo en jaque á los numerosos ejércitos del Califa, que no llegaron á apoderarse de él sino despues de haber sacrificado doscientos cincuenta mil hombres.

(1) Compárese con el pasage del «Fihrist» citado por M. Chwolsohn, t. I, p. 289.

(2) Weil, t. II, p. 107.

Pero mucho más difícil aun que domar rebeliones á mano armada, èra descubrir y desarraigar las sociedades secretas que la persecusion había hecho nacer y que propagaban en la oscuridad, ora las antiguas doctrinas persas, ora ideas filosóficas más peligrosas todavía, pues en Oriente el choque de muchas religiones había dado por resultado que una multitud de gente, las repudiáran y las menospreciáran todas. «Todos esos pretendidos deberes religiosos, decian, son buenos á lo sumo para el pueblo, pero no son obligatorios en manera alguna para las personas cultas. Todos los profeta no eran sino impostores que aspiraban á la preeminencia sobre los demás hombres.» (1)

Del seno de estas sociedades secretas, salió en el siglo IX el renovador de la secta de los Ismaelitas. Oriundo de una familia persa que profesaba las doctrinas de los sectarios de Bardasanes, que admitían dos dioses, de los que el uno ha creado la luz y èl otro las tinieblas, é hijo de un oculista «espíritu fuerte» que para escapar de las garras de la Inquisicion, de la que habian

(1) Macrizi, en el «Journ. asiat.,» III série, t. II p. 134.

sido víctimas setenta de sus amigos, buscó un asilo en Jerusalen donde enseñaba las ciencias secretas, aunque afectando piedad y un gran celo por las pretensiones de los Siitas. Abdallah-ibn-Maimun llegó á ser bajo la direccion de su padre no solo un hábil prestigiditador y un gran oculista, sino tambien un gran conocedor de todos los sistemas teológicos y filosóficos. Con ayuda de sus prestigios trató primero de hacerse pasar por profeta; pero habiendo tenido mal éxito esta tentativa concibió poco á poco un proyecto mas vasto.

Juntar en un mismo haz á vencidos y á conquistadores; reunir en una misma sociedad secreta en la que hubiera muchos grados de iniciacion á los libre-pensadores, que no veian en la religion mas que un freno para el pueblo, y á los santurrones de todas las sectas, servirse de los creyentes para hacer reinar á los incrédulos y de los conquistadores para destruir el imperio que habian fundado, formarse en fin un partido numeroso, compacto y egercitado en la obediencia, que en el momento oportuno colocara en el trono, si nó á él, á alguno de sus descendientes; tal fué el pensamiento dominante de Abdallah-ibn-Maimun, pen-

samiento estraño y audaz, pero que realizó con asombroso tacto, incomparable destreza y profundo conocimiento del corazon humano.

Los medios que empleó estaban calculados con diabólica picardía. En apariencia era Ismaelita. Como esta secta parecía condenada á desaparecer falta de jefe, le dió nueva vida prometiéndole uno. «Nunca, decía, el mundo ha estado ni estará privado de iman. Si uno es iman, su padre y su abuelo lo han sido ántes de él, y así de seguida, remontándose hasta Adan; el hijo del iman es tambien iman, y su nieto, y así de seguida hasta la consumacion de los siglos. No es posible que el iman muera sino despues que le haya nacido un hijo, que será iman despues de él. Pero el iman no es siempre visible. Unas veces se manifiesta, otras permanece oculto, como el dia y la noche que se siguen el uno á la otra. En la época en que se manifiesta el iman, su doctrina permanece oculta; cuando por el contrario, él permanece oculto, su doctrina se revela y sus misioneros se muestran enmedio de los mortales.» (1) En apoyo de esta

(1) Djowaini en el «Journ. asiat.,» V. série, t. VIII, p. 364, 365.

doctrina citaba Abdallah pasages del Coran. Ella le servía para mantener despiertas las esperanzas de los Ismaelitas, que aceptaran la teoría de que el iman se ocultaba, pero que pronto aparecería para hacer reinar el órden y la justicia sobre la tierra. Con todo, Abdallah en lo profundo de su pensamiento menospreciaba á esta secta, y su pretendida devocion á la familia de Alí no era mas que un medio de realizar sus proyectos. Persa en el fondo de su corazon incluía á Alí, á sus descendientes y á los Árabes en general en el mismo anatema. Conocía muy bien (y en esto no se equivocaba, que si un Alida conseguía fundar un imperio en la Persia, como los Persas lo hubieran deseado, estos no habrian ganado nada en ello, y recomendaba á sus afiliados matar á todos los descendientes de Alí, que cayeran en sus manos. (1) Así no era entre los Siitas entre los que buscaba sus verdaderos mantenedores, sino entre los Guebros, los Maniqueos, los paganos de Harran y los partidarios de la filosofía griega; (2) á estos

---

(1) De Sacy, «Exposé de la religion des Druzes,» Introduction, p. CLXIV.

(2) Véase á Sacy, p. CXLIX-CLIII.

solamente se les podía decir poco á poco la última palabra del misterio, revelándoles que los imanes, las religiones y la moral no eran mas que una pura farsa. Los otros hombres, «los asnos,» como los llamaba Abdallah, no eran capáces de comprender semejantes doctrinas. Sin embargo, para llegar al objeto que se proponía, no desdeñaba en manera alguna su concurso, por el contrario, lo solicitaba, pero teniendo cuidado de no iniciar á las almas creyentes y tímidas, mas que en los primeros grados de su secta. Sus misioneros, á quienes había inculcado que su primer deber era disimular sus verdaderos sentimientos y acomodarse á las de ideas de aquellos á quienes se dirigian, se presentaban bajo mil formas diferentes, y hablaban, por decirlo así á cada uno en diversa lengua. Cautivaban á las masas ignorantes y groseras, por juegos de prestigiditacion que hacian pasar por milagros, ó por discursos enigmáticos, que escitaban su curiosidad. Con los devotos, se revestian con máscara de virtud y de devocion. Místicos con los místicos, les esplicaban el sentido interno de las cosas esteriores, las alegorías y el sentido alegórico de las alegorías mismas. Esplicando las cala-

midades de los tiempos y las vagas esperanzas de un porvenir mejor que todas las sectas alimentaban, prometian á los musulmanes la próxima venida del Mahdí, anunciado por Mahoma, á los Judíos la del Mesías, á los cristianos la del Paracleto. Ellos se dirigian hasta á los Árabes ortodoxos ó sunnitas, los más dificiles de conquistar, porque su religion era la dominante, pero de los que tenian necesidad para ponerse al abrigo de las sospechas y de las persecuciones de la autoridad, y de cuyas riquezas deseaban servirse. Se halagaba primero el orgullo nacional del Árabe, diciéndole que todos los bienes de la tierra pertenecian á su nacion, no habiendo nacido los Persas mas que para la esclavitud, y se trataba de ganar su confianza, haciendo ostentacion de un profundo menosprecio de las riquezas y de una gran piedad; luego, cuando ya la habían obtenido, se les domaba sobrecargándoles de oraciones hasta que llegaban á ser «perinde ac cadáver;» despues de lo cual fácilmente los persuadian á que debía sostener la secta con donativos pecuniarios, y dejarla en sus testamentos todo lo que poseian. (1)

(1) De Sacy, p. CXII-CLVI.

Así multitud de gentes de diversas creencias, trabajaban juntas en una obra cuyo fin solo era conocido de muy pocos. Esta obra avanzaba pero con lentitud. Abdallah sabía que él no vería su perfeccion (1) pero recomendó continuarla, á su hijo Ahmed que le sucedió como gran maestre. Bajo este y sus sucesores, la secta se propagó con rapidéz y lo que sobre todo contribuyó á ello fué que á ella se unieron gran número de individuos de la otra rama de los Siitas. Esta rama como hemos dicho reconocía por imanes á los descendientes de Muza, hijo segundo de Djafar el Verídico; pero cuando el duodécimo, Mohamed, hubo desaparecido, á la edad de doce años, en un subterráneo donde había entrado con su madre (879) y sus partidarios los Duodecimanos, como se les llamaba, dejaron de esperar su reaparicion, fácilmente se afiliaron entre los Ismaelitas que tenían sobre ellos la ventaja de tener un jefe vivo, pronto á darse á conocer cuando las circunstancias lo permitieran.

En 884, un misionero ismaelita Ibn-Hauchab, que ántes había sido Duodecimano,

(1) De Sacy, p. CLXII.

comenzó á predicar públicamente en el Yemen. Hízose dueño de Zaná y envió misioneros á casi todas las provincias del imperio. Dos de ellos fueron á «trabajar;» segun la espresion de los Siitas, el país de los ketamianos en la provincia actual de Constantina y cuando murieron, Ibn-Hauchab los reemplazó con uno de sus discípulos llamado Ibn-Abdallah.

Activo, atrevido elocuente lleno de sutileza y astucia, sabiéndose además acomodarse á la inteligencia limitada de los Berberiscos, era enteramente apropósito para la mision que iba á llenar, bien que todo lleve á creer que no conocía mas que los grados inferiores de la secta, pues aun los misioneros ignoraban á veces su verdadero objeto. (1) Se puso primero á enseñar á los niños de los ketamianos dedicándose á ganarse la confianza de sus huéspedes y cuando se creyó seguro de su obra tiró la máscara, se declaró Siita y precursor de Mahdi, prometiendo á los ketamianos los bienes de este mundo y del otro, si querían tomar las armas por la santa cáusa. Seducidos por los discursos místicos del misio-

(1) Véase á Sacy, p. CXIX.

nero y acaso mas aun, por el cebo del pillaje, los ketamianos se dejaron persuadir fácilmente, y como su tribu era entónces la más numerosa y prepotente y la que había sabido conservar mejor su antigua independencia y espíritu marcial, fueron rapidísimos sus triunfos. Despues de quitarle todas las ciudades al último Príncipe de la dinastía de los Aglabitas que había reinado mas de un siglo, le obligaron á huir de su residencia con tal precipitacion, que no tuvo ni tiempo para llevarse á su querida. Entónces, Abdallah, colocó al Mahdi en el trono. (909) Era el gran maestre de la secta Said, descendiente de Abdalla el oculista, pero que se daba por descendiente de Alí, y se hacía llamar Obaidallah. Hecho Califa el fundador de la dinastía de los Fatimitas, ocultó cuidadosamente sus verdaderas ideas. Acaso hubiera tenido más francos procederes si otro país la Persia por ejemplo, hubiera sido el teatro de su triunfo, pero como debía el trono á una horda semi-bárbara que no entendía de especulaciones filosóficas, fuerza le fué no sólo de disimular, sino contener á los miembros mas avanzados de la secta que comprometían el porvenir con arrojos intempestivos.

(1) Por eso el verdadero carácter de esta secta, no se manifestó á la luz del dia, hasta principio del siglo XI, en que el poder de los Fatimitas, estaba tan sólidamente establecido que no tenían ya nada que temer y que gracias á sus numerosos ejércitos y á sus inmensas riquezas, podían dar al traste aun con sus pretendidos derechos de nacimiento. (2) Al contrario, en su orígen los Ismaelitas, no se distinguieron de las otras sectas musulmanas mas que por su intolerancia y su crueldad. Piadosos y sábios faquíes, fueron azotados, mutilados ó crucificados, porque habian hablado con respeto de los tres primeros califas, (3) olvidado una fórmula siita, ó pronunciado un fetva segun el código de Malic. Se exigía del converti-

---

(1) Véase Arib, t. p. 190.

(2) El califa Moizz, preguntado por las pruebas de su parentesco con el yerno del profeta, respondió con arrogancia, sacando á medias la espada de la vaina: «Esta es mi genealogía.» Luego, derramando á manos llenas monedas de oro sobre los concurrentes, añadió: «Estas son mis pruebas.» Todos prostestaron que esta demostracion les parecía incontestable. «Journ. asiat.,» III, série, t. III, página 167.

(3) Obaidallah hacía maldecir en las oraciones públicas á todos los compañeros de Mahoma á escepcion de Alí y de otros cuatro.

do una sumision á toda prueba. Bajo pena de ser degollado como incrédulo, el marido debía sufrir que se deshonrara á su mujer en presencia suya, y despues de esto estaba obligado á dejarse abofetear y escupir en la cara. Obaidallah, preciso es decirlo en su honor, trató muchas veces de reprimir la cólera brutal de sus soldados, pero rara vez lo conseguía. Sus sectarios, que no querian, segun decian, un Dios invisible, lo deificaban de buen grado, conforme á las ideas de los Persas, que enseñaban la encarnacion de la divinidad en la persona del monarca; pero era á condicion de que les permitiera hacer todo lo que se les antojara. Nada iguala á las crueldades que cometieron estos bárbaros en las ciudades conquistadas. En Barca, su general hizo partir á pedazos y asar á algunos de los habitantes de la ciudad; luego obligó á otros á comer de esta carne, y por último, hizo echar á estos últimos en el fuego. Sumidos en un mudo estupor, y no creyendo en una providencia que ordenara los humanos destinos, los infelices Africanos no ponian sus esperanzas sino más allá de la tumba. «Pues que Dios tolera todo esto, dice un foliculario de la época, (1) es claro

(1) «Apud» Ibn-Adhari, t. I, p. 295.

que á sus ojos este bajo mundo, es demasiado despreciable para que se digne ocuparse de él. Pero llegará el último dia y Dios juzgará!»

Por sus pretensiones á la monarquía universal, los Fatimitas eran peligrosos para todos los estados musulmanes, pero lo eran especialmente para España. Desde temprano habían echado el anzuelo á este rico y bello país. Posesionado apénas de los estados de los Aglabitas, Obaidallah había ya entablado una negociacion con Ibn-Hafzun que le reconoció por soberano. Esta estraña alianza no condujo á nada, pero los Fatimitas no se dejaron desanimar. Sus espías recorrian la península en todas direcciones, bajo pretesto de comerciar y puede formarse una idea de lo que contarían á sus amos leyendo lo que uno de ellos Ibn-Haucal, escribía en la relacion de sus viages. Apénas comienza á hablar de España, se espresa de esta manera: (1) «Lo que mas asombra á los estrangeros que llegan á la provincia esque pertenezca todavía al soberano que reina en ella, porque sus habitantes son gentes sin dignidad y sin talento; son

(1) Man. de Leide, p. 39.

cobardes, montan muy mal á caballo, é incapaces enteramente de defenderse contra buenos soldados, mientras que por otra parte nuestros señores, á quienes Dios bendiga, saben muy bien lo que vale este pais, lo que produce de contribuciones, sus bellezas y sus delicias.

Si los Fatimitas conseguian poner el pié en el territorio andaluz, seguros estaban de encontrar parciales. La idea de la próxima aparicion del Mahdi, se había estendido por España como por todo el resto del mundo musulman. Ya en 901, como mas adelante referirémos, un príncipe de la casa de los Omeyas se había atribuido el papel del Mahdi esperado; y en un libro escrito veinte años ántes de la fundacion del califato Fatimita, (1) se halla una prediccion del célebre teólogo Abdelmelic ibn-Habid (853) segun la cual un descendiente de Fatima había de venir á reinar en España, conquistaría á Constantinopla, (ciudad que se consideraba aun como la metrópoli del cristianismo) mataría á todos los cristianos varones de Córdoba y de las provincias vecinas y vendería á sus mugeres y á sus hijos

(1) «Tarikh, Ibn-Habid,» p. 160.

de manera que se podría comprar un muchacho por un látigo y una muchacha por una espuela. Como sucede de ordinario, era la gente de la clase baja quien mas creía en esta clase de profecías; pero aun en las clases bien educadas y especialmente entre los libres pensadores hubieran quizás encontrado adictos los Fatimitas. La filosofía había penetrado en España en el reinado de Mohamed, quinto Sultan omeya, (1) mas intolerantes, que en el Asia se miraban aquí con malos ojos á los filósofos y los teólogos andaluces que habían hecho el viaje de Oriente, no hablaban sino con santo horror de la tolerancia de los Abásidas y sobre todo de aquellas reuniones de sábios de todas religiones y de todas sectas, donde se disputaba sobre cuestiones metafísicas, echando de lado toda revelacion y en donde los mismos musulmanes ponían á veces en ridículo al Coran. (1) El pueblo detestaba á los filósofos, que trataba de impíos y los quemaba ó los apedreaba de bue-

(1) Véase Homaidi, fól. 47 r. y v. Hé publicado una traduccion de este pasage en el «Journ. asiat.,» V. série, t. II, p. 93. Compárese tambien sobre las reuniones de que se habla en el texto, Abu-'l-mahasin, t. I. p. 420, 421, con Masudi, «apud» Chwolsohn, t. II, p. 622.

no gana. (1) Los libres pensadores tenían, pues, que disimular sus ideas y naturalmente le pesaba esta sujecion. ¿No habian de estar dispuestos á apoyar una dinastía, cuyos principios eran conformes á los suyos? Lícito es creerlo así y los Fatimitas, á lo que parece, no lo juzgaban de otro modo y hasta creemos que, trataron de fundar una lógia en España, á cuyo fin se sirvieron del filósofo Ibn-Masarra. Este Ibn-Masarra, era un panteista de Córdoba que había estudiado principalmente las traducciones de ciertos libros griegos, que los Árabes atribuían á Empédoeles. Obligado á dejar su pátria, porque se le habia acusado de impiedad, se fué á recorrer el Oriente, donde se había familiarizado con las doctrinas de las diferentes sectas y donde parece haberse afiliado á la sociedad secreta de los Ismaelitas. Lo que nos inclina á suponerlo es su manera de conducirse despues de su vuelta á España, pues en lugar de esponer abiertamente sus opiniones, como lo había hecho en su juventud, las ocultaba y ostentaba una grande devocion y una austeridad estrema; habiéndole enseñado los jefes de

(1) Maccari, t. I, p. 136.

la sociedad secreta, nosotros por lo menos así lo creemos, que era preciso atraer y seducir á las gentes con las esterioridades de la ortodoxia y de la piedad. Gracias á la máscara que había tomado y tambien á su arrebatadora elocuencia, supo engañar al vulgo y atraer á sus lecciones gran número de discípulos, que llevaba lentamente y paso á paso de la fé á la duda y de la duda á la incredulidad. Pero no consiguió engañar al clero que justamente alarmado hizo quemar, no al filósofo mismo, (Abderramen III, no lo hubiera permitido) sino á sus libros. (1)

Por lo demás, que Ibn-Masarra fuera ó nó, emisario de los Ismaelitas (porque no existe testimonio positivo sobre este punto) no es menos cierto que, los Fatimitas no descuidaban medio alguno, para formarse un partido en España y que lo consiguie-

---

(1) Véase sobre Ibn-Masarra (883-931) el «Tarikh al-hocama,» («apud» Amari, «Biblioteca Arabo-Sicula,» p. 614, 615), Ibn-Khacan «Matmah,» L. II, c, 11 (este capítulo se encuentra tambien en Maccari, t. II, p. 376) Homaidi, fól. 27 r., y en Ibn-Hazum, «apud» Maccari, t. II, p. 121. El célebre Zobaidi escribió un libro para refutar las opiniones deeste filósofo (Ibn-Khallican, Fasc. VII, p. 61.)

ron hasta cierto punto. (1) Su dominacion hubiera sido sin duda, benéfica para los libre pensadores, pero al mismo tiempo un terrible azote para las masas, y especialmente para los cristianos. Una frase, friamente bárbara, del viajero Ibn-Hocal, muestra lo que estos últimos tenían que esperar de los fanáticos ketamianos. Despues de haber notado que los cristianos, que halló establecidos á millares en gran número de lugares, habían causado muchas veces dificultades al gobierno con sus insurrecciones, Ibn-Hocal, propone un medio muy espeditivo, para evitarlos en adelante, esterminarlos hasta el último. Semejante medida era á los ojos excelente, y la única objecion que se le ocurre es, que se necesitaría mucho tiempo para ejecutarla. ¡No era, despues de todo, mas que una cuestion de tiempo! Como se vé, los ketamianos hubieran realizado á la letra, la prediccion de Abdelmelic ib-Habib.

Hé aquí el peligro que amenazaba á España por parte del Mediodía; al que se ha-

(I) Abderramen III, como referirémos mas adelante, hizo decapitar á un príncipe de su familia á cáusa de sus opiniones siitas.

llaba espuesta por parte del Norte, en dondonde el reino de Leon crecía de dia en dia, era mas grave aun.

Nada más humilde que el orígen de este reino. En el siglo VIII, cuando la provincia que habitaban se había sometido yá á los musulmanes, trescientos hombres mandados por el bravo Pelayo, habian encontrado un refugio en las altas montañas del Este de Asturias. Una gran caverna (la de Covadonga,) les servía de morada. Muy elevada sóbre el suelo (se sube hoy todavía á ella por medio de una especie de escalera de noventa gradas;) está en una enorme roca en el fondo de un valle tortuoso, profundamente surcado por un torrente, y tan estrechamente encerrada entre dos cadenas de rocas escarpadisimas, que apenas un hombre á caballo puede penetrar. (1) Un puñado de bravos, podian pues defenderse fácilmente allí, aun contra fuerzas muy superiores, y esto fué lo que hicieron los Asturianos. Pero su existencia era muy miserable, y habiéndose rendido algunos

(1) Morales que escribía su «Crónica general» en el siglo XVI, trae una descripcion detallada y muy pintoresca de este valle y de esta caverna, (t. III, fól, 3 y 4.)



de sus compañeros y muerto otros por falta de víveres, hubo un momento en que Pelayo no tuvo consigo mas que cuarenta personas, entre las que se contaban diez mugeres que no tenian por alimento mas que la miel que las abejas depositaban en las hendiduras de la roca. Entónces los musulmanes lo dejaron en paz, diciéndose, que despues de todo, una treintena de hombres no era de temer, y que sería trabajo perdido aventurarse por eso en aquel peligroso valle, en que tantos bravos habian encontrado ya una muerte sin gloria. (1) Graçias á este respiro, pudo Pelayo reforzar su banda, y habiéndosele unido muchos fugitivos, volvió á tomar la ofensiva, haciendo incursiones en las tierras de los musulmanes. Para poner término á estas depredaciones el berberisco Munuza, gobernador entónces de Astúrias, envió contra él uno de sus tenientes llamado Alcama. Pero la espedicion de Alcama fué desgraciadísima; sus soldados esperimentaron una terrible derrota, y él mismo fué muerto. El triunfo obtenido por la banda de Pelayo enardeció á los demás Asturianos, que se insurreccionaron, y

(1) Maccari, t. II, p. 9, 10, 671, 672.

entónces, Munuza, que no tenía tropas suficientes para reprimir esta rebelion, y que temía que le cortáran la retirada, abandonó á Gijon, su residencia, tomando el camino de Leon, pero apenas había andado siete leguas, fué atacado de improviso, y cuando llegó á Leon, despues de haber sufrido una pérdida muy considerable, enteramente desanimados sus soldados, rehusaron volver á las ásperas montañas que habian sido testigos de sus infortunios. (1)

Habiendo sacudido así el yugo de la dominacion estranjera, los asturianos vieron poco despues acrecentarse su poder. Hácia el E. confinaba su provincia con el Ducado de Cantabria, que no había sido sometido por los musulmanes, y cuando Alfonso, que reinaba allí, y que se había casado con la hija de Pelayo, ascendió al trono de Astúrias, las fuerzas cristianas se hallaron casi duplicadas. Entónces pensaron, naturalmente en rechazar á los conquistadores más

(1) Los cronistas españoles, que han exagerado mucho la importancia de la victoria obtenida por Pelayo, pretenden tambien que, Munuza fué muerto en la retirada. Se sabe, por el contrario, que este general sobrevivió muchos años á su derrota y que murió en la Cerdaña. Véase Isidoro, c. 58, y compárese con Ibn-Adhari, t. II, p. 27, l. 15.

al Mediodía. Las circunstancias vinieron en su ayuda. Los Berberiscos, que constituian la mayor parte de la poblacion musulmana en casi todo el Norte, abrazaron las doctrinas no-conformistas; se insurreccionaron contra los Árabes y los echaron; pero habiendo ido al Mediodía, fueron batidos á su vez y ojeados como fieras. Diezmados ya por la espada, lo fueron mucho más por la terrible hambre, que á partir del 750 asoló á España durante cinco años consecutivos. La mayor parte resolvió entónces abandonar á España para ir á juntarse con sus contributos, que moraban en la costa de África. Aprovechando esta emigracion los Gallegos se insurreccionaron en masa contra sus opresores, desde el año 751, y reconocieron por rey á Alfonso. Secundados por él, mataron gran número de enemigos, y obligaron á los demás á retirarse á Astorga. El año 753 (1), los Berberiscos tuvieron que retirarse todavía más al Mediodía. Evacuaron á Braga, Porto y Viseo, de modo que toda la costa hasta más allá de la embocadura del Duero, se encontró libre del yugo. Retrocediendo siempre y no pudiendo mantenerse ni en Astórga, ni en Leon, ni en Zamora, ni en Salamanca, se replegaron á

Coria ó quizás á Mérida. Más al E. abandonaron á Saldaña, Simancas, Segovia, Avila, Oca, Miranda del Ebro, Cenicero y Alesanco (ambas en la Rioja). Las principales ciudades fronterizas de los musulmanes, fueron desde entónces de O. á E., Coimbra, sobre el Mondejo, Coria, Talavera y Toledo sobre el Tajo; Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Así la guerra civil y la terrible hambre de 750, libertaron gran parte de España del dominio musulman, que no duró allí mas que unos cuarenta años. Pero Alfonso se aprovechó poco de las ventajas que había obtenido (a) Recorrió el pais abandonado y pasó á cuchillo á los musulmanes, poco numerosos sin duda, que encontró allí; pero no teniendo ni bastantes siervos para cultivar un pais tan estenso, ni bastante dinero para reedificar las fortalezas que los musulmanes habian desmantelado ó destruido ántes de su partida, no pudo pensar en apoderarse de ellas, y se llevó consigo á los indígenas, cuando volvió á sus Estados, no ocupando más que los distritos más cercanos á sus antiguos dominios. Eran estos la Liebana (es decir, el S. O. de la provincia de Santander)

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.





Castilla la Vieja, (llamada entónces Bardulia,) la costa de Galicia, y acaso la ciudad de Leon. Todo lo demás, no fué durante mucho tiempo mas que un desierto que formaba una barrera natural entre los cristianos del Norte y los musulmanes del Mediodía. (1)

Pero lo que Alfonso I no había podido hacer, lo hicieron sus sucesores. Casi siempre en guerra con los Árabes; pusieron su capital en Leon y reedificaron poco á poco las ciudades y fortalezas más importantes. En la segunda mitad del siglo IX, cuando cási todo el Mediodía se había levantado contra el Sultan, adelantaron los límites de su nacion hasta el Duero, donde edificaron cuatro plazas fuertes, Zamora, Simancas, San Esteban de Gormáz y Osma, que formaban una barrera casi infranqueable á los musulmanes, mientras que el vasto pero triste y estéril pais que se estiende entre el Duero y Guadiana, no pertenecía ni á los Leoneses ni á los Árabes; se lo disputaban aun. (2) Por el lado de Poniente, los Leone-

---

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I. p. 126 y sig.

(2) En Ahmed-ibn-Abi-Jacub, que escribía

ses estaban más próximos á, sus enemigos naturales, porque sus fronteras se estendian mas allá del Mondego. (1) Pero pasaban algunas veces estas fronteras. Aprovechando la debilidad del Sultan, hácian atrevidas espediciones hasta más allá del Tajo y del Guadiana, (2) y las tribus, en su mayor parte berberiscas, que moraban entre estos dos rios, podian oponerles tanta menos resistencia, cuanto que las mas veces se hallaban en guerra entre sí. (3) Entónces, era fuerza humillarse ante los cristianos y rescatarse del sàqueo.

Pero la hora de la venganza parecía, en fin, haber sonado para ellos. El año 901 un príncipe de la casa Omeya, Ahmed-ib-Moawia, que se entregaba al estudio de las

---

hácia el año 890, Mérida, (sobre el Guadiana) es una ciudad fronteriza. Véase de Goeje, «Specimen liter. exhibens descriptionem al-Magribi,» p. 16, l. 1-3 del texto árabe.

(1) Véase Mon. Sil. c. 42 al fin, y «Chron. Conimbr,» II.

(2) «Chron. Albeld.,» c. 64. La espresion «castra de Nepza» de que se sirve este cronista, significa los castillos de la tribu bérbere de Nefza, que moraba entre Trugillo y el Guadiana; véase Ibn-Haiyan fól. 99 r. y 101 v.

(3) Ibn-Haiyan, fól. 99 r.

ciencias ocultas, y aspiraba al trono se presentó á los berberes con el Mahdí los incitó á alistarse bajo sus banderas para marchar contra Zamora, ciudad que Alfonso III había hecho reëdificar en 893 por los cristianos de Toledo sus aliados, y que desde entónces era el terror de los Árabes, pues desde allí venian los Cristianos á saquearlos, y allí era tambien donde ponian en salvo su botin, tras siete fosos y siete murallas. (1) El llamamiento de Ahmed tuvo un inmenso éxito. Ignorantes y crédulos y ardiendo además en deseos de tomar la revancha, los Berberes se alistaron en masa con un príncipe que hacía milagros, por lo demás, poco complicados, y que les decía que los muros de todas las ciudades caerían á su vista. En pocos meses reunió el impostor un ejército de sesenta mil hombres. Condújolo al Duero, y habiendo llegado cerca de Zamora, envió al rey Alfonso III, que se hallaba en esta ciudad, una carta fulminante en que le amenazaba con su cólera, si él

---

(5) Véase Ibn-Haiyan fól. 83 r. y compárese con la descripcion de Zamora que hace. Mazudi, (en mis «Recherches,» t. I, p. 181.)

y sus súbditos no abrazaban inmediatamente el Islamismo. Habiendo escuchado la lectura de esta carta, trémulos de indignacion y de ira Alfonso y sus grandes, y queriendo castigar al punto al que la había escrito, montaron á caballo y fueron á atacarlo. La caballería berberisca salió á su encuentro, y como había poca agua en el Duero (era Verano, el mes de Junio) el combate tuvo lugar en el lecho del rio. La suerte de las armas no favoreció á los Leoneses. Los Berberes los derrotaron, y cortándoles la entrada de la ciudad, los empujaron al interior del pais.

Sin embargo, el término de la espedicion, fué muy diverso del que podía presagiarse por este primer combate. El pretendido Mahdí había adquirido un inmenso dominio sobre sus soldados; creyendo indigno de él dar órdenes de viva voz, las daban por signos y obedecian á sus menores gestos con la mayor docilidad; pero cuanto más respeto imponía á los simples soldados, más escitaba contra él la envidia de los gefes, que presentian que si se lograba la espedicion serian suplantados por el supuesto profeta, en cuya mision no creian mucho. Así que, ya habian buscado una ocasion para asesinar-

lo, y no la habian encontrado; pero mientras que perseguian al enemigo, el mas poderoso de ellos, Zalal-ibn-Yaich, jeque de la tribu de Nefza, declaró á sus amigos que habian cometido un gran yerro, batiendo á los Leoneses, y que era preciso enmendarlo ántes que fuera demasiado tarde. No le costó trabajo hacerlos de su opinion, y todos resolvieron embrollar los asuntos del Mahdí. Mandaron, pues, tocar retirada y cuando llegaron á la avanzada, en la ribera derecha del Duero, tomaron los objetos que les pertenecian, diciendo que habian sido batidos, y que el enemigo venía á sus alcances. Hallaron fé sus palabras, tanto mas, cuanto que no traian consigo mas que una parte de sus tropas, no habiendo obedecido las demás sus órdenes ó nó habiéndolas entendido. Un terror pánico se apoderó de los ánimos. Buscando su salvacion en una pronta fuga, gran número de soldados corrieron hácia el Duero, y viendo esto, la guarnicion de Zamora, hizo una salida y acuchilló muchos de ellos, cuando trataban de pasar el rio. Sin embargo, los Leoneses detenidos por el grueso del ejército enemigo, que se hallaba aun en la orilla izquierda, no se hallaron este dia ni el siguiente,

en estado de hacer decisiva la ventaja, que acababan de obtener. Pero la desercion que se hacía cada vez mas general en las tropas del Mahdí, vino en su ayuda. En vano el Mahdí decía, que Dios le había prometido la victoria, no lo creian, y al tercer dia, cuando se vió abandonado de casi todos sus soldados, él mismo perdió toda esperanza, y no queriendo sobrevivir á su deshonra, metió espuelas al caballo, se lanzó enmedio de los enemigos, y encontró la muerte que buscaba. Su cabeza fué clavada en una puerta de Zamora. (1)

El éxito de esta campaña aumentó naturalmente la audacia de los Leoneses. Contando con el apoyo de Toledo, y sobre todo con la cooperacion del rey de Navarra, Sancho el Grande, que acababa de dar á su pais una importancia que no había tenido hasta entónces, miraban, cada vez más, la España musulmana, como una presa que no se les podía escapar. Todos los impulsaba al Mediodía. Pobres, hasta el estremo de que faltos de numerario, permutaban las cosas

---

(1) Ibn-Haiyan, fól. 980.-120. v. Sampiro, c. 14.

unas por otras, (1) y enseñados por sus sacerdotes, á los que eran ciegamente adictos, y á quienes colmaban de regalos, á mirar la guerra contra los infieles como el medio mas seguro de conquistar el cielo, buscaban en la opulenta Andalucía los bienes de este mundo, y los del otro. ¿Escaparía la Andalucía á su dominio? Si sucumbía, la suerte de los Musulmanes iba á ser terrible. Fanáticos y crueles, los Leoneses rara vez daban cuartel; por lo comun cuando tomaban una ciudad pasaban á cuchillo á todos sus habitantes. En cuanto á una tolerancia semejante á la que los Musulmanes concedian á los Cristianos, no había que esperarla de ellos. ¿Qué sería, además de la brillante civilizacion arábiga que se desarrollaba cada vez más, bajo el dominio de aquellos bárbaros, que no sabian leer, que cuando querian medir sus tierras tenian que servirse de sarracenos, (2) y que cuando hablaban de una «biblioteca,» entendian por esto la Sagrada Escritura?

---

(1) Carta en Sota, Escri. 1; otra carta (del año 993) en la «Esp. Sagr.» t. XIX p. 383.

(2) Carta en Berganza, t. I. p. 197, col. 2; l. 6.

Como se vé, la tarea que esperaba á Abderramen II, al principio de su reinado, era hermosa y grande, pues consistía en salvar su pátria y la civilizacion misma; pero era tambien estremadamente difícil. El Príncipe tenía que conquistar sus propios súbditos y rechazar por una parte á los bárbaros del Norte, cuya insolencia había crecido al paso que se debilitaba el imperio musulman, y por otra, á los bárbaros del Mediodía, que en un cerrar de ojos se habian apoderado de un vasto Estado, y que querian hacerse de los Andaluces á poca costa. Abderramen comprendió su mision. Ya hemos visto de qué manera conquistó y pacificó su propio reino; ahora vamos á ver cómo hizo frente á los enemigos esteriores.

---

## II.

Aunque Abderramen III no hubiera tenido intencion de volver sus armas contra los Leoneses, estos le hubiera obligado á ello, porque en el año 914, su rey, el intrépido Ordoño II, comenzó las hostilidades llevando á sangre y fuego el territorio de Mérida. Habiéndose apoderado de la fortaleza de Alanje, pasó á cuchillo á todos los defensores de la plaza, y redujo á esclavitud á sus mujeres y á sus hijos. Entónces, espantados los habitantes de Badajoz, y temerosos de compartir la suerte de sus vecinos, reunieron multitud de objetos preciosos, y con el Príncipe á su cabeza fueron

á suplicarle al rey cristiano que se dignára aceptarlos. Ordoño aceptó, y triunfante y harto de botin, repasó el Tajo y el Duero, y cuando estuvo en Leon de vuelta, dió á la Vírgen una prueba de su gratitud, edificándole una iglesia. (1)

Como los habitantes de los territorios que Ordoño había saqueado, no se le habian sometido aun, Abderramen, si hubiera querido, hubiera podido cerrar los ojos sobre lo que había pasado. Pero no era esta su manera de pensar. Comprendiendo perfectamente que era preciso ganarse los corazones de sus súbditos rebeldes, mostrando que se hallaban en estado de defenderlos, decidió castigar al rey de Leon. A este fin, envió contra él en Julio de 916 un ejército considerable, mandado por ibn-abi-Abda, el antiguo general de su abuelo. La espedicion de ibn-abi-Abda, la primera despues de la que el pretendido Mahdí había emprendido quince años antes no fué, á decir verdad, más que una rázia, pero razia en que los Mu-

(1) Mon. Sil. c. 44, 45; Ibn-Khaldun, fól. 14 v. Hé seguido á este último autor en lo concerniente á la fecha.



sulmanes cogieron gran botin. (1) El año siguiente, Abderramen, instado vivamente por los habitantes de las fronteras, que se quejaban de que los Leoneses habian quemado todos los arrabales de Talavera (sobre el Tajo) dió órden á ibn-Abí-Abda, de salir otra vez á campaña, y sitiar la importante fortaleza de S. Estéban (de Gormaz) que se llamaba tambien Castro-Moro. (2) El ejército era numeroso, y se componía en parte de mercenarios africanos, que Abderramen había hecho venir de Tánger. Así que la espedicion prometía ser feliz. Estrechamente bloqueada, la guarnicion de S. Estéban se vió bien pronto reducida á la última estremidad, y estaba yá á punto de rendirse, cuando Ordoño acudió en su ayuda. Atacó á Ibn-Abdí-Abda. Desgraciadamente para este, su ejército se componía no solo de soldados de Tánger, sino tambien de gran número de habitantes de las fronteras, y no se podía contar ni con la fidelidad ni con la bravura de estos hombres, medio berberiscos, medio españoles, que gritaban mucho cuando los Leoneses iban á

---

(1) Arib, t. II, p. 176; Ibn-Khaldun, fól. 14 v.
(2) Véase Arib, t. II, p. 186, l. 3 y 4.

saquearlos, pretendiendo entónces que el Sultan debía protejerlos, pero que no querian ni defenderse por sí, ni obedecer al monarca. Esta vez todavía se dejaron batir, y su precipitada retirada produjo un espantoso desórden en todas las filas del ejército. Viendo la batalla perdida, el bravo Ibn-Abí-Abda prefirió morir en su puesto á buscar la salvacion en la fuga; muchos de sus soldados que pensaban como él, se pusieron á su lado, y todos sucumbieron sin retroceder, á los golpes de los cristianos.

Al decir de los historiadores árabes, el resto del ejército logró rehacerse y llegó en bastante buen órden á territorio musulman; pero los cronistas cristianos cuentan, por el contrario, que fué tan completa la derrota de los Musulmanes, que desde el Duero hasta Atienza, las colinas, los bosques y los campos estaban cubiertos de cadáveres. (1)

Sin dejarse desanimar, tomó enseguida Abderramen sus medidas para reparar este desastre; pero mientras que hacía preparativos para la nueva campaña, que debía

(1) Arib, t. II, p. 177, 178; Sampiro, c. 17; Mon. Sil. c. 46, 47.



ser al año siguiente, llamaron su atencion los asuntos de África.

Aunque no estuviera aun en guerra contra los Fatimitas, y aunque estos ocupados en la conquista de la Mauritania no le hubieran dado motivo de queja, preveía sin embargo, que una vez terminada esta guerra, volverían, en seguida sus armas contra España. Miraba, pues, como un deber, socorrer á la Mauritania cuanto le fuera posible, y hacer de modo que este pais quedára por decirlo así, como el baluarte de España contra los Fatimitas. Por ótra parte, tenía que evitar ponerse en guerra abierta contra esta dinastía ántes de tiempo, porque mientras no hubiese domado la insurreccion en su propio reino, y obligado á los Cristianos del Norte á pedir la paz, arriesgaba mucho si se esponía á un desembarco de Fatimitas en las costas andaluzas. Todo lo que podía hacer en aquellas circuntancias era animar y ayudar bajo cuerda á los príncipes que quisieran defenderse contra los invasores de su pais.

Ya tuvo ocasion de hacerlo en el año 917, cuando los Fatimitas atacaron al Príncipe de Necur. (1) La familia de este Príncipe, de

(1) Necur es una ciudad del Rif marroquí, á cinco leguas del mar.

orígen árabe, había reinado sobre Necur y su territorio desde la conquista, se había distinguido siempre por su piedad, y desde que dos de sus princesas, hechas prisioneras por los piratas normandos, fueron rescatadas por el Sultan Mohamed, (1) no había dejado nunca de mantener las relaciones mas amistosas con España. Hasta un segundon de esta familia, que como piadoso faquí que era, había hecho cuatro veces la peregrinacion á la Meca, vino á España en el reinado de Abdallah para tomar parte en la guerra santa. Atacado por Ibn-Hafzun despues de su desembarco, llegó solo al campo del Sultan, habiendo sido muertos todos los de su escolta, y él lo fué á su vez, combatiendo contra Daizan, el jeque de la provincia de Todmir.

El Príncipe que reinaba sobre Necur, cuando los Fatimitas llevaron sus armas á la Mauritania, se llamaba Said II. Intimado para que se sometiera, rehusó hacerlo; pero él, ó mas bien, un español que era su poeta laureado, tuvo la imprudencia de juntar el

---

(1) Véanse mis «Recherches,» t. II, p. 285, 293 y 294.

ultraje á la negativa. Conviene saber que, al pié de su intimacion, el Califa habia hecho escribir algunos versos, cuyo sentido era, que si los habitantes de Necur no querían someterse los esterminaría, pero que si obedecían, haría reinar la justicia en su país. El poeta laureado, Ahmas de Toledo, respondió aquellos versos por estos otros:

Tú has mentido, te lo juro por el templo de la Meca! No, tu no sabes practicar la justicia, y jamás el Eterno ha oido de tus lábios palabra sincera, ni piadosa. Tú no eres mas que un hipócrita, un incrédulo, predicando á rústicos mutilas la Sunna, que debe ser la regla de todas nuestras acciones. Nosotros ponemos nuestra ambicion en las cosas grandes y nobles, entre las que la religion de Mahoma ocupa el primer lugar, tú, por el contrario, pones la tuya en las cosas viles y bajas. (1)

Herido en lo vivo, el Califa Obaidallah, envió al punto á Mezzala, gobernador de Tahort, la órden de atacar á Necur. No teniendo ciudadela donde refugiarse, el viejo

(1) Véase lo que he dicho sobre el texto y el sentido de estos versos en los Anales de Gotinga año 1858, p. 1091, 2092, dando cuenta del Ibn-Khaldun, de M. de Slane.

Said II, salió al encuentro del enemigo y lo detuvo tres dias, pero vendido por uno de sus capitanes, murió al fin con casi todos los suyos, en el campo de batalla (917.) Entónces Mezzala, se apoderó de Necur, en donde pasó los hombres á cuchillo, reduciendo á servidumbre las mugeres y los niños.

Avisados por su padre, tres hijos de Said, habían tenido tiempo de embarcarse haciendo vela hácia Málaga. En cuanto llegaron á este puerto, Abderramen dió las órdenes necesarias, para que se les hiciera la mas honrosa acogida y al mismo tiempo les mandó á decir que, si querían ir á Córdoba, tendría mucho gusto en ello, pero que no quería contrariarlos en nada y por consiguiente, que podían permanecer en Málaga, si tal era su voluntad. Los príncipes le respondieron que preferían permanecer lo mas cerca posible del teatro de los acontecimientos, porque esperaban volver muy pronto á su pátria. Esta esperanza no era engañosa. Habiendo vuelto á tomar el camino de Tahort, despues de pasar seis meses en Necur, Mezzala, confió el gobierno de esta ciudad, á un oficial ketamiano, llamado Dhalul. Este fué abandonado por la ma-

yor parte de sus soldados y entónces los príncipes, á quienes sus partidarios tenían al corriente de todo lo que pasaba, equiparon barcos y partieron para Necur, despues de haber convenido entre sí que pertenecería la corona al primero que llegára. Zalih, el mas jóven de los tres, se adelantó á sus hermanos. Los Berberes de la costa lo recibieron con entusiasmo, y habiéndole proclamado emír, marcharon contra Necur, donde mataron á Dhalul y á sus soldados. Dueños del pais, el príncipe Zalih III, se apresuró á escribir á Abderramen, para darle gracias por su acogida y anunciarle su victoria. Al propio tiempo, hizo proclamar la soberanía de este monarca en toda la estension de sus dominios y por su parte Abderramen le envió tiendas, banderas y armas. (1)

Si los negocios de Necur hubieran podido hacer olvidar á Abderramen, que tenía que vengar la derrota de su ejército y la muerte del intrépido Ibn-abi-Abda, cuya cabeza había hecho clavar Ordoño en la muralla de de S. Esteban, al lado de una

(1) Arib, t. I, p. 177, 178; Becri, p, 94-97 ed. de Slane; Ibn-Adhari. t. I, p. 178-183; Ibn-Khaldun, «Hist. des Berbers,» t. I, p. 282-285 del texto.

cabeza de jabalí, (1) los cristianos se tomaron el trabajo de recordarle su deber, por que en la Primavera de 918, Ordoño y su aliado Sancho de Navarra, asolaron las cercanías de Nájera y Tudela, despues de lo cual, Sancho, tomó el arrabal de Valtierra y quemó la mezquita mayor de esta fortaleza. (2) Abderramen confió ahora el mando de su ejército al hadjib Badr y envió á los habitantes de las fronteras órden de reunirse á sus banderas, escitándolos á aprovechar esta ocasion de lavar la deshonra de que se habían cubierto el año precedente. Salieron de Córdoba el 7 de Julio, y cuando llegaron al territorio leonés, atacaron audazmente al ejército enemigo que se había atrincherado en las montañas. Por dos veces, el 13 y el 15 de Agosto, se batalló cerca de un lugar que se llamaba Mutonia, (3) y por dos veces obtuvieron los Musulmanes una brillante victoria. Los Leoneses, como lo atestiguan sus propios cronistas, hubieron de consolarse

(1) Monac. Sil., c. 47.

(2) Arib, t. II, p. 179.

(3) El texto de Arib muestra que esta es la verdadera leccion, pero se ignora la situacion de este lugar.

diciendo con David, que es vária la suerte de las armas. (1)

Habiendo reparado así Abderramen, el deshonor de su derrota, pero no creyendo suficientemente aún humillados á los Leoneses y ardiendo además en deseos de obtener una parte de los laureles que en la guerra contra los infieles, sus generales recogían, tomó el mando de su ejérito á principios de Junio de 920. Una astucia le hizo dueño de Osma. El señor que mandaba en esta plaza, le había hecho las mayores promesas, si quería dejarlo en paz y llevar sus armas á otra parte. Abderramen se aprovechó de la cobardía de este hombre. Fingiendo dar oidos á sus proposiciones, se dirigió hácia el Ebro por el camino de Medinaceli; pero tomando de pronto á la izquierda y encaminándose hácia el Duero, envió delante un cuerpo de caballería, con órden de saquear y asolar los alrededores de Osma. Sorprendida con la súbita aparicion del enemigo la guarnicion de esta ciudad, se apresuró á refugiarse en los bosques y en las sierras, de modo que los Musulmanes entraron en la fortaleza sin combate.

(1) Arib, t. II, p. 179-181; Sampiro, c. 18.



Habiéndola quemado, fuéron á atacar á San Esteban de Gormaz. Allí tampoco encontraron resistencia, habiendo huido la guarnicion en cuanto se acercaron. La fortaleza fué destruida, como tambien el castillo de Alcubilla que se hallaba en sus cercanías. Hecho esto, marcharon los Musulmanes contra Clunia, (a) ciudad muy antigua y de que no quedan mas que ruinas, pero que era importante entónces. Parecía que los Leoneses habian corrido la voz para no resistir en ninguna parte, porque los musulmanes hallaron á Clunia abandonada y destruyeron allí gran parte de las casas y de las iglesias.

Cediendo á las peticiones de los Musulmanes de Tudela, resolvió entónces Abderramen volver sus armas contra Sancho de Navarra. Caminando despacio, á fin de no fatigar mucho á sus tropas, empleó cinco dias en ir de Clunia á Tudela, y habiendo

---

(a) Antigua colonia romana, y convento jurídico, situado en una elevacion que se encuentra á media legua de Coruña del Conde. Es célebre por la prediccion hecha á Galba, fundada en unos versos, que se conservaban en el templo «á fatidica puebla ante ducentos annos pronunciata,» en que le anunciaban el imperio del mundo. (N. del T.)

puesto luego un cuerpo de caballería á las órdenes del Gobernador de Tudela Mohamed-ibn-Lope, le ordenó que fuera á atacar la fortaleza de Carcar, que Sancho había levantado para contener y vejar á los habitantes de Tudela. Los Musulmanes la encontraron abandonada, lo mismo que Calahorra, de donde el mismo Sancho huyó precipitadamente para meterse en Arnedo; pero cuando pasaron el Ebro, Sancho vino á atacar su vanguardia. Empeñado el combate, mostraron los Musulmanes que servian para algo mas que para tomar, saquear y quemar fortalezas indefensas, pues pusieron al enemigo en plena derrota, y lo obligaron á refugiarse en la montaña.

La vanguardia bastó para obtener este feliz resultado, Abderramen que se hallaba en el centro, ignoraba hasta que ella estaba á las manos con el enemigo, las cabezas cortadas que le presentaron, le dieron la noticia.

Batido, y no hallándose en estado de resistir á sus enemigos por sí solo, Sancho pidió y obtuvo la cooperacion de Ordoño. Ambos reyes resolvieron entónces atacar ya la vanguardia, ya la retaguardia del enemigo, segun las circunstancias lo permitie-

ran. Entretanto, los Cristianos que no abandonaban la montaña, se mantenian á los flancos de las columnas musulmanas, que atravesaban los desfiladeros y los valles. Queriendo aterrar á sus adversarios, daban de vez en cuando grandes alaridos, y aprovechando la ventaja del terreno, mataban á veces algunos. El ejército musulman se encontraba evidentemente en una situacion peligrosa; tenía que habérselas con montañeses ágiles é intrépidos que se acordaban muy bien del desastre que sus antepasados habian causado al gran ejército de Carlo-Magno, en el valle de Roncesvalls, y que asechaban la ocasion de tratar á Abderramen de la misma manera. El Sultan no se hace ilusiones sobre el peligro que corría, y cuando hubo llegado al valle, que á cáusa de sus juncos se llamaba la Junquera, (1) dió órden de hacer alto, y desplegar las tiendas. Entónces los Cristianos cometieron una inmensa falta; en lugar de permanecer en las sierras, bajaron al llano y aceptaron audazmente el combate que los Musulmanes les ofrecian. Pagaron su temeridad con una terrible derrota. Los Musulmanes los per-

(1) Entre Estella y Pamplona ó, con mas precision, entre Muez y Salinas de Oro.

siguieron hasta que las sombras de la noche los ocultaron á su vista é hicieron prisioneros muchos de sus jefes, entre los que se contaban dos obispos, Hermogio de Tuy, y Dulcidio de Salamanca, que segun la costumbre de la época se habian ceñido los arneses de la guerra.

Entre tanto, mas de mil cristianos habian hallado asilo en la fortaleza de Muez; Abderramen la cercó, la tomó é hizo cortar la cabeza á todos sus defensores.

Destruyendo fortalezas, y no hallando resistencia en ninguna parte, recorrieron los musulmanes triunfantes á Navarra, y podian vanagloriarse de haberlo quemado todo en el espacio de diez millas cuadradas. El botin que recogieron, sobre todo de víveres, era prodigioso; el trigo se vendía en su campo casi por nada, y no pudiendo llevarse todas las provisiones, se vieron obligados á quemar gran parte.

Triunfante y cubierto de gloria, Abderramen emprendió su retirada el 8 de Setiembre. Llegados á Atienza, licenció á los soldados de la frontera que se habian portado muy bien en la batalla de Val de la Junquera, á los que hizo donativos, y se encamino á Córdoba, á donde llegó el 24 de Se-

tiembre, despues de una ausencia de tres meses. (1)

Abderramen podía lisonjearse con la esperanza de que esta gloriosa campaña quitaría, por mucho tiempo á los cristianos la gana de hacer escursiones á territorio musulman, pero tenía que habérselas con enemigos que no se desanimaban fácilmente. Desde el año 921 (2) Ordoño hizo una nueva razia, y si hemos de creer á los cronistas cristianos, que acaso exageran los triunfos obtenidos por sus compatriotas, el rey de Leon llegó hasta una jornada de Córdoba. (3) Dos años despues, Ordoño tomó á Nájera, (4) mientras que su aliado se hacía dueño de Viguera, de lo que estaba tan orgulloso, que esclamó con el Profeta: «Los hé dispersado y los hé obligado á refugiarse en

(1) Arib, t. II, p. 183-189; Ibn-Khaldum, fól. 13. v, 14 v.; Sampiro, c. 18; Raguel, «Vita vel passio Santi Pelagii, (coleccion de Schot, t. IV. p. 348.)

(2) En este año debió ser en el que debió tener lugar la espedicion de Ordoño, pues dice Sampiro que, al volver á Zamora, halló muerta á su muger y se sabe por otra parte, que la reina murió en el verano de 921; véase «Esp. sagr.» t. XXXVII, página 269.

(3) Sampiro, c. 18.

(4) Sampiro, c. 19.

reinos lejanos y desconocidos.» (1)

La toma de Viguera causó gran consternacion en la España musulmana, pues se refería que todos los defensores de la plaza, entre los que había muchos que pertenecian á las principales familias, habian sido muertos; (2) de modo, que aunque Abderramen no hubiera querido, la opinion pública le hubiera obligado á tomar venganza de este desastre. Pero no tenía necesidad de tales escitaciones. Exasperado y furioso no quiso ni esperar el tiempo en que comenzaban de ordinario las operaciones y el mes de Abril de 924, salió de Córdoba á la cabeza de su ejército, «para ir á vengar á Dios y á la religion, de la raza impura de los infieles,» como se espresa un cronista árabe. El diez de Julio llegó á territorio navarro, pero era tan grande el terror que inspiraba su nombre que á su aproximacion, los enemigos abandonaban sus fortalezas en todas par-

(1) Sancho cita este texto en un privilegio otorgado despues de la toma de Viguera. «Esp. sagr.» t. XXXIII, p. 466.

(2) Este rumor no era enteramente verdadero, pues algunos nobles, aunque pocos lograron salvarse.—Compárese á Arib, t. II, p. 195. con Ibn-Haiyan, fól. 15 r.



tes. Pasó, pues, por Carcar, Peralta, Falces y Carcastillo, saqueando y quemando todo lo que hallaba á su paso y se internó en el país, dirigiéndose hácia la capital. Sancho intentó detenerlo en los desfiladeros, pero fué rechazado cada vez que lo intentó y Abderramen llegó sin obstáculo á Pamplona, donde los habitantes no se atrevieron á esperarlo. Hizo destruir muchas casas de la ciudad, como tambien la catedral, que atraia todos los años gran número de peregrinos. Luego ordenó demoler otra iglesia que Sancho había hecho edificar, con grandes dispendios, en una montaña cercana y por la que tenía gran veneracion, así que hizo esfuerzos inauditos pero inútiles para salvarla. Ni fué mas feliz en adelante. Habiendo recibido refuerzos de Castilla, atacó dos veces al ejército musulman que había vuelto á ponerse en marcha, y por dos veces fué rechazado con pérdidas. Los Musulmanes, por el contrario, perdieron muy pocos soldados en esta gloriosa campaña, que ellos llamaron la de Pamplona. (1)

El rey de Navarra, ántes tan orgulloso,

---

(1) Arib, t. II, p. 196-201; Ibn-Khaldun, fólio 13 v.

estaba ahora humillado y reducido por mucho tiempo á la impotencia. Del lado de Leon, Abderramen no tenía tampoco, por el pronto, nada que temer. El bravo Ordoño II, había muerto antes de que principiase la campaña de Pamplona. (1) Su hermano Fruela II, que le sucedió, no reinó mas que un año, en el cual nada hizo contra los Musulmanes, si no es que suministró algunos refuerzos á Sancho de Navarra. Á su muerte, (925) Sancho y Alfonso, hijos de Ordoño II, se disputaron la corona. Sostenido por Sancho de Navarra, con cuya hija se habia casado, Alfonso cuarto de este nombre, lo consiguió. Pero Sancho, sin desanimarse, reunió un nuevo ejército, y habiéndose hecho coronar en Santiago de Compostela, sitió á Leon, la tomó y quitó el trono á su hermano (926.) Mas adelante, en 928, Alfonso reconquistó la capital con ayuda de los navarros, pero Sancho supo mantenerse en Galicia. (2)

Abderramen no se mezcló en esta larga guerra civil, dejando destruirse á los cristianos entre sí, pues que tal era su volun-

(1) En 311 de la Hegíra, (Arib, t. II, p. 195) y por consiguiente, antes del 9 de Abril de 723.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 154-163

tad, se aprovechó del respiro que le daban para aniquilar casi en todas partes la insurreccion de sus propios Estados, y ahora que ya había alcanzado el objeto de sus deseos, creyó le convenía tomar otro título. Los Omeyas de España se habian contentado hasta aquí con los del Sultan, emir ó hijo de los Califas. Creyendo que este nombre de Califa no pertenecía más que al monarca que tuviera en su poder las dos ciudades santas de la Meca y de Medina, (1) se lo habian dejado á los Abásidas, aunque los consideraran siempre como enemigos. Pero ahora que los Abásidas estaban bajo la tutela de sus mayordomos de palacio, los emires al-omera, y que su autoridad no se estendía mas que sobre Bagdad, y su territorio, habiéndose hecho independientes los gobernadores de las provincias, no había razon para que los Omeyas no tomaran un calificativo, que necesitaban para imponer respeto á sus súbditos, y sobre todo á las colonias africanas. Abderramen ordenó, pues, en el año 929 que desde el viernes 16 de Enero se le dieran en las oraciones y actos públicos, los títulos de Califa, de Príncipe

(1) Ibn-Khordadbeh, man. de Oxford, p. 90.

de los Creyentes, y defensor de la fé: (an-nacir lidini'llah.) (1)

Al mismo tiempo fijó toda su atencion en el África. Entabló una negociacion con Mohamed ibn-Khazar, jeque de la tribu bérbere de Maghalawa, que ya había puesto en fuga á las tropas de los Fatimitas, y muerto á su general Mezzala con su propia mano. Hecha la alianza, Mohamed ibn-Khazer, espulsó á los Fatmitas del Maghreb central (es decir en las actuales provincias de Argel y de Orán) é hizo reconocer en este pais la soberanía del monarca español. Este consiguió separar tambien del partido de los Fatimitas al valiente gefe de los Micnesa Ibn-abí-'l-Afia, que había sido su más sólido apoyo hasta entónces, y conociendo le era necesaria tener una fortaleza en la costa africana, se hizo ceder á Céuta. (931.)

Los cristianos del Norte parecían haberse propuesto dejar al Califa el tiempo necesario, para que pudiera consagrarse por entero á los negocios de África. Habiendo concluido la primera guerra civil, con la muerte de Sancho en 929, comenzaron otra

---

(1) Arib, t. II, p. 211, 212; Ibn-Adhari, t. II, p. 162.

en 931. En este año, Alfonso IV, afligido por la muerte de su esposa (1), abdicó la corona en su hermano Ramiro II, y tomó el hábito en el monasterio de Sahagun, pero poco despues conociendo que, no habia sido hecho, para la monotonía de la vida monástica, abandonó el claustro y se hizo proclamar rey en Simancas. Esto era á los ojos de los sacerdotes un escándalo inaudito; así que le amenazaron con los tormentos del infierno si no volvía á tomar el hábito monástico. Hízolo al fin, pero de carácter débil y tornadizo, se arrepintió de nuevo y ahorcó los hábitos por segunda vez. Aprovechándose de la ausencia de Ramiro II, que había ido á socorrer á Toledo, (2) embestida entónces por las tropas del Califa, se presentó frente á Leon y se apoderó de la ciudad. Vuelve Ramiro á toda prisa, asalta á Leon á su vez y se apodera de ella; y queriendo poner á su hermano en estado de que en adelante no pudiera disputarle la corona, le hizo sacar los ojos, así como á sus tres primos hermanos, los hijos de

---

(1) Véase «Esp. Sagr.,» t. XXXIV, p. 241.

(2) Compárese con Arib, t. II, p. 220.

Fruela II, que habían tomado parte en esta rebelion (932.) (1)

Todo cambió entónces de aspecto para Abderramen. Ya habia pasado el tiempo en que no tenía que preocuparse del reino de Leon. Tan belicoso como valiente, Ramiro profesaba á los Musulmanes un ódio feróz é implacable. Su primer cuidado fué socorrer á Toledo, altiva república, única en la España musulmana que desafiaba aun las armas del Califa y que había sido hasta entónces fiel aliada y escudo del reino de Leon. Salió pues, á campaña y como Madrid se hallaba de camino, atacó á esta ciudad y la tomó. (2) Sin embargo, no consiguió salvar á Toledo. Habiendo salido á su encuentro una parte del ejército que sitiaba esta ciudad, se vió obligado á volver piés atrás, dejando abandonada á Toledo á su suerte. (3) Perdida así su última esperanza, la ciudad, como ya hemos visto, en el libro precedente, no tardó en rendirse. Más feliz fué Ramiro en el siguiente año (933.) Informado por el conde de Castilla, Fernan Gonzalez de que el ejército musulman ame-

(1) Véanse mis «Recherches,» t. IX, p. 164-166.
(2) Sampiro, c. 22.
(3) Arib, t. II, p. 222.

nazaba á Osma, salió al encuentro del enemigo y lo derrotó. (1) Abderramen tomó la revancha en 934. Hubiera querido que los llanos de Osma, que antes fueron testigos de su derrota, lo fueran ahora de su victoria, pero en vano trató de hacer salir á Ramiro de la fortaleza; el rey de Leon no juzgó prudente aceptar la batalla que los Musulmanes le ofrecían. Habiendo dejado entónces, un cuerpo delante de Osma, continuó Abderramen su marcha hácia el Norte. Por el camino cometieron algunas crueldades, sobre todo los regimientos africanos, que en país enemigo nada respetaban. Cerca de Búrgos degollaron á todos los monjes de San Pedro de Cardeña en número de doscientos. (2) Burgos, la capital de Castilla fué destruida y gran número de fortalezas tuvieron la misma suerte. (3)

Sin embargo, algun tiempo despues, tomaron los asuntos del Norte un aspecto amenazador. Formóse una liga formidable contra el Califa, de la que fué el mas ardiente promovedor, el gobernador de Zaragoza Mohamed ibn-Hachim el Todjibita.

---

(1) Sampiro, c. 22.
(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 166-170.
(3) Ibn-Khaldun, fól. 15 r.

Los Beni-Hachim que habitaban en Aragon desde el tiempo de la conquista, habian hecho útiles servicios al sultan Mohamed, cuando los Beni-Casi eran todavía omnipotentes en la provincia y hacía cuarenta años que la dignidad de gobernador ó virey de la frontera superior era hereditaria en su familia. Era casi la única á quien Abderramen, que había quitado toda la influencia á la nobleza árabe, dejó su lustre y alta posicion.

Sin embargo, Mohamed-ibn-Hachim no estaba satisfecho del Califa, y sea que tuviera empeño de vengar las injurias de su casta, sea que no viera en la benevolencia de Abderramen para con él, mas que un cálculo dictado por el miedo, sea en fin que soñaba un trono para él y sus hijos, se puso á negociar con el rey de Leon, y le prometió reconocerlo por señor, si le ayudaba contra el Califa. Ramiro dió oidos á sus proposiciones y durante la campaña de 934, Mohamed se declaró en abierta rebelion, rehusando unirse al ejército musulman. Tres años mas tarde reconoció el señorío de Ramiro. Algunos generales rehusaron seguirle en la vía de la traicion y rompieron con él; pero Ramiro llegó entónces con tropas,

sitió y tomó las fortalezas que aun se mantenían por el Califa y las entregó á Mohamed. Hecho esto, Ramiro y Mohamed hicieron alianza con Navarra donde reinaba entónces García, bajo la tutela de su madre Tota, viuda de Sancho el Grande.

Así todo el Norte estaba aliado contra el Califa. El peligro que ántes parecía conjurado, renacía; pero el Califa le hizo frente con su energía habitual.

Habiéndose puesto á la cabeza del ejército en el año 937, marchó contra Calatayud, donde gobernaba Motarrif, pariente de Mohamed, y cuya guarnicion se componía en parte de cristianos de Álava, enviados por Ramiro. Motarrif fué muerto en la primera escaramuza. Sucedióle su hermano Haquem, pero habiéndose visto obligado á evacuar la ciudad y á refugiarse en la ciudadela, abrió tratos y, estipulando una amnistía para él y para sus soldados musulmanes, la entregó al Califa. Los alaveses que no estaban comprendidos en la capitulacion fueron pasados á cuchillo. (1)

Despues de este primer triunfo, Abder-

(1) Véanse las citas en mis «Recherches, t. I, p. 232, 233.

ramen se apoderó de unos treinta castillos y volvió sus armas, ya contra Navarra, ya contra Zaragoza. Hizo sitiar esta ciudad por un príncipe de la sangre, el general en jefe de la caballería Ahmed ibn-Ishac, á quien acababa de conferir el título de gobernador de la frontera superior, pero no tardó en darle este general graves motivos de queja.

Aunque hubieran llevado en Sevilla una vida pobre y oscura, hubieran contraido alianzas desiguales y no hubiera entre ellos mas que un lejano parentesco, no se había avergonzado Abderramen de reconocer á los Beni-Ishac como miembros de su familia, colmándolos de favores. Sin embargo, no estaban todavía contentos con su posicion. Su ambicion no tenía límites; Ahmed, jefe entónces de la familia, pretendía nada menos que ser nombrado heredero presunto de la corona y mientras que conducía el sitio de Zaragoza, con una cobardía y una lentitud que indignaban é irritaban al Califa, tuvo la audacia de escribirle presentándole esta peticion. De tal modo incomodó al Califa esta insolencia, que le respondió colérico en estos términos:

«No queriendo mas que darte gusto, te

hemos tratado hasta aquí con estrema benevolencia, pero acabamos de convencernos de que es imposible cambiar tu carácter. Lo que te conviene es la pobreza, porque no habiendo conocido ántes la riqueza, te has llenado de un orgullo insoportable. ¿No era tu padre uno de los últimos caballeros de Ibn-Haddjadj y has olvidado ya que tú mismo no eras en Sevilla mas que un tratante en asnos? Nosotros hemos tomado bajo nuestra proteccion á tu familia desde que la imploró, la hemos socorrido, la hemos hecho rica y poderosa, conferimos á tu difunto padre la dignidad de visir, (1) y á tí mismo la de general de nuestra caballería y gobernador de la mayor de nuestras provincias fronterizas. Y tú has despreciado nuestras órdenes, y no has tomado á pecho nuestros intereses y para colmar la medida, pides ahora que te nombremos nuestro heredero, ¿qué méritos, ni qué títulos de nobleza tienes, cuando á tí y á tu familia se pueden aplicar estos conocidos versos?

Vosotros sois hombres salidos de la nada, y el lino no puede compararse con la seda. Si sois Coreixitas como decís, tomad vues-

(1) En 915 ó en el año siguiente. Arib, t. II, p. 175,

tras mugeres en esta ilustre tribu, pero si no sois mas que Coptos, vuestras pretensiones son ridículas.

«Tu madre no era la hechicera Hamduna? ¿Tu padre no era un soldado raso, raso? ¿Tu abuelo no era portero en casa de Hanthara ibn-Abbas? ¿No hacía sogas y manteca en el pórtico de su señor?.... ¡Malditos sean, tú y todos los que me han engañado aconsejándome que te tomára á mi servicio! ¡Infame, leproso, hijo de un perro y de una perra, ven á humillarte á nuestros piés!»

Habiendo sido depuesto de la manera más infamante, Ahmed, secundado por su hermano Omeya se puso á conspirar. El Califa descubrió sus intrigas, y lo desterró. Entónces Omeya se apoderó de Santarén, donde levantó el estandarte de la rebelion, y se puso en relaciones con el rey de Leon, al que hizo importantes servicios, indicándole, los lugares por donde el imperio musulman podía ser mas fácilmente atacado; mas habiendo salido un dia de la ciudad, uno de sus oficiales restableció allí la autoridad del soberano. Omeya se fué entónces con Ramiro. Su hermano continuó intrigan-

do y conspirando con infatigable ardor, había formado el proyecto de entregar España á los Fatimitas y se había puesto en relaciones con su córte. Abderramen lo descubrió, lo mandó prender como Siita y ejecutar. (1)

Entretanto, el Califa triunfaba en el Norte. Mohamed, sitiado en Zaragoza, capituló y como era, despues del monarca, el hombre mas poderoso y considerado del Estado, Abderramen juzgó prudente perdonarlo y dejarlo en su puesto. Por su parte, la reina Tota, despues de haber sufrido revés sobre revés, fué á pedir gracia al Califa y le reconoció como Señor de Navarra, (2) de suerte que escepto el reino de Leon y una parte de Cataluña, toda España se había humillado delante de Abderramen.

---

(1) Ibn-Khaldun, fól. 13 r.; «Akhbar madjmua,» fól. 114 r. y v.; Masudi, en mis «Recherches,» t. I, p. 182.

(2) Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I, apéndice n. XI y man. fól, 15 r. 1. 15 y 16.

## III.

Los veintisiete primeros años del reinado de Abderramen III, no habian sido mas que una série contínua de triunfos, pero la fortuna es caprichosa y ya había llegado el tiempo de los reveses.

Un importante cambio se había verificado en el reino. La nobleza que ántes lo era todo, ya no era nada; el poder real la había anonadado. Abderramen la detestaba; no comprendía que un monarca pudiera dejar una cierta influencia y cierto poder á los grandes. «Convengo de buena gana, dijo un dia al embajador que Oton I le había enviado, en que vuestro rey es un príncipe prudente y hábil, pero hay en su política una cosa que no me agrada; en lugar de concentrar

en sus manos toda la autoridad, deja una parte á sus vasallos. Hasta les abandona sus provincias, creyendo así hacerlos adictos. Es una gran falta. La condescendencia con los grandes no conduce más que á alimentar su orgullo y sus inclinaciones á la rebeldía.» (1)

No cayó el Califa seguramente en la falta que censuraba al rey de Alemania, pero cayó en otra no ménos grave: no cuidó bastante de la susceptibilidad de los grandes. Gobernando por sí mismo, (desde 632 no tuvo mas hadjib ó primer ministro) (2) dió casi todos los empleos á hombres de baja estraccion, á libertos, á estranjeros, á esclavos, en fin, á hombres que dependian enteramente de él, y que eran instrumentos dóciles y flexibles en sus manos. Estos, á quienes se daba el nombre de eslavos, gozaban enteramente de su confianza, y en su reinado comienza la influencia de este cuerpo, destinado á representar un papel importante en la España árabe, y acerca del que debemos dar aquí algunos detalles.

Al principio, el nombre de eslavos se apli-

(1) Vita «Johannis Gorziensis, c. 136.
(2) Ibn-al-Abbar, p. 124, l. 8 y 9.

caba á los prisioneros que los pueblos germánicos hacian en sus guerras, contra las naciones así llamadas, y que vendian á los sarracenos españoles; (1) pero con el trascurso del tiempo, cuando se comenzaron á comprender bajo el nombre de eslavos una multitud de pueblos que pertenecian á otras razas, (2) se dió este nombre á todos los extrangeros que servian en el haren ó en el ejército, cualquiera que fuese su orígen. Segun el preciso testimonio de un viagero árabe del siglo X, los eslavos que tenía á su servicio el Califa español, eran gallegos, francos, (franceses y alemanes), lombardos, calabreses y procèdentes de la costa septentrional del Mar Negro. (3) Algunos habian sido hecho prisioneros por los piratas andaluces, otros habian sido comprados en los pueblos de Italia, porque los judíos, especulando con la miseria de los pueblos, compraban niños de uno y otro sexo y los llevaban á los puertos de mar, donde naves

---

(1) Maccari, t. I, p. 92.

(2) Véase Ibn-Haucal, man. de Leiden, p. 39. Los cronistas cordobeses dan á Oton I. el titulo de «rey de los eslavos;» véase Ibn-Adhari. t. II, p. 234. Maccari, t. I, p. 235.

(3) Ibn-Haucal p. 39.

griegas y venecianas iban á buscarlos, para llevárselos á los sarracenos. Otros, esto es, los eunucos destinados al servicio del harén, llegaban de Francia, donde había grandes manufacturas de eunucos, dirigidas por judíos. Era muy famosa la de Verdun (1) y había otras en el Mediodía, (2)

Como la mayor parte de estos cautivos eran todavía pequeños cuando llegaban á España, adoptaban fácilmente la religion, la lengua y las costumbres de sus señores. Muchos de ellos recibian una educacion esmerada, de suerte, que mas adelante gustaban de reunir bibliotecas y componer versos. Tan numerosos eran estos eslavos literatos que uno de ellos, un tal Habib, pudo consagrar un libro entero á sus poesías y á sus aventuras. (3)

Siempre habian sido numerosos los eslavos en la córte y en el ejército de los emires de Córdoba, pero nunca lo fueron tanto como en tiempo de Abderramen III. Su número se elevaba entónces á 3750, segun

(1) Luipandro «Antapodosis,» L. VI, c. 6.

(2) Ibn-Haucal, p. 39; Macari, t. I, p. 92. Compárese con Reinand, «Invasions des Sarrasins en France,» p. 233 y sig.

(3) Maccari, t. II, p. 57.

unos, á 6087 segun otros, y hay quien lo hace subir á 13750. (1) Acaso se refieren estas cifras á épocas distintas del reinado de Abderramen, pues se sabe que este Príncipe aumentaba sin cesar el número de sus eslavos. Esclavos ellos, tenian sin embargo otros esclavos á su servicio, y poseian tierras muy estensas. Abderramen, los invistió con las mas importantes funciones militaros y civiles, y, en su ódio hácia la aristocracia, obligó á las gentes de alta alcurnia, que contaban entre sus ascendientes los héroes del desierto, á humillarse ante estos advenedizos á quienes despreciaban soberanamente.

Estaban, pues, los nobles muy descontentos del Califa, cuando este concibió el proyecto de hacer contra el rey de Leon una espedicion mucho mas importante que las anteriores. Hizo para este fin inmensos gastos, llamó á sus banderas cien mil hombres, y como estaba seguro de obtener una victoria famosa y decisiva, dió de antemano á la espedicion el nombre de «campaña del poder supremo.» Desgraciadamente para él, nombró á Nadjda, un eslavo, general en

(1) Maccari, t. I, p. 372, 373.

gefe del ejército. Esta eleccion puso el colmo á la irritacion de los oficiales árabes, que juraron en su ira, que el Califa había de espiar con una vergonzosa derrota su menosprecio de la antigua nobleza.

En el año 939 salió á campaña el ejército tomando el camino de Simancas. Ramiro II, y Tota, la regente de Navarra, su aliada vinieron á su encuentro, y el 5 de Agosto, se empeñó el combate. Los oficiales árabes se dejaron vencer y se retiraron, pero aconteció lo que probablemente no habian previsto. Los Leoneses persiguieron á los Musulmanes. Llegados estos cerca de la ciudad de Alhandega, en las orillas del Tórmes, al Sud de Salamanca, se rehicieron é hicieron frente al enemigo, pero fueron completamente derrotados, y el mismo Califa, á duras penas, pudo escapar de la espada de los cristianos. Desde Alhandega ya no fueron en retirada, sino en derrota. Sin órden, sin disciplina, se abandonaban las filas, se gritaba «¡sálvese quien pueda!» Peones y caballeros iban mezclados; soldados y oficiales sembraban el camino; regimientos enteros desaparecian.

La completa y brillante victoria obtenida por Ramiro tuvo éco en todas partes. Se ha-

bló de ella en el interior de Alemania y en los paises mas apartados del Oriente, pero con muy diferentes sentimientos. Aquí, se regocijaban; allí, se afligian; unos veian en ella prenda segura del triunfo de su fé; otros una cáusa de sérios temores.

El mismo Califa estaba muy abatido. Su general Nadjda había sido muerto; (1) el virrey de Zaragoza, que había sido hecho prisionero en la primera batalla, la de Simancas, gemía en un calabozo de Leon; (2) su ejército había sido aniquilado, y en fin, él mismo no había escapado sino por milagro, á la cautividad ó á la muerte, y durante su fuga no tenía á su alrededor mas que cuarenta y nueve hombres. Todo esto hizo tal impresion en su ánimo, que no volvió á acompañar más á su ejército en campaña. (3)

Felizmente para el Califa, una guerra civil que estalló entre los cristianos, impidió á

---

(1) Por lo menos en adelante no vuelve á hablarse de él.

(2) El Califa hizo todo lo que pudo para rescatarlo, pero Mohamed no recobró la libertad hasta al cabo de dos años.

(3) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 171-186.

Ramiro aprovecharse de la ventaja conseguida.

Castilla aspiraba á separarse del reino de Leon. Ya en el reinado de Ordoño II, padre de Ramiro, se puso en abierta rebeldía. El rey dijo entónces, que para terminar amigablemente las diferencias, celebraría una junta (1) en Tejiara ó Teliara en las orillas del Carrion, rio que separaba á Leon de Castilla, é invitó á que asistieran á los cuatro condes. Fueron, pero el rey los hizo prender y decapitar. Los Leoneses, aunque confesando, que era algo irregular esta manera de administrar justicia, admiraban la prudencia del rey, (2) pero los Castellanos pensaban de otro modo. Privados de sus gefes, quedaron por el momento reducidos á la impotencia, pero deseaban con toda su alma tener á su cabeza un hombre que los vengara de los pérfidos leoneses.

Esta hora tan impacientemente esperada,

---

(1) En Sampiro, (c. 19) debe leerse «placitum» en lugar de «Palatium,» como se encuentra en la edicion de Florez. La verdadera leccion se encuentra en el man. de Leiden, (en Vossio n.° 91) Lucas de Tuy, (p. 92) emplea la palabra «juncta» (hoy «junta» en español) que es casi equivalente á «placitum,» cf. «Esp. Sag.» t. XIX, p. 383, med.

(2) Véase Sampiro, c. 19.

iba á sonar. Castilla iba á encontrar un vengador en el conde Fernan Gonzalez, que ha llegado á ser uno de los héroes favoritos de los poetas de la Edad Media y cuyo nombre pronuncian todavía hoy los Castellanos con profundo respeto.

Mientras que los terribles ejércitos de Abderramen II, quemaban sus monasterios, sus fortalezas y hasta su capital, Fernando, el «excelente conde» como lo apellidaban, (1) no había podido pensar en libertar á su pátria, pero ahora que ya no había nada que témer por parte de los Árabes, creyó llegado el momento de cumplir una empresa que consideraba como suya. Declaró la guerra al rey. (2) De ella se aprovechó el Califa para reorganizar su ejército y en el mes de Noviembre del año 949, estuvo ya en estado de hacer asolar las fronteras de Leon por el gobernador de Badajoz, (3) Ahmed ibn-Yila. (4)

Hácia la misma época, la fortuna parecía

---

(1) «Egregius comes.» Véase Berganza, t. I. p. 215.

(2) Sampiro, c. 23.

(3) Véase Ibn-al-Abbar, p. 140.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 226.

querer indemnizarle en África del desastre de España.

Hasta allí, Abderramen había logrado sin duda felices sucesos en África, pero la medalla tambien había tenido su reverso. De tiempo en tiempo, sus vasallos se habían dejado batir, las tentativas que habian hecho para unificar sus operaciones, no habían sido siempre venturosas; en fin, algunas veces no había logrado siquiera impedir que pelearan entre sí, pero por lo ménos había conseguido entretener á los Fatimitas en África impidiéndoles desembarcar en las costas españolas y esto era en último término todo lo que deseaba, pero ahora se hallaba á punto de obtener mucho mas.

Un enemigo más temible que todos sus adversarios juntos, había levantado contra los Fatimitas, el estandarte de la rebelion Era Abu-Yezid, de la tribu berberisca de Iforen. Hijo de un mercader había tratado mucho en su juventud, á Doctores de la secta de los no-conformistas, que contaba en Africa número inmenso de partidarios. Mas adelante, habiéndolo reducido la muerte su padre á la miseria, había ganado su vida enseñando á leer á los niños. De maestro de escuela pasó á misionero á ejem-

plo del fundador del imperio de los Fatimitas, sublevó á los berberiscos en nombre de la verdadera religion y de la libertad, y les prometió un gobierno republicano en cuanto se apoderáran de la capital, Cairawan. Sus triunfos fueron tan portentosos, como lo habían sido los de sus enemigos, algunos años antes. Los ejércitos de los Fatimitas se derretian, como la nieve en la Primavera, ante este hombre pequeño, feo, vestido de sayal y montado en un asno pardo. Los Sunnitas, grandemente lastimados con las blasfemias y la intolerancia de los Fatimitas, corrian en masa á sus banderas, hasta sus faquíes y sus eremitas, tomaban las armas, para hacer triunfar al jefe de los no-conformistas. Este parecía haberse empeñado en justificar las esperanzas que se tenian de su tolerancia. Cuando el año 944 hizo su entrada en la capital, pidió al cielo bendiciones sobre los dos primeros Califas que los Fatimitas, habian hecho maldecir, é invitó á los habitantes de la ciudad á conformarse con el rito de Malíc que los Fatimitas habian proscrito. Los Sunnitas respiraban al fin. Podian hacer de nuevo procesiones con estandartes y tambores, gusto de que habían estado privados

muchos años, y Abu-Yezid, que en estas solemnes ocasiones los dirigía por sí mismo, les dió todavía una prueba más de su tolerancia: hizo alianza con el Califa español, y, habiéndole enviado una embajada, lo reconoció, si nó como jefe temporal, á lo ménos como jefe espiritual de los vastos dominios que había conquistado. (1)

Los Fatimitas parecian perdidos. Mientras que su Califa Cayim, hijo y sucesor de Obaidallah se hallaba estrechamente bloqueado en Mahdia, por el formidable Abu-Yezid, el Califa español le quitaba por medio de sus vasallos africanos, casi todo el N. O. y le suscitaba enemigos donde quiera. Concluyó una alianza con el rey de Italia, Hugo de Provenza que tenía que vengar el desastre de Génova, ciudad que había saqueado un almirante fatimita, y otra con el emperador de Constantinopla, que ardía en deseos de quitar la Sicilia á Cayim. (2)

(1) Muchos cronistas han dado noticias, seguramente falsas, sobre la primera estancia de Abu-Yezid en Cairawan. Ya he seguido á Ibn-Sadun, («apud.» Ibn Adhari, t. I, p. 224-226), autor casi contemporáneo y cuyo relato circustanciado lleva un sello de verosimilitud, que los otros no tienen.

(2) Cf. Kairauani, «Histoire de l'Afrique,» página 104, trad. Pellisier y Remusat.

En un cerrar de ojos todo cambió de aspecto. Embriagado con sus triunfos Abu-Yezid tuvo una ráfaga de orgullo: no contento con la realidad del poder y olvidando los medios á que lo debía, quiso tambien sus apariencias, y su vana pompa: cambió su capa de sayal por un vestido de seda, y su asno gris por un soberbio caballo. Esta imprudencia lo perdió. Heridos en sus convicciones ecualitarias y republicanas, le abandonaron la mayor parte de sus partidario, unos para volverse á su casa, otros, para pasarse al enemigo. Enseñado por la esperiencia, renunció Abu-Yezid á los hábitos de lujo que había contraido, y volvió á tomar con el vestido de sayal la vida simple y ruda de ántes. Pero era muy tarde, el prestigio que lo rodeaba otras veces había desaparecido. Acaso hubiera podido contar todavía con los Sunnitas, si en un momento de feróz fanatismo, no los hubiera desengañado acerca de su finjida tolerancia. La víspera de un combate había ordenado á sus guerreros que abandonáran á los soldados de Caraiwan, sus hermanos de armas, al furor de los soldados fatimitas. Esta órden pérfida, fué demasiado bien obedecida. Desde entónces los Sumitas le cobraron horror, ti-

rano por tirano, y heresiarca por heresiarca, preferian al Califa fatimita, tanto más, cuanto Almanzor, que acababa de suceder á su padre, era algo mejor que sus predecesores. Obligado á levantar el sitio de Mahdia, llegó Abu-Yezid á Cairawán, donde no sin trabajo escapó á un complót que los habitantes habian urdido contra él. Perseguido mucho tiempo por los soldados fatimitas, cayó al fin en sus manos, acribillado de heridas, lo metieron en una caja de hierro, y cuando murió (947), llenaron su pellejo de paja, y lo pasearon por las calles de Cairawán y lo colgaron en las murallas de Mahdia, donde permaneció hasta que los vientos dispersaron sus pedazos. (1)

La ruina de los no-conformitas fué para Abderramen III un descalabro casi tan grave, como lo habian sido las derrotas de Simancas y Alhandega. En el Oeste, los Fatimitas reconquistaron, rápidamente el terreno que habian perdido, y obligaron á los vasallos de Abderramen á pedir asilo á la córte de Córdoba.

En el Norte, por el contrario, todo iba á

(1) Véanse sobre Abu-Yezid, Ibn-Adhari, Ibn-Khaldun, Kairauani, Abulfeda etc.

medida de los deseos de Abderramen, lo que equivale á decir que el pais era contínua presa de una violenta discordia. La guerra, como hemos visto, había estallado entre Ramiro II y Fernan Gonzalez. La fortuna favoreció al primero. Habiendo sorprendido á su enemigo, lo encerró en un calabozo de Leon y (1) dió el Condado de Castilla primero al leonés Azur Fernandez, conde de Monzon; (2) en seguida, á su propio hijo Sancho, (3) habiéndose apropiado él mismo los bienes alodiales de Fernando. Verdad es, que no los guardó todos para sí, sino que queriendo hacerse popular, donó algunos á los caballeros y eclesiásticos mas influyentes de la provincia. (4) Sin embargo, no consiguió su objeto. Aunque se aprovecharon de las liberalidades del rey, los Castellanos permanecieron adictos en cuerpo y alma á su antiguo conde. El que el rey les había dado no era á sus ojos mas que un

(1) Sampiro, c. 23.

(2) Véase la carta publicada por Berganza, t. II, Escr. 32 y Risco «Historia de Leon,» t. I, p. 211.

(3) Véanse las cartas publicadas por Berganza, t. II.

(4) Dió, por ejemplo, el jardin del conde al monasterio de Cardeña. Véase la carta de 23 de Agosto de 944, en Berganza, t. II, Escr. 34.

intruso. En las escrituras de venta, de donacion, etc., donde se ponía despues de la fecha el nombre del rey y el del conde, nombraban algunas veces al que el rey les había impuesto, pero solo cuando no tenian otro remedio, es decir, cuando la autoridad los vigilaba; por lo comun citaban á Fernan Gonzalez. (1) Todavía mostraron de otro modo el amor que le profesaban. Habiendo hecho una estátua á su imágen, prestaron homenaje á este pedazo de piedra. (2) Luego, cuando comenzaron á impacientarse por la larga cautividad (3) de Fernando, tomaron una atrevida resolucion, pero conviene aquí dejar hablar á un bello y antiguo romance: (a)

Juramento llevan hecho,
Todos juntos á una voz,
De no volver á Castilla
Sin el Conde, su señor.

(1) Véanse las cartas publicadas por Berganza.

(2) «Crónica rimada,» p. 2 (en los «Wiener Jahrbücher,» Anzeige.-Blatt del tomo CXVI.)

T. II página 551 y sig. del «Romancero General» de D. Agustin Duran, t. XVI, de la Bibliot. de Aut. Españoles, de Rivadeneira. (A. del Tr.)

(3) Cf. Sampiro, c. 23.

(a) Ponemos el texto completo del romance en vez de la traduccion del autor.

La imágen suya de piedra
Llevan en un carreton,
Resueltos, si atrás no vuelve,
De no volver ellos, non,
Y el que paso atrás volviere
Que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos,
En señal que se juró.
Acabado el homenaje,
Pusiéronle su pendon,
Y besáronle la mano
Desde el chico hasta el mayor.
Y como buenos vasallos
Caminan para Arlanzon
Al paso que andan los bueyes
Y á las vueltas que dá el sol.
Desierta dejan á Búrgos,
Y pueblos al rededor,
Solas quedan las mujeres
Y aquellos que niños son:
Tratando van del concierto
Del caballo y del azor,
Si ha de hacer libre á Castilla
Del feudo que dá á Leon;
Y ántes de entrar en Navarra,
Toparon junto al mojon

Al conde Fernan Gonzalez,
En cuya demanda son,
Con su esposa Doña Sancha,
Que con astucia y valor
Le sacó del Castroviejo
Con el engaño que usó.
Con sus hierros y prisiones
Venían juntos los dos
En la mula que tomaron
A aquel preste cazador.
Al estruendo de las armas
El conde se alborotó;
Mas conociendo á los suyos
D'esta manera habló:
—¿Dó venís, mis castellanos?
Digádesmelo, por Dios:
¿Cómo dejais mis castillos
A peligro de Almanzor?—
Allí habló Nuño Lainez:
—Ibamos, señor, por vos,
A quedar presos ó muertos,
O sacaros de prision. (b)

(b) Apesar de lo bello de este romance, que con tanto gusto trascribimos, nos parece sin embargo mal elegido para lo que el autor pretende, pues se refiere á la tradicion que hace que, el conde Fer-

Intimidado por la aproximacion de los castellanos, el rey cedió al fin, y devolvió la libertad á Fernando, pero nó sin haberle impuesto condiciones muy duras y humillantes. Fernan Gonzalez fué obligado á jurarle fidelidad y obediencia, debía renunciar á todos sus bienes y dar en matrimonio á su hija Doña Urraca á Ordoño, primogé-

---

nan Gonzalez sea preso por el rey de Navarra. Dentro del mismo Romancero hubiera podido encontrar otros mas adecuados á su objeto: tales son el 705 que comienza:

«El rey Don Sancho Ordoñez,
Que en Léon tiene el reinado.»

y el 706,

«Preso está Fernan Gonzalez
El buen conde castellano....»

La tradicion de la prision por el rey de Navarra es sin embargo antiquísima, como puede verse en estas palabras de la «Crónica Rimada:» «E este rey don Sancho Ordoñez fiso vistas con el conde Fernand Gonzalez en un lugar que dicen Viñares. E yendo el conde seguro prissol el rey en engaño e llevólo presso, sacólo doña Costanza, hermana del rey don Sancho Ordoñez. E yasiendo el conde en los fierros tomólo la infanta á sus cuestas e dió con él en un monte. E encontraron a un arcipreste de ay de Tudela de Navarra. E dixo que si la infanta non le fisiesse amor de su cuerpo, que los descobrerya. E la infanta fué abrazarlo. E teniéndole la infanta abrazado llegó el conde con sus fierros e matólo con el su cuchillo mismo del arcipreste. E tendiendo la infanta los ojos vió venir grandes poderes. E dixo

nito del rey. (1) Á este precio quedó libre, pero era natural que no quisiera prestar en adelante el apoyo de su brazo á un rey que le había hecho firmar tratado semejante. Los Castellanos que no habian conseguido hacer reintegrar en la posesion del condado, al que continuaban mirando como su señor, no se encontraban mejor dispuestos. Había, pues, perdido Ramiro II el apoyo de su más valiente capitan y la cooperacion de sus súbditos mas bravos. De ahí su impotencia. Dejó hacer á los Musulmanes una

al conde:» Muertos somos ¡mal pecado! ca haevo aquí los poderes del rey don Sancho mi hermano. «E el conde tendió los ojos, e fué los poderes divissando, é conoció los poderes, e fué muy ledo e muy pagado, e dixo a la infanta:» Esta es Castilla que me suele bessar la mano. «E la infanta paró las cuestas. E cavalgó muy privado en la mula del arcipreste, el conde. E de pie yva la infanta. E salió del monte privado; e quando le vieron los castellanos, todos se maravillaron. Mas nol besaron la mano, nin señor non llamaron; ca avian fecho omenage a una piedra que traxieron en'l carro, que trayan por señor fasta que fallaron al conde. E tornaron la piedra a semblanca del monte de Oca, al logar donde la sacaron.

E todos al conde por señor le besaron la mano,
Este conde Fernad Gonzalez, despues que en Castilla fué alzado,
Mató al rey don Sancho Ordoñez de Navarra, e el fuera en degollarlo con su mano.

(1) Sampiro, c. 23.

razia en 944 y otras dos en 947, (1) y no les impidió reedificar y fortificar la ciudad de Medinaceli, que fué desde entónces el antemural del imperio árabe contra Castilla. (2) El vencedor de Simancas y Alhandega, se mantenía á lo sumo á la defensiva. Solo en el año 550 invadió de nuevo el territorio musulman y obtuvo una victoria cerca de Talavera, (3) pero este fué su último triunfo, pues ya había dejado de existir en en el mes de Enero del año siguiente. (4)

Despues de su muerte estalló una guerra de sucesion. Casado dos veces, Ramiro había tenido de su primera mujer, que era gallega, un hijo llamado Ordoño, y de la segunda, Urraca, hermana del rey de Navarra, otro llamado Sancho. (5) En su calidad de primogénito, Ordoño pretendía naturalmente el trono; pero Sancho, que contaba, con razon, con el apoyo de los Navarros, lo pretendía tambien, y trató de atraer á su partido á Fernan Gonzalez y á los Castellanos. En aquellas circunstancias la elec-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 226, 227, 230.
(2) Ibn-Adhari, t. II, p.229, 230.
(3) Sampiro, c. 24.
(4) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 186-189.
(5) Manuscrito de Meyá.

cion entre estos dos competidores, no era difícil para Fernando. Verdad es que Ordoño era su yerno, pero ¿cómo había llegado á serlo? Por una odiosa violencia. No podían ser muy vivas sus simpatías por Ordoño. Todo, por el contrario, lo inclinaba á Sancho; los lazos de sangre y su interés. Sancho era su sobrino, (1) contaba con Tota de Navarra la suegra de Fernando y si todavía hubiera podido vacilar, las brillantes ofertas de Sancho, hubieran vencido su indecision, pues este príncipe prometía devolverle sus bienes confiscados y el condado de Castilla. Fernan Gonzalez se declaró pues, por él, llamó sus gentes á las armas y acompañado de Sancho y de un ejército navarro marchó contra la ciudad de Leon para quitar la corona á Ordoño III. (2)

«El Eterno, dice un cronista árabe, había hecho nacer esta guerra civil á fin de dar á los Musulmanes la ocasion de conseguir victorias.» En efecto, mientras que los cristianos se mataban bajo los muros de Leon, los generales de Abderramen, triunfaban en

(1) La madre de Sancho y la esposa de Fernando, eran hermanas.

(2) Véase Sampiro, c. 25.

todas las fronteras. Cada mensajero que llegaba del Norte, traían á Córdoba la noticia de una razia feliz ó de una importante victoria. El Califa podía enseñar al pueblo multitud de campanas, de cruces y de cabezas cortadas; una vez, en el año 955, estas fueron en número de cinco mil y se decía que, otros tantos Castellanos (pues estos eran los que habían sido derrotados) habian perecido en la batalla que se dió. (1) Verdad es que, Fernan Gonzalez consiguió una victoria cerca de San Esteban de Gormaz; (2) verdad es tambien, que Ordoño III, cuando hubo rechazado, al fin, á su hermano y obligado á los Gallegos, que tambien se habían revelado, á reconocerle saqueó en represalias á Lisboa; (3) pero esto era una débil compensacion del mal que los Musulmanes habían hecho á los Cristianos, y Ordoño que temía nuevas revueltas, deseaba vivamente la paz. El año 955, envió un embajador á Córdoba para pedirla. (4) Abderramen que tambien la desea-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 233. 234, 235 y 226.
(2) Cronicón de Cardeña, p. 378.
(3) Sampiro, c. 25.
(4) Ibn-Khaldun, fól 150.

ba, pues tenía intenciones de volver sus armas á otra parte, dió cido á las proposiciones de Ordoño y el año siguiente envió de embajadores á Leon, á Mohaméd-ibn-Hosain y al sábio judío Hasdai-ibn-Chabrut, director general de aduanas. No fueran largas las negociaciones. Habiendo declarado Ordoño, que estaba pronto á hacer concesiones, (prometería probablemente entregar ó por lo menos arrasar algunas fortalezas) se acordaron las bases de un tratado y los embajadores volvieron á Córdoba para que el Califa lo ratificara. Aunque el tratado fuera honroso y ventajoso, Abderramen creyó que no lo era bastante, pero como ya no podía contar con el porvenir, pues era septuagenario, pensó que este negocio concernía mas bien á su hijo que á él. Consultóle, pues, y lo dejó á su decision. Haquem, que era pacífico, declaró que en su opinion debía ser ratificado y entónces lo firmó el Califa. (5) Poco tiempo despues concluyó otro con el conde Fernan Gonzalez, (6) de modo que los Musulmanes

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 237, (en lugar de «Chabrut.» como está en el manuscrito, debe leérse «Hasdai-ibn-Chabrut;) Ibn-Khaldun, fól. 15 v.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 15 v.

no tenían ya en España mas enemigos que los Navarros.

Si Abderramen había sido esta vez más tratable que de ordinario, era porque quería volver sus armas contra los Fatimitas. El poder de estos príncipes crecía de dia en dia. Ardiendo en deseos de vengarse de los soberanos de Europa, que se habian regocijado de su pérdida, creyéndola segura, habian hecho sentir primero el peso de su venganza al Emperador de Constantinopla, desvastando la Calabria (1) Entónces le tocó el turno á Abderramen. En 955 cuando ya, segun toda apariencia, Moezz, cuarto Califa fatimita, meditaba ya un desembarco en España, sucedió que una gran nave que Abderramen había enviado con mercancías á Alejandría, encontró en el mar un barco que venía de Sicilia, y en el que iba un correo que el gobernador de esta isla había espedido á su soberano Moezz. Esta última circunstancia, no parece haber sido desconocida al capitan del bajel andalúz, y aun es posible que Abderramen tuviera sospechas de que los despachos, de que el correo era portador, contenian un plan

(1) Véase Amari «Storia dei musulmani de Sicilia,» t. II, p. 242-248.

de ataque contra España, y que diera al capitan la órden de interceptarlos. Sea de esto lo que quiera, el capitan atacó al buque siciliano, lo tomó, lo saqueó y se apoderó de los despachos.

Moezz, tomó represalias en seguida. Por su mandato, el gobernador de Sicilia se presentó con una armada en Almería, y apresó ó quemó las naves que se hallaban en el puerto. Apoderóse tambien de la que había suministrado un especioso pretesto para esta espedicion, y que había venido justamente, de vuelta de Alejandría, de donde traia cantadoras para el Califa, y preciosas mercancías. Luego desembarcaron las tropas del Gobernador para saquear los alrededores de Almería, y hecho esto se hicieron á la mar. (1)

Abderramen respondió de una manera enérgica á este ataque. Ordenó primero, maldecir todos los dias á los Fatimitas en las oraciones públicas, (2) y luego encargó á su almirante Ghalib, ir á saquear las cos-

---

(1) Véase Adhari, «ibid,» p. 249, 250, y los autores que cita.

(2) Ibn-Adhari; t. II, p. 237.

tas de Ifrikia. Esta espedicion, sin embargo, no tuvo todo el resultado que el Califa se había prometido. Bien que los Andaluces, consiguieran algunas ventajas, al cabo fueron rechazados por las tropas que guarnecian la provincia y obligados á reembarcarse.

Hé aquí el estado en que Abderramen tenía la guerra contra los Fatimitas, en el momento en que las negociaciones con el rey de Leon se hallaban en juego. Deseando dirigir todas las fuerzas y todos los recursos del imperio contra el África, debía naturalmente querer la paz con los Cristianos del Norte, y por esta razon no se había mostrado demasiado exigente en sus condiciones.

Luego que estuvo concluida, concentró todos sus pensamientos en el África. Preparábase una gran espedicion. Los obreros de los arsenales no tenian un momento de reposo; de todas partes se dirigian tropas hácia los puertos, y se alistaban millares de (1) marineros, cuando la muerte de Ordoño

---

(1) El nombre de Ordoño III, se halla en las cartas hasta el mes de Marzo del año 957; véase «Esp. Sagr.» t. XXXIV, p. 268. La comparacion de las crónicas árabes, muestra tambien que la fecha en



III, que aconteció en la primavera de 957, vino de pronto á entorpecer los proyectos del Califa.

Hemos visto ántes, que Ordoño no había obtenido la paz, sino haciendo concesiones entre las que, la entrega ó la demolicion de ciertas fortalezas, tenía á no dudarlo el primer término. Pues Sancho, el antiguo competidor de su hermano, que le había sucedido ahora sin obstáculos, rehusó cumplir esta cláusula del tratado. Abderramen se vió, pues, obligado á emplear contra el reino de Leon las fuerzas que hubiera querido enviar á África y dió sus órdenes en este sentido al bravo Admed ibn-Yila, gobernador de Toledo. (1) Este general salió á campaña y en el mes de Julio consiguió una gran victoria contra el rey de Leon. (2) Este triunfo era sin duda un consuelo para el Califa que no había deseado esta nueva guerra en manera alguna y que la hubiera

---

que los manuscritos de Sampiro fijan la muerte de este rey (955) está equivocada.

(1) Abderramen le confirió este puesto en 954; véase Ibn-al-Abbar, p. 140, y Ibn- Adhari, t. II, p. 235.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 237 últ. lín. y p. 238.

evitado de buena gana, si el honor se lo hubiera permitido. Él va á tener otro mas dulce todavía, vá á ver á sus enemigos á sus piés.

---

# IV.

«El rey Sancho, dice un autor arábigo, (1) era vano y orgulloso.» Esta frase está sin duda tomada de un escritor leonés de la época (2) y en boca de estos escritores, significa que, Sancho procuraba quebrantar el poder de la nobleza y aspiraba á restaurar la antoridad absoluta que habían disfrutado sus abuelos. De ahí el ódio que le profesaban los grandes. Al ódio se juntaba el menosprecio. Sancho había perdido las cualidades que había tenido otras veces y que

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 104.

(2) Sampiro dice lo mismo poco mas ó menos hablando de Ramiro III.

eran las que apreciaban mas sus súbditos. El pobre príncipe había engordado con esceso; de modo que no podía montar á caballo y que aun para andar tenía que apoyarse en alguien. (1) Había llegado pues, á ser un objeto de burla y poco á poco se comenzó á decir que era preciso deponer á este rey ridículo, á este rey inválido. Fernan Gonzalez que aspiraba al título de hacedor de reyes y que había intentado una vez, aunque con mal éxito hacer uno, fomentó el descontento de los Leoneses y lo dirigió. (2) Tramóse una conspiracion en el ejército y en un dia de la primavera del año 958, (3) echaron á Sancho del reino.

Mientras que el rey destronado se encaminaba tristemente á Pamplona, residencia de su tio García; Fernan Gonzalez y los otros grandes, se reunieron para elegir otro rey. Recayó su eleccion sobre Ordoño, cuarto de este nombre, hijo de Alfonso IV y por consiguiente primo hermano de Sancho. Na-

(1) Véase el poema de Dounach, estrofa 4 «apud» Luzzato, «Notice sur Abou-Jousouf Hasdai ibn-Schaprout,» p. 24.

(2) Véase Ibn-Khaldun, fólio 15 v. y en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

(3) Véase «Esp. Sagr.,» t. XXXIV, p. 269.

da, excepto su nacimiento, lo recomendaba al sufragio de los electores. Á una deformidad corporal, (era jorobado) (1) unía un carácter adulador, vil (2) y perverso, de modo que en adelante, no se le llamó mas que Ordoño el Malo; (3) pero como no había entónces ningun otro adulto en la familia real, fué preciso elegirlo y el conde de Castilla, lo casó con su hija Urraca, viuda de Ordoño III, (4) que vino á ser por segunda vez reina de Leon. (5)

En los momentos mismos en que así le nombraban sucesor, la vieja y ambiciosa Tota, que gobernaba todavía á Navarra, en nombre de su hijo, aunque este hacía mucho tiempo que se hallaba en edad de

---

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 201, c. 2.

(2) Véase mas adelante el relato de la Audiencia de Ordoño IV, con Haquen II.

(3) El Malo en español, «al-khabith» en árabe (véase Maccari, t. I, p. 252, c. 3.)

(4) Engañados por un interpolador de Sampiro, que ha introducido multitud de errores en la historia del reino de Leon, se ha dicho muchas veces que Ordoño III, repudió á Urraca, cuando Fernan Gonzalez se sublevó contra él. Risco «Esp. Sagr.,» t. XXXIV, p. 267, 268) há probado con documentos que Urraca fué esposa de Ordoño III hasta el fin del reinado de este.

(5) Sampiro, c. 36.

reinar por sí, tomó calurosamente su partido y juró restablecerlo á toda costa. Esto no era fácil, sin embargo, porque de una parte, Sancho no tenía en su antiguo reino ningun amigo influyente y de otra, Navarra era demasiado débil para atacar por sí sola á Leon y Castilla. Tota tenía pues, que buscar un aliado y un aliado muy poderoso. Además, para que Sancho pudiera sostenerse sobre el trono una vez reconquistado, era absolutamente preciso que dejara de ser un objeto de burlas por su malhadada obesidad. Esta obesidad no era natural, provenía de una disposicion enfermiza, que un hábil médico podría sin duda hacer desaparecer; pero sólo en Córdoba, ciudad que era entónces foco de toda luz, podía esperarse encontrar semejante médico. Tambien fué en Córdoba donde Tota buscó el aliado que necesitaba. Resolvió pues, pedir al Califa un médico para curar á su nieto y un ejército, para restablecerlo en el trono. Mucho costaba sin duda, á su orgullo hacer semejante peticion, penoso le era verse obligada á implorar el auxilio de un infiel con el cual había estado en guerra, durante mas de treinta años y que apénas hacía uno que había hecho asolar sus valles y

quemar sus pueblos, (1) pero el amor de su nieto, el ardiente deseo que tenía de verlo reinar y la rábia que le produjo su vergonzosa derrota, fueron mas fuertes que su legítima repugnancia y envió embajadores á Córdoba.

Habiendo estos espuesto al Califa, el motivo de su venida, les contestó, que enviaría de buena gana un médico á Sancho y que bajo ciertas condiciones que espondría uno de sus ministros, que enviaría á Pamplona, prestaría el apoyo de sus armas al rey destronado.

Cuando lo dejaron los embajadores navarros, Abderramen hizo venir al judío Hasdai y habiéndole dado instrucciones le dió el encargo de ir á la córte de Navarra. No hubiera podido hacerse mejor eleccion. Hasdai reunía en sí, todas las cualidades necesarias para una mision semejante; hablaba muy bien la lengua de los cristianos, era á la vez médico y hombre de Estado, todo el mundo alababa su ingenio, su talento, sus conocimientos, su gran capacidad y poco tiempo ántes, un embajador venido del cen-

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 237.

tro de Alemania, había declarado que, no había visto nunca un hombre de tanto arte. (1)

En cuanto hubo llegado á Pamplona, el judío se ganó la confianza de Sancho, encargándose de medicinarle, y prometiéndole una pronta curacion. Le dijo que en cambio del servicio que el Califa estaba pronto á prestarle, este exigía la cesion de diez fortalezas, y Sancho prometió entregárselas en cuanto estuviera restablecido en el trono. Mas esto no era todo, Hazdai tenía tambien el encargo de arreglárselas de modo que Tota fuera á Córdoba acompañada de su hijo y de su nieto. El Califa, que quería satistacer su vanidad, y dar á su pueblo el espectáculo, hasta entónces sin ejemplo de una reina y dos reyes cristianos, que venian humildemente á postrarse á sus piés, para implorar el ayoyo de sus armas, había insistido particularmente sobre este punto, pero podía preveerse que la orgullosa Tota se opondría enérgicamente á semejante exigencia. En efecto, hacer un viaje á Córdoba, era para ella un

(1) «Vita Johannis Gorzienzis,» c. 121.

paso mas humillante todavía que al que se había resignado cuando entró en amistosas relaciones con su antiguo enemigo. Esta parte de la mision de Hazdai, era pues, la más delicada y la más espinosa; para hacer semejante proposicion, y sobre todo para hacerla aceptar era preciso un tacto y una habilidad de todo punto estraordinarios.

Pero Hazdai tenía reputacion de ser el hombre mas diestro de su tiempo, y la justificó. La orgullosa navarra se dejó vencer «por el encanto de sus palabras, por la fuerza de su sabiduría, por el poder de sus astucias, y de sus numerosos artificios,» para hablar como un poeta judío de la época, y creyendo que el restablecimiento de su nieto no podía obtenerse mas que á ese precio, hizo un gran esfuerzo sobre sí misma y dió al fin su consentimiento al viaje propuesto por el judío.

La España musulmana vió entónces un espectáculo singular. Seguida de multitud de grandes y de sacerdotes, la reina de Navarra, se encaminó lentamente á Córdoba con García, y el desdichado Sancho, cuya salud no estaba aun bastante mejorada, y que marchaba apoyándose en Hazdai. Si este espectáculo era grato para la vanidad

nacional de los Musulmanes, lo era tambien y acaso más todavía para el amor propio de los Judíos, porque aquel á quien era debido, era un hombre de su religion. Así que sus poetas celebraron á porfía su regreso. «¡Saludad montañas al jefe de Judá! cantaba uno de ellos, ¡que la risa aparezca en todos los lábios! ¡Que las áridas tierras y las florestas canten! ¡Que se regocije el desierto! ¡Que florezca y produzca frutos, porque viene el jefe de la Academia, porque viene con gozo y cantos! Mientras que no estaba aquí, la ciudad célebre que se dibuja con gracia, estaba silenciosa y triste; los pobres que no veian su rostro que brilla como las estrellas, estaban desolados; los soberbios dominaban sobre nosotros, nos vendian y nos compraban como esclavos, sacaban sus lenguas para engullir nuestras riquezas, rugian como leoncillos, y todos nosotros estábamos espantados, porque nuestro defensor no estaba aquí .. Dios nos lo ha dado por jefe; él le ha dado favor con el rey que lo ha nombrado príncipe, y lo ha elevado por cima de sus otros dignatarios. Cuando pasa, nadie se atreve á abrir la boca. Sin flechas y sin espadas, con su sola elocuencia ha quitado á los abominables comedores de

puerco, fortalezas y ciudades.»

Cuando la reina y los dos reyes llegaron al fin á Córdoba, el Califa les dió en su palacio de Zahra una de esas pomposas audiencias (1) que imponían á los extranjeros y que eran muy propias para dar una alta idea de su poder y de su riqueza. Era indudablemente momento gratísimo para Abderramen, aquel en que veía á sus plantas al hijo de su terrible enemigo Ramiro II, al hijo del ilustre vencedor de Simancas y de Alhandega, y á la reina tan valiente como orgullosa, que en sus memorables batallas había mandado por sí misma sus triunfadoras tropas, pero cualquiera que fueran sus íntimos sentimientos, supo disimularlos esteriormente, y recibió á sus huéspedes con esquisita cortesía. Sancho le repitió lo que yá había dicho á Hazdai, á saber, que cedería las diez fortalezas que el Califa demandaba, y se resolvió, que mientras que el ejército árabe atacaba el reino de Leon, los Navarros invadirian á Castilla, á fin de llamar la atencion de las fuerzas de Fernan Gonzalez por esta parte. (2)

---

(1) Véase Maccari, t. I, p. 253, l. 3, 4, 8 y 9.

(2) Compárese con Sampiro, c. 26, el poema he-

Entre tanto, Abderramen no había perdido de vista el África. Por el contrario, había dado impulso á sus armamentos con gran actividad, y el mismo año en que la reina de Navarra llegó á Córdoba, un numeroso ejército, mandado por Ahmed-ibn-Fila, se embarcó en setenta naves. Esta espedicion fué felíz, porque los Andaluces incendiaron á Mersa-al-kharez, y desbarataron los alrededores de Susa, y los de Tabarca. (1)

Algun tiempo despues marchó el ejército musulman contra el reino de Leon. Sancho lo acompañaba. Gracias á los remedios de Hazdai, se había desembarazado de su obesidad, y se hallaba ahora tan ágil y tan listo como ántes. (2) Primero, fué tomada Zamora (3) y ya en el mes de Abril del año

---

breo de Dounach-ben-Labrat, el de Menahem-ben Saruk («apud» Luzzatto, «Notice» etc., p. 24, 28, 29 31,) el pasaje de Ibn-Khaldum que comuniqué á M. Luzzato, y que este sábio ha impreso en su «Notice,» (p. 46, 47) y el que se encuentra en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

(1) Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. II, p. 542 de la traduccion; cf. Ibn-Adhari, t. II p. 238.

(2) Sampiro, c. 26.

(3) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I. pág. 105.

959 la autoridad de Sancho era reconocida en gran parte del reino. (1) La capital, sin embargo, se mantenía aun por Ordoño IV, pero habiendo ido este Príncipe á refugiarse en Astúrias, (2) rindióse aquella á Sancho en la segunda mitad del año 960. (3) Habiendo recobrado así su reino, envió Sancho una embajada al Califa para darle gracias por su socorro, y escribió al mismo tiempo á sus vecinos, anunciándoles su restablecimiento en el trono. En estas cartas condenaba en los términos más enérgicos la deslealtad del Conde de Castilla. (4) Acaso este último le inspiraba todavía algunos temores, pero si es así, pronto desaparecieron, pues segun lo convenido los navarros, habian invadido á Castilla, y en el mismo año 960 dieron al Conde una batalla en que tuvieron la fortuna de hacerlo prisionero. (5) Desde entónces la cáusa de Ordoño estaba perdida. Odiado y despreciado por

---

(1) «Esp. Sagr. t. XXXIV, p. 270.

(2) Sampiro, c. 26.

(3) «Esp. Sagr.» XXXIV, p. 270, 271.

(4) Ibn-Khaldun, fól. 15.

(5) «Annales Compostellani; Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

todo el mundo, no había podido sostenerse hasta entónces sino por la influencia de Fernan Gonzalez, de quien era hechura. Los Asturianos, lo arrojaron ahora de la provincia, y se sometieron á Sancho. Ordoño fué á buscar un asilo en Búrgos, (1) y ya verémos más tarde lo que se hizo de él.

Mientras esto acontecía en el Norte, el Califa, que había tenido la imprudencia de esponerse al crudo viento de Marzo, estaba ya enfermo y se temía por su vida. Sin embargo, por esta vez, los médicos lograron conjurar el peligro, y á principios de Julio, Abderramen había recobrado su salud, á punto de poder dar audiencia á los mas altos dignatarios. Pero esta curacion no era más que aparente. Sufrió una recaida y el 16 de Octubre del 961 (2) espiró á la edad de setenta años, y cuarenta y nueve de reinado.

Entre los príncipes Omeyas que reinaron en España, á Abderramen III pertenece incontestablemente el primer lugar. Encontró el imperio presa de la anarquía y de la guerra civil, desgarrado por las facciones,

---

(1) Sampiro, c. 26.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 239, 161.

dividido entre una multitud de señores de diferentes razas, espuesto á las contínuas razias y en vísperas de ser absorvido por los Leoneses ó por los Africanos. Á despecho de innumerables obstáculos, salvó la Ándalucía de sí misma y del dominio extranjero, la hizo renacer más grande y más fuerte que lo había sido nunca, y le procuró órden y prosperidad en el interior, fuera, consideracion y respeto. El tesoro público que encontró en un estado deplorable, estaba en una situacion excelente. Un tercio de los ingresos del imperio, que se elevaban cada año á seis millones, doscientas cuarenta y cinco mil monedas de oro bastaba para los gastos ordinarios; otro tercio quedaba de reserva, y el tercero lo destinaba Abderramen á su escuadra. (1) Se calculaba que el año 951 tenía en sus cofres la enorme suma de veinte millones de monedas do oro, así que, un viajero hacendista asegura que Abderramen y el Hamdamita, que reinaba entónces en la Mesopotamia, eran los príncipes mas ricos de esta época. (2) El estado del país estaba en armonía

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 247.
(2) Ibn-Haucal, p. 40.

con la próspera situacion del tesoro público. Agricultura, Industria, Comercio, Artes, Ciencias, todo florecía. El estrangero admiraba en todas partes, campos bien cultivados y ese sistema hidráulico ordenado con tan profunda ciencia, que hacía fertiles las tierras en apariencia mas ingratas. Maravillábale el órden perfecto que gracias á una vigilante policía reinaba hasta en los distritos menos accesibles. (1) Se asombraba del bajo precio de los géneros (los mas deliciosos frutos estaban casi de balde,) de la limpieza de los vestidos y sobre todo, de aquel bienestar general que permitía á todo el mundo ir á caballo, en lugar de ir á pié. (2) Numerosas y diversas industrias enriquecían á Córdoba, Almería y otras ciudades. El comercio había adquirido tal desarrollo que, segun la relacion del director general de aduanas, los derechos de importacion y exportacion constituían la parte principal de los ingresos del Estado. (3) Córdoba con su medio millon de habi-

---

(1) Véase Ibn-Haucal, p. 38, 42.

(2) Ibn-Haucal, p. 38. 41.

(3) Véase la carta de Hasdai al rey de los Khozaros, en Carmoly «Des Khozars au X.• siecle,» página 37.

tantes, sus tres mil mezquitas, sus soberbios palacios, sus ciento trece mil casas, sus trecientos baños y sus veintiocho arrabales (1) no cedía en estension, ni en riqueza mas que á Bagdad, ciudad con la cual sus habitantes gustaban de compararla. Su fama llegaba hasta el fondo de la Germania: la religiosa sajona Hroswitha, que se hizo célebre en la primera mitad del siglo X por sus poemas y sus dramas latinos, la llamaban ornamento del mundo. (2) No menos admirable la rival que Abderramen la dió. Habiéndole legado una gran fortuna una de sus concubinas, el monarca quiso emplear este dinero para rescatar prisioneros de guerra, pero habiendo recorrido sus empleados los reinos de Leon y Navarra sin encontrar ninguno, le dijo su favorita Zahra: «Emplead ese dinero en edificar una ciudad y ponedla mi nombre.» Esta idea agradó al Califa que, como casi todos los grandes príncipes, era aficionado á edificar y en el mes de Noviembre del año 936, hizo echar á una legua al Norte de Córdoba los cimien-

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 247 248.

(2) Hroswitha, «Passio S. Pelagii.»

tos de una ciudad que había de llevar el nombre de Zahra. Nada se perdonó para hacerla todo lo más magnífica posible. Durante veinticinco años, diez mil obreros que disponían de mil quinientas bestias de carga, se habían ocupado en edificarla y sin embargo, aun no estaba concluida á la muerte de su fundador. Una prima de cuatrocientos dirhemes que el Califa había prometido á todo el que viniera á establecerse allí atrajo multitud de habitantes. El palacio califal, donde se hallaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente, era de colosal estension; baste decir que en el harem había seis mil mugeres. (1)

El poder de Abderramen era formidable. Una soberbia marina le permitía disputar á los Fatimitas, el imperio del Mediterráneo y le garantizaba la posesion de Céuta, llave de la Mauritania. Un ejército numeroso y bien disciplinado, acaso el mejor del mundo, (2) le daba preponderancia sobre los Cristianos del Norte. Los monarcas mas altivos solicitaban su alianza.

---

(1) Ibn-Haucal, p. 40; Ibn-Adhari, t. II, p. 246, 247; Maccari, t. I, p. 344, 346; 370 y sig.

(2) Compárese «Vita Johan Gorz,» c. 135.

El emperador de Constantinopla, los reyes de Alemania, de Italia y de Francia le enviaban embajadores.

Eran ciertamente grandes resultados, pero lo que escita la admiracion y el asombro cuando se estudia este glorioso reinado, no es tanto la obra como el obrero; es el poder de esa inteligencia universal á que nada se le escapaba y que se mostraba no ménos admirable en los menores detalles que en las mas altas concepciones. Este hombre delicado y sagáz que centraliza, que funda la unidad de la nacion y la del poder, que con sus alianzas establece una especie de equilibrio político y que con ámplia tolerancia llama á sus consejos hombres de otra religion, es mas bien un rey de los tiempos modernos que un califa de la edad media.

## V.

Apesar de los grandes servicios que Abderramen III les había hecho, las córtes de Leon y de Pamplona no se afligieron por su muerte; por el contrario, vieron en ella el medio de eludir los tratados y de librarse de la proteccion musulmana de que comenzaban á cansarse, desde que ya no necesitaban. Y en efecto, la ocasion parecía propicia para no cumplir lo que se habian visto obligados á prometer. El sucesor de Abderramen, Haquem II, pasaba por pacífico; acaso se pensaba que no insistiría mucho en la ejecucion de un tratado concluido por su padre, y en todo caso era preciso

ver si eran tan dichoso en la guerra como aquel lo había sido.

Haquen pudo bien pronto apercibirse de las intenciones de sus vecinos. Sancho, á quien había requerido para que entregara al fin las fortalezas estipuladas en el tratado, hallaba toda especie de razones para dejar este asunto para más adelante. (1) García, á quien había pedido que le entregára su prisionero Fernan Gonzalez, rehusaba acceder á esta demanda, (2) y lo que es más, le devolvió la libertad, despues de haberle hecho prometer que rompería con su yerno Ordoño IV. Fernan Gonzalez cumplió su promesa. Por su órden, Ordoño, que se encontraba todavía en Búrgos, fué separado violentamente de su muger y de sus dos hijas, y trasladado bajo buena escolta á territorio musulman. (3) Luego, Fernan Gonzalez, que no estaba ligado por ningun tratado como el rey de Navarra y el de Leon, comenzó de nuevo las hostilidades contra los Árabes de modo, que en el mes de Febrero de 962, Haquen se vió obligado á escribir á

(1) Véase Maccari p. 254, c. 9 y 10.

(2) Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

(3) Sampiro, c. 26.

sus generales y á sus gobernadores que se dispusieran á entrar en campaña. (1)

En este entretanto, Ordoño el Malo había llegado á Medinaceli acompañado de veinte señores, únicos que le habían permanecido leales. Vió en esta ciudad los preparativos que se hacian para la espedicion, y esta circunstancia reanimó sus esperanzas en lo porvenir. Lo mismo que su primo había recobrado el trono, gracias al apoyo de Abderramen, esperaba recobrarlo á su vez con el socorro de Haquen. Así que declaró á Ghalib, gobernador de Medinaceli, su deseo de ir á Córdoba á fin de implorar la proteccion del monarca. Ghalib consultó á Haquen sobre lo que debería responderle. El Califa, á quien no le parecía mal tener en su mano un pretendiente, pero que no quería comprometerse definitivamente todavía, mandó responderle que podía llevar á Ordoño á Córdoba, pero que no debía hacerle promesa alguna. Partió, pues, Galib para Córdoba acompañado de Ordoño y su comitiva. En el camino se encontró un destacamento de caballería que

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 250.

Haquen había enviado al encuentro de sus huéspedes y en los alrededores de la capital, otro mas numeroso aun. Ordoño no desperdició nada para ganarse el favor de los oficiales de la escolta. Prodigó las adulaciones y cuando entró en Córdoba les preguntó dónde estaba la tumba de Abderramen III. Cuando se la enseñaron se quitó respetuosamente su gorra, se arrodilló volviendo la cabeza hácia el lugar indicado, é hizo oracion por aquel que ántes lo había echado del trono. Su esperanza de recobrar el cetro le hacía olvidar todo lo demás; para conseguir este objeto estaba decidido á no retroceder ante bajeza alguna.

Despues de pasar dos dias en un palacio soberbiamente amueblado, que se le asignó por habitacion, recibió Ordoño el permiso de ir á Zahra donde el Califa lo recibiría en audiencia. Vistióse entonces una ropilla y una capa de seda blancas, (era probablemente un nuevo homenage que hacía á los Omeyas, pues el blanco era el color de esta casa) y se cubrió con una gorra adornada de piedras preciosas. Los principales Cristianos de Andalucía, tales como Walid-ibn-Khaizoran, juez de los cristianos de Córdoba y Obaidallah-ibn-Casim, me-

tropolitano de Toledo, vinieron á buscarlo para conducirlo á Zahra é instruirlo en las reglas de la etiqueta, en las que la corte era muy quisquillosa.

Al pasar por las filas de los soldados que llenaban la entrada de Zahra, Ordoño y sus compañeros leoneses, fingieron admirarse y aun asustarse de aquel aparato militar; bajaron los ojos é hicieron la señal de la cruz. Cuando llegaron á la primera puerta de palacio echaron todos pié á tierra, menos Ordoño y sus Leoneses. Á la puerta llamada de «as-soda,» estos últimos tuvieron que hacer otro tanto, pero Ordoño y el general Ibn-Tomlos, encargado de presentarlo al Califa, continuaron á caballo hasta que llegaron á un pórtico donde habian puesto sillas para Ordoño y sus compañeros y que era el mismo en que Sancho había esperado tambien el momento de ser presentado al monarca cuando vino á implorar su socorro. Algun tiempo despues recibieron los Leoneses permiso para entrar en la sala de Audiencia. Ordoño se quitó en la puerta su gorra y su capa en señal de respeto y cuando se le dijo que entrára y se halló frente al trono en que estaba el Califa, rodeado de sus hermanos, de sus sobrinos,

de los visires, del Cadí y de los faquíes, se arrodilló muchas veces, adelantando algunos pasos á cada genufleccion y llegó, en fin, á donde estaba el Califa. Este le dió á besar su mano y Ordoño se retiró, teniendo cuidado de no volver la espalda al Califa, para sentarse en el sofá de brocado que se le había destinado y que se encontraba á quince pies del trono. Entónces se aproximaron al Califa los señores Leoneses, guardando la misma ceremonia y, besándole la mano, fueron á colocarse detrás de su señor, donde se mantenía tambien Walid ibn-Khaizoran que debía servir de intérprete en la conferencia.

El Califa guardó algunos momentos de silencio, para dejar al ex-rey tiempo de reponerse de la emocion que la vista de esta augusta asamblea no podía ménos de haber producido en su ánimo y luego le habló en estos términos: «Congratulaos de haber venido y esperad mucho de nuestra bondad, pues tenemos intencion de concederos más de lo que os atreveis á imaginar.»

Cuando esplicó el intérprete á Ordoño la significacion de estas benignas palabras, se pintó en su cara la alegría, levantóse y besando el tapiz que cubría las gradas del

trono: «Soy, dijo, esclavo del jefe de los creyentes! Confío en su magnanimidad; en su alta virtud busco mi apoyo, le doy pleno poder sobre mí y los mios, iré donde me ordenare y le serviré fiel y lealmente.— Nosotros os creemos dignos de nuestras bondades, le respondió el Califa; quedareis satisfecho cuando veais hasta qué punto os preferimos á todos vuestros correligionarios y os alegrareis de haberos guarecido á la sombra de nuestro poder.» Habiendo hablado el Califa de este modo, Ordoño se arrodilló de nuevo y habiendo pedido la bendicion de Dios para el Califa, espuso su peticion en estos términos: «En otro tiempo vino aquí mi primo Sancho á demandar ayuda contra mí al Califa difunto. Consiguió su demanda y fué socorrido como no se puede serlo sino por los mayores soberanos del universo. Yo tambien vengo á pedir socorro, pero entre mi primo y yo hay una gran diferencia. Si él vino aquí fué obligado por la necesidad, sus súbditos censuraban su conducta y lo odiaban y me habían elegido en su lugar, sin que yo, Dios me es testigo, hubiera ambicionado este honor. Á fuerza de súplica obtuvo del difunto Califa un ejército que lo restableció;

pero no se ha mostrado reconocido por esté servicio, y no ha cumplido ni á su bienhechor ni á vos, ¡oh emir de los creyentes, mi señor! aquello á que se había obligado; yo he dejado mi reino por mi propia voluntad, y he venido al emir de los creyentes para poner á su disposicion mi persona, mis gentes y mis fortalezas. Tengo, pues, motivo para decir que hay gran diferencia entre mi primo y yo, y me atrevo á añadir que he dado pruebas de mas confianza y generosidad.—Hemos escuchado vuestro discurso, y hemos comprendido vuestro pensamiento, dijo entónces al Califa. Ya veréis de qué modo recompensamos vuestras buenas intenciones. De una vez había de recibir tantos beneficios de nosotros, como recibió vuestro competidor de nuestro padre de felíz memoria, y aunque vuestro adversario tenga el mérito de haber sido el primero que ha implorado nuestra proteccion, no es motivo para que os estimemos ménos, ni para que os rehusemos daros lo que le dimos ántes. Os volverémos á vuestro pais, os llenarémos de júbilo, afirmarémos las bases de vuestro poder real, os harémos reinar sobre todos los que quieran reconoceros por rey y os en-

viarémos un tratado, en el que fijarémos los límites de vuestro reino y los del de vuestro primo. Además impedirémos que este último os inquiete en el territorio que tenga que cederos. En una palabra, los beneficios que habreis de recibir de nosotros han de esceder á vuestras esperanzas; Dios sabe que lo que decimos es lo que pensamos!»

Cuando el Califa hablaba de este modo, Ordoño se arrodilló de nuevo, y habiéndose desecho en acciones de gracias, se levantó y salió de la sala andando hácia atrás. Habiendo llegado á otra sala dijo á los eunucos que lo seguian, que estaba asombrado y estupefacto del magestuoso espectáculo de que habían sido testigo y viendo una silla en la que el Califa tenía costumbre de sentarse, se arrodilló ante ella. En seguida lo llevaron ánte Djafar, hadjib ó primer ministro. Desde que lo vió á lo lejos, le hizo una profunda reverencia, quiso tambien besarle la mano, pero el hajib se lo impidió, lo abrazó y haciéndole sentar á su lado, le aseguró que el Califa le cumpliría las promesas que le había hecho. Luego le mandó dar los vestidos de honor que el Califa le había destinado, y sus compañeros los re-

cibieron tambien, cada uno segun su rango, y habiendo saludado al hajib con el más profundo respeto, volvieron con su rey al pórtico, donde Ordoño encontró un soberbio caballo, ricamente enjaezado, de las caballerizas del Califa. Cabalgó en él y con el corazon lleno de esperanza, volvió con sus Leoneses y el general Ibn-Tomlos al palacio que habitaba. (1)

Poco tiempo despues se le envió para que lo firmara, un tratado en que se comprometía á vivir siempre en paz con el Califa, á entregarle su hijo García en rehenes y á no aliarse con Fernan Gonzalez. Lo firmó y Haquem puso entónces á su disposicion un cuerpo de ejército mandado por Ghalib. (2) Diéronle además por consejeros á Walid (3) juez de los cristianos de Córdoba,

(1) Maccari, t. I, p. 252-256; Ibn-Adhari, t. II, p. 251. (En este autor p. 250, c. 11, hay que sustituir «año» 351 á «año» 352; el relato de los sucesos del año 352 no empieza hasta la página 251, c. 19), Ibn-Khaldun fól. 16 v.

(2) Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I; p. 106.

(3) Ibn-Khaldun, (fól. 16 v.,) le llama Walid «ibn-Moghith» y no «ibn-Khaizoran,» como se lee en Maccari.



Az-bag ibn-Abdallah ibn-Nabil obispo (1) de esta ciudad y Obaidallah (2) ibn-Casim, metropolitano de Toledo, despues de haber ordenado á estos personajes, á los que debía ser entregado Garcia, que hicieran todos los esfuerzos posibles para volver los Leoneses á la obediencia de Ordoño. (3)

Se hizo gran ruido con éstos preparativos porque esperaban que Sancho se había de intimidar. Este cálculo no era engañoso. Sancho conocía que su posicion era todavía precaria y mal segura. Galicia rehusaba destinadamente reconocerlo (4) y era de preveer que si volvía Ordoño con un ejército musulman podría contar con el apoyo de esta provincia. En cuanto á las demás del reino, que habian sufrido á Sancho, pero que no lo querian, todo inclinaba á creer que lo echarían por segunda vez, antes de esponerse á una invasion. Sancho tomó pues, bien pronto su partido. En el mes de Mayo envió á

---

(1) El «Católico,» dice Ibn-Khaldun, de lo que resulta que en Córdoba se daba este título al obispo lo mismo que en Oriente al de los Nestorianos, (véase Admed ibn-abi-Yacub, «Kitab al-boldan» fól. 3. v.)

(2) Ibn-Khaldun, lo llama Abdallah.

(3) Ibn-Khaldun, fól. 16 r.

(4) Véase Sampiro, c. 27.

Córdoba condes y obispos que dijeran al Califa en su nombre que estaba pronto á ejecutar todas las cláusulas del tratado. (1) Desde entónces, Haquem que habia obtenido todo lo que quería, no pensó mas en cumplir las promesas que había hecho á Ordoño, de modo, que este desgraciado pretendiente se abatió sin provecho alguno á las mas vergonzosas adulaciones. Parece que no sobrevivió mucho tiempo á la pérdida de sus esperanzas, la historia por lo ménos no habla mas de él, refiriendo tan solo que murió en Córdoba, (2) y todo inclina á creer que había muerto antes de fines de 965.

Su muerte disipó los temores que Sancho había concebido. Contando con el apoyo de sus aliados el conde de Castilla, el rey de Navarra y los condes catalanes Borrel y Miron, tomó de nuevo un tono mas atrevido y no cumplió mejor que ántes las cláusulas del tratado. (3)

Vióse pues obligado Haquem á declarar la guerra á los Cristianos. Dirigió primero

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 251; Ibn-Khaldun, fólio 16 v.

(2) Manuscrito de Meg, párrafo 15; compárese con Sampiro, c. 26.

(3) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 251, c. 18.

sus armas contra Castilla, tomó á San Esteban de Gormaz (963) y obligó á Fernan Gonzalez á pedir la paz, (1) que fué rota casi ántes que concluida. En seguida Ghalib ganó la batalla de Atienza. Yhaya ibn-Mohamed Todjibi gobernador de Zaragoza venció á García, que perdió además la ciudad importante de Calahora, la que Haquem hizo rodear de nuevas fortificaciones, (2) al mismo tiempo que hacía reedificar en Castilla la arruinada fortaleza de Gormaz. En una palabra, aunque no era amante de la guerra y la hizo contra su voluntad, la hizo tan bien, que obligó á sus enemigos á pedir la paz. Sancho de Leon, la solicitó en 966. (3) Los condes Borrel y Miron, que habían sufrido tambien muchos descalabros, siguieron su ejemplo, comprometiéndose á desmantelar las fortalezas que tenían mas próximas á las fronteras musulmanas. García de Navarra envió tambien condes y obispos á Córdoba y el poderoso conde gallego Rodrigo Velazquez,

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 251; Ibn-Khaldun, fólio 16 r.

(2) Compárese con Ibn-Adhari, t. II, p. 257.

(3) Sampiro, c. 27.

hizo pedir la paz por medio de su madre, á quien Haquem recibió con las mayores deferencias y á quien hizo soberbios regalos.(1)

La paz que el Califa había concluido con casi todos sus vecinos fué duradera. Haquem era demasiado pacífico para romperla y los Cristianos se vieron poco despues sumidos en tal anarquía, que no pudieron pensar en volver de nuevo sus armas contra los Musulmanes. Mientras que aun negociaba con el Califa, Sancho atacó á Galicia que hasta entónces le había permanecido rebelde y ya había logrado someter todo el pais que se halla al Norte del Duero, cuando el conde Gonzalvo, que había reunido contra él un gran ejército al Sud de este rio, le pidió una entrevista. Tuvo lugar, pero el pérfido Gonsalvo hizo servir al rey un fruto envenenado, que apénas probó éste, cuando se sintió desfallecer. El veneno le atacó al corazon, pero sin matarlo inmediatamente. Parte, por gestos, parte por palabras entrecortadas, manifestó Sancho el deseo de que lo llevaran

(1) Ibn-Khaldun, fól. 16 v., 17 r.

al punto á Leon, pero al tercer dia murió en el camino. (1)

Sucedióle su hijo Ramiro, tercero de este nombre, que no contaba aun, mas que cinco años, bajo la tutela de su tia Elvira, monja en el convento de S. Salvador de Leon; pero los grandes del reino, que no querían obedecer á una muger y á un niño, se apresuraron á declararse independientes. (2) El Estado se halló pues, dividido entre una multitud de pequeños príncipes y reducido á una completa impotencia. Un ejército de ocho mil daneses, que habian servido ántes bajo Ricardo I de Normandía y que este duque envió á España, cuando ya no los necesitó, desvastaron impúnemente á Galicia durante tres años. (3) La regente Elvira, no podía pensar pues en renovar la guerra contra los Árabes. (4)

Las razias contra Castilla, continuaron

---

(1) Sampiro, c. 27; «Chronicon Iriense,» c. 10. Sancho murió hacia fines del año 966; véase á Risco «Historia de Leon,» t. I, p. 212.

(2) Mon. Sil., c. 70.

(3) Véanse sobre esta invasion mis «Recherches,» p. 300, 315.

(4) Véase Sampiro, c. 28.

por algun tiempo, (1) pero la muerte de Fernan Gonzalez en 970, procuró al Califa la paz con este condado. Desde entónces pudo entregarse enteramente á su aficion á las letras y al desarrollo de la prosperidad pública.

Nunca había reinado en España, príncipe tan sábio, y aunque todos sus predecesores habian sido hombres cultos, aficionados á enriquecer sus bibliotecas, ninguno buscó con tal ánsia libros preciosos y raros. En el Cairo en Bagdad, en Damasco y en Alejandría, tenía agentes encargados de copiarle ó de comprarle á cualquier precio libros antiguos y modernos. Su palacio estaba lleno, era un taller donde no se encontraban mas que copistas, encuadernadores y miniaturistas. Solo el catálogo de su biblioteca se componía de cuarenta y cuatro cuadernos, de veinte hojas, segun unos, de cincuenta segun otros, y no contenía más que el título de los libros, y nó su descripcion. Cuentan algunos escritores, que el número de volúmenes subía á cuatrocientos mil. Y Haquem los había leido todos, y lo que es más, había anotado la mayor par-

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 255, l. 14 y 23.

te. Escribía al princio ó al fin de cada libro, el nombre, el sobre-nombre, el nombre patronímico del autor, su familia, su tribu, el año de su nacimiento y de su muerte y las anécdotas que corrian acerca de él. Estas noticias eran preciosas. Haquem conocía mejor que nadie la historia literaria, así, que sus notas han hecho siempre autoridad entre los sábios andaluces. Libros compuestos en Persia y en Siria, le eran conocidos muchas veces, ántes que nadie los hubiera leido en el Oriente. Sabiendo que un sábio del Irac, Abu-'l-Faradj Isfahani se ocupaba en reunir noticias de los poetas y cantores árabes, le envió mil monedas de oro, suplicándole que le mandára un ejemplar de su obra, en cuanto la hubiera terminado. Lleno de reconocimiento se apresuró Abu-'l-Faradj á satisfacer su deseo. Ántes de publicar su magnífica coleccion, que es todavía la admiracion de los sábios, envió al Califa español un ejemplar corregido, acompañado de un poema con su alabanza, y de una obra sobre la genealogía de los Omeyas. Un nuevo presente lo reconpensó. (1) En general la libera-

(1) Ibn-al-Abbar, p, 101, 103; Maccari, t. I, página 256.

lidad de Haquem para con los sábios españoles, y extranjeros, no conocía límites: así afluian ellos á su córte. El monarca los alentaba y protegía á todos, hasta á los filósofos, que pudieron al fin entregarse á sus estudios sin temor de que los matáran los beatos. (1)

Todos los ramos de la enseñanza debian florecer bajo príncipe tan esclarecido. Las escuelas primarias eran ya buenas y numerosas. En Andalucía casi todo el mundo sabía leer y escribir, mientras que en la Europa cristiana, á ménos que no perteneciera al clero, no sabian. Tambien se enseñaba en las escuelas, Gramática y Retórica. (2) Y sin embargo, Haquem opinó que la instruccion no estaba bastante estendida aun, y en su benévola solicitud por las clases pobres, fundó en la capital veinticinco escuelas, cuyos maestros eran pagados por él, para que los hijos de padres desvalidos recibieran educacion gratuita. (3) La universidad de Córdoba era entónces una de las más famosas del mundo. En la mezqui-

(1) Zaid de Toledo, fól. 246 r.

(2) Ibn-Khaldun, «Prolegómenos»

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 256.

ta principal (pues aquí era donde se daban las lecciones,) (1) Abu-Becr-ibn-Moawia, el Coreixita, esplicaba las tradiciones relativas á Mahoma. (2) Abu-Alí-Kalí de Bagdad, alistaba una grande y hermosa compilacion, que contenía una inmensa suma de curiosas noticias, acerca de los antiguos Árabes, sus proverbios, su lengua y su poesía, compilacion que publicó mas adelante con el título de «Amali» ó «Dictados.» (3) La Gramática era enseñada por Ibn-Alcutia, que á juicio de Abu-Alí-Khalib, era el gramático mas sábio de España. Otras ciencias tenian representantes no menos ilustres, así es que los estudiantes que seguian sus cursos, se contaban á millares. La mayor parte de ellos estudiaban lo que se llamaba «el fikh,» es decir, la Teología y el Derecho, porque esta ciencia llevaba entonces á los puestos mas lucrativos. (4)

Del seno de esta juventud universitaria

---

(1) Maccari, t. I, p. 136.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 274.

(3) Véase Ibn-Khallican, traduccion de M. Slane, t. I, p. 210-212.

(4) Véase Maccari, t. II. p. 296.

salió un hombre cuya fama ha de llenar bien pronto, no solo á España, sino al mundo entero, y que debemos ahora dar á conocer á nuestros lectores.

---

## VI.

En uno de los primeros años del reinado de Haquem II, comian cinco estudiantes en un jardin de las cercanías de Córdoba. Á los postres reinaba gran alegría entre los convidados, uno solo estaba silencioso y pensativo. Este jóven era alto y bien formado, la espresion de su fisonomía era noble, digna, casi altiva, y su actitud anunciaba un hombre nacido para el poder. (1)

Saliendo al fin de su meditacion esclamó de pronto:

—No lo dudeis, yo seré un dia el señor del pais.

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 274, c. 13.

Sus amigos se echaron á reir de esta exclamacion; pero él prosiguió sin desconcertarse:

—Decidme cada uno de vosotros el puesto que desea, que yo se lo daré cuando reine.

—Pues bien, dijo entónces uno de los estudiantes; yo encuentro estos buñuelos deliciosos, y pues que os es igual desearía ser nombrado inspector del mercado, porque entónces yo tendría buñuelos á pasto, sin que me costara nada.

—Yo, dijo otro, soy muy aficionado á estos higos que vienen de Málaga, mi pais natal, nombradme Cadí de esta provincia.

—La vista de estos soberbios jardines me agrada en estremo, dijo el tercero, quisiera ser nombrado prefecto de la capital.

Pero el cuarto, guardaba silencio, indignado de los presuntuosos pensamientos de su condiscípulo.

Á tu vez, le dijo este último, pide lo que quieras.

Y aquel á quien había dirigido la palabra, le contestó tirándole de la barba:

—Cuando gobiernes á España, miserable fa nfarron, manda que despues de haberme frotado con miel, á fin de que las moscas y

las abejas vengan á picarme, me monten sobre un asno mirando hácia la cola, y que así me paseen por las calles de Córdoba.

Lanzóle el otro una mirada furiosa, mas tratando de dominar su cólera, dijo:

—Pues bien; cada uno de vosotros será tratado como desea. Algun dia me acordaré de lo que me habeis dicho. (1)

Concluida la comida se separaron, y el estudiante de los singulares y estravagantes pensamientos, volvió á casa de uno de sus parientes por parte de madre, donde habitaba. Su huesped le condujo á su cuartito que estaba en el último piso, y trató de trabar conversacion con él, pero el jóven, absorto en sus reflexiones, no le respondió mas que por monosílabos. Viendo que no había medio de sacarle nada, le dejó dándole las buenas noches. Á la mañana siguiente, viendo que no parecía al desayuno, y creyendo que estaría todavía dormido, subió á su cuarto para despertarlo, pero con gran sorpresa suya encontró la cama intacta, y al estudiante sentado en el sofá con la cabeza inclinada sobre el pecho.

---

(1) Ibn-al-Khatib, «man.» G. fól. 1170.; Abd-al-wahid, p. 18, 19.



—Parece que no te has acostado esta noche, le dijo.

—Es verdad, le respondió el estudiante.

—¿Y por qué has velado?

—Tenía una idea rara.

—¿En qué pensabas?

—En quién había de nombrar cadí, cuando gobierne á España y haya muerto el que tenemos ahora. He pasado revista con mi pensamiento á toda España y no conozco más que un hombre solo que merezca tener este empleo.

—¿Es acaso á Mohamed-ibn-as-Salim (1) á quien tenías presente?

—Si ¡Dios mio! ese és, veis cómo convenimos? (2)

Como se vé, este jóven tenía una idea fija en que soñaba de dia y que no le permitía dormir de noche. ¿Quién era pues, este, que perdido en la multitud que llena una capital, sentía fermentar en sí tan grandes esperanzas, y á quien sin ninguna relacion con la córte, se le había puesto en la cabeza que llegaría á ser ministro?

Se llamaba Abu-Amir-Mohamed. Su fa-

---

(1) Mohamed ibn-Ishac ibn-as-Salim.
(2) Abd-al-Walid, p. 18.

milia, la de los Beni-Abí-Amir, que pertenecía á la tribu yemenita de Moafir, era noble, pero no ilustre. Su séptimo abuelo Abdelmelic, uno de los pocos árabes que había en el ejército berberisco con que Taric desembarcó en España, se había distinguido, mandando la division que tomó á Carteya, primera ciudad española que cayó en poder de los Musulmanes. (1) En premio de sus servicios recibió el castillo de Torrox, situado á orillas del Guadiaro, en la provincia de Algeciras, con las tierras que le pertenecian. Sus descendientes, sin embargo, no lo habitaron sino á raros intérvalos. Por lo comun pasaban su juventud en Córdoba, para buscar empleos en la córte ó en la magistratura. Esto fué lo que hicieron, por ejemplo, Abu-Amir-Mohamed-ibn-al-Walid, viznieto de Abdelmelic y su hijo Amir. Este último, que desempeñó muchos empleos, era favorito del Sultan Mohamed á punto que este hizo inscribir su nombre en las monedas y en los estandartes. Abdallah, padre de nuestro estudiante, fué un teólogo-jurisconsul-

---

(1) Véase t. II, p.

to, distinguido y muy piadoso que había hecho la peregrinacion á la Meca. (1) Además, en todo tiempo, esta familia pudo aspirar á ilustres alianzas: el abuelo de Mohamed, se casó con la hija del renegado Yahya, hijo del cristiano Isaac, que despues de haber sido médico de Abderramen III, fué nombrado visir y gobernador de Badajoz (2) y su misma madre Boraiba era hija del magistrado Ibn-Bartal de la tribu de Temim. (3) Pero aunque antigua y respetable la familia de Beni-Abí-Anizr, no pertenecía á la alta nobleza, era, si se nos permite la palabra, una buena nobleza de toga, pero no, una nobleza de espada. Ningun Amirita, si se esceptua al compañero de Taric, Abdelmelic, había seguido la carrera de las armas, la mas noble entónces;

(1) Maccari, (t. I, p. 904) le ha dedicado un pequeño artículo.

(2) Véase Ibn-abi-Ozaibia.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 273, 274; Abd-al-Wálid, p. 17, 18, 26; Ibn-al-Abbar, p. 243, 152.—Hé aquí la genealogía completa de Mohamed; Abu Amir Mohamed, hijo de Abu-Hafz Abdallah y de Boraiha, hijo de Mohamed y de la hija del visir Yahya, hijo de Abdallah, hijo de Amir (favorito del Sultan Mohamed), hijo de Abu Amir Mohamed, hijo de al-Walid, hijo de Yezid, hijo de Abdelmelic.

(1) todos habian sido magistrados ó empleados en la córte. Mohamed había sido tambien destinado á la judicatura, y el mejor dia se despidió de las carcomidas torres, de su casa hereditaria, para ir á estudiar en la capital, donde ahora seguía los cursos de Abu-Becr ibn-Moawia el Coreixita, de Abu-Alí-Cali y de Inb-al-Cutia. (2) En cuanto á su carácter, era un jóven de inteligencia y de corazon, pero de natural exaltado, de imaginacion ardiente, de fogoso temperamento, dominado por una pasion única, pero de violencia singular. Los libros que leia con preferencia eran las antiguas crónicas nacionales, (3) y lo que más le cautivaba en sus polvorientas páginas, eran las aventuras de los que saliendo de condicion inferior á la suya, se habian elevado sucesivamente á las primeras dignidades del Estado. A estos era á los que tomaba por modelos y como no ocultaba sus ambiciosos pensamientos, sus camaradas lo miraban muchas veces como una cabeza dis-

---

(1) Compárese con el verso que cita Ibn-Adhari, t. II, p. 273, última línea.
(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 274.
(3) Ibn-al-Abbar, p. 152.

locada. No lo era, sin embargo. Cierto és, que una idea única parecía absorber todas las facultades de su inteligencia, pero esto no era una especie de enagenacion mental, sino la adivinacion del génio. Dotado de gran talento, fecundo en recursos, firme y audaz cuando convenía, flexible, prudente y mañero cuando lo exigian las circunstancias, poco escrupuloso por lo demás sobre los medios que podían llevarlo á un glorioso fin, podía sin presuncion aspirar á todo. Ninguno tenía energía en el mismo grado, ni la accion lenta y contínua de la idea fija; una vez determinado el objeto, su voluntad se erguía, se afirmaba y marchaba derecha á él.

Sin embargo, sus principios no fueron brillantes. Acabados sus estúdios se vió obligado para ganar su vida, á abrir un bufete cerca de la puerta de palacio, para escribir las exposiciones de los que tenian algo que pedir al califa (1) Más adelante, obtuvo un empleo subalterno en el Tribunal de Córdoba, pero no supo conciliarse el favor de su jefe el Cadí. El que ocupaba entónces este cargo, era sin embargo

(1) Maccari, t. I, p. 259.





aquel Ibn-as-Salim (1) que Mohamed estimaba tanto, y no sin motivo, pues era un hombre muy sábio y muy honrado, uno de los mejores cadís que hubo en Córdoba, (2) pero era al mismo tiempo un espíritu frio, positivo, y que tenía una antipatía innata para todos aquellos, cuyo carácter no se asemejaba al suyo. Las ideas singulares del jóven empleado, y sus habituales distracciones, le disgustaban en el más alto grado; nada deseaba mas que verse libre de él, y por una singular coincidencia la aversion del Cadí contra Mohamed, procuró á este lo que más anhelaba, un empleo en la córte. El cadí se había quejado de él al visir Mozafí, suplicándole que le diera otro empleo. Mozafí le prometió buscárselo, y poco despues, buscando Haquem II un intendente capáz de administrar los bienes de su primogénito Abderramen, que tenía entónces cinco años, (3) le recomendó á Mohamed ibn-Abí-Amir. Sin embargo, la elec-

(1) Había sido nombrado cadí de Córdoba en diciembre de 966, en reemplazo de Mondhir ibn-Said-Bobluti que acababa de morir. Khochani, página 352.

(2) Véase Khochani, p. 352.

(3) Compárese con Ibn-Addari, t. II, p. 251.

cion de este intendente no dependía del Califa solo, dependía sobre todo, de la Sultana favorita Aurora, (1) vascongada de nacimiento, que tenía gran imperio en el ánimo de su esposo. Muchos le fueron presentados, pero Ibn-Abí-Amir, la encantó por su buena presencia y la distincion de sus maneras. Fué preferido á todos sus competidores, y el sábado 23 de Febrero de 976 fué nombrado intendente de los bienes de Abderramen, con un sueldo de quince monedas de oro mensuales. Tenía entónces veintiseis años.

Él no escusó nada para insinuarse todavía mas en el favor de Aurora y lo logró tan completamente que, ella le nombró tambien intendente de sus bienes propios y siete meses despues de su entrada en la córte fué nombrado inspector de moneda. (2) Gracias á este último empleo, tenía siempre sumas considerables á su disposicion que aprovechó para procurarse amigos entre los grandes. Siempre que cualquiera

---

(1) En árabe se llamaba Zobh, pero á causa de la enfonia, hemos creido que debíamos traducir esta palabra.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 267, 268. El nombre de Amir se halla en las monedas de esta época.

de ellos, se hallaba escaso de recursos (lo que con el tren que gastaban no podía dejar de sucederle con frecuencia) se hallaba dispuesto á sacarlos del apuro. Se refiere por ejemplo, que Mohamed ibn-Aflah, cliente del Califa y empleado en la córte (1) que estaba lleno de déudas, por los enormes dispendios que había hecho con ocasion del matrimonio de su hija, le llevó á la casa de la moneda una brida adornada de pedrería, suplicándole le prestara algun dinero sobre esta prenda que, segun decía, era lo único de valor que le quedaba. Apénas acabó de hablar, cuando Ibn-Abi-Amir, mandó á uno de sus empleados que pesara la brida y dieran á Ibn-Aflah su peso en monedas de oro. Asombrado de semejante generosidad, (por que el hierro y el cuero de la brida tenían mucho peso) apenas quería creer á sus oidos cuando oyó al inspector dar esta órden, pero debió rendirse á la evidencia, cuando al cabo de pocos instantes le dijeron que pusiera su capa en la cual vertieron un verdadero rio de monedas de plata, de modo que no solo pudo pagar sus deudas, sino que le quedó

(1) Maccari, t. I, p. 252, l. 2.

todavía una suma considerable. Así que tenía costumbre de decir: «Yo quiero á Ibn-Alí-Amir con toda mi alma y aunque me ordenara rebelarme contra mi soberano, no vacilaría en obedecerle.» (1)

De esta manera Ibn-Alí-Amir, se creó un partido ligado á sus intereses, pero lo que consideraba como su principal deber era satisfacer los caprichos de la Sultana y colmarla de regalos tales como jamás los había recibido. Sus invenciones eran muchas veces ingeniosas. Por ejemplo, una vez mandó fabricar con gran coste un pequeño palacio de plata, y cuando se acabó este magnífico juguete, hizo que lo llevaran sus esclavos al palacio del Califa con gran admiracion de los habitantes de la capital, que no habían visto jamás obra tan soberbia de platería. Era un regalo para Aurora. Ella no dejó de admirarlo y desde entónces no desperdició ocasion de alabar el mérito de su protegido y de adelantarlo en su fortuna. (2) La intimidad que reinaba entre ambos llegó á ser tal, que dió que murmu-

---

(1) Maccari, t. II, p. 61.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 268; Maccari, t. II, página 61.

rar á los maldicientes. Las demás damas del harem, recibían tambien regalos de Ibn-Abí-Amir. Todas se enagenaban con su generosidad, la dulzura de su lenguaje y la suprema distincion de sus maneras. El viejo Califa, no comprendía nada. «Yo no sé, decía un dia á uno de sus mas íntimos amigos, qué medios emplea ese jóven para reinar en el corazon de las damas de mi haren. Yo les doy todo lo que pueden desear, pero nada les agrada si no proviene de él. Yo no sé si debo mirarlo solamente, como un servidor de singular inteligencia ó como un gran mágico. Así es que no estoy sin recelo por el dinero público que está en sus manos.» (1)

En efecto, el jóven inspector corria gran peligro por esta parte. Habia sido muy generoso con sus amigos pero lo había sido á espensas del tesoro y como su rápida fortuna, no había dejado de crearle envidiosos, llegó un dia en que sus enemigos le acusaron al Califa de malversacion. Obligado á ir sin dilacion á palacio, á fin de presentar sus cuentas y el dinero que le había sido confiado, prometió hacerlo, pero se apresuró á

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 268.

buscar á su amigo el visir ibn-Hodair y habiéndole espuesto francamente, la difícil y peligrosa situacion en que se encontraba, le pidió que le prestara el dinero que le faltaba para llenar el déficit. Ibn-Hodair le dió al momento la suma pedida. Entónces Ibn-Abí-Amir, se presentó al Califa y presentándole sus cuentas, así como el dinero que debía tener, confundió á sus acusadores. Estos, creyendo hacerlo caer en desgracia, le proporcionaron, por el contrario, un brillante triunfo. El Califa los trató de calumniadores y se deshizo en elogios de la capacidad y probidad del inspector de moneda. (1) Colmóle de nuevas dignidades. Á principios de Diciembre de 969, le dió el cargo de curador de sucesiones vacantes y once meses despues el de Cadí de Sevilla y Niebla; luego, habiendo muerto el jóven Abderramen, lo nombró intendente de los bienes de Hixem, que era desde entónces el presunto heredero de la corona, (Julio de 970.) Ni acabó aquí. En Febrero de 972 fué nombrado Ibn-Abí-Amir, comandante del segundo regimiento del cuerpo que llevaba el nombre de «Chorta» y que estaba encar-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 269.

gado de la policía de la capital. (1) Á al edad de treinta y un años, acumulaba pues, cinco ó seis destinos importantes y muy lucrativos. (2) Así, que vivía con un lujo fastuoso y casi régio. El palacio que había hecho edificar en la Ruzafa era de incomparable magnificencia. Un ejército de secretarios y de otros empleados, elegidos en las clases mas elevadas de la sociedad, hacian circular allí el movimiento y la vida. Había mesa franca, la puerta estaba siempre llena de pretendientes. Por lo demás, Ibn-Abí-Amir, aprovechaba todas las ocasiones de hacerse popular y lo lograba completamente. Todo el mundo alababa su agrado, su cortesía, su generosidad; no había sobre esto mas que una opinion. (3)

El estudiante de Torrox había llegado ya á una elevada fortuna, pero quería subir mas y para alcanzar este objeto, pensaba que le era preciso sobre todo hacerse amigos entre los generales. Los asuntos de la Mauritania, le suministraron los medios.

Aquí, la guerra entre los Fatimitas y

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 267 y 268.

(2) Compárese con Ibn-Adhari. t. II, p. 260, l. 4, p. 270, l. 14 y 15.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 275.

los Omeyas, no había cesado un sólo instante, pero había tomado un carácter nuevo. Abderramen III, habia combatido á los Fatimitas para preservar á su pátria de la invasion extrangera. En la época de que nos ocupamos, este peligro había dejado de existir. Los Fatimitas habían vuelto sus armas contra el Egipto. En el año 966 lo conquistaron y tres años despues, su Califa Moezz, abandonó á Manzuria, capital de su imperio, para fijar su residencia en las orillas del Nilo, despues de haber confiado el vireinato de Ifrikia y de la Mauritania, al príncipe Cinhedjita Abu-'l-Fotuh Yusuf ibn-Ziri. Desde entónces España no tenía nada que temer de los pretendidos descendientes de Alí y como las posesiones africanas le costaban mucho más de lo que producían, quizá Haquem hubiera obrado prudentemente abandonándolas. Pero haciéndolo, hubiera creido deshonrarse, así que, en lugar de renunciar á estos dominios, trataba por el contrario de adelantar sus fronteras. Hacía pues, una guerra de conquista contra los príncipes de la dinastía de Edris que estaban por los Fatimitas.

Hasan ibn-Kennun qne reinaba en Tanger, Arcilla y otras ciudades del litoral

era uno de estos. Él, se había declarado unas veces por los Omeyas, otras por los Fatimitas, segun que unos ú otros eran mas poderosos, pero tenía mas inclinacion á estos últimos que le parecían menos de temer que los Omeyas, cuyas posesiones tocaban á las suyas. Así, que fué el primero que se declaró en favor de Abu-'l-Fotuh cuando este virey llegó á la Mauritania que recorrió triunfante. Haquem le guardaba rencor por su defeccion y á la partida de Abu-'l-Fotuh, ordenó al generai Ibn-Tomlos (1) ir á castigar á Ibn-Kennun y reducirlo á la obediencia. Á principios de Agosto de 972, Ibn-Tomlos se embarcó con un numeroso ejército y habiéndose llevado consigo gran parte de la guarnicion de Céuta, marchó contra Tánger. Ibn-Kennun, que estaba en esta ciudad, salió á su encuentro, pero sufrió tan completa derrota que no pudo ni siquiera pensar en volver á Tánger. Abandonada así esta ciudad así misma, pronto se vió obligada á capitular con el almirante Omeya que bloqueaba el puerto, y el ejército por su parte se apoderó de Delúl y Arcilla.

---

(1) Mohamed ibn-Casim, ibn-Tomlos.

Hasta aquí las tropas omeyas habían ido triunfantes, pero la fortuna les volvió la espalda. Habiendo llenado sus filas con nuevas levas, Ibn-Kennun tomó de nuevo la ofensiva y marchó sobre Tánger, batiendo á Ibn-Tomlos que había salido á su encuentro y que encontró la muerte en el campo de batalla. Entónces todos los otros príncipes Edrisitas levantaron el estandarte de la rebelion y los capitanes de Haquen, que se habían retirado á Tánger, le escribieron, que si nó recibian inmediatos refuerzos había acabado la dominacion omeya en Mauritania.

Conociendo la gravedad del peligro, Haquem, resolvió enviar á África á sus mejores tropas y á su mejor general, al valiente Galib. Habiéndole hecho venir á Córdoba, le dijo: «Parte, Galib, cuida de no volver sino vencedor, y sabe que me podrás hacerte perdonar una derrota, sino muriendo en el campo de batalla. No economices dinero, repártelo á manos llenas entre los partidarios de los rebeldes. Destrona á todos los Edrisitas y envíalos á España.»

Galib atravesó el estrecho con lo mejor de las tropas españolas. Desembarcó en Cázar-Mazmuda entre Céuta y Tánger, y

marchó en seguida hácia adelante. Ibn-Khennan trató de detenerlo; sin embargo, no hubo batalla propiamente dicha, sino escaramuzas que duraron muchos dias, durante los que Galib trató de corromper á los jefes del ejército enemigo. Y lo consiguió. Seducidos por el oro que les ofrecía, así como por los soberbios vestidos y las espadas llenas de pedrería, que se hacian brillar ante sus ojos, casi todos los oficiales de Ibn-Kennun se pasaron á la bandera omeya. El Edrisita no tuvo mas remedio que meterse en una fortaleza que se hallaba en la cresta de una montaña y que llevaba el nombre bien elegido de «Roca de las águilas.» (1)

El Califa recibió con mucha alegria la noticia de este primer triunfo; pero cuando supo cuánto dinero había gastado Galib para comprar á los jeques berberiscos, le pareció que este general, había tomado demasiado á la letra, la recomendacion que le había hecho. En efecto, ya sea que se derrocharan en la Mauritania los tesoros del Estado, sea que los robaran, los gastos cuya cuenta se presentó al Califa pa-

(1) «Hadjar an-nasr» en árabe.

saban de raya. Para poner término á estas prodigalidades ó á estos latrocinios, resolvió Haquem enviar á Mauritania como interventor general de hacienda á un hombre de reconocida probidad. La eleccion recayó en Ibn-abi-Amir, que fué nombrado cadí supremo (1) de Mauritania con órden de intervenir todos los hechos de los generales, y especialmente sus operaciones financieras. Y al mismo tiempo se mandó á los empleados militares y civiles, la órden de no hacer nada sin consultarlo préviamente con Ibn-Abí-Amir y obtener su consentimiento.

Por primera vez de su vida se encontró Ibn-Abí-Amir en contacto con el ejército y sus caudillos. Era precisamente lo que deseaba, aunque sin duda hubiera preferido que hubiese tenido lugar en otras circunstancias y condiciones. La tarea que se le había impuesto era sumamente difícil y delicada. Su interés le aconsejaba atraerse á los generales, y sin embargo, había sido enviado al campamento para ejercer sobre ellos una vigilancia, siempre odiosa. Gracias á la singular destreza, cuyo secreto él

(1) Cadhi-al-codhat.

solo poseía, supo sin embargo, salir del apuro y conciliar su interés con su deber. Cumplió su mision á entera satisfaccion del Califa, pero lo hizo con tantas consideraciones para con los oficiales, que estos en lugar de tomarle ódio, como hubiera podido temerse, no le regateaban sus elogios. Al mismo tiempo se concilió la amistad de los príncipes africanos y de los jeques de las tribus berberiscas, que le fué muy útil en adelante. Acostumbróse tambien á la vida del campamento, y se ganó el afecto de los soldados, á quienes acaso un instinto secreto decía que en ese cadí había la madera de un guerrero. Entretanto Galib, despues de haber sometido á los demás Edrisitas había ido á sitiar á Ibn-Khennun en su Roca de las Águilas, y como este castillo era, si nó inespugnable, por lo menos muy dificil de tomar, el Califa envió á Mauritania nuevas tropas, sacadas de las guarniciones que defendian las fronteras setentrionales del imperio, mandadas por el Visir Yahya-ibn-Mohamed Todjibi, virey de la Frontera superior. Habiendo llegado este refuerzo en Octubre de 973, se estrechó el sitio con tal vigor, que Ibn-Khennun tuvo que capitular (á fin de Febrero de 974.) Pidió y ob-

tuvo para él, su familia y sus soldados libertad de vidas y haciendas, pero se obligó á entregar la fortaleza y á ir á Córdoba.

Pacificada la Mauritania, Galib repasó el Estrecho acompañado de todos los príncipes Edrisitas. El Califa y las personas notables de Córdoba salieron al encuentro del vencedor, cuya entrada triunfal fué una de las mas notables que presenciará nunca la capital de los Omeyas (21 de Setiembre de 974.) Por lo demás, el Califa se mostró generosísimo con los vencidos, y sobre todo, con Ibn-Kennun á quien prodigó regalos de toda especie, y como sus soldados, que eran setecientos, fueran famosos por su bravura, los tomó á su servicio haciéndolos inscribir en el registro del ejército. (1)

La entrada de Galib en la capital fué el último dia bueno de la vida del Califa. Poco tiempo despues, hácia el mes de Diciembre, tuvo un grave ataque de aplopegía. (2)

---

(1) Ibn-Adhari, t. II. p. 260-265, 268, 269; «Cartás,» p. 56-58; Ibn-Khaldun «Historia de los Berberiscos,» t, II, p. 149-151, t. III, p. 215, 216 de la traduccion.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 265, 276, l. 3.

Conociendo él mismo que su fin se aproximaba, ya no se ocupó más que de buenas obras. Emancipó un centenar de esclavos, rebajó en una sesta parte las contribuciones reales en las provincias españolas, y mandó que el arrendamiento de las tiendas de los guarnicioneros de Córdoba, fuera entregado periódicamente y á perpetuidad á los maestros encargados de la instruccion de los niños pobres. (1) En cuanto á los negocios del Estado de que no podía ocuparse sino á raros intérvalos, abandonó su direccion al visir Mozhafí, (2) y pronto pudo conocerse que otra mano dirigía el timon. Más económico que su amo, Mozhafí observó que la administracion de las provincias africanas y la manutencion de los príncipes Edrisitas costaba demasiado al erario. Por consiguiente, despues de haber hecho que estos se comprometieran á no volver á Mauritania, los hizo marchar á Túnez, de donde se fueron á Alejandría (3) y habiendo llamado á España al visir Yahya-ibn-Mohamed-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 265.
(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 269, 276.
(3) «Cartás,» p. 58; Ibn-Khaldun «Historia de los Berberiscos» t. II, p. 152 de la traduccion.

el-Todjibita, que desde la venida de Galib era virey de las posesiones africanas, confió el gobierno de estas á dos príncipes indígenas Djafar y Yahya hijos de Al-ibn-Hamdun. (1) Esta última medida le había sido dictada no solo por una prudente economía, sino por el temor que le inspiraban los cristianos del Norte. Enardecidos con la enfermedades del Califa y con la ausencia de sus mejores tropas, estos habían vuelto á comenzar las hostilidades en la primavera de 975 y ayudados por Abu-'l-Ahwaz Man, de la familia de los Todjibitas de Zaragoza, habían puesto sitio á muchas fortalezas musulmanas. (2) Mozhafi juzgó con razon que en aquellas circunstancias, debía proveer ante todo á la defensa del país y en cuanto estuvo de vuelta el bravo Yahya ibn-Mohamed se apresuró á nombrarlo de nuevo virey de la Frontera superior. (3)

En cuanto al Califa solo un pensamiento

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 265; Ibn-Khaldun «Historia de los Berberiscos,» t. II, p. 151, 152 y sobre todo, t. III, p. 216.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 265; compárese con Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. III, p. 216.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 266.





le ocupaba en los últimos meses de su vida, el de asegurar el trono á su hijo, niño todavía. Antes de su advenimiento al trono, no había visto realizarse su mayor deseo, el de tener hijos, y como era ya de edad bastante avanzada casi desesperaba de lo porvenir, cuando en el año 972, Aurora le dió uno que recibió el nombre de Abderramen y tres años mas tarde otro, Hixem. Inmensa fué la alegría que el nacimiento de estos dos hijos produjo al Califa y desde esta época databa la influencia casi ilimitada que Aurora ejercia en el ánimo de su esposo. (1) Pero nublóse pronto su alegría. Su primogénito, la esperanza de su vejez, murió pequeño. No le quedaba ya mas que Hixem y se preguntaba con ansiedad si sus súbditos en vez de reconocer á este niño por soberano, no darían mas bien la corona á uno de sus tíos. Esta inquietud era muy natural. Nunca se había sentado hasta entónces un menor en el trono de Córdoba y la idea de una regencia repugnaba á los Árabes, en estremo. Y sin embargo, Haquen no quería por nada en el mundo que le sucediera ninguno mas que su hijo, y además,

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 251, 552, 253.

había una antigua profecía que decía que la dinastía omeya había de caer, en cuanto saliera la sucesion de la línea recta. (1)

Para asegurar el trono á su hijo, el Califa no veía mas medio que hacerlo jurar lo ántes posible. Por consiguiente, convocó á los grandes del reino á una sesion solemne, que debía tener lugar el 5 de febrero de 976. En el dia prefijado declaró su intencion á la asamblea invitando á todos los que la componían á firmar un acta en la que Hixem era declarado heredero del trono. Ninguno se atrevió á negarse y entónces el Califa encargó á Ibn-Abí-Amir y al secretario de Estado Maisur liberto de Aurora (2) de mandar sacar muchas copias de este acta, de enviarlas á las provincias españolas y africanas y de invitar, no solo á los notables sino hasta los hombres del pueblo, á que la firmasen. (3) Esta órden fué ejecutada in-

(1) Véase Maccari, t. II, p. 59.

(2) Ibn-Adhari la llama al-Djafari. Djafar era el nombre de guerra que Haquem había dado á Aurora (véase Ibn-Adhari. t. II, p. 269) y por esta causa sus libertos llevaban el nombre de Djafari ó de Djoaifirí (Djoaifirí es el diminutivo de Djafar.) Es sabido que los Califas tanto en Bagdad, como fuera, gustaban de poner nombres de varon á las mugeres de sus harenes.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 265, 266.

mediatamente y como se temía demasiado al Califa, para atreverse á desobedecerlo, no faltaron las firmas en ninguna parte. Además, el nombre de Hixem fué pronunciado desde entónces en las oraciones públicas, y cuando Haquen murió, (1.° de Octubre de 976, (1) llevaba á la tumba la firme conviccion de que su hijo había de sucederle y que en caso de necesidad Mozhafi é Ibn-abi-Amir, que acababa de ser nombrado mayordomo, (2) sabrian hacer respetar á los Andaluces el juramento que habian prestado.

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 249. En la página 269 se leee Ramadhan en lugar de Zafar. Es una equivocacion.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 268.

## VII.

Haquem había espirado en los brazos de de sus dos principales eunucos Fayic y Djaudhar. Escepto ellos, todo el mundo ignoraba todavía que hubiera muerto. Ellos resolvieron tenerlo secreto, y trataron sobre el partido que habian de tomar.

Aunque esclavos, estos dos eunucos, de los que uno tenía el título de maestro guardarropas y el otro el de gran alconero, eran grandes señores, hombres poderosos. Tenian á su servicio multitud de servidores armados que pagaban, y que no eran ni eunucos, ni esclavos. Tenian además á sus órdenes un cuerpo de mil eunucos eslavos, todos esclavos del Califa, pero al mismo tiempo muy ricos, pues tenían grandes posesiones y palacios. Este cuerpo que

pasaba por ser el mejor ornato de la corte, gozaba de enormes privilegios. Sus indivíduos oprimían y maltrataban á los Córdobeses de todas maneras y el Califa apesar de su amor á la justicia, había cerrado siempre los ojos sobre sus delitos y hasta sobre sus crímenes. A los que llamaban su atencion sobre las violencias que cometian contestaba invariablemente: «Estos hombres, son los guardas de mi haren, tienen toda su confianza, y me es imposible estarlos reprendiendo, contínuamente; pero estoy convencido de que si mis súbditos, como debian, los trataran con amabilidad y con respeto, no tendrían de qué quejarse.» Tal esceso de bondad había hecho á los eslavos vanos y orgullosos. Se consideraban como el cuerpo mas poderoso del Estado, y sus jefes, Tayic y Djaudhar, imaginaban que de ellos solo dependía la eleccion del nuevo Califa.

Pero ni uno ni otro querian á Hixem. Si este niño subía al trono, el ministro Mozhafí, á quien ellos no querian, reinaría de hecho, y su influencia sería casi nula. Verdad es que la nacion había jurado ya á Hixem, pero los dos eunucos apreciaban en lo que vale un juramento político, y sabian que la mayor parte de los que habian jurado,

lo habian hecho á regañadientes. Tampoco ignoraban que la opinion pública rechazaba la idea de una regencia, y que pocos deseaban ver subir al trono un jefe temporal y espiritual, que todavía no tenía doce años. Por otra parte, esperaban volver á ganarse fácilmente su popularidad que tenian muy comprometida, si respondiendo al voto general daban la corona á un príncipe de edad más madura. Únase á esto que el príncipe que les debiera su elevacion, estaría ligado á ellos por los lazos de la gratitud y que podian lisongearse con la esperanza de gobernar en su nombre el Estado.

Resolvieron, pues, en seguida dejar á Hixem á un lado, y tambien se pusieron de acuerdo en dar la corona á su tio Moghira que contaba entónces veintisiete años, á condicion, sin embargo de que este había de nombrar por sucesor á su sobrino, pues no querian que pareciera que olvidaban de todo punto la última voluntad de su antiguo amo.

Convenidos estos puntos, dijo Djandhar: «Ahora es preciso hacer venir á Mozhafí, le cortarémos la cabeza, y despues podrémos ejecutar nuestros proyectos.» Mas la idea de

este asesinato hizo temblar á Fayic, que ménos previsor que su cólega, era en cambio más humano. «¡Dios mio! esclamó: qué, hermano mio, (1) ¿quereis matar al secretario de nuestro señor, sin que haya hecho nada porque merezca la muerte? Guardémonos de principiar derramando sangre inocente. En mi opinion, Mozhafí, no es peligroso, y creo que no ha de estorbar nuestros proyectos.» No era Djaudhar de esta opinion, pero como Fayic era su superior, tuvo que ceder. Resolvióse, pues, ganar á Mozhafí por la buena, y se le mandó venir á palacio.

Cuando llegó le informaron los dos eunucos de la muerte del Califa, y habiéndole comunicado su proyecto, le pidieron su ayuda.

El plan de los eunucos repugnaba en estremo al ministro, pero como los conocía y sabía de lo que eran capaces, fingió que lo aprobaba. «Vuestro proyecto, les dijo, es

---

(1) Nada nos autoriza á creer que Fayic y Djaudhar fueran realmente hermanos, pero los eunuces se daban ordinariamente este nombre. Véase el pasaje de Ibn-al-Khatib citado en mis «Recherches» t. I de la primera edicion, p. 37 en la nota.

sin duda el mejor que puede imaginarse. Ejecutadlo; yo y mis amigos os ayudarémos con todas nüestras fuerzas. Sin embargo, haríais bien en aseguraros del asentimiento de los grandes del reino, pues sería el medio mejor de evitar una revuelta. En cuanto á mí, la línea de mi conducta está trazada; defenderé la puerta de palacio y esperaré vuestras órdenes.»

Habiendo logrado de este modo inspirar á los eunucos una falsa seguridad, Mozhafí convocó á sus amigos, á saber, á su sobrino Hixem, á Ibn-Abí-Amir, á Ziyad ibn-Aflah (cliente de Haquem II,) á Casim ibn-Mohamed, (hijo del general Ibn-Tomlos que había muerto en África contra ibn-Keunnun) y á algunos otros hombres influyentes. Hizo venir tambien á los capitanes de las tropas españolas y á los jefes del regimiento africano de los Beni-Birzer, que era con el que más contaba. Y habiendo reunido á todos sus partidarios les comunicó la muerte del Cálifa, y el proyecto de los eunucos, y continuó en estos términos: «Si Hixem sube al trono nada tendrémos que temer, y podrémos hacer lo que querámos; pero si Moghira triunfa perderémos nuestros empleos, y quizá la vida, pues ese príncipe nos ódia.»

Toda la asamblea fué de su opinion, y le aconsejaron hacer abortar el proyecto de los eunucos, haciendo matar á Moghira, ántes que este supiera la muerte de su hermano. Mozhafí aprobó este proyecto, pero cuando preguntó quién se encarga de ejecutarlo, no recibió respuesta. Ninguno quería mancharse con semejante asesinato.

Ibn-Abí-Amir tomó entónces la palabra: «Temo, dijo, que nuestro negocio concluya mal. Somos los amigos del jefe que está presente: lo que mande es preciso hacerlo, y pues que ninguno de vosotros quiere encargarse de esta empresa, yo me encargo; siempre sin embargo, que nuestro jefe lo apruebe. Nada temais, y tened confianza en mí.» Estas palabras produjeron una sorpresa general. No se esperaba que un empleado civil se presentára á cometer un asesinato, que guerreros acostumbrados á escenas de sangre y de carnicería, no osaban cometer. Aceptóse sin embargo, su oferta sin tardanza, y le digeron: «Despues de todo teneis razon en encargaros de la ejecucion de este proyecto. Como teníais el honor de ser admitido en la intimidad del Califa Hixem y gozais tambien de la estimacion de muchos otros miembros de la familia real,

nadie como vos puede cumplir una comision tan delicada.»

Ibn-Abí-Amir montó á caballo, y acompañado del general Bedr (pariente de Abderramen III), de cien guardias de corps y de algunos escuadrones españoles, se dirigió al palacio de Moghira. Cuando llegó, apostó los guardias de corps á la puerta, hizo cercar el palacio por las otras tropas y penetrando solo en el salon donde se hallaba el príncipe, le dijo que el Califa había dejado de existir y que Hixem le había sucedido. «Sin embargo, añadió: los visires temen que esteis descontento de estas disposiciones, y me han enviado á vos para preguntaros lo que pensais.»

El príncipe palideció al escuchar estas palabras. Demasiado comprendía lo que significaban, y viendo ya la espada suspendida sobre su cuello, contestó con voz trémula: «La muerte de mi hermano me aflije mucho más de lo que pudiera esplicar, pero veo con satisfaccion que le haya sucedido mi sobrino. ¡Ojalá que su reinado sea largo y feliz! Decid á los que os han enviado, que los obedeceré en todo, y que cumpliré el juramento que tengo prestado á Hixem. Exigid de mí todas las garantías que querais,

pero si habeis venido para otra cosa, os suplico que tengais piedad de mí. ¡Por Dios os pido que me perdoneis la vida y penseis maduramente lo que vais á hacer.»

Ibn-Abí-Amir tuvo lástima de la poca edad del príncipe y dejándose ganar por su aire cándido, creyó en la sinceridad de sus protestas. No se había detenido ante la idea de un asesinato que juzgaba provechoso al bien del Estado y de sus propios intereses; pero no quería manchar sus manos con sangre de un hombre que no le parecía temible. Escribió pues, á Mozhafí diciéndole que había encontrado al príncipe en las mejores disposiciones, que por su parte no había nada que temer y que por consiguiente le pedía autorizacion para dejarle la vida y encargó á un soldado de llevar esta carta al ministro. Poco despues el soldado vino con la respuesta de Mozhafí concebida en estos términos: «Tú lo estás echando á perder todo con tus escrúpulos y comienzo á creer que nos has engañado. Cumple tu deber ó enviaremos otro en tu lugar.»

Ibn-Abi-Amir, enseñó al príncipe la carta que contenía su sentencia de muerte y luego, no queriendo ser testigo del hecho

horrible que iba á ejecutarse, salió de la sala y mandó que entraran á los soldados. Estos sabiendo ya lo que tenían que hacer estrangularon al príncipe y habiendo colgado su cadáver en un gabinete contiguo, dijeron á los criados que el príncipe se había ahorcado cuando querían obligarlo á ir á prestar homenaje á su sobrino. Poco despues, recibieron de Ibn-Abí-Amir la órden de enterrar el cadáver en la sala y de tapiar las puertas.

Cumplida su comision, Ibn-Abí-Amir volvió en busca del ministro y le dijo que estaban ejecutadas sus órdenes. Mozhafí le dió las gracias con efusion y para mostrarle su reconocimiento le hizo sentar á su lado.

Fayia y Djaudhar no tardaron en saber que Mozhafí los había engañado y había desbaratado su proyecto. Uno y otro, pero Djaudhar sobre todo, estaban furiosos. «Veis ahora, dijo á su colega, como tenía razon cuando decía que ante todo era preciso desembarazarnos de Mozhafí; pero no quisísteis creerme.» Sin embargo, se vieron obligados á poner buena cara á mal juego y yendo á buscar á Mozhafí se escusaron diciendo, que habían tenido una mala idea y

que su plan era mucho mejor que el de ellos. El ministro que los odiaba tanto como ellos lo odiaban á él, pero que por el momento no podía pensar en castigarlos, pareció aceptar sus esplicaciones, de modo que á lo menos en apariencia se restableció la paz entre unos y otros. (1)

Á la mañana siguiente (lunes 2 de Octubre,) los habitantes de Córdoba recibieron la órden de ir á palacio. Cuando llegaron encontraron al jóven Califa en la sala del trono y cerca de él á Mozhafí que tenía á Fayic á su derecha y Djaudhar á su izquierda, ocupando tambien los demás dignatarios sus respectivos puestos. El Cadí Ibn-as-Salim hizo que prestaran juramento al monarca, primero sus tíos y sus primos, luego los visires, los empleados de la córte, los principales Coreixitas y los notables de la capital. Hecho esto, Ibn-Abí-Amir quedó encargado de hacérselo prestar al resto de la asamblea. La cosa no era fácil, porque había refractarios, pero gracias á su elocuencia y á su talento per-

---

(1) Ibn-Adhari, t. II. p. 276-279; Maccari, t. II, p. 59, 60.

suasivo, Ibn-Abí-Amir consiguió llevarla á buen término; de modo qne apenas quedaron dos ó tres personas que persistieran en su negativa. Todo el mundo convino pues en alabar el tacto y la habilidad de que el inspector de moneda había dado pruebas en esta ocasion. (1)

Hasta aquí todo habia salido bien á Mozhafí y á sus partidarios, y el porvenir parecía sereno. El pueblo, á juzgar por su actitud tranquila y resignada, se habia acostumbrado á la idea de una regencia, que ántes le inspiraba tanto miedo y aversion. Pero estas apariencias eran engañosas; el fuego se ocultaba bajo las cenizas. Maldecíase en secreto á los grandes señores, ávidos y ambiciosos que se habian apoderado del poder y que habian inaugurado su reinado con el asesinato del infeliz Moghira. Los eunucos eslavos, tuvieron buen cuidado de fomentar el descontento de la capital, y en poco tiempo llegó á ser tal, que de un momento á otro podía convertirse en rebelion. Ibn-Abí-Amir que no se hacía ilusiones sobre el estado de los ánimos,

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 270, 280; Ibn-al-Abbar, p. 141.

aconsejó entónces á Mozhafí intimidar al pueblo con un paseo militar, despertar el amor que siempre había tenido á sus monarcas, enseñándole al jóven Califa y contentarlo con la abolicion de algun impuesto. Habiendo aprobado el ministro estas proposiciones, se resolvió que el Califa se presentára al pueblo el sábado 7 de Octubre. En la mañana de este dia, Mozhafí, que hasta entónces no había llevado más que el título de visir, fué nombrado, ó mas bien, se nombró á sí mismo hadjib ó primer ministro, mientras que Ibn-Abí-Amir por voluntad espresa de Aurora (1) fué promovido á la dignidad de visir con encargo de gobernar juntamente el Estado con Mozhafí. En seguida Hixem II recorrió á caballo las calles de la capital, rodeado de un número inmenso de soldados, y acompañado de Ibn-Abí-Amir. Al mismo tiempo se publicó un decreto por el cual fué abolido el impuesto sobre el aceite, uno de los más odiosos, y que pesaba principalmente sobre las clases inferiores. Estas medidas, y

(1) Véase Maccari, t. II, p. 60.

sobre todo, la última, produgeron el efecto que se habian propuesto, y como Ibn-Abí-Amir, tuvo buen cuidado de que se supiera por sus amigos que él era quien había aconsejado la abolición del impuesto sobre el aceite; el pueblo de las calles, el que se amotina, le proclamó un verdadero amigo de los pobres. (1)

Todavía, sin embargo, los eunucos continuaron urdiendo complóts, y Mozhafí fué informado por sus espías de que personas muy sospechosas y que parecian servir de intermediarias entre los eunucos y sus amigos de fuera, entraban y salian sin cesar por la puerta de Hierro. Á fin de hacer más fácil la vigilancia, el primer ministro hizo tapiar esta puerta, de modo que ya no se podía entrar á palacio más que por la de la Sodda. Además suplicó á Ibn-Abí-Amir, que hiciera todos los esfuerzos posibles para quitar á Fayic y á Djaudhar todos sus servidores armados que no eran ni eunucos ni esclavos. Ibn-Abí-Amir se lo prometió, y lo cumplió tan bien, que á fuerza de dinero y de promesas, quinientos hombres dejaron el servicio de los eu-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 270, 276.





nucos por el suyo. Como podía contar además con el apoyo del regimiento africano, de los Beni-Birzer, su poder era mucho mayor que el de sus adversarios. Dejaudhar lo conoció, y muy descontento de lo que sabía, presentó su dimision de gran alconero, y pidió permiso para retirarse del palacio del Califa. Esto no era más que una astúcia. Creyendo que no podian pasarse sin sus servicios, estaba seguro de que su dimision no sería aceptada, y que entónces tendría ocasion de dictar á sus adversarios las condiciones con que consentía permanecer en su puesto. Pero se engañó. Contra lo que esperaba, le aceptaron la dimision. Sus partidarios se exasperaron atrozmente, y se deshicieron en invectivas y en amenazas contra Mozhafí, é Ibn-Abí-Amir. Dorrí, mayordomo segundo, uno de sus jefes, se señaló sobre todos por la violencia de sus discursos. Entónces Mozhafí encargó á Ibn-Abí-Amir que buscara un medio cualquiera para deshacerse de este hombre. El medio no era dificil de encontrar. Dorrí era señor de Baeza, y los habitantes de este distrito tenian mucho que sufrir con la tiranía y la rapacidad de los intendentes de su amo. Ibn-Abí-Amir, se

aprovechó de esta circunstancia. Mandó decir secretamente á los habitantes de Baeza que si querian presentar querella contra su señor y sus empleados, podian estar seguros de que el gobierno les daría la razon. No dejaron de hacerlo, y Dorrí fué requerido por órden del Califa de ir al visirato, á fin de carearlo con sus súbditos. Obedeció, pero habiendo llegado á la casa, y viendo que se había desplegado grande aparato militar, quiso retroceder, pero Ibn-Abí-Amir lo impidió cogiéndolo por el cuello. Siguióse una lucha, en la que Dorrí cogió á su adversario por la barba. Entónces Ibn-Abí-Amir, llamó á los soldados en su auxilio. Sus tropas españolas no se movieron, porque respetaban demasiado á Dorrí para atreverse á poner las manos sobre él, pero los Beni-Birzel, que no tenian estos escrúpulos, acudieron en seguida, arrestaron á Dorrí y comenzaron á maltratarlo. Un sablazo de plano lo dejó sin sentido, y así lo llevaron á su casa, donde lo acabaron durante la noche.

Conociendo que con este asesinato se habian malquistado irreparablemente con los eslavos, entrambos ministros tomaron al punto una medida decisiva. Fayic, y sus

amigos recibieron órden del Califa para salir en seguida de palacio; luego se les formó cáusa por malversacion y fueron condenados á multas muy considerables, que empobreciéndolos, los dejaron en estado de no poder dañar á los ministros. Respecto de Fayic, que se creia el mas peligroso de todos, se procedió todavía con mas rigor: fué desterrado á una de las Baleares, donde murió poco despues. En cuanto á los eunucos menos comprometidos, se les dejaron sus empleos, y Socr, uno de ellos, fué nombrado jefe de palacio y de los guardias de corps.

Estas medidas, aunque tomadas por los dumviros en su propio interés, los hacían sin embargo populares. El ódio que los Cordobeses profesaban á los Eslavos, de quien tanto habían tenido que sufrir, era inmenso y se regocijaron mucho de su ruina. (1)

Sin embargo, por otra parte se murmuraba mucho del gobierno por su inaccion con los Cristianos del Norte. Estos que, como ya hemos dicho, habían vuelto á comenzar sus hostilidades cuando Haquem II

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 280, 281.

cayó enfermo, se hacían cada dia mas audaces, y llevaban sus atrevidas espediciones hasta las mismas puertas de Córdoba. Mozhafí no carecía para rechazarlos ni de dinero, ni de tropas, pero no entendiendo nada de guerra, no hacía casi nada en defensa del país. La sultana Aurora se alarmaba con razon, tanto de los progresos de los Cristianos, como del descontento de los Andaluces, que era su consecuencia. Comunicó sus temores á Ibn-Abí-Amir á quien hacía mucho tiempo que indignaban la debilidad y la incapacidad de su colega, pero que tranquilizó á la Sultana diciéndole que, si conseguía obtener dinero y el mando del ejército estaba seguro de vencer al enemigo. (1) Despues de esta conversacion, dijo espresamente á su colega que, si persistía en su inactividad pronto se les escaparía el poder y que no solo era su deber sino tambien su interés tomar sin demoras medidas enérgicas. Mozhafí, que conocía tenía razon, reunió entónces á los visires y les propuso enviar un ejército contra los Cristianos. Esta proposicion combatida por

(1) Véase Ibn-al-Abbar, p. 148.

alguno, fué aprobada por la mayoría y se trataba solo de saber quién mandaría el ejército, pero la responsabilidad en aquellas circunstancias parecía tan grande á los visires, que ninguno de ellos quiso tomarla sobre sí. «Yo me encargo de mandar las tropas, dijo entónces Ibn-Abí-Amir, pero á condicion de que he de tener libertad de elegirlas por mí mismo y de que se me ha de dar un subsidio de cien mil monedas de oro.» Esta suma pareció exhorbitante á un visir y lo dijo. «¿Pues bien, exclamó entónces Ibn-Abí-Amir, tomad vos doscientas mil y poneos á la cabeza del ejército si os atreveis!» El otro no se atrevió y se resolvió confiar el mando á Ibn-Abí-Amir y darle el dinero que pedía.

Habiendo elegido para acompañarle las mejores tropas del Imperio, el visir salió á campaña hácia fines de Febrero de 977. Pasó la frontera y puso sitio delante de la fortaleza de los Baños, una de las que Ramiro II, había hecho reedificar despues de la gloriosa victoria de Simanca. (1) Ha-

(1) Los historiadores árabes dan á esta fortaleza el nombre de Alhama. Es la traduccion literal de Banleos como escribe Sampiro, (c. 23) hoy los Baños.

biéndose hecho dueño del arrabal, recogió un considerable botin y hácia mediados de abril volvió á Córdoba con gran número de prisioneros.

El resultado de esta campaña, bien que en el fondo poco importante, causó sin embargo gran alegría en la capital, lo que era muy natural en aquellas circunstancias. Por primera vez desde el principio de la guerra, el ejército musulman había vuelto á tomar la ofensiva y dado una leccion al enemigo, leccion de que este se acordó tanto, que en adelante no se atrevió ya á venir á turbar el sueño de los Cordobeses. Esto era mucho á los ojos de estos últimos y por el pronto no pedían mas, pero si acaso exageraban los triunfos obtenidos, es imposible desconocer la gran importancia de esta campaña para el mismo Ibn-Abí-Amir. Queriendo ganarse el afecto del ejército, que acaso tenía aun cierta desconfianza de este ex-cadí, transformado en general, prodigó el oro que había recibido á título de subsidio y durante toda la duracion de la campaña tuvo mesa franca. Consiguió plenamente su proyecto. Oficiales y soldados se estasiaban con la afabilidad del visir, con su liberalidad y hasta

con los talentos de sus cocineros. En adelante podía contar con su adhesion; siempre que continuara recompensando con largueza sus servicios, eran suyos en cuerpo y alma. (1)

---

(1) Ibn-Adhari, t. II. p. 281, 282; Maccari, t. II, p. 60, 61.

# VIII.

Á proporcion que aumentaba el poder de Ibn-Abí-Amir, Mozhafí perdía su influencia. Era hombre de escaso mérito y de humilde cuna, pero como su padre, berberisco valenciano, había sido el preceptor de Haquem, pronto este príncipe trasladó al hijo el afecto y la estimacion que había tenido para el padre. Mozhafí tenía por otra parte las prendas que Haquem mas estimaba; era literato y poeta. Su fortuna había sido maravillosa. De secretario íntimo de Haquem había llegado á ser sucesivamente coronel del segundo regimiento de la «Chorta,» gobernador de Mallorca, y pri-

mer secretario de Estado. (1) Pero no había sabido hacerse amigos. Tenía toda la vanidad de un advenedizo, y su insoportable orgullo mortificaba á los nobles, que lo menospreciaban á cáusa de su baja extraccion. Cuando llegó á primer ministro, parece que quiso al principio corregirse de este defecto, pero no tardó en volver á tomar su modo altanero. (2) Su probidad era más que sospechosa. Verdad es que pocos funcionarios estaban entónces al abrigo de esta censura, así es que acaso se le hubieran perdonado sus manifiestas concusiones, si hubiera consentido en partirlas con otros, pero él lo guardaba todo para sí, y esto era lo que no le perdonaban. (3) Se le acusaba además de nepotismo; casi todos los empleos importantes estaban en manos de sus hijos y de sus sobrinos. (4) De los talentos que se requieren en un hombre de Estado no poseía ninguno. En cualquier circunstancia que salía de lo ordinario, no sabía

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 141, 142; Ibn-Adhari, t. II, p. 271.

(2) Maccari, t. II, p. 60.

(3) Maccari, «ibid.»

(4) Ibn-al-Abbar, p. 142.

nunca qué decir, ni qué hacer; necesitaba de otras personas que pensaran y obraran por él, y por lo comun era á Ibn-Abí-Amir á quien se dirigía. Pero ¿se contentaría mucho tiempo con el papel de confidente y consejero que Mozafí le hacía representar? Los espíritus previsores dudaban de ello; creian que no estaba lejano el momento en que Ibn-Abí-Amir querría ser primer ministro de nombre, como lo era de hecho.

Y no se engañaban. Ibn-Abí-Amir, había resuelto ya derribar á Mozhafí y trabajaba en ello activa pero sordamente. En nada cambió su conducta con respecto á su colega; continuó tratándolo con el mismo respeto que ántes, pero secretamente lo contrariaba en todo y no perdía ocasion de llamar la atencion de Aurora sobre su incapacidad y las faltas que cometía. (1)

Mozhafí no se apercibía de nada; no era á Ibn-Abí-Amir á quien temía, lo creía por el contrario su mejor amigo, á quien temía era á Galib, gobernador de la Frontera inferior que tenía sobre las tropas una influencia ilimitada. (2) En efecto, Galib odiaba y des-

(1) Maccari, t. II, p. 61.
(2) Maccari, t. II, p. 61.

preciaba á Mozhafí y no hacía de ello un secreto. Justamente orgulloso con los laureles que había recogido en no sé cuantos campos de batalla, se indignaba de que un hombre salido del polvo y que no había sacado nunca la espada, fuera primer ministro. Decía á voces, que le pertenecía este puesto. En apariencia obedecía todavía á Mozhafí, pero su conducta, al ménos ambigüa, mostraba suficientemente que el gobierno no podía contar con él.

Desde la muerte de Haquem, hacía la guerra á los Cristianos con una desidia que formaba extraño contraste con la conocida energía de su carácter. Él no era todavía traidor, ni se había puesto todavía en abierta rebelion, aun no había llamado á los Cristianos en su ayuda, pero su conducta daba á entender que haría todo esto ántes de poco y si lo hacía, la caida del primer ministro era inevitable. ¿Cómo hubiera este de resistir al mejor general y á los mejores soldados del imperio secundados por Leoneses y Castellanos? Por otra parte, al menor descalabro que esperimentara, sus numerosos enemigos cogerían la ócasion por los cabellos, para hacerle perder su puesto, sus riquezas y su cabeza quizá.

Mozhafí era bastante perspicaz para no desconocer el peligro que le amenazaba y en su apuro pidió consejo á sus visires y sobre todo á Ibn-Abí-Amir. Le respondieron que debía procurarse la amistad de Galib á toda costa y entónces Ibn-Abí-Amir se ofreció como mediador. La campaña que se iba á abrir le ofrecería ocasion de abocarse con el gobernador de la Frontera inferior y cuando esto sucediera, él se prometía lograr la reconciliacion que Mozhafí deseaba.

Tales eran sus palabras, pero meditaba un objeto muy distinto. Esperando llegar á un brillante resultado no repugnaban á su ambicion las vías tortuosas y en vez de tratar de conciliar á ambos rivales, pensaba por el contrario en el medio de malquistarlos mas. Así lo hizo. Asegurando siempre á Mozhafí de su entera adhesion á sus intereses, alababa á Aurora el gran talento de Galib, repetía á cada instante que no podía pasarse sin los grandes servicios de este general y que era preciso atraérselo, dándole un título más elevado que el que tenía. Sus manejos produjeron fruto. Gracias á la influencia de Aurora, Galib fué promovido á la dignidad de Dzhu-'l-vizara-

tain, (jefe de la administracion militar y civil) y generalísimo de todo el ejército de la Frontera; pero Mozhafí no se había opuesto á esta medida, ántes por el contrario, había convenido en ella porque Ibn-Abí-Amir le había dicho que sería el primer paso hácia la reconciliacion.

El 23 de Mayo, un mes solo despues de su vuelta á Córdoba, Ibn-Abí-Amir, que acababa de ser nombrado generalísimo del ejército de la capital, emprendió su segunda expedicion. En Madrid tuvo una entrevista con Galib. Se mostró hácia él lleno de consideraciones y deferencias y se ganó su efecto diciéndole que consideraba á Mozhafí enteramente indigno del elevado puesto que ocupaba. Pronto se trabó una estrecha alianza entre los dos generales que convinieron en trabajar de concierto en la caida de Mozhafí. Luego habiendo pasado la Frontera, tomaron la fortaleza de Mola, (1) donde recogieron mucho botin y prisioneros. Concluida la campaña se despidieron uno de otro, pero en el momento de separarse Galib dijo á su

---

(1) Parece que este lugar no existe ya.

nuevo amigo. «Esta espedicion ha tenido pleno éxito; ella os procurará gran fama y la córte ha de regocijarse tanto que no pensará en investigar vuestras intenciones ulteriores. Aprovechad esta circunstancia y no salgais de palacio sin haber sido nombrado prefecto de la capital en lugar del hijo de Mozhafí.» Habiendo prometido Ibn-Abí-Amir no olvidarse de este consejo, volvió á tomar el camino de Córdoba mientras que Galib se volvía á su gobierno.

Á decir verdad, el honor de la campapaña correspondía á Galib. Él era quien todo lo había dirigido y ordenado, é Ibn-Abí-Amir, que estaba haciendo aun su aprendizaje en expediciones militares, se había guardado muy bien de contradecir en nada á este general esperimentado y envejecido en el ejército de las armas. Pero el mismo Galib que quería elevar á su jóven aliado, presentó las cosas bajo otro punto de vista. Apresuróse á escribir al Califa que Ibn-Abí-Amir había hecho maravillas, que á él solo se le debían los triunfos obtenidos y que era acreedor á una brillante recompensa. Esta carta que la córte había recibido antes de la vuel-

ta de Ibn-Abí-Amir, la había dispuesto en su favor, así que obtuvo sin gran trabajo el ser nombrado prefecto de la capital en reemplazo del hijo de Mozhafí. ¿Cómo había de rehusarse nada á un general que venía triunfante por segunda vez y del que el mayor guerrero de la época alababa la pericia y el valor? Y luego se salía á poca costa del hijo de Mozhafí que no debía su elevacion mas que á la influencia de su padre y que léjos de justificarla con su conducta, se había mostrado completamente indigno de ella. (1) En efecto, su avidéz era tal que por poco dinero que le dieran cerraba los ojos sobre todo, aun sobre los crímenes mas abominables. Se decía con razon, que ya no había policía en Córdoba, que los ladrones de alta y baja estofa campaban por sus respetos, que era preciso velar toda la noche para no ser robado ó muerto en su misma casa, en una palabra, que los habitantes de una ciudad fronteriza estaban mas seguros que los que moraban en la residencia del Califa.

(1) Compárese Ibn-al-Abbar, p. 142, l. 6, con Ibn-Adhari, t. II, p. 284.

Provisto de su diploma de prefecto, y vestido con la pelliza de honor con que se le había remunerado, Ibn-Abí-Amir fué al punto al palacio de la Prefectura. Mohamed-Mozhafí estaba allí sentado con toda la pompa propia de su rango. Su sucesor le enseñó la órden del Califa y le dijo que podía retirarse. Él obedeció suspirando.

Instalado apenas en su nuevo empleo, tomó Ibn-Abí-Amir las medidas mas enérgicas para restablecer la seguridad en la capital. Dijo á los agentes de la policía, que tenía la firme intencion de castigar severamente á todos los malhechores, sin acepcion de personas, y los amenazó con las mas graves penas, si se dejaban sobornar. Intimidados por su firmeza, y sabiendo además que ejercía sobre ellos la mas esquisita vigilancia, los agentes cumplieron desde entónces con su deber. Pronto se conoció en la capital. Los robos y asesinatos eran mas raros cada dia; el órden y la seguridad renacian; las gentes honradas podian dormir tranquilas; la policía estaba allí y velaba. Por lo demás, el prefecto mostró con un notable ejemplo, que hablaba sériamente, cuando dijo que á nadie había de perdonar.

Habiendo cometido su propio hijo una fechoría, y habiendo caido en manos de la policía, le mandó dar tantos correazos, que el jóven espiró poco despues de sufrir el castigo.

Sin embargo, Mozhafí, había abierto al fin los ojos. La destitucion de su hijo resuelta en su ausencia, y á escondidas suyas, no le permitía dudar de la duplicidad de Ibn-Abí-Amir. ¿Pero qué podía contra él? Su rival era ya mucho más potente. Se apoyaba en la Sultana, de quien se creia el amante, y en las principales familias, que ligadas á los Omeyas por el lazo de la clientela se trasmitian de padres á hijos los empleos de la córte, y que preferian ver al frente de los negocios un sugeto de buena casa como Ibn-Abí-Amir, á un advenedizo que los había mortificado con un orgullo ridículo que nada justificaba. (1) Podía contar además con el ejército, que cada dia le era mas adicto, y con la poblacion de la capital que le estaba profundamente reconocida á cáusa de la seguridad que le habia devuelto. ¿Qué podía oponer Mozhafí á to-

---

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 290

do esto? Nada, si nó es el apoyo de algunos indivíduos aislados, que le debian su fortuna, pero con cuya gratitud no había mucho que contar. En esta lucha de la medianía contra el génio, las fuerzas eran demasiado desiguales. Mozhafí lo comprendió, conoció que no le quedaba mas que un medio de salvacion, y resolvió ganarse á Galib á cualquiera costa.

Escribióle, pues, haciéndole las promesas mas brillantes y seductoras, y para sellar su alianza le pidió la mano de su hija Asma para su hijo Othman. El general se dejó alucinar, y olvidando su ódio, respondió al ministro que aceptaba sus ofertas, y consentía en el matrimonio propuesto. Mozhafí se apresuró á cogerle la palabra, y ya estaba el contrato de matrimonio redactado y firmado, cuando Ibn-Abí-Amir se olió estos manejos que contrariaban todos sus proyectos. Sin perder momento hizo jugar, para desbaratar los planes de su cólega, todos los resortes que podía mover. Á peticion suya escribieron á Galib los personajes mas influyentes de la córte, y él tambien le escribió para decirle que Mozhafí le tendía un lazo, para recordarle todas las quejas que tenía contra el mi-

nistro, y para conjurarle que permaneciera fiel á las promesas que le había hecho durante la última campaña. En cuanto al matrimonio proyectado, le decía, que, si Galib deseaba para su hija una ilustre alianza, no debía entregarla al hijo de un advenedizo, sino á él, á Ibn-Abí-Amir.

Galib se dejó persuadir de que se había equivocado. Mandó á decir á Mozhafí que el matrimonio de que se había hablado no podía verificarse, y en el mes de Agosto ó Setiembre se redactó y firmó un nuevo contrato, en virtud del cual Asma debía ser esposa de Ibn-Abí-Amir.

Poco despues, el 18 de Setiembre salió este último de nuevo á campaña. Tomó el camino de Toledo, y habiendo reunido sus fuerzas á las de su futuro suegro, quitó á los Cristianos dos castillos, así como tambien los arrabales de Salamanca. Á su vuelta, recibió el título de Dhu-'l-vizaratain con un sueldo de ochenta monedas de oro mensuales. El mismo hadjib no tenía mas.

Entretanto se aproximaba el tiempo fijado para el matrimonio, y el Califa, ó mas bien su madre, la que si realmente era querida de Ibn-Abí-Amir, no era celosa por lo menos, invitó á Galib á venir á Córdoba

con su hija. Cuando llegó fué colmado de honores; se le dió el título de hadjib, y como ya era Dhu-'l-vizaratain y Mozhafí no lo era, fué desde entónces el primer dignatario del imperio, y por tanto, ocupaba el primer lugar en las sesiones solemnes, teniendo entónces á Mozhafí á la derecha y á Ibn-Abí-Amir á la izquierda. (1)

El matrimonio de este último con Asma, fué celebrado el primer dia del año, fiesta cristiana, pero en la que tambien los Musulmanes tomaban parte. Habiéndose encargado el Califa de todos los gastos, los festines fueron de incomparable magnificencia, y los Cordobeses no se acordaban de haber visto jamás una comitiva tan soberbia como la que rodeaba á Asma cuando salió del palacio del Califa para ir al de su prometido.

Añadamos que aunque este matrimonio se hizo por interés, fué sin embargo dichoso. Asma juntaba un espíritu muy cultivado á una belleza atractiva, y supo cautivar el corazon de su esposo, que le dió

---

(1) Véase Ibn-al-Abbar, p. 142.

siempre la preferencia sobre sus demás mujeres.

En cuanto á Mozhafí, desde que Galib rechazó su alianza, se consideró perdido. Sus hechuras le abandonaban para incensar á su rival. Ántes, cuando iba á palacio, se disputaban el honor de acompañarle; ahora iba solo. Su poder era nulo. Las medidas mas importantes se tomaban sin su conocimiento. El infortunado viejo veía aproximarse la tormenta, y la esperaba con melancólica resignacion. La horrible catástrofe llegó ántes aun de lo que creyera. El lúnes 26 de Marzo de 978 (1) él, sus hijos y sus sobrinos quedaron destituidos de todas sus funciones y dignidades, y se dió la órden de prenderlos y secuestrar sus bienes hasta que se les reconocieran inocentes del crímen de malversacion de que se le acusaba. (2)

Aunque semejante suceso no pudiera sorprenderlo, conmovió profundamente á Mozhafí. Su conciencia no estaba tranquila.

---

(1) Da esta fecha no solo Ibn-Adhari, sino tambien Nowairi, (p. 470.)

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 282-285; Maccari, t. II, p. 61-62.



Alguna injusticia que había cometido durante su larga carrera, se presentaba á su conciencia y la remordía. Cuando se despidió de su familia, la dijo: «No volveréis á verme vivo; la terrible oracion ha sido escuchada; hace cuarenta años que espero esto.» Pregüntado por el sentido de estas palabras enigmáticas, dijo: «Cuando todavía reinaba Abderramen, fuí encargado de informar contra un acusado, y de juzgarlo. Yo lo encontré inocente, pero tenía mis razones para decir que no lo era, de modo que tuvo que sufrir una pena infamante; perdió sus bienes y estuvo en la cárcel mucho tiempo. Una noche que dormía, oí una voz que me gritaba: ¡Devuelve la libertad á ese hombre! Su oracion ha sido escuchada, y llegará un dia en que la suerte que le ha herido te hiera á tí tambien.» En efecto, me levanté sobresaltado y lleno de terror. Mandé llamar á aquel hombre, y le rogué que me perdonara. No quiso. Entónces le supliqué que al menos me digera si había dirigido á Dios una plegaria que me concernía.—Sí, me respondió; hé pedido á Dios que te haga morir en un calabozo tan estrecho como aquel en que tú me has hecho gemir por tanto tiempo.

—Entónces me arrepentí de mi injusticia y devolví la libertad al que había sido víctima de ella. Pero el arrepentimiento venía demasiado tarde!» (1)

Los acusados fueron llevados á Zara donde estaba la prision de Estado. El general Hixem-Mozhafí, sobrino del ministro, que había ofendido á Ibn-Abí-Amir, atribuyéndose la gloria de los triunfos obtenidos en la última campaña, fué la primera víctima del resentimiento de este hombre poderoso. Apenas hubo llegado á la prision, cuando lo ejecutaron.

El consejo de Estado fué el encargado de instruir la cáusa de Mozhafí. Duró mucho tiempo. No faltaban pruebas para declarar que durante su ministerio Mozafí se había hecho reo de malversacion, y por consiguiente, sus bienes fueron en parte confiscados, y su magnífico palacio, del barrio de la Ruzafa, vendido en subasta pública. Pero nuevas acusaciones surgian sin cesar contra él, y los visires que querian complacer á Ibn-Abí-Amir, se apresuraban á acogerlas. Condenado así, en diferentes ocasiones,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 298; Maccari, t. I, página 395.

y por diversos delitos Mozhafí fué despoja-poco á poco de todo lo que poseía y sin embargo, los visires que creían que le quedaba todavía algo que pudieran arrebatarle, continuaban vejándolo y ultrajándolo. (1) La última vez que fué citado á comparecer delante de sus jueces, estaba tan debilitado por la edad, la cautividad y la pena, que le costaba trabajo hacer el largo trayecto desde Zahra al palacio del visirato y sin embargo, su implacable guardian no cesaba de repetirle con tono áspero, que era preciso andar más de prisa y no hacer esperar al Consejo. «Poco á poco, hijo mío, le dijo entónces el anciano; deseas que muera y conseguirás tu deseo. ¡Ay! si yo pudiera comprar la muerte, pero Dios le ha puesto un precio tan grande!» Luego improvisó estos versos.

No te fies jamás de la fortuna porque es mudable ¡Antes, hasta los leones me temían, ahora tiemblo á la vista de un zorro ¡Ay! que vergüenza para un hombre de corazon, verse obligado á implorar la clemencia de un malvado!»

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 285; Maccari, t. II, página 62.

Cuando llegó á presencia de sus jueces, se sentó en un rincon de la sala sin saludar á nadie, y, viendo esto, el visir Ibn-Djabir, un adulador de Ibn-Abí-Amir, le gritó: «¿Has tenido tan mala educacion, que ignoras hasta las leyes más elementales de la urbanidad?» Mozhafi guardó silencio; pero como Ibn-Djabir continuara dirijiéndole injurias, le dijo al fin. «Tú, si que faltas á consideraciones que me debes; pagas mis beneficios con ingratitud y todavía te atreves á decirme que falto á las leyes de la urbanidad.» Un poco desconcertado con estas palabras; pero recobrando al punto su audacia, le contestó Ibn-Djabir: «¡Mientes! Yo deberte beneficios? Muy por el contrario,» y se puso á enumerar las quejas que tenía contra él. Cuando hubo concluido: «No es por eso por lo que te exijo reconocimiento, le replicó Mozhafí, pero no es menos cierto que cuando te apropiastes las sumas que te habían confiado y que el difunto Califa (Dios tenga su alma) quería hacerte cortar la mano derecha, yo pedí y obtuvo tu perdon.» Ibn-Djabir negó el hecho y juró que era una calumnia infame. «Yo conjuro á todos los que saben algo de esto, exclamó entónces

el anciano indignado, que declaren si yo he dicho la verdad ó no.—Sí, hay algo de verdad en lo que decís, le replicó el visir Ibn-Iyach; sin embargo, en las circunstancias en que os encontrais, hubiérais hecho mejor en no referir esa antigua historia.—Acaso tengais razon, le respondió Mozhafí, pero ese hombre me ha hecho perder la paciencia y he tenido que decir lo que sentía mi corazon.»

Otro visir Ibn-Djahwar, había escuchado esta discusion con creciente repugnancia. Aunque no quisiera á Mozhafí y hubiera contribuido á su caida, sabía sin embargo, que se deben consideraciones hasta á los enemigos y sobre todo, á los enemigos vencidos. Tomando entónces la palabra, dijo á Ibn-Djabir con un tono de autoridad que justificaban largos servicios y un apellido tan antiguo y casi tan ilustre como el de la misma dinastía. «¿No sabeis Ibn-Djabir, que el que ha tenido la desdicha de incurrir en la desgracia del monarca, no debe saludar á los grandes dignatarios del Estado? La razon es evidente; si esos dignatarios le devuelven su saludo, faltan á sus deberes para con el Sultan; si nó se los devuelven faltan á sus deberes para con

Dios. Un hombre que ha caido en desgracia, no debe pues saludar y Mozhafí lo sabe.»

Completamente avergonzado con la leccion que acababa de recibir, Ibn-Djabir guardó silencio, mientras que un fugitivo rayo de alegría, brilló en los ojos casi apagados del desdichado viejo.

Procedióse en seguida al interrogatorio. Como se producían contra Mozhafí nuevos cargos á fin de sacarle dinero una vez mas: «Juro por lo más sagrado, exclamó, que ya no tengo nada! Aunque me hagan pedazos no podría daros un solo dirhem!» Lo creyeron y dieron la órden de volverlo á la cárcel. (1)

Á partir de esta época, estuvo unas veces libre, otras preso, pero siempre miserable. Ibn-Abí-Amir, parecía tener un bárbaro placer en atormentarlo y difícilmente se esplica el ódio implacable que profesaba á esta medianía que no se hallaba en estado de perjudicarle. Todo lo que puede conjeturarse sobre esto es, que no podía perdonarle el crímen inútil que le había obligado á cometer, cuando le

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 285; Maccari, t. II, página 62.

obligó á matar á Moghira. Sea de esto lo que quiera, él lo llevaba tras sí donde quiera que iba, sin suministrarle siquiera con qué proveer á sus necesidades. Un secretario del ministro cuenta que durante una campaña, vió una noche á Mozhafí al lado de la tienda de su señor, mientras que su hijo Othman le daba de beber, falto de otra cosa mejor, una mala mezcla de agua y harina. (1) La pena y la desesperacion lo consumían y lo gastaban y exhalaba su dolor en poemas tan armoniosos como conmovedores. Mas aunque hubiera dicho un dia á su guarda que deseaba la muerte, se asía á la vida con estraña tenacidad; y lo mismo que le faltaron perspicacia y energía cuando estaba en el poder careció tambien de dignidad en la desgracia. Para ablandar al «zorro» descendía á las peticiones mas humillantes. Una vez le suplicó que le confiriera la educacion de sus hijos. Ibn-Abí-Ámir que no concebía que se pudiera perder hasta este punto la propia dignidad, no vió mas que una astúcia en esta súplica. «Quiere quitarme la reputa-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 289.

cion y hacerme pasar por un badulaque, dijo. Muchos me han visto en otro tiempo á la puerta de su palacio y para recordárselo quiere que se le vea ahora en el pátio del mio. (1)

Durante cinco años, Mozhafí arrastró de este modo su triste y penosa existencia y como parecía obstinarse en no morirse á despecho de su mucha edad y de los numerosos disgustos, de que lo hartaban, le quitaron al fin la vida ya sea estrangulándolo, ya emponzoñándolo que en esto no están de acuerdo los autores árabes. (2) Cuando supo que su antiguo rival había dejado de vivir, encargó Ibn-Abí-Amir dos de sus empleados para que cuidaran de su inhumacion. Uno de ellos, el secretario Mohamed ibn-Ismael, refiere así la escena de que había sido testigo: «Encontré que el cadáver no presentaba señal alguna de violencia. Estaba cubierto solamente con una capa vieja que pertenecia á un llavero. Un fregon, que mi cólega Mohamed ibn-Maslama había hecho venir, lavó

(1) Ibn-Adhari, t, II, p. 286; Maccari, tom, I, p. 396.

(2) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 286; Ibn-al-Abbar, p. 142; Nowairi, p. 470.

el cuerpo (no exagero nada) sobre la hoja de una puerta vieja que había sido arrancada de sus goznes. En seguida llevamos la camilla á la tumba acompañados solamente del iman de la mezquita, á quien habíamos encargado de recitar las oraciones de los muertos. Ninguno de los que pasaban se atrevió á fijar los ojos en el cadáver. Fué para mi una elocuente leccion. Me figuraba que, en la época en que Mozhafí era todavía omnipotente, tenía que entregarle una exposicion destinada á él solo. Me había colocado á su paso, pero su séquito era tan numeroso y las calles además estaban tan llenas de gente que deseaba verlo y saludarlo, que me fué imposible aproximarme á él por mas esfuerzos que hice y me ví obligado á confiar mi memorial á uno de los secretarios que cabalgaban al lado de la escolta y que eran los encargados de recibir este género de escritos. Yo comparaba esta escena á aquella de que acababa de ser testigo, reflexionando en la inconstancia de la fortuna sentía algo que me oprimía y que me impedía respirar.» (1)

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 288, 289.

# IX.

En el mismo dia en que Mozhafí había sido destituido y arrestado, Ibn-Abí-Amir fué promovido á la dignidad de hadjib. (1) En adelante, partía pues, con su suegro la autoridad soberana, y su poder era tan grande que debía parecer temerario resistirle. Sin embargo, se atrevieron. El partido que quiso dar la corona á otro que al jóven hijo de Haquem II, y cuya alma era el eunuco Djaudhar, existía aun; demasiado lo atestiguan los versos satíricos que se cantaban por las calles de Córdoba, á despecho de la policía. Ibn-Abí-Amir no to-

(1) Nowairi, p. 470.

leraba la menor alusion á las relaciones, acaso demasiado estrechas que habian entre él y la Sultana, y llegó á condenar á muerte á una cantadora á quien su dueño que quería venderla al ministro, había enseñado un canto de Amor acerca de Aurora; (1) y sin embargo, se cantaban por las calles versos tales como estos:

Este es el fin del mundo, porque pasan las peores cosas. El Califa está en la escuela, y su madre preñada de sus dos amantes... (2)

Mientras que se limitaron á hacer coplas á la córte, no era muy grande el peligro, pero Djaudhar se atrevió á más. De concierto con el Presidente del tribunal de alzada, Abdelmelic ibn-Mondhir, urdió una conspiracion, cuyo objeto era asesinar el

---

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fól. 32 r.

(2) Hay dos redacciones de este último emistiquio. La que dá Ibn-Adhari, (t. II p. 300) me parece preferible á otra que se encuentra en Maccari, (t. I, p. 396.) Para la opinion pública Ibn-Abí-Amir compartía los favores de la sultana con el cadí Ibn-as-Salim.

jóven Califa, y colocar en el trono á otro nieto de Abderramen III, es á saber, Abderramen Ibn-Obaidallah. Una multitud de cadíes, de faquíes y de literatos, entre los que se hacía notar el ingenioso poeta Ramadí, estaban complicados en esta conspiracion. Ramadí tenía á Ibn-Abí-Amir un ódio mortal. Había sido amigo de Mozhafí, y era del escaso número de los que le permanecieron fieles, cuando la fortuna le había vuelto las espaldas. Ardía ahora en deseos de vengarlo, y había compuesto contra Ibn-Abí-Amir sátiras virulentas. (1)

Los conjurados estaban tanto más seguros del éxito de su empresa, cuanto que el visir Ziyad ibn-Aflah, que era entónces prefecto de la capital, estaba en el ajo. Así, que ellos habian convenido con él el dia y la hora en que habian de ejecutar su designio. Dejaudhar, que no estaba ya en la córte, pero que, gracias al empleo que había tenido, podía acercarse todavía fácilmente al soberano, se había encargado de asesinarlo, inmediatamente despues de lo

(1) Compárese Abd-el-Wahid, p. 17, con los versos de Ramadí cuya traduccion daré en la nota siguiente.

cual, sus cómplices proclamarian á Abderramen IV.

En el dia prefijado, cuando el prefecto hubo salido del palacio del Califa para volverse á su casa, que estaba situada á la estremidad de la ciudad, llevándose consigo todos sus agentes, Djauhar pidió y obtuvo una audiencia.

Puesto en presencia del Califa, trató de darle de puñaladas, pero un tal Ibn-Aruz, que se encontraba en el salon se echó sobre él ántes que hubiera podido realizar su proyecto.

Empeñóse una lucha en la que se desgarraron los vestidos de Djaudhar, pero habiendo llamado Ibn-Aruz en su auxilio á la guardia, esta arrestó al eunuco. Poco despues Ziyad-ibn-Aflah que había oido decir que el complot había fracasado, se presentó en palacio á toda prisa. Ibn-Aruz le censuró su negligencia, dándole claramente á entender que lo creia cómplice del crímen que Djaudhar había intentado, pero el prefecto se escusó lo mejor que pudo, protestó de su lealtad al monarca, y queriendo desmentir con su celo las sospechas que pesaban sobre él, hizo prender inmediatamente á los sospechosos, mandando

conducirlos con Djaudhar á la prision de Zahra. (1)

Instruyóse en seguida el proceso á los conspiradores, y la sentencia no se hizo esperar. El presidente del tribunal de alzada fué declarado culpable del crímen de alta traicion, pero sus jueces no indicaron de una manera precisa la pena que debía sufrir, declarándolo solamente incurso en los términos de este versículo del Coran: «Hé aquí cuál será la recompensa de los que combatan á Dios y á su profeta, y de los que emplean todas sus fuerzas en producir desórdenes sobre la tierra: los condenaréis á muerte ó les haréis sufrir el suplicio de la cruz: les cortaréis las manos y los piés alternados; serán arrojados del pais.» Como se vé, en este versículo la enunciacion de las penas es muy vaga, así que el tribunal dejó al Califa la eleccion de la que debia aplicarse. En aquellas circunstancias, debía, pues decidir el consejo de

(1) «Segurísimo de que eran ya los amos dice Ramadí en una de sus elegias, («apud» Maccari, t. II, p. 442) nos hicieron marchar á Zhara como reos de alta traicion. Yo iba en medio de una multitud de literatos y Djaudhar llevaba los vestidos de gala desgarrados.»

Estado, y en esta asamblea, á que pertenecía Ziyad-ibn-Aflah que se esforzaba por reconquistar el favor de Ibn-Abí-Amir, fué el primero que opinó porque se aplicára la pena más grave. Prevaleció su opinion, y Abdelmelic-ibn-Mondhir fué crucificado. El pretendiente Abderramen fué tambien condenado á muerte. (1) En cuanto á Djaudar, ignoramos lo que se decidió respecto á él, pero todo inclina á creer que fué tambien crucificado. La suerte de Ramadí, aunque tampoco envidiable, fué sin embargo, ménos dura. Ibn-Abí-Amir, que quería desterrarlo, se dejó ablandar por las súplicas de los amigos del poeta, pero permitiéndodole permanecer en Córdoba, puso á esta gracia una restriccion cruel; hizo proclamar por los heraldos que sería severamente castigado el que le dirigiera la palabra. Condenado así á un mutismo perpétuo, el pobre poeta erraba «en adelante como un muerto,» (tal es la espresion de un autor arábigo) enmedio de la multitud que llenaba las calles de la capital. (2)

---

(1) Ibn-al-Abbar, pág. 154, 155, Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fól. 38 v.; cf. Maccari, t. I, p. 286, l. 8.

(2) Abd-el-wahid, p. 17. Parece sin embargo,

Esta conspiracion había demostrado al ministro que sus más encarnizados enemigos se encontraban precisamente entre los que habian estudiado á su lado Bellas letras, Teología y Derecho. ¿Era envidia? En parte sí; Ibn-Abí-Amir su igual y su condiscípulo en otro tiempo, se había elevado demasiado para que los faquíes y los hombres de ley no le tuvieran envidia. Pero no era este el único ni el principal motivo de la aversion que les inspiraba: lo odiaban sobre todo á cáusa de las opiniones religiosas que le atribuian. Si se exceptuan algunos atrevidos pensadores y algunos poetas descreidos, los hombres educados en la escuela de los profesores de Córdoba, eran muy adictos al Islamismo. Mas Ibn-Abí-Amir, pasaba con razon ó sin ella por musulman muy tibio. No se le podía censurar el que pregonára ideas liberales en materia de fé, pero se decía que era aficionado á la Filosofía y que en secreto cultiva-

---

que mas adelante Ramadí fué completamente perdonado, pues que se le nombra entre los poetas asalariados que acompañaban á Ibn-Abí-Amir en su espedicion contra Barcelona en el año 986. Véase Ibn-al-Khatib, man. G. fól. 181 r.

ba mucho esta ciencia. Esto era en este tiempo una acusacion terrible. Ibn-Abí-Amir lo conocía. Filósofo ó nó, era ante todo hombre de Estado, y queriendo quitar á sus enemigos el arma terrible de que se servian contra él, resolvió mostrar por un acto notorio de ortodoxia, que era buen musulman. Habiendo mandado venir á los ulemas mas considerados, tales como Acili, Ibn-Dhacwan y Zobaidi, los llevó á la la gran biblioteca de Haquem II, donde les dijo, que teniendo el propósito de acabar con los libros que trataban de Filosofía, de Astronomía y demás ciencias prohibidas por la religion, les suplicaba que ellos mismos hicieran el apartado. Pusieron enseguida manos á la obra, y cuando concluyeron la operacion, el ministro mandó arrojar los libros condenados á una gran hoguera, y á fin de demostrar su celo por la fé, quemó algunos con sus propias manos. (1)

Esto era seguramente un acto de bandalismo. Ibn-Abí-Amir, era demasiado ilustrado para no juzgarlo así tambien; pero no

(1) Zaid de Toledo, «Tabacat-al-omam,» fól. 246 r. y v.; Ibn-Adhari, t. II, p. 315; Maccari. t. I. p. 136.

por eso produjo menos buen efecto entre los ulemas y el pueblo bajo, tanto más, cuanto que el ministro se mostró desde entónces el enemigo de los filósofos, (1) la columna de la religion. Rodeaba á los ulemas de consideraciones y de homenajes, los colmaba de favores (2) y escuchaba sus piadosas exhortaciones, por largas que fueran á veces, con una atencion y una paciencia de todo punto edificantes. (3) Hizo más: se puso á copiar el Coran con sus propias manos, y desde entónces, cuando se ponía en camino, llevaba siempre consigo esta copia. (4).

Habiéndose formado así una reputacion de ortodoxia, que pronto nadie se atrevió á disputarle, tan bien establecida estaba, dirigió su atencion al Califa, que á medida que avanzaba en años, se hacía mas temible para él.

Segun el testimonio de su preceptor, Zobaidi, Hixem II anunciaba en su infancia las

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 315, l. 1-3.

(2) Véase por ejemplo Ibn-al-Abbar, p. 151, 152.

(3) Maccari, t. I. p. 266.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 309, 310; Maccari t. I, p. 266.

mas felices disposiciones; aprendía con asombrosa facilidad todo lo que se le enseñaba, y tenía un juicio mas sólido que la mayor parte de los niños de su tiempo. (1) Pero cuando, muy jóven aun, hubo subido al trono, su madre é Ibn-Abí-Amir se dedicaron á deprimir sistemáticamente sus facultades. No nos atreveríamos á afirmar que ellos le hicieran gustar prematuramente los goces del harem, pues si bien la circunstancia de que Hixem no tuvo nunca hijos, dá cierto grado de verosimilitud á esta sospecha, no se apoya, sin embargo en ningun testimonio; pero lo que sí es cierto, es que se esforzaron en oscurecer su inteligencia, sobrecargándolo con ejercicios de devocion, y que trataron de persuadirle de que si reinaba por sí mismo, los negocios le distraerían de la contemplacion de las cosas divinas, y le impedirian trabajar en su salvacion eterna. Hasta cierto punto habian conseguido su designio: Hixem hacía buenas obras, leia asíduamente el Coran, oraba y ayunaba; (2) sin embargo, su inteligencia

(1) Maccari, t. II, p. 51.
(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 270.

no estaba suficientemente sofrenada para que Ibn-Abí-Amir, estuviera completamente tranquilo acerca de él, y lo que más temía era que más ó menos pronto, otras personas se apoderaran del ánimo del jóven monarca, y le abrieran los ojos sobre su verdadera situacion. Mientras que los negocios de Estado se trataran en el palacio del Califa, semejante peligro era de temer; en las idas y venidas de tantos generales y empleados, una simple casualidad podía ponér al Califa en relacion con alguno de ellos y por poco ambicioso y diestro que fuera podía hacer caer al ministro en un cerrar de ojos. Era preciso prevenir este peligro, y para esto, Ibn-Abí-Amir, resolvió que los negocios de Estado se trataran en otra parte, á cuyo fin hizo edificar al E. de Córdoba (1) y á orillas del Guadalquivir una nueva ciudad con un soberbio palacio para sí y otros para los altos dignatarios. En dos años quedó concluida la ciudad que recibió el nombre de Zahira, y entónces el ministro hizo trasladar allí las oficinas del gobierno. No tardó Zahira en albergar una nu-

(1) Véase Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor» fól. 101, r.

merosísima poblacion. Las altas clases sociales dejaron á Córdoba y á Zahra para acercarse á la fuente de donde manaban todos favores; afluyeron tambien los comerciantes, y á poco fué tal la estension de Zahira, que sus arrabales tocaban á los de Córdoba.

Desde entónces fué fácil vigilar al Califa, y escluirle de toda participacion en los negocios; sin embargo, el ministro no desdeñó nada para que su aislamiento fuera lo más completo posible. No contento con rodearlo de guardias y de espías, hizo cercar el palacio califal con un muro y un foso, y hacía castigar de la manera mas severa á cualquiera que osaba aproximarse. Hixem estaba realmente prisionero: no se le permitía salir de palacio, no podía pronunciar una palabra ni hacer un movimiento sin que el ministro no lo supiera inmediatamente, y no sabía de los negocios de Estado mas que lo que este quería decirle. Mientras que tuvo todavía algunos miramientos que guardar, Ibn-Abí-Amir pretendía que el jóven monarca le había abandonado la direccion de los negocios, á fin de poder entregarse enteramente á sus ejercicios espirituales; pero cuando ya se creyó segu-

ro, no volvió á cuidarse más de él, y hasta prohibió pronunciar su nombre. (1)

Á todas estas medidas, quiso Ibn-Abí-Aimr unir otra no menos importante: reorganizar el ejército.

Dos motivos le impulsaban á ello, uno patriótico, y otro enteramente personal: quería hacer de España una de las primeras potencias de Europa, y desembarazarse de su cólega Galib. El ejército, tal como estába constituido, es decir, compuesto en su mayoría de árabes españoles, no parecía adecuado para ninguno de los dos proyectos.

La organizacion militar (2) era sin duda defectuosa. Dejaba demasiado poder á los jefes de los «djond,» y ponía pocos soldados á disposicion del soberano. Verdad es que este podía servirse, no solo de las tropas sacadas de los «djond,» sino tambien de las de las fronteras, que parecen haber sido las mejores; sin embargo, la costumbre hacía que estas no fueran llamadas á las armas, sino en caso de necesidad, y no formaban parte del ejército permanente. (3) En cuan-

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 296-298.
(2) Compárese con mis «Recherches,» t. 1. pág. 87-89.
(3) Véase Ibn-Haucal, p. 40.

to á este último, era poco numeroso. No contaba mas que cinco mil caballos, aunque la caballería fuera entonces el arma mas importante, y la de que dependía la suerte de las batallas. Además estas tropas dejaban bastante que desear. El viajero Ibn-Haucal atestigua, por lo menos, que los ginetes andaluces tenian muy poca gracia, pues que no atreviéndose, ó no pudiendo usar estribos, dejaban caer y flotar las piernas, y añade, que en general, el ejército español debía la mayor parte de sus triunfos, nó á la bravura, sino á la astúcia. Verdad es que el testimonio de este viajero es algo sospechoso. Como deseaba que su soberano el Califa fatimita emprendiera la conquista de la península, acaso denigró demasiado á las tropas del pais; sin embargo, algo de verdad hay en sus aserciosos, y es incontestable que los Árabes enmuellecidos por el lujo y por la dulzura del clima, habian ido perdiendo poco á poco su espíritu marcial. Ibn-Abí-Amir no podía esperar, pues, hacer con semejante ejército brillantes conquistas. Además no tenía confianza en él, para en caso que tuviera que hacerle combatir contra Galib, y preveia, sin embargo, que la lucha

con su cólega era inevitable. Verdad es que este le había servido de mucho para hacer caer á Mozhafí, pero ya no podía servirle de nada, y lo que es peor, le incomodaba. Galib no aprobaba siempre las medidas que él juzgaba convenientes, y lo contrariaba sobre todo respecto á la reclusion del Califa. Cliente de Abderramen III, y realista ardiente, se afligía y se indignaba viendo al nieto de su patrono guardado y encerrado como un cautivo, ó como un criminal. Ibn-Abí-Amir, poco amigo de contradicciones, estaba muy decidido á desembarazarse de su suegro, ¿pero cómo? Galib no era hombre como Mozhafí, que se pudiera echar abajo por una intrigar cortesana: era un general ilustre, que si llegaba á manifestar que quería sustraer al soberano de la tiranía de su ministro, tendría de su parte casi todo el ejército, cuyo ídolo era. Ibn-Abí-Amir no se hacía ilusiones en este punto; conocía que para alcanzar su objeto, necesitaba de otras tropas, de tropas que le fueran esclusivamente adictas. En otros términos, tenía necesidad de soldados extrangeros: la Mauritania y la España cristiana se los suministraron.

Hasta entónces se había ocupado poco de la Mauritania. Por la estancia que había hecho allí en calidad de Cadí supremo, se había convencido de que la posesion de aquellas tierras lejanas, y pobres era para España, mas gravosa que útil, y conformándose en esto á la política de Mozhafí, se había limitado á mantener completa la guarnicion de Céuta. Respecto á lo demás del pais, había confiado su administracion á los príncipes indígenas, cuidando sin embargo de mantenerlos adictos con liberalidades de toda especie. (1) Bajo el punto de vista español, esta política era sin duda buena y sensata, pero para la Mauritania tuvo funestas consecuencias. Viendo el pais abandonado á sus propias fuerzas, Bologguin, virey de Ifrikia, lo invadió en 779. (2) Consiguió triunfo sobre triunfo, y arrojando ante sí á los príncipes que reconocian por señor al Califa omeya, los obligó á refugiarse tras de las murallas de Céuta. Pero los triunfos de Bologguin, léjos de ser obstá-

---

(1) Ibn-Khaldun «Historia de los berberiscos,» t. II, p. 556, t. III, p. 237.

(2) Véase la fecha precisa en Ibn-Adhari, t. I, p. 240, l. 3 y 4.

culo á los designios de Ibn-Abí-Amir los favorecian por el contrario. Los berberiscos amontonados en Céuta se encontraban en gran estrechéz, y como el vencedor les había quitado casi todo lo que poseian, no sabian de qué vivir. Esta era para el ministro español una ocasion escelente de proporcionarse de una vez gran número de excelentes ginetes, así, que no la dejó escapar. Escribió á los berberiscos, diciéndoles que si querian servir en España, podian estar seguros de no carecer de nada, y de recibir un elevado sueldo. Ellos respondieron en masa á su llamamiento. Un príncipe del Zab, Djfar (1) á quien sus aventuras hacía tiempo que habian hecho famoso, se dejó ganar tambien por las brillantes promesas del ministro, y vino á España con un cuerpo de seiscientos caballos. Los berberiscos no tuvieron por qué arrepentirse de su resolucion. Nada pudo igualar la generosidad de Ibn-Abí-Amir respecto á ellos. «Cuando llegaron á España estos africanos, dice un historiador arábigo, sus vestidos

(1) véanse acerca de él y de su familia Ibn-Khaldun, t. II, p. 553 y sig. de la traduccion é Ibn-Adhari, t. II, p. 258 y sig.

estaban llenos de andrajos, y ninguno de ellos tenian mas que un mal jamelgo; pero poco despues se los vió caracolear por las calles, vestidos con las mas ricas telas y montados en los mas hermosos caballos, mientras que habitaban palacios que no habian imaginado ni aun en sueños.» (1) Eran muy ávidos, pero, si ellos no dejaban de pedir, Ibn-Abí-Amir no les dejaba de dar, y era muy sensible al reconocimiento que le manifestaban. Los protegía con todos y contra todos, y no permitía que se les ofendiera, ni aun que se burlasen de la jerga que hablaban, cuando querian espresarse en árabe, porque de ordinario hablaban su lengua materna, de la que los árabes no entendian una palabra. (2) Un dia que pasaba revista á sus soldados, se le aproximó un oficial berberisco, llamado Wanzemar, y estropeando el árabe de una manera horrible, le dijo: «Señor, os suplico que me deis una habitacion, porque tengo que acostarme al raso.—¿Pues qué, Wanzemar, le respondió el ministro, nó tienes ya la casa

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 293, 299, 316.
(2) Véase Maccari, t. I, p. 273, l. 1.





grande que te dí?—Señor, vos me habeis echado por las bondades de que me colmásteis. Me habeis dado tantas tierras que todas la habitaciones están llenas de grano y no queda sitio para mí. Acaso me direis que si me estorba el grano, no tengo más que tirarlo por la ventana; pero, señor, dignaos recordar que yo soy un berberisco, es decir, un hombre que ántes de ahora, se ha visto obligado á sufrir la miseria, y que ha estado á veces á punto de morir de hambre, y yá conoceis que un hombre semejante lo piense dos veces ántes de tirar el grano por la ventana.—No digo que tú seas un elocuente orador, replicó el ministro sonriendo, y sin embargo, tu estilo me parece mas diserto y más conmovedor que los discursos mejor hechos de mis sábios académicos.» Y luego, dirigiéndose á los andaluces que lo rodeaban y que se ahogaban de risa en tanto que hablaba el berberisco: «Hé aquí, les dijo, el verdadero modo de mostrar y obtener nuevos favores. Este hombre de que os reís, vale mas que vosotros, decidores, no olvida los beneficios que ha recibido y no pretende que se le ha dado poco como vosotros lo haceis todos los días.» Y mandó

dar enseguida á Wanzamar un soberbio palacio. (1)

La España cristiana le suministró tambien escelentes soldados. Pobres, ávidos y malos patriotas los Leoneses, los Castellanos y los Navarros se dejaron fácilmente seducir por la buena paga que el árabe le ofrecía y cuando servían una vez bajo sus banderas, su bondad su generosidad y el espíritu de justicia que presidía á sus decisiones, se lo hacian tanto más querido, cuanto que en su pátria no estaban acostumbrados á tanta equidad. Ibn-Abí-Amir tenía para ellos infinitas consideraciones. En su ejército, el domingo era dia de descanso para todos sus soldados, cualquiera quefuese su religion, y si se suscitaba alguna disputa entre un cristiano y un musulman, siempre favorecía al cristiano. (2) No debe pues admirarnos que los cristianos le fueran tan adictos como los berberes. Unos y otros creían por decirlo así su propiedad. Habían renegado y olvidado á su pátria y la Andalucía no había llegado á ser para ellos

(1) Maccari, t. I, p. 272.
(2) Mon. l. Sil. 70; Maccari, t. p. 272, c. 17.

una pátria nueva; apénas entendian el idioma. Su pátria era el campamento y aunque pagados por el erario público no estaban al servicio del Estado, sino al de Ibn-Abí-Amir. Á él era á quien debían su fortuna; de él dependían y de él se dejaban emplear contra cualquiera.

Al mismo tiempo que daba así á los extrangeros preponderancia en el ejército, cambiaba el hábil ministro la organizacion de las tropas españolas, que en otro tiempo constituía su fuerza frente al gobierno. Desde tiempo inmemorial las tribus con sus divisiones y subdivisiones formaban los regimientos, las compañias y las escuadras. Ibn-Abí-Amir abolió esta costumbre é incorporó á los Árabes en los diferentes regimientos sin consideracion á la tribu á que pertenecían. (1) Un siglo ántes cuando los Árabes estaban todavía animados del espíritu de corporacion, semejante medida que implicaba un cambio radical en la ley de alistamiento y que quitaba á la nobleza los últimos restos de su poder, hubiera provocado sin duda violentas murmura-

---

(1) Maccari, t. I, p. 186.

ciones y acaso hubiera sido motivo de un levantamiento general; ahora se ejecutó sin obstáculo; tanto habian cambiado los tiempos. La antigua division en tribus no quedaba ya mas que como recuerdo. Muchos árabes ignoraban la tribu á que pertenecían y reinaba en este punto una confusion que desesperaba á los genealogistas. Verdad es, que Haquem II, que amaba y que admiraba lo pasado, que conocía tan bien, había intentado hacer renacer esta reminiscencia de otra edad; hizo examinar por sábios las genealogías y quiso que cada árabe volviera á colocarse en su tribu, (1) pero sus esfuerzos, contrarios á la sana política, se había estrellado contra el espíritu del siglo que tendía en todas partes y salvo raras escepciones, á la unidad y á la fusion de razas. Dando el último golpe á la antigua division en tribus, Ibn-Abí-Amir, no hizo mas que acabar el trabajo de asimilacion que Abderramen III, había emprendido y que el sentimiento nacional aprobaba.

Mientras que así se preparaba á la guer-

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 103.

ra, Ibn-Abí-Amir parecía vivir en buena inteligencia con su suegro. Pero este tenía sobrada penetracion para equivocarse sobre el objeto de los grandes cambios que hacía su yerno en el ejército y estaba decidido á romper con él. Un dia que se encontraban juntos en lo alto de la torre de un castillo fronterizo comenzó á abrúmarlo de recriminaciones. Ibn-Abí-Amir le respondió con no menos vivacidad y su altercado tomó tal carácter de violencia que Galib furioso le gritó: «Perro! Abrogándote la autoridad suprema, lo que tu preparas es la caida de la dinastía!» Y sacando la espada se precipitó sobre él echando espumarajos de cólera. Algunos oficiales trataron de contenerle, pero no lo consiguieron mas que á medias; Galib hirió á Ibn-Abí-Amir y este aterrorizado se tiró desde lo alto de la torre. Afortunadamente para él se quedó enganchado de algun pico y esto fué lo que lo salvó.

Despues de esta escena la guerra era inevitable, así que, no tardó en estallar. Galib se declaró campeon de los derechos del Califa; parte de las tropas siguieron sus banderas y consiguió además la ayuda de los Leoneses. Diéronse muchos combates en

los que algunos de los personajes mas notables de la córte perdieron la vida. La última vez que vinieron á las manos estaba ya á punto de ser derrotado le ejército de Ibn-Abí-Amir, cuando Galib que cargaba á la cabeza de su caballería tuvo la desgracia de pegar con la cabeza contra el arzon de la silla. Gravemente herido cayó enseguida del caballo y no viéndolo sus soldados y sus aliados cristianos emprendieron la fuga, de modo que Ibn-Abí-Amir consiguió una brillante victoria. Entre los cadáveres se encontró el de Galib. (981.) (1)

Pero Ibn-Abí-Amir no se contentó con este tiempo por grande que hubiera sido. Quería al par castigar á los Leoneses por el apoyo que habian prestado á su rival, y mostrar á sus compatriotas que si habian formado un soberbio ejército no era solo por su interés, sino tambien por el de su pátria, invadió pues, el reino de Leon y le hizo sufrir un tremendo castigo. Su vanguardia mandada por un príncipe de

(1) Maccari, t. II, p. 64; Ibn-Adhari, t. II p. 299 Ibn-Hazm «Tratado sobre el amor,» fól. 59 r. Compárese con Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I. Apéndice, p. XXXIV. Sobre la fecha véase «ibid,» t. I, p. 192, 593.



la familia real, llamado Abdallah, más conocido con el nombre de «Piedra seca,» (1) tomó y saqueó á Zamora (julio de 981.) Verdad es que los musulmanes no pudieron obligar á que se rindiera la ciudadela, pero se vengaron talando á sangre y fuego toda la comarca. Pasaron á cuchillo tres mil cristianos, hicieron otros tantos prisioneros, y en un solo distrito destruyeron un centenar de lugares ó de aldeas, casi todos bien poblados y llenos de iglesias y de conventos. Ramiro III que apenas tenía entónces veinte años se alió con Garci-Fernandez, conde de Castilla y con el rey de Navarra. Marcharon juntos los tres príncipes contra Ibn-Abí-Amir y le presentaron la batalla en Rueda, al S. O. de Simancas, pero fueron batidos y la importante plaza de Simancas, cayó en poder de los Musulmanes. Estos, hicieron pocos prisioneros, la mayor parte de los habitantes y de los soldados fueron muertos. (2) Aunque la estacion estaba ya muy adelantada, Ibn-Abí-Amir marchó contra Leon. Ramiro salió á su encuen-

---

(1) Parece que debía este sobrenombre á su avaricia.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 190 y sig.

tro y trató de detenerlo. La fortuna pareció favorecer su audacia; rechazó á los enemigos y los obligó á retirarse á su campamento. Pero allí estaba Ibn-Abí-Amir. Sentado sobre una especie de trono bastante elevado, miraba la batalla y daba sus órdenes. La fuga de sus soldados le hizo estremecerse de indignacion y de ira, y tirándose de su asiento, se quitó su casco de oro, y se sentó en el suelo. Sus soldados sabian lo que significaba esto. Su general no lo hacía sino cuando quería manifestarles su descontento, porque peleaban cobardemente. Así, que la vista de aquella cabeza descubierta, les produjo un efecto estraordinario, avergonzados de su derrota, pensaron que era preciso repararla á toda costa, y dando gritos salvajes se precipitaron sobre el enemigo con tal ímpetu, que le hicieron volver grupas yéndole tan encima que entraron con él por las puertas de Leon, y hubieran tomado la ciudad, si una tormenta de nieve y granizo que descargó de pronto, no les obligara á suspender el combate. (1)

---

(1) Mon. sil, c. 71; compárese con mis «Recherches,» t. I, p. 198.

Cuando Ibn-Abí-Amir volvió á Córdoba (porque la proximidad del Invierno le había obligado á retirarse) tomó uno de esos sobrenombres que hasta entónces no habian sido llevados sino por los Califas, y por el cual hemos de designarle en adelante, el de Almanzor. (1) Quiso tambien que se le tributaran todos los honores reales. Exigió, por ejemplo, que todo el que llegara á su presencia, sin esceptuar á los visires ni á los príncipes de la sangre, le besara la mano, como se hacía con el monarca. Se le obedeció, y era tanto el deseo que había de agradarlo, que se la besaron tambien á sus hijos, hasta á aquellos que apenas habian salido de la cuna. (2)

Parecía, pues omnipotente y nadie hubiera dicho que tenía rival. Sin embargo, él no lo juzgaba así. En su opinion había todavía un hombre, que, si nó era peligroso, podía serlo, y este hombre era el general Djafar, príncipe del Zab. Dejafar le había hecho grandes servicios en la guer-

(1) «Al-manzor billah,» es decir «ayudado por Dios, victorioso con la ayuda de Dios.»

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 299, 300.

ra contra Galib, pero el doble brillo de su nacimiento y de su fama, habían despertado los celos del ministro y de la nobleza de la córte. (1) Almanzor tomó respecto á él una resolucion que echa una mancha indeleble sobre su gloria. Habiendo dado órdenes secretas á los dos Todjibitas Abu-'l-Ahwaz Man y Abderraman ibn-Motarrif, invitó á Djafar á un convite. Djafar aceptó la invitacion. La fiesta fué magnífica y gracias á los vinos generosos estaban ya todos alegres cuando el escanciador presentó una copa al ministro. «Llévasela, dijo á este, al que más estimo.» El copero permaneció suspenso, no sabiendo á cuál de aquellos nobles convidados era al que su señor quería designar. «¡Maldito copero! esclamó entónces Almanzor, llévasela al visir Djafar!» Este, lisonjeado con semejante testimonio de estimacion se levantó en seguida, y cogiendo la copa la vació toda de un trago, y olvidando toda etiqueta se puso á bailar. Los demás convidados, arrastrados por su loca alegría siguieron su ejemplo.

---

(1) Véase Maccari, ». I, p. 258.

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche, y cuando se separaron, Djafar estaba ya completamente ébrio. Volvía á su casa acompañado solo de algunos pajes, cuando de pronto se vió asaltado por los soldados de los Todjibitas, y ántes que tuviera tiempo de defenderse, había dejado de existir; (22 de Enero de 983.)

Su cabeza y su mano derecha fueron enviadas secretamente á Almanzor, que fingió no conocer los autores de este asesinato, y que manifestó una profunda tristeza. (1)

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 300, 301, cf. Maccari, t. I, p. 260.

# X.

Si el pueblo conoció ó sospechó la verdad respecto á la muerte de Djafar, pronto olvidó este crímen para no ocuparse más que de las nuevas victorias del ministro. Los asuntos del reino de Leon, habian tomado para éste un giro favorabilísimo. Los desastres que esperimentó Ramiro III en la campaña de 981, le fueron fatales. Los grandes no querian ya á un príncipe que parecía perseguido por la desgracia, (1) y que además lastimaba su orgullo con sus pretensiones á la autoridad absoluta. Es-

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches», t. I, página 106.

talló una rebelion en Galicia. Los nobles de esta provincia resolvieron dar el trono á Bermudo, primo hermano de Ramiro, y en 15 de Octubre de 982 lo consagraron en la iglesia de Santiago de Compostela. Ramiro marchó al punto contra él, y se dió una batalla en Portilla de Arenas, fronterizo entre Leon y Galicia, pero aunque encarnizada quedó indecisa. (1) En adelante, la fortuna favoreció cada vez mas las armas de Bermudo II, y en Marzo del año 984 quitó la ciudad de Leon á su competidor. (2) Para no sucumbir por completo, Ramiro, que se había refugiado en las cercanías de Astorga, se vió obligado á implorar la ayuda de Almanzor, reconociéndose su vasallo. (3) Poco despues murió, (26 de Junio de 984). (4) Su madre pretendió reinar en su lugar, apoyándose en los Musulmanes; (5) pero pronto se vió privada de sus auxilios.

---

(1) Sampiro, c. 29; «Chron. Iriense,» c. 12.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 196.

(3) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 107.

(4) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 195, 197.

(5) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I. página 107.

Bermudo había comprendido que si nó se humillaba á pedir lo que había pedido Ramiro, le sería difícil sujetar á los grandes, que se negaban á reconocerlo. Dirigióse, pues á Almanzor, y las promesas que le hizo debieron ser mayores que la de su enemiga, puesto que aquel se declaró por él, poniendo á su disposicion un gran ejército de Musulmanes. Gracias á esta ayuda, Bermudo consiguió someter todo el reino á su autoridad, pero fué desde entónces tambien un lugarteniente de Almanzor, gran parte de cuyas tropas permaneció en el pais tanto para vigilarlo como para ayudarlo. (1)

Habiendo hecho así del reino de Leon una provincia tributaria, resolvió Almanzor volver sus armas contra Cataluña. Como esta era un féudo del rey de Francia, los Califas la habian respetado hasta entónces, temiendo que si la atacaban tendrían tambien que combatir con los franceses. Pero Almanzor no participaba de estos temores; sabía que Francia era presa de la

---

(1) «Chron Iriense,» c. 12; Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, p. 107.

monarquía feudal y que los condes catalanes no podían esperar auxilio alguno por esta parte. (1) Habiendo reunido pues, gran número de tropas salió de Córdoba el 5 de Mayo de 985, (2) llevando consigo unos cuarenta poetas asalariados para que cantaran sus victorias. (3) Pasando por Elvira, Baza y Lorca, llegó á Murcia donde fué á vivir en casa de Ibn-Khattab. Este era un simple particular que no tenía ningun empleo, pero cuyas propiedades eran grandísimas y sus rentas enormes. Cliente de los Omeyas procedía probablemente de origen visigodo y acaso descendía de aquel Teodomiro que cuando la conquista, había hecho con los musulmanes una capitulacion tan ventajosa, que él y su hijo Atanagildo reinaron como príncipes casi independien-

---

(1) Véase Ibn-Khaldun en mis «Recherches,« t. I, p. 124.

(2) «El martes, doce dias pasados de Dhu-'l-hiddja del año 374, lo que corresponde al 5 de Mayo.» Ibn-abi-'l-Faiyadh, «apud.» Ibn-al-Abbar, p. 252. En el año 985, el 5 de Mayo caia efectivamente en mártes.

(3) Ibn-al-Khatib en su artículo sobre Almanzor, (man. G., fol. 181 r.,) trae la lista de estos poetas.

tes en la provincia de Murcia. (1) Sea de esto lo quiera, Ibn-Khattab era tan generoso como rico. Durante trece dias consecutivos, (2) no solo costeó á Almanzor con su comitiva, sino á todo el ejército desde los visires hasta el último soldado. Cuidó de que la mesa del ministro estuviera siempre suntuosamente servida; jamás le presentó por segunda vez manjares que ya hubiera comido, ni vajilla que ya hubiera usado, y llevó su prodigalidad hasta ofrecerle un baño preparado con agua de rosas. Por acostumbrado al lujo que estuviera Almanzor, quedó asombrado del que desplegaba su huesped. Así que no cesaba de elogiarlo y queriendo darle una prueba de su reconocimiento, lo declaró exento de una parte de la contribucion territorial, ordenando además á los magistrados encargados de la administracion de la provincia que le tuvieran las mayores consi-

---

(1) En tiempo de Ibn-al-Abbar, es decir en el siglo XIII, los Beni-Khattab se suponían árabes, pero sus antepasados del siglo X, no pensaban siquiera en darse semejante orígen.

(2) Ibn-abi-'l-Faiyadh dice: durante veintitres dias. Yo he seguido á Ibn-Haiyan.

deraciones y que se conformaran en todo lo posible á sus deseos. (1).

Dejando á Murcia, Almanzor continuó su marcha á Cataluña y despues de haber batido al conde Borrel, (2) llegó el miércoles, primero de Julio, delante de Barcelona, y el lunes siguiente la tomó por asalto. (3) La mayor parte de los soldados y de los habitantes fueron pasados á cuchillo, los demás reducidos á servidumbre; la ciudad, saqueada y quemada. (4)

Apenas de vuelta de esta campaña la vigésima tercia (5) que había hecho Almanzor, siempre infatigable y siempre ávido de

(1) Ibn-al-Abbar, p. 251-253.

(2) Ibn-al-Khatib, man. L. fól. 180 v.

(3) Segun Ibn-al Khatib, Barcelona fué tomada «el lúnes en mitad de Zafar del año 375.» Este dia corresponde al 6 de Julio de 985. Los documentos árabes no dejan duda alguna sobre el año de la toma de Barcelona, y están enteramente de acuerdo con los latinos citados por Bofarull. Este sábio que pretende que la toma de Barcelona se verificó un año más tarde, no ha reparado que su opinion está contradicha por los datos mismos en que trata de apoyarla. La fecha, «Kalendarum Iutii, feria quarta» en que dos documentos fijan el principio del sitio, enteramente esacta para el año 985, no lo es para el año siguiente.

(4) Bofarull, «Condes de Barcelona,» t. I. págs. 163, 164.

(5) Ibn-al-Abbar, p. 251. Almanzor había hecho muchas campañas contra el Conde de Castilla, y contra el de Navarra, de que no conservamos detalles.

nuevas conquistas, fijó su atencion en la Mauritania.

Durante muchos años, había estado este pais en poder de Bologguin, virey de Ifrikia, pero desde los últimos años del reinado de este príncipe, y sobre todo despues de su muerte (acaecida en Mayo de 984) (1) el partido omeya había comenzado á levantar la cabeza. Muchas ciudades, tales como Fez y Sidjilmesa, habian sacudido ya el yugo de los Fatimitas, cuando un príncipe africano que estaba ya casi olvidado, reapareció en la escena, el Edrisita Ibn-Kennum. En tiempos de Haquem II, Ibn-Kennum, como ya hemos referido, tuvo que entregarse á Galib, y habiéndolo traido á Córdoba, permaneció allí hasta que Mozhafí lo envió á Túnez, despues de haberle hecho prometer no volver á la Mauritania. Pero Ibn-Kenum no tenia intencion de cumplir su promesa. Habiéndose presentado en la córte del Califa Fatimita, asedió á este príncipe durante diez años, suplicándole que lo restableciera. Y habiendo obtenido al fin tropa y dinero, había vuelto á su pais

(1) Ibn-Adhari, t. I, p. 248.

natal, y como había comprado el apoyo de muchos jeques berberiscos, se hallaba ahora en camino de enseñorearse de él. Esto es lo que quería impedir Almanzor, y para lo que tomó al efecto las medidas necesarias. Envió á Mauritania gran número de tropas bajo el mando de su primo hermano Askeledja. (1) La guerra no fué de larga duracion: demasiado débil para resistir á sus enemigos, Ibn-Kennum se entregó despues de haber obtenido de Askeledja la promesa de que sería respetada su vida, y de que podría habitar en Córdoba como ántes.

Semejante promesa hecha á un hombre muy ambicioso y muy pérfido, era seguramente una imprudencia, y puede preguntarse si Askeledja estaba autorizado á hacerla. Los cronistas árabes nos dejan en duda respecto á este particular, pero la conducta de Almanzor nos inclina á creer que Aske-

---

(1) Los autores que dicen que Almanzor envió además á África otro cuerpo de ejército mandado por su hijo Abdelmelic (Mudhaffar,) han confundido esta espedicion con otra, (la dirigida contra Zirí,) de que hablarémos mas adelante. En la época de que se trata, Abdelmelic no tenía aun más de doce años; cf. Nowairí p. 473.)

ledja había traspasado sus poderes. El ministro declaró que el tratado era nulo, y haciendo traer á Ibn-Kennum á España, lo hizo decapitar de noche en el camino que vá de Algeciras á Córdoba, (Setiembre ú Octubre de 985.)

Aunque Ibn-Khennum hubiera sido un tirano cruel que tenía el bárbaro placer de precipitar sus prisioneros desde lo alto de la Roca de las Águilas, el modo con que fué muerto excitó sin embargo en su favor una simpatía que parece haber sido bastante general. Añádase á esto, que era un cherif, un descendiente del yerno del profeta. Atentar á la vida de un hombre semejante era un sacrilegio á los ojos de las masas ignorantes y supersticiosas. Aun los rudos soldados, que obedeciendo á las órdenes recibidas, lo habian muerto, lo juzgaban así, y una tormenta que sobrevino de pronto y que los tiró á tierra, les pareció un milagro, un castigo del cielo. Unos decian que Almanzor había cometido una impiedad, otros, que había hecho una perfidia, puesto que hubiera debido respetar como suya la palabra dada por su teniente. Esto se decía en voz alta apesar del temor que inspiraba el ministro y el des-

contento se manifestó de un modo tan palpable, que Almanzor no podía engañarse sobre la disposicion de los ánimos, y comenzó á alarmarse sériamente. Júzguese cuál sería su cólera, cuando supo que Askeledja estaba mas indignado que nadie y que hasta delante de sus tropas se había atrevido á llamar pérfido á su primo. Audacia semejante exigía un castigo ejemplar. Así, que Almanzor se apresuró á enviar á su primo la órden de venir inmediatamente á España, le formó cáusa, y habiéndolo hecho condenar como reo de malversacion y de alta traicion lo mandó matar; (Octubre ó Noviembre de 985.) (1)

Entónces se redoblaron los clamores. Ahora se compadecian, no solo de la suerte del desgraciado cherif, sino de la de Askeledja, y se preguntaban, si nó había dado Almanzor una nueva prueba de su atróz política y de su menosprecio de todos los lazos, aun de los de la sangre, haciendo decapitar á su propio primo. Los parien-

(1)«Cartás,» p. 58, 59; Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. III, p. 219, 237; Ibn-Adhari, t. II, p. 301; Ibn-al-Abbar, p. 154.



tes de Ibn-Kennum, engañados en las esperanzas que habian concebido cuando este príncipe parecía estar á punto de conquistar toda la Mauritania, fomentaban el descontento todo lo que podían. Instruido de sus manejos, Almanzor los sentenció á todos al destierro. Entónces dejaron á España y la Mauritania, pero Ibrahin-ibn-Edris, uno de ellos, lanzó todavía antes de partir, un dardo contra el ministro, componiendo un largo poema que tuvo mucha boga y en el que se encontraban estos versos:

¡El destierro, he aquí siempre mi triste suerte! La desgracia me persigue sin cesar; es mi acreedor, el mismo dia del vencimiento se me presenta......

Lo que acaba de suceder me llena de estupor, nuestro infortunio es inmenso y casi imposible de remediar. Apenas puedo creer á mis ojos y casi estoy tentado de decir que me engaño. ¡Qué, existe todavía la familia de Omeya y sin embargo un jorobado (1) gobierna este vasto imperio! Hé ahí soldados que marchaban al rededor de un palanquin, en donde vá un mono rojo!.......
Hijos de Omeya, vosotros que brillábais

(1) Es una calumnia segun los testimonios mas imparciales; Almanzor era un hombre muy hermoso.



antes como estrellas en medio de la noche ¿cómo es que ahora ya no se os vé? Antes érais leones, pero habeis dejado de serlo y hé ahí por qué ese zorro se ha hecho amo del poder. (1)

Zorro ó no,—y como se vé, el apodo que ántes encontramos en un verso de Mozhafí, se había quedado,—estaba convencido Almanzor de la necesidad de hacer algo que en la opinion lo rehabilitara. Resolvió por consiguiente, agrandar la mezquita, que era demasiado pequeña para contener los habitantes de la capital y los innumerables soldados venidos de África. Debía comenzarse por expropiar á los dueños de las casas que ocupaban el terreno sobre que se iba á edificar y esta era una medida que para no hacerse odiosa pedía mucho tacto y delicadeza, pero Almanzor tenía para estas cosas una admirable habilidad. Mandaba presentársele á cada propietario (lo que ya era un gran honor) y le decía: «Amigo mío, tengo el proyecto de agrandar la mezquita, santo lugar en que dirigimos nuestras oraciones al cielo y quisiera comprar tu casa en interés de la comunidad

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 301, 302; Ibn-al-Abbár, p. 119; Maccari, t. I, p. 389.

musulmana y á costa del tesoro que está bien provisto, gracias á las riquezas que he arrebatado á los infieles; dime pues, lo que quieres por ella, no te quedes corto, dime francamente lo que quieres.» Y cuando su interlocutor decía una suma que creía exhorbitante, esclamaba el ministro: «Eso es muy poco, tienes demasiada conciencia. Toma, yo te doy ahora, tanto.» Y no solo le ponía el dinero en la mano, sino que mandaba que le compráran otra. Topó sin embargo con una señora que rehusó durante mucho tiempo venderle la suya. Había en su jardin una hermosa palmera por la que tenía capricho y cuando ella consintió al fin en deshacerse de su casa, fué con la condicion de que se le había de comprar otra que tuviera tambien una palmera en el jardin. Esto era difícil de encontrar, pero en cuanto el ministro se informó de la peticion de la señora, esclamó: «Pues bien le compraremos lo que desea aunque tengamos que vaciar todos las arcas del Erario.» Despues de mucho trabajo se encontró al fin una casa tal como se deseaba y se compró á un precio exhorbitante.

Tanta generosidad dió su fruto. Por quejas que se tuvieran contra el ministro no

podía negarse que hacía las cosas grande y noblemente y por otra parte, las personas devotas se veían obligados á confesar que el ensanche de la mezquita era una obra muy meritoria. Y todavía fué otra cosa, cuando habiendo comenzado los trabajos se vió sacar los escombros á una multitud de prisioneros cristianos con grillos en los piés. Entónces se dijo que jamás había brillado tanto el Islamismo y que nunca los infieles habían sido humillados á tal estremo. ¡Y luego, cuando se vió al mismo Almanzor, el señor omnipotente, el general mas grande del siglo, manejar para agradar á Dios, la espiocha, el palustre y la sierra como si hubiera sido un simple trabajador! Ante semejante espectáculo enmudecieron todos los ódios. (1)

Mientras que todavía se trabajaba en el ensanche de la mezquita, se renovó la guerra contra Leon. Las tropas musulmanas que habían quedado en el reino lo trataban como país conquistado y cuando Bermudo II se quejaba, no recibía de Alman-

(1) Maccari, t. I, p. 359, 360, l. 3, 20 y sig.; Ibn-Adhari, t. II. p, 307 y sig.

zor mas que respuestas altivas y desdeñosas. Perdió al cabo la paciencia y tomando una atrevida resolucion echó á los musulmanes. Almanzor se vió pues, obligado de hacerle conocer una vez mas la superioridad de sus armas, y en el fondo no le disgustó esta nueva guerra, porque con ella los vecinos de la capital, en lugar de hablar de cosas que en su opinion no eran de su competencia, preferirían entretenerse de nuevo con sus batallas, sus victorias y sus conquistas. Y tuvo buen cuidado de suministrarles materia para sus conversaciones. Habiéndose apoderado de Coimbra en Junio de 987, arruinó la ciudad de tal modo que estuvo desierta siete años. (1) Al siguiente atravesó el Duero y entónces el ejército musulman se lanzó como un torrente en el reino de Leon, matando y destruyendo todo lo que encontraba al paso. Ciudades, castillos, conventos, iglesias, lugares, aldéas, nada se perdonó. (2) Bermudo se había metido en Zamora, (3) probablemente porque

(1) «Chron. Conimbricense,» I y IV.

(2) Véase la carta de la abadesa Flora. «Esp. Sagr.,» t. XXXVI n.º 14 y lo que cita Risco «Historia de Leon,» t. I, 228.

(3) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t, 1, página 107.

creía que esta ciudad sería la primera atacada, pero Almanzor le dejó de lado y se fué derecho á Leon. Ya una vez había estado á punto de tomarla, pero gracias á su buena ciudadela, á sus fuertes torres, á sus cuatro puertas de marmol y á sus murallas romanas que tenían mas de veinte piés de espesor, era muy fuerte y resistió por mucho tiempo los esfuerzos del enemigo. Al fin logró abrir una brecha cerca de la puerte occidental, cuando el gobernador de la plaza, el conde gallego Gonzalvo Gonzalez, se encontraba en cama á consecuencia de una grave dolencia. El peligro era estremo, así que el conde, enfermo y todo como estaba se hizo poner la armadura y llevar en litera á la brecha. Con su presencia y sus palabras reanimó el valor abatido de sus soldados que durante tres dias consiguieron todavía rechazar á los enemigos, pero al cuarto, los Musulmanes penetraban en la ciudad por la puerta meridional. Entónces comenzó una horrible carnicería. El mismo conde, cuyo heroismo hubiera debido inspirar respeto, fué muerto en su litera. Despues de matar, destruyeron. No se dejó piedra sobre piedra. Puertas, torres, murallas, ciudadela, todo

fué destruido hasta los cimientos. No se dejó enhiesta mas que una sola torre que se hallaba cerca de la puerta septentrional, y que era poco más ó menos de la misma altura que las otras. Almanzor había mandado perdonarla, quería que mostrara á las futuras generaciones, cuán fuerte había sido aquella ciudad que había hecho desaparecer de la faz de la tierra. (1)

Los Musulmanes retrogradaron enseguida hácia Zamora, y despues de haber quemado los soberbios conventos de San Pedro de Eslonza y de Sahagun, que se hallaban en su camino, (2) pusieron sitio á esta ciudad. Bermudo se mostró menos valeroso que su teniente de Leon. Escapó furtivamente, y cuando hubo partido, los habitantes rindieron la plaza que Almanzor mandó saquear. Casi todos los condes lo reconocieron entónces por soberano, y Bermudo no conservó más que los distritos

---

(1) Lucas de Tuy, p. 87. Consúltese en lo que concierne á la fecha y al nombre del gobernador, mis «Recherches,» t. I, pág. 198, 207.

(2) Carta latina citada por Risco, «Hist. de Leon,» t. I, p. 228 «Esp. Sagr.» t. XXXIV, p. 308.

de la costa. (1) De vuelta á Zahira despues de esta gloriosa campaña, tuvo Almanzor que ocuparse de asuntos gravísimos: descubrió que los grandes conspiraban contra él, y que su propio hijo Abdallah, jóven de veintidos años, era de los conjurados.

Bravo y distinguido caballero, no era sin embargo querido de su padre. Este tenía sus razones para creer que no era hijo suyo, pero esto lo ignoraba el jóven, y como se veia siempre postergado á su hermano Abdelmelic, que tenía seis años menos que él, y al que se creia muy superior en talento y en bravura, estaba ya grandemente descontento de su padre cuando llegó á Zaragoza, residencia del virey de la Frontera superior, Abderramen-ibn-Motarrif el Todjibita. El aire de esta córte le fué fatal. Su huésped era el jefe de una ilustre familia, en la cual había sido el vireinato hereditario durante un siglo, y como Almanzor había derribado sucesivamente á los hombres mas poderosos del imperio, temía

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches.» t. I, p. 108.

con razon que siendo el último de los nobles que quedaba en pié, no cayera tambien á su vez, víctima de la ambicion del ministro. Tenía, pues, intenciones de adelantarse, y solo esperaba para sublevarse ocasion oportuna. Ahora creyó haberla encontrado; el jóven Abdallah le pareció un instrumento muy apropósito para realizar sus proyectos. Fomentó su disgusto, y poco á poco le inspiró la idea de rebelarse contra su padre. Resolvieron pues, levantarse en armas, en cuanto las circunstancias se lo permitieran, conviniendo entre sí, que si salian en la lucha vencedores, se dividirian á España, reinando Abdallah en el Mediodía y Abderramen en el Norte. Muchos altos funcionarios, tanto militares como civiles, entraron en esta conjuracion, y entre otros, el príncipe real Abdallah Piedra Seca, que era entónces gobernador de Toledo. Era un complot formidable, pero cuyas ramificaciones se estendian demasiado para que pudiera quedar oculto mucho tiempo al ojo vigilante del primer ministro. Rumores vagos, al principio, pero que poco á poco tomaron consistencia, llegaron á sus oidos, y en seguida tomó medidas eficaces para desbaratar los proyectos de sus

contrarios. Hizo venir á su hijo y le inspiró una mentida confianza, colmándolo de consideraciones y de pruebas de cariño. Llamó tambien á Abdallah Piedra Seca, y le quitó el gobierno de Toledo, pero lo hizo bajo un pretesto muy plausible, y de una manera cortés, de modo que al principio el príncipe no sospechó nada. Sin embargo, poco despues Almanzor le quitó su título de visir y le prohibió salir de su casa.

Habiendo reducido así á dos de los principales conspiradores á la impotencia, el ministro salió á campaña contra los castellanos, despues de enviar á los generales de la Frontera, órden de reunirse á él. Abderramen obedeció lo mismo que los demás. Entónces Almanzor escitó por bajo de cuerda á los soldados de Zaragoza á que se querellaran de él. Así lo hicieron, y habiéndolo acusado de haber retenido sus sueldos para apropiárselos Almanzor lo destituyó (8 de Junio de 989.) Sin embargo, como no quería malquistarse con toda la familia de los Beni-Hachim, nombró para el gobierno de la Frontera superior, al hijo de Abderramen, Yahya-Siemdja. Pocos dias despues hizo prender á Abderramen,

pero sin dejar conocer que sabía el complot pues mandó solamente, que se procediera á una informacion acerca del uso que Abderramen había hecho de las sumas que se le habian entregado para pagar las tropas.

Algun tiempo despues, Abdallah se reunió al ejército, cumpliendo la órden que había recibido. Almanzor trató de reconquistar su cariño á fuerza de bondad, pero fueron vanos todos sus esfuerzos. Abdallah había decidido romper definitivamente con su padre, y durante el sitio de San Esteban de Gormaz, abandonó en secreto el campamento, acompañado tan solo de seis de sus pajes, para buscar asilo cerca de Garci-Fernandez, conde de Castilla. Este le prometió su proteccion, y á pesar de las amenazas de Almanzor cumplió su palabra durante más de un año. Pero en este intérvalo sufrió derrota tras derrota; fué batido en campo raso; en Agosto de 989 perdió á Osma, ciudad en la que Almanzor puso guarnicion musulmana; en Octubre le quitaron tambien á Alcoba (1) y

(1) Compárese con los «Anales Complutenses,» p. 311. En los «Anales Toledanos,» (p. 383) la fecha está equivocada.

á la postre se vió obligado á implorar la paz y entregar á Abdallah.

Una escolta castellana condujo al rebelde al campo de su padre. Iba montado en una mula magníficamente enjaezada, que le había regalado el conde, y como estaba convencido de que su padre lo había de perdonar, estaba tranquilo sobre su suerte. En el camino encontró á un destacamento musulman, mandado por Sad, quien despues de haberle besado la mano, le dijo que no tenía nada que temer, porque su padre consideraba lo que había hecho como una calaverada que era preciso perdonar á un muchacho. Habló así mientras que los castellanos estuvieron, pero en cuanto se alejaron y llegó la cabalgata á las orillas del Duero, Sad se quedó atrás y los soldados dijeron á Abdallah que echara pié á tierra y se preparase á morir. Por inesperadas que fueran estas palabras, no alteraron al valiente Amirida. Saltó prontamente de su mula, y con rostro sereno presentó sin pestañear la cabeza al golpe mortal, (9 de Setiembre de 990.) Antes que él había dejado de existir su cómplice Abderramen. Condenado por malversacion había sido decapitado en Zahira. Abdallah Pie-

dra Seca, consiguió evadirse y se puso bajo la proteccion de Bermudo. (1)

Almanzor sin embargo, no se contentó con haber deshecho este complot. No había perdonado el conde de Castilla el apoyo que había dado á Abdallah y en represalias indujo á Sancho, hijo del conde, á rebelarse á su vez contra su padre. Apoyado por la mayor parte de los grandes, Sancho tomó las armas en el año 994 (2) y entónces Almanzor que tambien se declaró por él, se apoderó de las fortalezas de San Esteban y de Clunia. Pero tenía prisa de acabar esta guerra. Su comitiva acostumbrada á pensar como él ó por lo ménos á hacer que pensaba, participaba de su impaciencia y la mejor manera de agradarle era decirle que segun toda probabilidad García no tardaría en sucumbir. El poeta Zaid, le presentó un dia, un siervo atado de una cuerda y le recitó un poema

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 303, 306; Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I, p. 279 de la primera edicion; Ibn-Khaldun en la misma obra, t. I, p. 108 de la segunda edicion.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 24-27 de la primera edicion.

por lo demás bastante mediano, en que había estos versos:

Vuestro esclavo que habeis arrancado á la miseria, os trae este siervo. Le he puesto García y os lo traigo con una cuerda al cuello, esperando que mi pronóstico sea verdadero.

Por una singular casualidad, lo era: herido de un bote de lanza, García había sido hecho prisionero á orillas del Duero entre Alcocer y Langa, el mismo dia en que el poeta había presentado el siervo á su señor (lunes 25 de Mayo de 995.) Cinco dias despues espiró el conde á consecuencia de su herida y desde entónces no fué disputada la autoridad de Sancho, pero tuvo que pagar á los Musulmanes un tributo anual. (1)

En el Otoño del mismo año Almanzor marchó contra Bermudo, para castigarlo por haber albergado á otro conspirador. Es-

(1) Ab-al-wahid, p. 24, 25; Abulfeda, t. II, página 234; Maccari, t. II, p. 57; Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, p. 108; «Chron. Burg.,» págigina 389; «Ann. Complut.,» p. 313; «Ann. Compost,» d. 320; «Ann. Toled.,» I, p. 384, En las crónicas que traen VIII kal. Januarii debe leerse Junii en lugar de Januarii.

te rey se hallaba en una situacion deplorable. Había perdido hasta la sombra de autoridad. Los señores se apropiaban sus tierras, sus siervos; sus ganados, los echaban á suerte entre entre si y cuando se los reclamaba se burlaban de él. Simples hidalgos á quienes había confiado un castillo se rebelaban. (1) Á veces le hacían pasar por muerto, (2) y en verdad que importaba poco que lo estuviera ó no. Gran atrevimiento había sido el suyo cuando se atrevió á echar plantas contra Almanzor. ¿Qué podía contra el poderoso capitan? Nada absolutamente; así que bien pronto se arrepintió de su imprudencia. Habiendo perdido á Astorga, (3) donde había establecido su capital despues de la destruccion de Leon, pero que abandonó prudentemente al acercarse el enemigo, tomó el partido mas sensato: pidió la paz. Obtúvola á condicion de entregar á Abdallah Piedra Seca, y de pagar un tributo anual. (4)

(1) Carta de 993, «Esp. Sagr.,» t. XIX, p. 382 y sig. y de 100 «ibid.,» t. XXVVI, n.º IV.

(2) Carta de 990 analizada en la «Esp. Sagr.,» t. XIX, p. 382 y sig.

(3) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 108, 109.

(4) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 108.

Despues de haber quitado su capital á los Gomez, condes de Carrion (1) que á lo que parece, habían desconocido su autoridad, Almanzor se retiró llevando consigo al desventurado Abdallah, que le había sido entregado en el mes de Noviembre. (2) Como era de esperar, castigó cruelmente á este príncipe. Habiéndolo hecho poner cargado de cadenas en un camello, mandó pasearlo ignominiosamente por los calles de la capital, mientras que gritaba un pregonero que iba delante: «Hé aquí Abdallah, hijo de Abdalazis, que abandonó á los musulmanes para hacer cáusa comun con los enemigos de la religion!» Cuando oyó por primera vez estas palabras, el príncipe se indignó tanto, que exclamó: «¡Mientes, dí mas bien, hé aquí un hombre que ha huido impulsado por el miedo; ha ambicionado el imperio, pero no es un politeista ni un apóstata!» (3) Pero no tenía fuerza moral, no había comprendido que ántes de conspirar es preciso armarse de

---

(1) Ibn-Khaldun «ibid,» p, 110.

(2) Ibn-al-Abbar, p. 113.

(3) Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I, páginá 280 de la primera edicion.

valor. Puesto en prision y temiendo no tardar en ser conducido al cadalso, mostró una cobardia indigna de su alto nacimiento y que forma singular contraste con la firmeza de que había dado pruebas su cómplice el hijo de Almanzor. En los versos que enviaba de contínuo al ministro, confesaba que había hecho mal en huir, procuraba apaciguar su furia á fuerza de adulaciones, y le llamaba el más generoso de los hombres. «Nunca, decía, un desgraciado imploró en vano tu piedad: tus bondades y tus beneficios son innumerables como las gotas de la lluvia.»

Esta bajeza no le sirvió de nada. Almanzor perdonó su vida, porque lo despreciaba demasiado para hacerlo morir, pero lo dejó en la cárcel, y Abdallah, no recobró su libertad sino despues de la muerte del ministro. (1)

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 113, 114 y en mis «Recherches,» t. I, p. 279 de la primera edicion.

# XI.

Reinando de hecho hacía veinte años, Almanzor quería tambien reinar de derecho. Era preciso estar ciego para no conocerlo, pues se le veia marchar hácia su fin, lenta, prudentemente, con paso mesurado, pero con una obstinacion que saltaba á la vista. En 991 hizo dimision de su título de hadjib ó primer ministro, en favor de su hijo Abdelmelic que apenas contaba entónces diez y ocho años, y se hizo que desde entóces se le llamara Almanzor á secas. (1) Al año siguiente ordenó que se

(1) Ibn-Adhari, t. p. 315.

que se pusiera á los documentos de cancillería su propio sello en lugar de el del monarca, y tomó el sobrenombre de Mowaiyad, que tambien llevaba el Califa. (1) En el año 996 declaró que la denominacion de «Seyid» (señor), solo debía dársele á él, y tomó al mismo tiempo el título de «melic carim,» (noble rey.) (2)

Era ya rey, pero no era todavía Califa. ¿Qué era lo que le impedía serlo? Seguramente que no era á Hixem II á quien temía. Aunque este príncipe estuviera entónces en la flor de su edad, no había mostrado nunca la mas mínima energía, ni había tenido el menor asomo de querer sustraerse al yugo que le habian impuesto. No eran mas de temer los príncipes de la dinastía: Almanzor había hecho perecer á los más peligrosos, había desterrado á los que no lo eran tanto y reducido á los demás á un estado muy cercano á la miseria. (3) Creia que el ejército se había de oponer á sus designios? ·De ningun modo; compuesto en su

---

(1) «Cartás,» p. 73.
(2) Ib-Adhari, t. II, p. 316,
(3) Maccari, t, I, p. 389.

mayoría de berberiscos, de cristianos del Norte, de soldados que habian sido hechos prisioneros en su infancia (1), en una palabra, de aventureros de todo género; el ejército era suyo; hiciera lo que hiciera, había de obedecerlo ciegamente. ¿Qué temía, pues?

Temía á la nacion. Ella no conocía apenas á Hixem II; en la misma capital, pocos lo habían vislumbrado, porque cuando salía de su dorada cárcel para ir á alguna de sus casas de campo, (lo que además sucedía raras veces) iba rodeado de las mujeres de su serrallo y como ellas, enteramente cubierto con su gran albornóz, de modo, que no podía distinguírsele de los demás y las calles porque tenía que pasar estaban siempre cubiertas de una hilera de soldados, por órden espresa del ministro; (2) y sin embargo lo amaban. ¿No era hijo del bueno y virtuoso Haquen II, nieto del glorioso Abderramen III y sobre todo, no era el monarca legítimo? Esta idea de la legitimidad había arraigado en todos los ánimos y era aun mucho más viva en el pueblo que en la no-

(1) Maccari, t. I, p. 393.
(2) Nowairi, p. 471.

bleza. Los nobles, en su mayor parte de origen árabe, acaso hubieran llegado á convencerse de que era útil y necesario un cambio de dinastía, pero el pueblo que era de orígen español pensaba de otro modo. Como el sentimiento religioso, el amor á la dinastía formaba parte de su ser. Aunque Almanzor hubiera dado á su pais una gloria y una prosperidad hasta entónces desconocidas, el pueblo no le perdonaba haber hecho del Califa una especie de prisionero de Estado y estaba pronto á levantarse en masa si el ministro se atrevía á intentar sentarse en el trono. Esto no lo ignoraba Almanzor, de ahí su prudencia, de ahí su vacilacion; pero creía que la opinion pública se modificaría poco á poco, se lisonjeaba en la esperanza de que se acabaría por olvidar enteramente al Califa para no pensar mas que en él y entónces el cambio de dinastía podría realizarse sin sacudimientos.

¡Bien hizo en haber dilatado su gran proyecto! Bien pronto pudo convencerse de que su elevada posicion no pendía mas que de un hilo. Á despecho de todas sus conquistas y de toda su gloria, una muger llegó casi á derribarlo.

Esta muger era Aurora.

Ella lo había amado, pero la edad de los tiernos sentimientos había pasado para ambos; se habian desavenido, y como sucede muchas veces, el amor se había trocado en sus corazones, no en indiferencia, sino en ódio. Y Aurora no hacía nada á medias: rendida en el amor, era implacable en el resentimiento. Resolvió hacer caer á Almanzor, y para conseguirlo puso en conmocion todo el serrallo, hombres y mujeres. Habló á su hijo, le dijo que el honor le ordenaba mostrarse hombre, y romper al fin el yugo que un ministro tiránico había osado imponerle. Hizo un verdadero milagro: inspiró al más débil de los hombres una apariencia de voluntad y de energía. Pronto lo esperimentó Almanzor. El Califa le trató, primero, con frialdad, luego se enardeció hasta dirigirle censuras. Queriendo conjurar la tormenta el ministro, alejó del serrallo á muchas personas peligrosas, pero como no podía hacer salir á la que era el alma del complot, esta medida no sirvió mas que para irritar más á su enemiga. Y la navarra era infatigable, ella mostró que tenía tambien como su antiguo amante, una voluntad de

hierro. Sus emisarios propalaban en todas partes que el Califa quería al fin reinar por sí mismo, y en los mismos instantes en que se formaban en Córdoba corrillos sediciosos; el virey de Mauritania Zirí-Ibn-Atia, desplegó el estandarte de la rebelion, declarando que no podía sufrir por mas tiempo que el soberano legítimo permaneciera cautivo de un ministro omnipotente.

Zirí era el único hombre que Almanzor temía, ó mas bien, el único á quien temió en su vida, pues de ordinario despreciaba demasiado á sus enemigos para temerlos. Este jeque semi-bárbaro, había conservado en los desiertos africanos el vigor, la espontaneidad y el orgullo de raza, que parecian propios de otra era, y Almanzor á pesar suyo, había sufrido el ascendiente de este espíritu, al par impetuoso, penetrante y cáustico. Algunos años ántes había recibido una visita suya, y en esta ocasion le había prodigado todas las señas de estimacion: le había conferido el título de visir, con el sueldo anejo á esta dignidad; había hecho inscribir á todos los de su comitiva en la nómina de las oficinas militares, y en fin, no le dejó ir sino despues de haberle indemnizado ámpliamen-

te de sus gastos de viaje y de sus regalos. Pero nada de esto había conmovido á Ziri. De vuelta en la ribera africana, se puso la mano en la cabeza diciendo: «Solo ahora sé que tú me perteneces todavía!» Y habiéndole llamado uno de los suyos «señor visir:» «Señor visir, esclamó, vete al diablo con tu señor visir! «Emir, hijo de emir,» ese es mi título! Bien tacaño ha sido para mi Ibn-Abí-Amir! En lugar de darme buena monedas contantes y sonantes me me ha cargado con un título que me degrada! Vive Dios que no estaría ahora donde está, si en España hubiera algo más que cobardes é imbéciles! Gracias á Dios que estoy ya de vuelta, que no miente el proverbio que dice «que vale mas oir hablar del diablo que verlo.» (1) Habiendo llegado á oidos de Almanzor estas palabras, que á cualquier otro hubieran costado la cabeza, este fingió no escucharlas, y más adelante llegó á nombrar á Zirí virey de toda la Mauritania. Le temía, lo odiaba acaso, pero lo creia sincero y leal. Los sucesos mostraron que se había equivocado: bajo una

(1) Inb-Khaldun, «Historia de los Berbericos,» t. II, p. 51 del texto; «Cartás,» p. 65.

ruda y franca corteza, Ziri ocultaba mucha astúcia y ambicion. Dejóse tentar fácilmente por el dinero que Aurora le prometía y por el papel caballeresco que le destinaba. Iba á libertar á su soberano del yugo de Almanzor, á reserva acaso de imponerle el yugo.

No ignoraba Aurora que era preciso empezar por pagarle, pero gracias á su astucia de muger, ella sabía lo que tenía que hacer para proporcionarse dinero y para hacerlo llegar á su aliado. El tesoro encerraba cerca de seis millones en oro y estaba en el palacio califal. Ella tomó de allí ochenta mil monedas de oro y las metió en un centenar de cántaros y encima echó miel, ajenjos y otros licores de uso y habiéndole puesto una etiqueta á cada cántaro, encargó á algunos esclavos que los llevaran fuera de la ciudad á un lugar que ella designó. La astucia le salió bien. El prefecto no cayó en sospecha y dejó pasar á los esclavos con su carga. Así, que, cuando Almanzor llegó á informarse de un modo ó de otro de lo que había pasado, el dinero iba ya camino de Mauritania. Almanzor estaba muy alarmado. Acaso lo hubiera estado menos si hubiera tenido certeza de

que Aurora había sustraido el dinero de su señor, pero todo le inclinaba á creer que ella había sido autorizada por el Califa y si era así, era dificilísima la coyuntura. Sin embargo, era preciso tomar un partido. Almanzor tomó el de reunir los visires, los magistrados, los ulemas y otros personajes notables,de la córte y de la ciudad. Habiendo informado á esta reunion de que las damas del serrallo se permitían apoderarse de los fondos de la caja pública, sin que el Califa, enteramente entregado á sus ejercicios de devocion, lo impidiera, pidió autorizacion para traspasar el tesoro á sitio mas seguro. La obtuvo, pero nada adelantó con esto, porque cuando los empleados se presentaron en palacio para llevarse la caja, Aurora se opuso declarando que el Califa había prohibido tocar á ella.

¿Qué hacer entónces? ¿Emplear la violencia? Pero habría que emplearla contra el monarca mismo y si Almanzor se atrevía hasta esto, la capital se levantaría en un cerrar de ojos; estaba dispuesta, no esperaba mas que una señal. La situacion era pues harto peligrosa, sin embargo, no era desesperada; para que lo fuera hubiera sido preciso, primero: que Zirí estuviera ya en

España con su ejército, luego, que el Califa fuera hombre capaz de persistir en una resolucion atrevida. Pero Zirí, estaba todavía en África y el Califa era un espíritu inconstante. Almanzor no perdió el ánimo. Jugando el todo por el todo, se proporcionó á escondidas de Aurora una entrevista con el monarca. Le habló y gracias al ascendiente que los espíritus superiores tienen sobre las almas débiles, volvió á encontrarse soberano despues de unos minutos de conversacion. El Califa confesó que no era capaz de gobernar por sí y autorizó al ministro á trasladar el tesoro. Pero el ministro quería más aún. Dijo que para quitar todo pretesto á los mal intencionados, necesitaba una declaracion escrita, una declaracion solemne. El Califa le prometió firmar todo lo que quisiera y entónces Almanzor, sin levantar mano, hizo redactar un acta por la cual Hixem le abandonaba como ántes la direccion de los negocios. El Califa puso en ella su firma en presencia de muchos notables que la firmaron tambien como testigos, (Febrero ó Marzo de 997) y Almanzor tuvo buen cuidado de dar á este documento importante la mayor publicidad.

Desde entónces, no era ya de temer una rebelion en la capital. ¿Cómo se había de pretender libertar á un cautivo que no quería la libertád? Sin embargo el ministro comprendió que era preciso hacer alguna cosa para contentar al pueblo. Como gritaban de contínuo que querian ver al monarca, resolvió enseñárselo. Lo hizo montar á caballo, é Hixem paseó las calles de la capital con el cetro en la mano y cubierto con un gorro alto, que solo los Califas tenian derecho de llevar. Lo acompañaban Almanzor y toda la córte. Compacta é innumerable era la multitud que se agolpó á su paso, pero ni por un momento se turbó el órden, ni se escuchó un solo grito sedicioso. (1)

Aurora se declaró vencida. Humillada, agotada, destrozada, fué á buscar en la devocion el olvido de lo pasado, y una compensacion á la pérdida de sus esperanzas. (2)

---

(1) Maccari, t. II, p. 64; Ibn-Khaldun, «Historia de los «Berberiscos,» t. III. p. 243, 244; «Cartás,» p. 65, 66; Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I, p. 27; de la primera edicion.

(2) Véanse los últimos versos de la Elegía de Ibn-Darradj Castalli acerca de la muerte de Au-

Quedaba Ziri. Este se había hecho menos temible desde que no podía contar ni con el apoyo del Califa, ni con los subsidios de Aurora. Así, que, Almanzor no guardó ninguna consideracion con él. Lo declaró fuera de la ley y encargó á su liliberto Wadhih de ir á combatirlo al frente de un excelente ejército que puso á sus órdenes. (1)

Hubiérase podido creerse que Almanzor no emprendería ninguna otra guerra hasta que hubiera terminado la de la Mauritania. Pero no lo hizo así. El ministro tenía ya concertada con los condes leoneses, que eran vasallos suyos, una gran espedicion contra Bermudo, que contando, acaso demasiado, con la diversion que la rebelion de Zirí había de hacer en favor suyo, se había atrevido á rehusar el tributo, y aunque habian cambiado las circunstancias no había renunciado á su proyecto. Acaso, quería mostrar á Zirí, á Bermudo y á todos sus enemigos declarados ó encubiertos, que era bastante poderoso para emprender dos

rora, «apud» Thaalibi «Yetima» man. do Oxford, Seld. A. 16 y Marsh. 99.

(1) Ibn-Kbaldun y «Cartas ubi supra.»

guerras á la par, y si tal fué su intencion no había presumido demasiado de sus fuerzas, pues ha querido el destino que la campaña que iba á hacer, la de Santiago de Compostela, haya quedado como la más célebre de todas las que hizo en su larga carrera de conquistador.

Á escepcion de la ciudad eterna, no había en toda Europa, lugar tan famoso por su santidad, como Santiago de Galicia. Y sin embargo, su reputacion no era muy anantigua, no databa mas que de los tiempos de Carlomagno. En esta época, se dice que muchas personas piadosas informaron á Teodomiro, obispo de Iria (hoy el Padron) que habían visto durante la noche luces estrañas en un bosquecillo y que tambien habían oido una música deliciosa que nada tenía de humana. Creyendo enseguida en un milagro, el obispo se preparó á justificarlo, ayunando y orando durante tres dias, y habiendo ido despues al bosquecillo encontró allí una tumba de mármol. Inspirado por la sabiduría divina, declaró que era el del apóstol Santiago, hijo de Zebedeo, que segun la tradicion había predicado en España el Evangelio y añadió que, cuando este apóstol fué decapitado en Jerusalen,

sus discípulos trajeron su cuerpo á Galicia, donde lo enterraron. En otro tiempo semejantes aserciones acaso hubieran sido disputadas, pero en esta época de fé sencilla nadie tenía el atrevimiento de suscitar dudas irrespetuosas cuando hablaba el clero, y aun dado caso que hubiera habido incrédulos, la autoridad del Papa Leon III, que declaró solemnemente que el sepulcro en cuestion era de Santiago, hubiera hecho enmudecer todas las objeciones. La opinion de Teodomiro fué pues acatada y todos en Galicia se regocijaron de que su país poseyera las reliquias de un apóstol. Alfonso II, quiso que el obispo de Iria residiese en adelante en el lugar en que había sido descubierto el sepulcro y sobre él hizo contruir una Iglesia. Más adelante, Alfonso III, hizo edificar otra mas grande y mas hermosa que pronto adquirió gran fama por los numerosos milagros que se verificaban en ella; de modo que al fin del siglo X, Santiago de Compostela era el lugar de una peregrinacion famosísima á donde acudían de todas partes; de Francia, de Italia, de Alemania y hasta de los paises mas apartados del Oriente. (1)

(1) Véase Florez, «Esp. Sagr.,» t. III, y XIX y

Tambien en Andalucía tenía todo el mundo noticias de Santiago y de su soberbia Iglesia, que para servirnos de las espresiones de un autor arábigo, era para los Cristianos lo que para los Musulmanes la Cava de la Meca, pero no se conocía este santo lugar mas que por su reputacion; para haberlo visto, era preciso haber estado cautivo entre los Gallegos, pues á ningun príncipe árabe se le habia ocurrido todavía la idea de penetrar con un ejército en este pais lejano y de difícil acceso. Pero lo que nadie había intentado, Almanzor resolvió hacerlo; quería demostrar que lo que era imposible para otros no lo era para él y tenía la ambicion de destruir el santuario mas venerado de los enemigos del Islamismo, el santuario del apóstol que segun la creencia de los Leoneses, había combatido algunas veces en sus filas. El sábado 3 de Julio del año 997, salió de Córdoba á la cabeza de la caballería. Se dirigió primero á Coria, luego á Viseo (1) donde se le reu-

---

compárese con Ibn-Adhari, t. II, p. 216 317 y 318.

(1) El texto que seguimos pone aquí: «Medina-Galicia,» es decir, «la capital de Galicia.» La palabra «Galicia» tiene aquí un sentido muy restringido, designando la provincia portuguesa que lleva hoy el nombre de Beira. Esta provincia había sido á veces

nieron gran número de condes sometidos á su autoridad y despues á Oporto, donde le esperaba una flota que había salido del puerto de Cazr-Abi-Danis, (hoy Alcacer do Sal en Portugal.) En esta flota venía la infantería á la que el ministro había querido escusar tan larga jornada y que venía cargada tambien de armas y provisiones. Sus bajeles colocados en fila sirvieron además de puente al ejército para pasar el Duero.

Como el país situado entre este rio y el Miño pertenecía á los condes aliados, (1) los Musulmanes pudieron atravesarlo sin tener que vencer mas obstáculos que los que les oponía el terreno. Entre estos había una montaña muy elevada y de difícil acceso pero Almanzor hizo abrir un camino por sus minadores. (2)

Despues de haber pasado el Miño se encontró en un pais enemigo. Desde entón-

---

reino aparte y Viseo su capital. Véanse mis «Recherches,» t. I, p, 163, 164.

(1) Ibn-Adhari, nombra en esta provincia un distrito que se llama Valadares. Este distrito se encuentra nombrado así tambien en una carta de 1156, publicada en la «Esp. Sagr.,» t. XXII, página 275.

(2) Ibn-Adhari, t, II, p. 316-318.

ces era preciso mantenerse alerta, tanto más cuanto que los Leoneses que iban en el ejército, no parecian muy bien dispuestos. Su conciencia, por tanto tiempo adormecida se despertó de pronto á la idea de que iban á cometer un gran sacrilegio, y acaso hubieran conseguido malograr la expedicion, si Almanzor, que se olió sus proyectos, no los hubiera desbaratado á tiempo. Hé aquí lo que se cuenta sobre este asunto:

Érase una noche fria y lluviosa, cuando Almanzor mandó llamar á un caballero musulman en quien tenía confianza: «Es preciso, le dijo, que vayas en seguida al desfiladero de Taliares. (1) Ponte allí de centinela, y tráeme al primero que veas.» El caballero se puso en seguida en camino, pero habiendo llegado al desfiladero, esperó toda la noche, maldiciendo el mal tiempo, sin que apareciera alma viviente, y yá apuntaba la aurora, cuando vió al fin llegar por el camino del campamento un viejo montado en un burro, que parecía un

(1) Resulta de una carta de Bermudo II, publicada en la «Esp. Sagr.,» (t. XIX, p. 318,) que este desfiladero se hallaba en las riberas del Miño.



leñador, porque traia las herramientas de su oficio. El caballero le preguntó á dónde iba. «Voy á cortar leña en el monte,» le respondió él. El soldado no sabía qué hacerse. ¿Sería ese el hombre, el que tenía que llevar al general? No era probable; porque, para qué podía querer el general á un pobre viejo que parecía tener que ganarse la vida con tanta fatiga? Así, que el soldado le dejó seguir su camino; pero un momento despues volvió sobre sí. Almanzor le había dado una órden precisa y creyó peligroso desobedecerle. Poniendo espuelas al caballo, alcanzó al viejo, y le dijo: «Es preciso que te lleve ante mi señor Almanzor.- Qué tiene que decir Almanzor á un hombre como yo? le replicó el otro. Dejadme ganar el pan.—Nó, le respondió el soldado; has de acompañarme, quieras ó nó. El otro tuvo que obedecer, y juntos emprendieron el camino del campamento.

El ministro, que no se había acostado totodavía, no manifestó ninguna sorpresa á la vista del viejo, y dirigiéndose á sus sirvientes eslavos, les dijo: «Registrad á ese hombre.» Los eslavos ejecutaron esta órden, pero sin que encontraran nada que pudiera parecer sospechoso. «Registrad ahora

el aparejo del burro,» continuó Almanzor. Y esta vez sus sospechas no eran infundadas, porque se encontró en el aparejo una carta que algunos de los Leoneses del ejército musulman escribian á sus compatriotas, dándoles noticias de que cierta parte del campamento estaba mal guardada, de modo que podrian atacarla con buen éxito. Habiendo descubierto por este mensaje el nombre de los traidores, Almanzor hizo en seguida cortarles las cabezas, como tambien al supuesto leñador, que los había servido de intermediario. (1) Esta medida enérgica produjo sus resultados. Intimidados con la severidad del general, los demás Leoneses no se atrevieron á mantener inteligencias con el enemigo.

Habiéndose vuelto á poner el ejército en camino, se precipitó como un torrente en el llano. El monasterio de San Cosme y San Damian, (2) fué saqueado; la fortaleza de

---

(1) Ibn-Haiyan, «apud.» Ibn-Adhari, t. II, página 312. Las pálabras «ibn-babi'z-Zahira,» parecen haber sido añadidas por Ibn-Adhari.

(2) El monasterio se hallaba en la sierra que hay entre Bayona y Tuy, recibió más adelante el nombre de San Colmado. Véase á Sandoval, «Antigüedades de Tuy,» p. 120.

San Payo, tomada por asalto. Como gran número de habitantes del pais se hubieran refugiado en la mayor de las dos islas, ó mas bien, de las dos rocas poco elevadas que hay en la bahía de Vigo, los Musulmanes que habian descubierto un vado, pasaron á esta isla y los despojaron de todo lo que habian llevado consigo. Pasaron en seguida el Ulla, saquearon y destruyeron á Iria (el Padron) que era tambien un famoso lugar de peregrinacion, lo mismo que Santiago de Compostela, y el 11 de Agosto, llegaron por fin á esta última ciudad. Halláronla desierta de habitantes, habiendo huido todo el mundo á la aproximacion del enemigo. Tan solo un anciano monge, había quedado al lado del sepulcro del Apóstol. «¿Qué haces ahí?» le preguntó Almanzor. «Rezo á Santiago,» le contestó el viejo. «Reza todo lo que quieras,» le dijo entónces el ministro, y prohibió que le hicieran daño.

Almanzor puso una guardia á la tumba de modo que quedó al abrigo del furor de los soldados, pero toda la ciudad fué destruida, lo mismo las murallas y las casas que la iglesia, la que dice un autor arábigo «fué arrasada de modo, que nadie hubiera

sospechado que existía la víspera.» Los alrededores fueron desvastados por tropas ligeras que llegaron hasta San Cosme de Mayanca, (cerca de la Coruña.)

Habiendo pasado una semana en Santiago, Almanzor ordenó la retirada, dirigiéndose á Lamego. (1) Cuando llegó á esta ciudad, se despidió de los condes aliados, despues de haberles hecho grandes regalos, que consistian principalmente telas preciosas.

Tambien fué desde Lamego, desde donde dirigió á la córte una relacion detallada de esta campaña, de cuya relacion los autores arábigos nos han conservado la sustancia, quizá las palabras mismas. (2) Hizo en seguida su entrada en Córdoba, acompañado de multitud de prisioneros cristianos, que llevaban acuestas las puertas de la ciudad

---

(1) «Malego» en Ibn-Adharí. Los árabes han trastrocado así las letras de este nombre propio.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 318 y 319. Lo que se lee respecto á esta expedicion en la «Hist. Compost.» (L. I, c. 2 párrafo 8) es inesacto. Rodrigo Velazquez, que segun esta crónica, era uno de los aliados de Almanzor, había muerto diez y nueve años ántes. Véase «Esp. Sagr.,» t. XIX, p. 166, 169. Sobre las relaciones de las crónicas latinas en general, pueden verse mis «Recherches,» t. I, p. 217 y sig.

de Santiago y las campanas de su iglesia. Las puertas fueron colocadas en el techo de la mezquita, que aun no estaba acabada, (1) y las campanas fueron colgadas en el mismo edificio para servir de lámparas. (2) ¡Quién había de decir entónces que había de llegar un dia en que un rey cristiano las hiciera devolver á Galicia á hombros de cautivos musulmanes!

En Mauritania, las armas de Almanzor habian sido menos felices. Verdad es, que Wadhih había conseguido al pronto algunas ventajas: habiéndose apoderado de Arcilla y de Necur, logró sorprender de noche el campo de Zirí, y matarle mucha gente; pero pronto le volvió la espalda la fortuna y batido á su vez, se había visto obligado á refugiarse en Tánger, desde donde escribió al ministro pidiéndole socorros.

No tardó en recibirlos. Desde que tuvo carta de su teniente, Almanzor envió órden á gran número de cuerpos de dirigirse á Algeciras á donde él mismo fué en persona

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 109.

(2) Maccari, II, p. 116. Rodrigo de Toledo, L. V c. 16: Lucas de Tuy, «in fine.»

para apresurar su embarque. Luego, su hijo Abdelmelic-Mudhaffar, á quien había confiado el mando de la espedicion, pasó el Estrecho con un ejército escojido. Desembarcó en Céuta, y la noticia de su llegada produjo un efecto excelente, pues la mayor parte de los príncipes berberiscos, que hasta entónces habian sostenido á Zirí, se apresuraron á alistarse en sus banderas. Habiéndose unido con Wadhid, se puso en marcha, y no tardó en descubrir el ejército de Zirí que venía á su encuentro. Dióse la batalla en el mes de Octubre de 998; duró desde el amanecer hasta el anochecher, y fué estraordinariamente encarnizada. Hubo un momento en que los soldados de Mudhaffar comenzaban á temer una derrota, pero en este mismo momento, Zirí recibió tres puñaladas de un negro, á cuyo hermano había muerto, y que corrió enseguida á rienda suelta á dar esta noticia á Mudhaffar. Como el estandarte de Zirí estaba todavía enhiesto, el príncipe trató al principio al tránsfuga de embustero, pero cuando supo la verdad de lo sucedido, cargó al enemigo y lo puso en completa derrota.

Desde entónces concluyó el poder de Zi-

rí. Sus estados volvieron todos á poder de los Andaluces, y poco despues, en el año de 1001, murió á consecuencia de las heridas que el negro le había hecho, y que se le volvieron á abrir.

---

(1) Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberberiscos,» t. III, p. 244-248, «Cartás,» p. 66, 67.

# XII.

La carrera de Almanzor tocaba á su fin. En la primavera de 1002, hizo su última expedicion. Él había deseado siempre morir en campaña y estaba tan convencido de que se cumplirían sus votos, que llevaba siempre consigo la mortaja. Esta había sido cosida por sus hijas y para comprarla no había empleado más dinero que el que procedía de las tierras de su antiguo castillo de Torrox, pues que lo quería puro de toda mancha y segun su propia opinion, el que le producían sus numerosos empleos no lo estaba. Á medida que envejecía se iba haciendo más devoto y como el Coran dice que Dios preservará del fue-

go á aquellos cuyos pies se hayan cubierto de polvo en el camino del Señor (en la guerra Santa), había tomado la costumbre de hacer sacudir con cuidado, cada vez que llegaba al alojamiento, el polvo que llevaban sus vestidos y de guardarlo en una caja hecha espresamente, y quería que cuando lanzára su último aliento, se cubriera su tumba con este polvo, estando persuadido de que las fatigas, que había sufrido en la guerra Santa serían su mejor justificacion ante el tribunal supremo. (1)

Su última expedicion, que fué dirigida contra Castilla, fué tan feliz como todas las precedentes. (a) Penetró hasta Canales (2) y destruyó el monasterio de San Millan, patrono de Castilla; como había destruido cinco años antes la iglesia del patrono de Galicia.

Á la vuelta conoció que se agrababa su enfermedad. Desconfiando de los médicos que no estaban de acuerdo sobre su natu-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 310.

(a) Véase la nota C al fin de este tomo.

(2) En la Rioja, nueve leguas al S. de Nájera.

raleza, ni sobre el plan de curacion que debía seguirse, rehusó obstinadamente los auxilios del arte y estaba plenamente convencido de que no se podía curar. No pudiendo ya tenerse á caballo, se hacía llevar en una litera. Padecía horriblemente. «Veinte mil soldados, decía, están incritos en mis banderas, pero ninguno entre ellos es tan miserable como yo.»

Llevado así á hombros, durante catorce dias, llegó en fin á Medinaceli. Un solo pensamiento le ocupaba. Habiendo estado siempre su autoridad disputada y vacilante á á despecho de sus numerosas victorias y de su grande fama, temía que despues de su muerte estallara la revolucion y quitara el poder á su familia. Atormentado sin descanso por esta idea, que emponzoñaba sus últimos dias, mandó venir á su primogénito Abdelmelic al lado de la cama y dándole sus últimas instrucciones, le recomendó confiara el mando del ejército á su hermano Abderramen y se volviera sin tardanza á la capital,donde debería tomar las riendas del poder y estar pronto á reprimir inmediatamente toda tentativa de insurreccion.Prometióle Abdelmelic seguir sus consejos, pero tal era la inquietud de Almanzor que volvía á la-

mar á su hijo cada vez que éste, creyendo que su padre había acabado de hablar iba á retirarse; el moribundo temía siempre haber olvidado algo y siempre hallaba un nuevo consejo que añadir á los que le había dado ya. Lloraba el jóven, pero el padre le reprendía su sentimiento como signo de debilidad. Cuando Abdelmelic se marchó se encontró Almanzor un poco mejor y mandó venir á sus capitanes. Estos, apénas le conocieron; estaba tan delgado y tan pálido que parecía un espectro y había perdido casi enteramente el uso de la palabra. Parte por gestos, parte por frases entrecortadas se despidió de ellos y poco tiempo despues, en la noche del 10 de Agosto exhaló su último aliento. (1) Fué enterrado en Medinaceli y grabaron sobre su tumba estos dos versos:

Las huellas que ha dejado en la tierra te enseñarán su historia como si lo vieras con tus mismos ojos.

Por Allah! que jamás los tiempos traerán

---

(1) Maccari, t. II, p. 65; Ibn-al-Abbar, p. 151; Ibn-al-Khatib, artículo sobre Almanzor, man. G, fólio 181'v.



otro que se le parezca, ni que como él defienda nuestras fronteras. (1)

El epitafio que un monje cristiano le puso en su crónica no es menos característico. «En el año de 1002, dice, murió Almanzor y fué enterrado en los infiernos.» (2) Estas sencillas palabras arrancadas por el ódio á un enemigo aterrado, dicen mas que los elogios mas pomposos.

En efecto, nunca los cristianos del Norte de la península, habían tenido que combatir un adversario semejante. Almanzor había hecho contra ellos mas de cincuenta campañas, (por lo comun, hacía dos anualmente, una en la Primavera y otra en el Otoño) de que siempre había salido con gloria. Sin contar una multitud de ciudades, entre las que se contaban tres capitales Leon, Pamplona (3) y Barcelona, había destruido el santuario del patron de Galicia y el del patron de Castilla. «En este tiempo, dice un cronista cristiano, (4) el culto divino esta-

(1) Maccari, t. I, p. 259.
(2) «Chron. Burgense,» p. 309.
(3) Carta dè 1027, Llorente, t. III, p. 355.
(4) Mon. Sil. c. 72.

ba anonadado en España; la gloria de los servidores de Cristo, completamente abatida; los tesoros de la Iglesia acumulados durante tantos siglos, fueron robados.» Así, que los cristianos temblaban á su nombre. El miedo que les inspiraba, lo sacó muchas veces de los peligros en que lo había precipitado su audacia y hasta, cuando por decirlo así, lo tenían en su poder, no se atrevían á aprovecharse de sus ventajas. Por ejemplo; una vez se había metido en país enemigo despues de haber atravesado un desfiladero encerrado entre dos altos montes. Mientras que sus tropas, saqueaban y destruian á diestro y siniestro, los Cristianos no se atrevieron á hacer nada contra ellas, pero al volver sobre sus pasos, vió Almanzor que los enemigos habían tomado posesion del desfiladero. Como no había modo de forzarlo, la situacion de los Musulmanes era peligrosa, pero su general tomó al punto una atrevida resolucion. Habiendo buscado y encontrado un lugar conveniente, hizo construir barracas y chozas y, mandando cortar la cabeza á muchos cautivos, amontonar sus cadáveres á guisa de murallas. Luego, como su caballería recorriera el pais sin encontrar

víveres, reunió instrumentos de labranza é indujo á sus soldados á que cultivasen la tierra. Los enemigos se inquietaban mucho con estos preparativos, que parecían indicar que los Musulmanes no pensaban dejar el país. Les ofrecieron pues, la paz á condicion de que les entregaran el botin. Almanzor rechazó esta proposicion. «Mis soldados, les contestó, desean quedarse donde están porque piensan que apenas tendrían tiempo de volver á sus casas, debiendo comenzarse dentro de poco la próxima campaña.» Despues de muchas negociaciones, los Cristianos consintieron al cabo, en que Almanzor se llevara su botin, comprometiéndose además, tan grande era el miedo que les inspiraba, á prestarle sus caballerías para transportarlo, á suministrarle víveres hasta que llegara á la frontera musulmana y á quitar ellos mismos los cadáveres que obstruían el camino. (1)

En otra campaña, un abanderado había abandonado en el momento de la retirada su estandarte, que había clavado en el

---

(1) Macearl t. II, p. 392. Compárese con Rodrigo de Toledo, «Hist. Arabum» c. 31.

suelo, en la cumbre de una montaña, vecina á una ciudad cristiana. El estandarte permaneció allí muchos dias sin que los Cristianos se atrevieran á venir á ver si los Musulmanes se habian marchado ó nó. (1)

Cuéntase tambien, que un mensajero de Almanzor que había ido á la córte de García de Navarra, donde fué colmado de honores, halló en una iglesia una vieja musulmana que le refirió, que habiendo sido hecha prisionera en su juventud, estaba desde entónces de esclava en esta iglesia, suplicándole llamara sobre ella la atencion de Almanzor. Prometióselo él, y volvió cerca del ministro, y le dió cuenta de su mision. Cuando acabó de hablar, Almanzor le preguntó si nó había visto en Navarra nada que le hubiera disgustado. El otro le habló entónces de la esclava musulmana: «¡Vive Dios! esclamó Almanzor, que por ahí es por donde debieras haber comenzado!» y poniéndose en seguida en campaña, se dirigió á la frontera de Navarra. Asustadísimo García, le escribió en

(1) Maccari, t, I, p. 362.

seguida para preguntarle qué delito habia cometido, pues á él no le remordía la conciencia de haber hecho nada que pudiera provocar su cólera. «Qué! dijo entónces el ministro á los mensajeros que le traian esta carta; ¿no me juró que no quedaba en su pais ningun prisionero de uno ni otro sexo? Pues bien! mintió; porque yo tengo seguridad de que hay todavía una musulmana en tal iglesia, y no he de abandonar á Navarra ántes que la ponga en mis manos.» Habiendo recibido esta respuesta, García se apresuró á enviar al ministro la mujer que reclamaba, así como otras dos que había descubierto, á fuerza de pesquizas. Al mismo tiempo le juró que nunca había visto ni oido hablar de estas mujeres, añadiendo que ya había mandado destruir la iglesia de que Almanzor hablaba. (1)

Almanzor era el terror de sus enemigos, pero era tambien el ídolo de sus soldados, porque para ellos era un padre que se ocupaba con constante solicitud de satisfacer todas sus necesidades. Sin embargo, mos-

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 330, 331.

traba una escesiva severidad en todo lo concerniente á la disciplina militar. Un dia que revistaba tropas, vió brillar estemporáneamente una espada á la estremidad de la línea. En seguida hizo traer ante sí al culpable. «¡Qué! le dijo con los ojos inflamados de cólera, ¿te atreves á sacar la espada sin que te se mande?»—Quería enseñarla á mis compañeros, balbuceó el soldado: no tenía intencion de sacarla de la váina, se ha salido por casualidad...—¡Escusas! dijo Almanzor, y dirigiéndose á su escolta prosiguió: ¡Que corten la cabeza á ese hombre con su propia espada y que la paseen á través de las filas á fin de que todos aprendan á respetar la disciplina!» Tales ejemplos, difundían entre los soldados un terror saludable. Así, que, cuando se pasaba revista, se guardaba un silencio solemne. Hasta los caballos, dice un autor arábigo, parecían entender sus deberes, pues era muy raro que se les oyera relinchar. (1)

Gracias á este ejército que había creado y acostumbrado á la obediencia, Almanzor había dado á la España musulma-

(1) Maccari, t. I, p. 274.

na un poder que no tuvo nunca, ni aun en tiempo de Abderramen III. Pero no era este su único mérito; su pátria le debe otras obligaciones, y la civilizacion tambien. Amaba y animaba la cultura de la inteligencia, y aunque obligado por consideraciones políticas á no tolerar los filósofos, se complacía sin embargo en protegerlos hasta donde podía, sin herir la susceptibilidad del clero. Sucedió, por ejemplo, que un tal Ibn-az-Sonbosí fué detenido y puesto en prision como sospechoso de incredulidad. Habiendo atestiguado contra él muchas personas, los faquíes declararon que merecía el último suplicio. Esta sentencia estaba yá á punto de ser ejecutada, cuando un faquí muy considerado, Ibn-al-Maewa, que había rehusado mucho tiempo formar parte de la asamblea, llegó á toda prisa. A fuerza de sofismas, muy raros, pero que honran, si nó á su lógica, á su buen corazon al menos, consiguió hacer revocar la sentencia que condenaba al acusado, apesar de la vehemente oposicion del Cadí que presidía el tribunal. Desde entónces la cólera del ministro se tornó contra este último. Contento de hallar por fin ocasion de poner freno al feróz fanatismo de los mo-

gigatos, dijo: «Nosotros debemos mantener la religion y todos los verdaderos creyentes tienen derecho á que los protejamos. Ibn-az-Sonbosí, pertenece á este número, así lo ha declarado el tribunal. Sin embargo, el Cadí ha hecho esfuerzos inauditos para hacer que lo condenen; es pues, un hombre sanguinario, y nó podemos dejar vivir á un hombre semejante.» Esto no era mas que una amenaza; el Cadí pagó con algunos dias de prision, pero es de presumir que en adelante fuera algo menos rigoroso con los pobres pensadores que se atrevían á emanciparse de los dogmas recibidos. (1)

Los literatos hallaban en Almanzor la mas honrosa acogida, tenía en su córte una multitud de poetas pensionados y que á veces le acompañaban en sus espediciones. Entre ellos, Zaid de Bagdad era no el mas ilustre, pero sí el más notable y divertido. No se puede negar—aunque los Andaluces siempre estremadamente celosos de los estrangeros se complazcan en hacerlo—no se

---

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 257-260.

puede negar, que fuera un poeta de talento, un buen novelista, un hábil improvisador, pero era al mismo tiempo el hombre que tenía menos respeto á la verdad, el inspostor mas atrevido que puede imaginarse. Una vez lanzado nada le detenía, inventaba tantas cosas que era maravilla. Cuando se le pedía que esplicára una palabra que no había existido nunca, siempre tenía una interpretacion que dar y un verso de un antiguo poeta que citar. Á creerlo, no había libro que no hubiera leido. Queriendo desenmascararlo, los literatos le enseñaron un dia á presencia de Almanzor, un libro en blanco en cuya primera hoja habían escrito: Libro sobre los pensamientos ingeniosos, por Abu-'l-Ghauth Zanani. No había habido nunca ni semejante obra, ni semejante autor, sin embargo, desde que echó una ojeada al título: «¡Ah! yo he leido este libro» esclamó, besándolo con respeto, nombró á la ciudad donde lo había leido y el profesor que se lo había esplicado. «En este caso, le dijo entónces el ministro, que se apresuró á quitarle el libro de la mano por miedo de que lo abriera, tu debes saber lo que contiene. Seguramente que lo sé. Verdad es que hace mucho tiempo que leí

esta obra y que no sé nada de memoria, pero me acuerdo muy bien que solo contiene observaciones filológicas y que no trae ningun verso, ni ninguna historia.» Todos se echaron á reir á carcajadas. Otra vez, Almanzor había recibido de un gobernador que se llamaba Mabraman Ibn-Yezid; una carta en que se trataba de «Calb» y de «Tazbil,» es decir de la cultura y del abono. Y dirigiéndose á Zaid, le dijo: «Has visto un libro escrito por Mabraman Ibn-Yezid que lleva por título de «al-cawalib wa-'z-zawalib?—Ah! sí por Dios! le respondió Zaid; hé visto este libro en Bagdad, en una copia que había sido hecha, por el célebre Ibn-Doraid y en cuyas márgenes había rasgos como patas de hormigas.—Embustero! el nombre que he dicho no es el de un escritor, sino el de uno de mis gobernadores que en una carta que me ha enviado me hablaba del cultivo y del abono.—Muy bien, pero no creais por eso que yo he inventado algo, yo no invento nunca nada. El libro y el autor que habeis nombrado existen, palabra de honor, y si vuestro gobernador tiene el mismo nombre que el autor, eso no es mas que una curiosa coincidencia.» Otra vez, le en-

señó Almanzor la coleccion que el célebre Calí había compuesto. «Si quereis, le respondió Zaid, yo dictaré á vuestro secretario un libro mejor que ese; en el que contaré historias que no se hallan en el libro de Calí.—Hazlo, le respondió Almanzor, que no deseaba otra cosa que verse dedicar un libro superior á el que Calí había dedicado al difunto Califa, pues si él había hecho venir á Zaid á España, era precisamente porque esperaba que había de eclipsar la gloria de Calí, que había ilustrado los reinados de Abderramen III y Haquem II. Zaid puso en seguida manos á la obra, y en la Mezquita de Zahira dictó sus «Engarces de anillo.» Cuando acabó el libro, lo examinaron los literatos de la época. Con gran sorpresa, pero con secreta satisfaccion, vieron que de cabo á rabo, no contenía mas que embustes. Esplicaciones filológicas, anécdotas, versos, proverbios, todo era invencion del autor. Ellos por lo menos, así lo declararon, y Almanzor lo creyó. Esta vez se enfadó de véras con Zaid, y mandó tirar el libro al rio. Sin embargo, no le retiró su favor. Desde que Zaid le predijo que el conde de Castilla, García, había de ser hecho pri-

sionero (prediccion que como hemos visto se cumplió,) concibió por él un gran afecto, ó mas bien, un respeto supersticioso. Y luego, el poeta el manifestaba su gratitud de mil maneras, á lo que Almanzor era muy sensible. Por ejemplo, una vez tuvo la idea de reunir todas las bolsas que Almanzor le había enviado llenas de dinero, y hacer con ellas un vestido para su esclavo negro Cafur; fué á palacio, y habiendo conseguido poner al ministro de buen humor, le dijo: «Señor, tengo una súplica que haceros. — ¿Qué quieres?—Que entre aquí mi esclavo Cafur.—Estraña peticion! —Concedédmela.—Pues bien, que entre si quiere.» Cafur, un hombre mas alto que una palmera, entró entónces vestido con una ropa de diversos colores, que parecía el vestido remendado de un mendigo. «Pobre hombre, esclamó el ministro, que mal ataviado está! Por qué le pones esos andrajos?—Hé aquí el objeto: Sabed, señor, que me habeis dado ya tanto dinero, que las bolsas que lo contenian han bastado para vestir un hombre de la talla de Cafur.» Una sonrisa de satisfaccion apareció en los lábios de Almanzor. «Tienes un tacto admirable para mostrarme tu gratitud, es-

toy satisfecho de tí» y en el mismo instante le mandó nuevos regalos, entre los que iba un hermoso traje para Cafur. (1) En fin, preciso es decirlo; si hombres como Zaid gozaban el favor del ministro, es porque respecto á literatura, este no tenía la delicadeza de gusto que poseyeron la mayoría de los Omeyas. Se creía obligado á pensionar poetas, pero los consideraba más bien como objetos de lujo, que tenía que mantener por su alta posicion, y no tenía un gusto bastante esquisito para distinguir las piedras preciosas de las falsas. En desquite, si no tenía comprension literaria, la tenía eminentemente práctica. Los intereses materiales del país, tenían en él un inteligente protector. La mejora de los medios de comunicacion, le preocupaba sin cesar. Hizo abrir multitud de caminos. En Écija hizo echar un puente sobre el Genil y otro sobre el Guadalquivir en Córdoba,

---

(1) Véase sobre Zaid á Homaidi, fól. 100, v.-113, r.; Abd-al-wahid, p. 19, 25; Ibn-Khallican, t. I, b. 322, ed. de Slane, y sobre todo á Maccari, t. II, p. 52 y sig.

que costó ciento cuarenta mil monedas de oro. (1)

En todos los asuntos, grandes ó chicos, tenía el golpe de vista del génio. Cuando quería emprender un negocio importante, consultaba por lo comun á los grandes dignatarios, pero seguía sus consejos raras veces. Estos hombres, no salían jamás del carril acostumbrado. Esclavos de la rutina, sabían lo que Abderramen III ó Haquen II habían hecho en análogas circunstancias, y no comprendian que pudiera hacerse de otro modo. Y cuando veian á Almanzor seguir su propio pensamiento, gritaban que todo se había echado á perder, hasta que los hechos desmentian evidentemente sus prediccciones. (2)

En cuanto á su carácter, verdad es, que para llegar y para mantenerse en el poder, había cometido actos que la moral condena y hasta crímenes, que en manera alguna hemos tratado de atenuar, pero la justicia nos ordena añadir aquí, que siempre que no se ponía en juego su ambicion,

---

(1) Ibn-Adhari t. II, p. 309.

(2) Maccari, t. I. p. 387

era leal, generoso y justo. La firmeza, como hemos tenido ocasion de decirlo, constituía el fondo de su carácler. Una vez tomado un partido, nada podia hacerlo variar. Cuando quería, soportaba los dolores físicos con la misma impasibilidad que los morales. Un dia que tenía un pié malo, se lo hizo cauterizar durante una sesion del consejo. Hablaba como si no le pasara nada y los miembros del consejo no se hubieran apercibido de la operacion, si no les hubiera llamado la atencion el olor de la carne quemada. (1) Todo revelaba en él una voluntad y una perseverancia extraordinarias, lo mismo persistía en sus amistades que en sus ódios; jamás olvidaba un servicio, pero tampoco nunca perdonaba una ofensa. Así lo esperimentaron aquellos condiscípulos, á quienes jóven aun, dió á elegir los empleos que habían de ocupar cuando fuera primer ministro. (2) Los tres estudiantes que en aquella ocasion habían parecido tomar su proposicion en sério y que dijeron los empleos que ambicionaban, los

---

(1) Maccari, t. I, p 274.

(2) Véanse antes las pag. 138, 139 y 140.

obtuvieron en efecto, cuando fué ministro, mientras que el cuarto que había hablado de una manera inconveniente, espió su imprudencia con la pérdida de sus bienes. (1) Sin embargo, algunas veces, cuando se había equivocado y lo conocía, conseguía vencer la terquedad de su carácter. Un dia en que se trataba de conceder una amnistía, leía la lista de los presos, cuando se fijaron sus ojos en el nombre de uno de sus servidores contra el que había concebido un ódio violento y que estaba en la cárcel hacía mucho tiempo, sin que mereciera ser tratado de este modo. «Este, escribió al márgen, permanecerá donde está, hasta que el infierno venga á reclamarlo.» Pero llegó la noche, en vano buscó el descanso, le atormentaba la conciencia y en ese estado intermedio que no es ni sueño, ni vela, figuróse ver un hombre de una fealdad asquerosa y de unas fuerzas sobre humanas, que le decía: «Devuelve la libertad á ese hombre ó serás castigado por tu injusticia.» Trató entónces de desechar estas negras visiones y no pudiendo lograrlo, man-

---

(1) Ibn-al-Khatib man. G. fól, 118 r.

dó traer á su cama avíos de escribr y dió la órden de poner al preso en libertad, pero añadiendo estas palabras: «Este hombre debe su libertad á Dios y Almanzor nó ha consentido en ella sino á su despecho.» (1)

En otra ocasion bebía con el visir Abu-'l-Moghira ibn-Hazm, en uno de sus soberbios jardines de Zahira, porque, apesar del respeto que manifestaba á la religion, bebió vino toda su vida á escepcion de los dos años que precedieron á su muerte. (2) Era la tarde, una de esas hermosas tardes que no hay mas que en los países privilegiados del Mediodía. Una hermosa cantadora á quien Almanzor amaba, pero que había concebido una gran pasion por el huesped del ministro, cantó estos versos:

Huye el dia y la luna muestra ya la mitad de su disco. El sol que se oculta, parece una mejilla y las tinieblas que se acercan el bello que la cubre, el cristal de las copas, agua helada, y el vino, fuego líquido. Mis miradas me han hecho cometer pecados que nada puede escusar. ¡Ay! gentes de mi familia, yo amo á un jóven que

(1) Maccari, t. II, p. 273.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 110.

no está al alcance de mi amor, aunque se halla cerca de mí. ¡Ah! que yo no pudiera arrojarme á él y estrecharlo contra mi corazon.

Abu-'l-Moghira comprendió demasiado bien la intencion de estos versos y tuvo la imprudencia de responder enseguida con estos otros:

El medio, el medio de aproximarme á esa belleza que está rodeada de un vallado de espadas y de lanzas! ¡Ah! si yo tuviera la conviccion de que es sincero tu amor, yo arriesgaría de buena gana mi vida por poseerte. Un hombre generoso cuando quiere alcanzar su fin no teme ningun peligro.

Almanzor no aguantó más. Bramando de cólera sacó su espada, y dirigiéndose á la cantadora: «Dime la verdad, le gritó con voz de trueno; ¿es al visir á quien se dirige tu canto?—Una mentira podría salvarme, le respondió la valiente jóven, pero nó mentiré. Sí, su mirada me ha traspasado el corazon, el amor me lo ha hecho decir, me ha hecho decir lo que yo quería callar. Podeis castigarme, señor, pero sois tan bueno, sois tan amigo de perdonar cuando se confiesan las faltas...» Y

diciendo esto se deshizo en lágrimas. Almanzor la había perdonado ya á medias, pero ahora se tornó á su cólera contra Abu-'l-Moghira y le abrumó con un torrente de reprensiones. El visir lo escuchó sin decir palabra, y cuando acabó de hablar, le dijo: «Señor, convengo en que hé cometido una gran falta, convengo en ello, ¿pero qué podía hacer? Cada uno es esclavo de su destino, ninguno lo elige, todos lo sufren, y el mio ha querido que yo amara á la que no debo amar.» Almanzor guardó silencio por algunos instantes. «Pues bien! dijo al fin, á ambos os perdono. ¡Abu-'l-Moghira! la que amas es tuya; yo soy quien te la dá.» (1)

Su amor á la justicia habia pasado en proverbio. Quería que se egerciera sin acepcion de personas, y el favor que dispensaba á algunos individuos, no los colocaba nunca por cima de las leyes. Un hombre del pueblo se presentó un dia en la audiencia. «Defensor de la justicia, le dijo, tengo que quejarme del hombre que se encuentra

---

(1) Maccari, t. I, p. 406, 407. En la página 407, l. 4, leo «'an» en lugar de «fi.»

detrás de vos» y señaló con el dedo al Eslavo que tenía el empleo de porta-escudo y del que Almanzor hacía mucho caso. «Lo he citado delante del juez prosiguió, pero no ha querido ir. —¿De veras? dijo entónces el ministro. ¿No ha querido ir y el juez no lo ha obligado? Yo creía que Abderramen ibn-Fotais (este era el nombre del juez) tenía mas energía. Y bien, amigo mio, ¿de qué te quejas?» El otro le contó entónces que había hecho un contrato con el Eslavo y que este lo había roto. Cuando acabó de hablar, dijo Almanzor: «Mucho nos dan que hacer estos servidores de nuestra casa,» y dirigiéndose al Eslavo, que temblaba de miedo: «Entrega el escudo al que está á tu lado, le dijo, y vé humildemente á responder delante del tribunal á fin de que se haga justicia..... Y vos continuó dirigiéndose al prefecto de policía, conducid á entrambos ante el juez y decidle que si mi Eslavo ha contravenido al contrato, yo deseo que se le aplique la pena mas grave, la prision ó cualquiera otra.» Y habiendo dado la razon el juez al hombre del pueblo, este, volvió á presentarse á Almanzor para darle las gracias. «Nada de gracias, le dijo el ministro, tú has ganado tu pleito, está bien y

debes estar contento, pero yo lo estoy aún, yo tengo tambien que castigar al bribon que no se ha avergonzado de cometer una bajeza estando á mi servicio.» Y lo despidió.

Otra vez, su mayordomo tenia un pléito con un mercader y fué requerido por el juez, para que prestara juramento: pero creyendo que el empleo elevado que ocupaba le ponía al abrigo del procedimiento, se negó á ello. Pero un dia que Almanzor llegó á la mezquita acompañado de su mayordomo, se le acercó el mercader y le contó lo que había pasado. El ministro hizo arrestar al mayordomo en el mismo instante, mandando que lo condujeran delante del juez y cuando supo que había perdido el pléito lo destituyó. (1)

En resúmen, si los medios que Almanzor empleó, para apoderarse del poder, deben ser condenados, es preciso sin embargo, confesar, que una vez que lo obtuvo lo ejerció noblemente. Si el destino lo hubiera hecho nacer en las gradas del trono, acaso hubiera habido poco que censurarle, quizás

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 310, 311.

entónces, hubiera sido uno de los príncipés mas grandes que recuerda la historia, pero habiendo visto el dia en un antiguo castillejo de provincia, se vió obligado para alcanzar el objeto de su ambicion á abrirse camino á través de mil obstáculos y debe sentirse que tratando de vencerlos, se preocupara rara vez de la legitimidad de los medios. Era, bajo muchos respectos, un grande hombre, y sin embargo por poco que se consideren los eternos principios de la moral, es imposible amarlo y hasta se hace difícil admirarlo.

---

# XIII.

Cuando Mudhaffar estuvo de vuelta en Córdoba, despues de la muerte de su padre, hubo un motin. El pueblo exigía á gritos que se presentara el soberano y que gobernara por sí mismo. En vano Hixem II mandó á decir á la multitud que quería continuar llevando una vida libre de cuidados: ella persistió en su demanda y Mudhaffar se vió obligado á dispersarla á mano armada. (1) Sin embargo, el órden desde entónces no volvió á turbarse. Verdad es que un nieto de Abderramen III, llama-

(1) Nowairi, p. 472.

do Hixem, conspiró contra Mudhaffar, pero este advertido á tiempo, lo previno, haciéndolo matar, (Diciembre de 1006). (1) Este gobernó el Estado como su padre. Consiguió muchas victorias contra los Cristianos, y durante su reinado la prosperidad fué siempre creciendo. Fué una edad de oro, se dijo mas adelante. (2)

Sin embargo, un cambio muy importante se había verificado. La antigua sociedad árabe, con sus virtudes y sus prejuicios, había desaparecido. Abderramen III y Almanzor se habian propuesto conseguir la unidad nacional y lo habian logrado. La antigua nobleza árabe había quedado anonadada en la lucha que había sostenido contra el poder real; vencida y destrozada, estaba ya empobrecida y arruinada y los antiguos nombres se extinguian de dia en dia. La nobleza cortesana, que estaba ligada á los Omeyas por los lazos de la clientela, se había sostenido mejor. Los

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 159; Ibn-Haiyan («apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 30 r.-31 v.,) trae un relato detallado de esta conspiracion.

(2) Ibn-al-Abbar, p. 149.-Falto de documentos he tenido que pasar rápidamente por el reinado de Mudhaffar.



Abu-Abda, los Chohaid, los Djahwar y los Fotais, (1) eran todavía casas ricas y envidiadas. Pero los hombres mas poderosos de entónces eran los generales berbericos y eslavos (2) que debian su fortuna á Almanzor. Como eran advenedizos y extrangeros, inspiraban poco respeto. Considerábanlos además como bárbaros, y se quejaban de sus vejaciones. Por otra parte, los hombres de la clase media se habian enriquecido con el comercio y la industria. Ya bajo el reinado tan turbado, sin embargo, del Sultan Abdallah, se habian visto negociantes é industriales que habian reunido rápidamente grandes fortunas, sin más capital que el que le habian prestado sus amigos, (3) y ahora que el pais gozaba de una completa tranquilidad, se hacían tan fácil y tan frecuentemente estas fortunas, que ya nadie se admiraba. Sin

---

(1) Estas cuatro familias eran las principales de la nobleza cortesana. Véase Ibn-Adhari, t, II, página 290.

(2) Bajo el nombre de eslavos se comprendían tambien los cristianos del Norte de España que servían en el ejército musulman. Véase Ibn-al-Khatib, artículo sobre Hobasa, man. G. fól. 124 r.

(3) Khochani, p. 327.

embargo, esta sociedad tan floreciente en apariencia, llevaba en sí misma el gérmen de su destruccion. Si la lucha de razas había cesado, iba á aparecer bajo la forma de lucha de clases. El obrero, detestaba á su patrono; el ciudadano envidiaba al noble, y todos convenian en maldecir á los generales, á los berberiscos sobre todo. En el seno de una inesperiencia universal, había una vana aspiracion á novedades. La religion estaba espuesta á rudos ataques. Las medidas que había tomado Almanzor, contra los filósofos, no habían dado los frutos que el clero se había prometido. Multiplicábanse por el contrario los «espíritus fuertes» y el esceptisismo, que constituye el fondo del espíritu árabe, revestía cada dia formas mas científicas. Los discípulos de Ibn-Masarra, los Masarria como se los llamaba, formaban una secta numerosa. (1) Otras sectas propagaban tambien doctrinas muy atrevidas. Una de ellas, parece haber salido del seno del mismo clero. Sus partidarios, habían estudiado por lo

---

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre las religiones,» t. II, fól. 80 v.. 146 r. y v.

menos, las tradiciones relativas al Profeta pero sus estudios, si hemos de creer á un teólogo ortodoxo, habían sido superficiales y se habían dirigido con preferencia sobre libros apócrifos, compuestos por materialistas que tenían intencion de minar los fundamentos del Islamismo. De ahí la singular idea que se formaban del universo. La tierra, decían, descansa sobre un pescado, este pescado está sostenido en el cuerno de un toro, este toro se halla en una roca que un ángel lleva sobre su cuello, debajo de este ángel están las tinieblas y por bajo de las tinieblas, hay un agua que no tiene fin. Bajo estas extrañas y oscuras fórmulas, que acaso no eran mas que símbolos, los teólogos encontraban una herejía gravísima; la secta creía que el universo era ilimitado. Enseñaba además, que bien se podía imponer una religion por fraude ó por violencia, pero que no puede probársela con argumentos racionales. Sin embargo, al mismo tiempo, era hostil á las obras filosóficas de la Grecia, (1) en las que por el contrario, otra secta se apoyaba.

---

(1) Ibn-Haiyan, t. I, fól. 128 r. y v.

Esta se componía de naturalistas. El estudio de las Matemáticas, los había llevado al de la Astronomía. Para creer en la religion pedían pruebas matemáticas y no encontrándolas la declaraban absurda. Menospreciaban todos los mandamientos, la oracion, el ayuno, la limosna, la peregrinacion, todo esto no era á sus ojos mas que un delirio. Los faquíes no dejaban de dirigirles la censuras que los teólogos de todos tiempos han solido dirigir á los que se han separado de las doctrinas recibidas; los acusaban de no proponerse á otro fin en su vida mas que el de enriquecerse á fin de poder entregarse á placeres de toda especie, sin respeto á las leyes de la moral. (1)

Sin embargo, las sectas que atacaban abiertamente al islamismo, no eran las mas peligrosas; otras que querian vivir en paz con él y que se reclutaban no solo entre los Musulmanes, sino tamhien entre Cristianos y Judíos, lo eran mucho mas, porque bajo el nombre de religion universal (2) predicaban el indiferentismo, y los teólo-

---

(2) Ibn-Hazm, t. I, fól. 128 r.

(3) «Al-milla al-colliya» en árabe.

gos musulmanes no ignoraban que si las religiones perecen, no es nunca por los ataques directos, sino siempre por la indiferencia. Los que habian adoptado estas doctrinas, diferían en algunos puntos y unos iban mas lejos que otros, pero todos profesaban un supremo desden á la dialéctica. «El mundo, dicen, está lleno de religiones, de sectas y de escuelas filosóficas que mutuamente se ódian y se execran. Ved á los Cristianos! El Melquita, no puede sufrir al Nestoriano, el Nestoriano detesta al Jacobita, y cada uno condena al otro. Entre los Musulmanes el Motazelita declara que todos los que no piensan como él son incrédulos, el No-conformista, se cree obligado á matar á todos los que pertenecen á otra secta, y el Sunnita no quiere tener nada de comun, ni con el uno ni con el otro. Entre los Judíos sucede lo mismo. Los filósofos se condenan un poco menos pero no se encuetran más de acuerdo. Y cuando uno se pregunta, cuál entre esta infinidad de sistemas filosóficos y teológicos es el verdadero, es preciso decir que tanto vale uno como otro. Los argumentos de cada campeon tienen la misma fuerza, ó si se quiere la misma debilidad, solo

que uno sabe mejor que otro, manejar las armas de la dialéctica. ¿Quereis la prueba? Id á esas reuniones en que disputan hombres de opiniones diferentes. ¿Qué veréis allí? Que el vencedor de ayer, es el vencido de mañana, y que en estas doctas asambleas la fortuna de las armas es tan variable, como en los verdaderos campos de batalla. El hecho es que allí cada uno habla de cosas de que nada sabe, y de que nada puede saber.»

Algunos de estos escépticos, aceptaban, sin embargo, un pequeño número de pruebas. Había quienes creian en la existencia de Dios, creador de todas las cosas y en la mision de Mahoma; todo lo demás, decian, puede ser verdadero ó nó; no lo afirmamos ni lo negamos, lo ignoramos; pero nuestra conciencia no nos permite aceptar doctrinas cuya verdad no nos ha sido demostrada. Estos eran los moderados. Otros aceptaban solamente la existencia de un creador, y los mas avanzados no profesaban creencia alguna. Decian que la existencia de Dios, la creacion del mundo, etc., no habian sido probadas, pero que tampoco lo había sido, que Dios no existiera, ó que el mundo hubiera existido de toda

eternidad. Algunos enseñaban que es preciso conservar por lo menos en apariencia la religion en que se ha nacido; otros sostenian que la religion universal es la única cosa necesaria, y entendian bajo este nombre los principios morales que toda religion predica, y que la razon aprueba. (1)

Los novadores en materias religiosas tenian una gran ventaja sobre los novadores en materias de gobierno: sabian lo que querian. En política, por el contrario, nadie tenía ideas bastante fijas. Estaban descontentos de lo que había y se figuraban que por la marcha progresiva de la situacion, la sociedad iba á una revolucion derecha. Almanzor había previsto esta revolucion. Un dia que contemplaba su soberbio palacio de Zahíra, y los magníficos jardines que lo rodeaban, se echó á llorar de pronto, esclamando: «¡Desdichada Zahira! ¡Quisiera conocer al que dentro de poco te ha de destruir!» Y cuando el amigo que le acompañaba le manifestó su sorpresa por esta esclamacion, le dijo: «Tú mismo has de ser testigo de esta catástrofe. ¡Ya veo sa-

(1) Ibn-Hazm, t. II, fól. 228 r.-230 v.

queado y arruinado este hermoso palacio, ya veo á mi pátria devorada por el fuego de la guerra civil!» (1) Pero si esta revolucion se verificaba ¿cuál sería su fin y por qué medios se realizaría? Esto es de lo que nadie se daba cuenta, mas había al menos una cosa en que todo el mundo estaba de acuerdo, en que se quitara el poder á la familia de Almanzor. Este deseo no tiene nada de estraño. Los pueblos monárquicos, no quieren que el poder sea ejercido, por nadie mas que por el monarca. Así, que todos los ministros, que por decirlo así, han sustituido al soberano, han sido siempre objeto de un ódio violento é implacable, cualesquiera que hayan sido sus aptitudes y sus merecimientos. Esta consideracion bastaría en rigor, para esplicar la aversion que inspiraban los Amiridas, pero conviene no olvidar tampoco, que habían lastimado legítimos sentimientos y afecciones. Si se habían contentado hasta aquí con ejercer el poder en nombre de un príncipe onmiada, había dejado sin embargo conocer, que ponían mas alta la mira, que ambicionaban el

---

(1) Maccari, t. I, p. 387.

trono. Esta ambicion había exasperado contra ellos, no solo á los príncipes de la dinastía, que eran muchos, sino tambien al clero que era muy adicto al principio de legitimidad y á la nacion en masa que era muy afecta á la dinastía ó que por lo menos creia serlo. Únase á esto, que la nobleza cortesana deseaba la caida de los Amiridas, porque se prometía de cualquier cambio un aumento de poder y que el pueblo bajo de la capital aplaudía anticipadamente toda revolucion que le permitiera saquear á los ricos y saciar el ódio que les tenían.

Esta última circunstancia, parece que hubiera debido servir para hacer á las clases acomodadas mas prudentes. Córdoba había llegado á ser una ciudad manufacturera, que encerraba millares de obreros; el mas pequeño motin, podía tomar en un instante un carácter sumamente alarmante; de él podía resultar una guerra terrible entre los pobres y los ricos. Mas tal era la inesperiencia que nadie parecía haber notado, la inminencia de este peligro.

Las clases acomodadas, no veían todavía en los obreros, mas que auxiliares y creian que todo entraría en caja desde el

momento en que se descartaran de los Amiridas.

La caida de los Amiridas era pues, un deseo casi universal, cuando Modhaffar murió en la flor de sus años (Octubre de 1008). Sucedióle su hermano Abderramen. Los sacerdotes odiaban á este jóven. Á sus ojos su orígen era ya una mancha imborrable, porque su madre era hija de un Sancho, ya sea del conde de Castilla, ya sea del rey de Navarra. (1) Así, que no se le llamaba mas que Sanchol, (2) «Sanchuelo» y con este apodo es conocido en la historia. Su conducta era poco apropósito para hacer olvidar su nacimiento. Amando los placeres con pasion no tenía escrúpulo de beber vino públicamente, y se refería con profunda indignacion que, un dia que oia al muezin gritar desde lo alto de un minarete: «¡Corred á la oracion!» había dicho: «Mejor haría en decir, corred á la copa.» (3) Se le acusaba además, de haber

(1) Véanse sobre este punto mis «Recherches,» t. I, p. 205 y sig.

(2) Hoy se diría Sanchuelo, pero en la época de que se trata se decía Sanchol. Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 206.

(3) Nowairi, p. 473, 479.

envenenado á su hermano Mudhaffar, y se refería á este propósito, que, habiendo cortado una manzana con un cuchillo untado por un lado de veneno, se había comido la mitad, despues de haberle dado la otra á su hermano. (1)

Estas inculpaciones eran acaso aventuradas, pero lo que es cierto, es, que Sanchol no tenía el talento ni la habilidad de Almanzor ni de Mudhaffar. Y sin embargo, se atrevió á hacer lo que ni uno ni otro se habian atrevido. Reyes de hecho, habian dejado, sin embargo, á un Omeya el título de monarca, y no habian sido Califas apesar de la mucha gana que tenian de serlo. Sanchol concibió el temerario proyecto de conseguirlo, haciéndose declarar presunto heredero de la corona. Habló de este designio á algunos hombres influyentes, entre los cuales los principales eran el Cadí Ibn-Dhacwan y el secretario de Estado Ibn-Bord, y cuando estuvo seguro de su concurso, dirigió su peticion á Hixem II. Apesar de su nulidad, parece que el Ca-

(1) Ibn-al-Athir, en el año 366; «Raihan;» «An. Tol., II,» (p. 403.)

lifa retrocedió un instante ante tan grave demanda, tanto más, cuanto que segun la comun opinion, Mahoma había dicho que el poder no pertenecía mas que á la raza Maádita. Consultó á algunos teólogos, pero aquellos á quienes se dirigió, obedecian á las inspiraciones de Ibn-Dhacwan. Así, que le aconsejaron consentir en la demanda de Sanchol, y para vencer sus escrúpulos le citaron las palabras del Profeta, que había dicho: «No llegará el último dia hasta que tenga el cetro un hombre de la raza de Cahtan.» (1) El Califa se dejó persuadir, y un mes despues de la muerte de su hermano, Sanchol, fué declarado heredero del trono, en virtud de una ordenanza redactada por Ibn-Bord. (2)

Esta ordenanza puso el colmo al descontento de los Cordobeses. Todo el mundo repetía estos versos, que un poeta acababa de componer: «Ibn-Dhacwan é Ibn-Bord han ofendido la religion de una manera inaudita. Se han rebelado contra el

(1) Ibn-al-Abbar, p. 150.

(2) El texto de este documento se encuentra en Ibn-Bássam (t. I, fól. 24 v.); Nowairi, Ibn-Khaldun y Maccari, (t. I, p. 277, 298.)



Dios de verdad, pues han declarado al nieto de Sancho heredero del trono.» (1) Se refería con gran satisfaccion que, pasando por delante del palacio de Zahira, un santo varon había esclamado: «¡Palacio que te has enriquecido con los despojos de tantas casas, quiera Dios que pronto todas las casas se enriquezcan con los tuyos!» (2) En una palabra, el ódio y la mala voluntad, se manifestaban donde quiera. Sin embargo, la rebelion á mano armada, no se manifestaba todavía; el pueblo se dejaba aun intimidar y contener por la presencia del ejército. Pero este se iba á marchar. Engañado por la aparente tranquilidad que en la ciudad reinaba, Sanchol había anunciado que iba á hacer una campaña contra el reino de Leon, y el viernes 14 de Enero de 1009, salió de la capital al frente de sus tropas. Había tenido la idea de ponerse un turbante, que en España no era llevado sino por los legistas y los teólogos, y mandó que sus soldados hicieran otro tanto. Los Cordobeses vieron

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 207.

(2) Maccari, t. I, p, 388.

en este capricho un nuevo ultraje á la religion y á sus ministros.

Habiendo pasado la frontera, en vano intentó Sanchol obligar á Alfonso V á bajar de las montañas en que se había hecho fuerte, y habiendo puesto la nieve impracticables los caminos, se vió forzado á emprender la retirada, (1) mas apenas hubo llegado á Toledo, cuando supo que había estallado una revolucion en la capital.

Un príncipe de la casa de Omeya, llamado Mohamed, se había puesto al frente del movimiento. Hijo de aquel Hixem que Mudhaffar había hecho decapitar, y por consiguiente viznieto de Abderramen III, se había mantenido oculto en Córdoba para escapar á la suerte de su padre, y en este período había hecho conocimiento con muchos hombres del pueblo. Gracias al oro que no economizaba, gracias tambien al apoyo de un faquí fanático, llamado Hasan-Ibn-Yahya, y el concurso de muchos Omeyas, reunió bien pronto una partida de cuatrocientos hombres intrépidos y resuel-

(1) Ibn-al-Amir, en el año 366. Se dió á esta campaña el nombre de campaña del barro. (Nowairi, p. 474.)



tos. El rumor de una conspiracion llegó á oidos del Amirida Ibn-Ascaledja, á quien Sanchol había confiado durante su ausencia el gobierno de Córdoba; mas este rumor era tan vago, que Ibn-Ascaledja, aunque hizo registrar muchas casas sospechosas, nada descubrió. Habiendo fijado para el Mártes 15 de Febrero la ejecucion de su proyecto, Mohamed eligió entre los suyos treinta de los mas determinados, á quienes ordenó que fueran por la tarde al terraplen que había cerca de palacio, llevándose armas ocultas bajo los vestidos. «Yo iré á reunirme con vosotros una hora antes de ponerse el sol, les dijo; pero cuidado con que hagais nada ántes de que os dé la señal.»

Los treinta hombres fueron á su puesto y no despertaron sospecha alguna, porque el terraplen de palacio, que daba vista al arrecife y al rio, era un paseo muy frecuentado. Mohamed hizo tomar las armas á los demás partidarios, mandándoles que estuvieran listos. Luego se montó en su mula, y habiendo llegado al terraplen, dió á sus treinta hombres la señal de precipitarse sobre la guardia de la puerta de palacio. Atacados los soldados de impro-

viso, fueron fácilmente desarmados, y Mohamed fué corriendo al departamento de Ibn-Ascaledja, que en aquel momento charlaba y bebía con dos muchachas de su harem. Ántes que hubiera tenido tiempo de defenderse, había dejado de existir.

Á los pocos instantes los demás conjurados, á quienes su jefe había hecho avisar, empezaron á recorrer las calles gritando: ¡Á las armas! El éxito escedió á sus esperanza. El pueblo, que no esperaba más que una ocasion, una señal, para sublevarse, los siguió dando gritos de alegría, y atraidos por el ruido, los campesinos de los alrededores, vinieron á reunirse á la multitud. Fueron á la prision dorada de Hixem II, é hicieron dos brechas en la muralla. El desdichado monarca esperaba que alguien viniera á socorrerlo. Los altos dignatarios estaban en Zahira, donde podian disponer de algunos regimientos de eslavos y de otras procedencias, pero al recibir la noticia de que había estallado un motin, creyeron al principio que Ibn-Ascaledja lo sujetaría fácilmente, y cuando luego supieron que la cosa era mas sería de lo que se habían figurado, se quedaron helados de miedo. Parecía que todo el mundo ha-

bía perdido la cabeza y nada se hizo para libertar al monarca. Este que temía á cada momento ver el palacio invadido por la multitud, tomó al fin el partido de enviar un emisario á Mohamed, para que le dijera que si le perdonaba la vida abdicaría en su favor. «¡Pues qué! respondió Mohamed, piensa el Califa que he tomado las armas para matarlo? No, las he tomado porque he visto con dolor que quería quitar el poder á nuestra familia. Es libre de hacer lo que quiera, pero si es su voluntad cederme la corona, se lo agradeceré mucho y podrá pedirme lo que guste.» Luego mandó venir teólogos y algunos notables á quienes ordenó que redactaran un acta de abdicacion, y habiendo sido firmada por Hixem, él pasó en palacio el resto de la noche. Á la mañana siguiente, nombró á uno de sus parientes primer ministro, confirió á otro Omeya el gobierno de la capital y los encargó de alistar en el ejército á los que quisieran. Fué tan grande y general el entusiasmo, que todo el mundo corría á hacerse soldado; hombres del pueblo, ricos negociantes, labradores de las cercanías, imanes de las mezquitas y piadosos hermitaños todos querían adelantarse á los de-

más, todos querían deramar su sangre en pró de la dinastía legítima y en contra del libertino que había querido usurpar el trono.

Mohamed ordenó enseguida á su primer ministro, que fuera á apoderarse de Zahira. Los dignatarios que allí había, no pensaron siquiera en defenderse, sino que se apresuraron á someterse y á pedir perdon al nuevo Califa. Este se lo concedió, no sin haberles censurado duramente su connivencia en los proyectos ambiciosos de Sanchol.

Así se hundió en menos de veinticuatro horas el poder de los Amiridas; nadie se hubiera figurado tan buena y tan rápida fortuna. En Córdoba era universal el contento, pero en nadie era mas vivo que en las clases inferiores. El pueblo, que camina siempre de prisa, tanto en su alegría como en su cólera, veía abrirse ante sus ojos un feliz porvenir; pero si la clase media hubiera presentido las grandes y dolorosas consecuencias de esta revolucion, se hubiera guardado mucho de tomar parte en ella y hubiera pensado probablemente que el despotismo ilustrado de los Amiridas, que había dado al país prosperidad envidiable y gloria militar, valía mas que la anarquía y el régimen arbitrario de la soldadesca

que iban á pesar sobre ella.

No faltaron desde el primer momento los escesos que de ordinario acompañan á toda revolucion hecha por el pueblo. Mohamed, que podía mandar que saqueran, no tenía bastante autoridad para prohibirlo. Previendo lo que iba á suceder, había dado órden de trasportar á Córdoba los objetos preciosos que se encontraban en Zahira, pero los pillos habían puesto ya manos á la obra. Se llevaron de palacio hasta las puertas y las ensambladuras y muchas casas que pertenecían á las hechuras de Almanzor, fueron tambien saqueadas. Durante cuatro dias, Mohamed no pudo ó no se atrevió á hacer nada contra estos ladrones. Consiguió al fin reprimir su audacia y eran tantas las riquezas amontonadas en Zahira, que sin contar lo que el pueblo se había llevado, se encontraron allí millon y medio de monedas de oro y dos millones y cien mil monedas de plata. Algun tiempo despues se descubrieron además cajitas en que había doscientas mil monedas de oro. Cuando el palacio quedó enteramente vacío, le pegaron fuego y pronto esta magnífica residencia no fué mas que un monton de ruinas.

En este entretanto, dos actas oficiales habian sido comunicadas despues de los oficios del viernes (18 de Febrero) al pueblo reunido en la mezquita. La primera contenía la enumeracion de los delitos de Sanchol y la órden de maldecirlo en las oraciones públicas, y en virtud de la segunda, muchos nuevos impuestos fueron abolidos. Ocho dias despues, Mohamed anunció al pueblo que había tomado el sobrenombre de Madhi, (1) con que lo designaremos en adelante, y cuando se bajó de la cátedra, se leyó un llamamiento á la guèrra contra Sanchol. Esta última proclama tuvo un éxito prodigioso. El entusiasmo de la capital, se había comunicado á las provincias, de modo, que al poco tiempo se vió Madhí al frente de un ejército numeroso. Pero como el pueblo que había hecho la revolucion no quería dejarse mandar por los antiguos generales que todos habian sido del partido de Almanzor, este ejército tuvo por jefes hombres del pueblo ó de la clase media, médicos, tejedores, carniceros y guarnicioneros. Por primera vez se había

---

(1) Al-Mahdi billah, «guiado por Dios.»

democratizado la España musulmana; el poder se había escapado, no solo á los Amiridas, sino á los nobles en general.

Entretanto, Sanchol, cuando recibió en Toledo la noticia de la insurreccion de la capital, se dirigió á Calatrava. Tenía intencion de reprimir la rebelion con la fuerza, pero durante su marcha muchos soldados le abandonaron, y cuando quiso que los que quedaban le prestasen juramento de fidelidad, estos rehusaron diciendo que ya habian jurado una vez. Lo mismo respondieron los Berberiscos á quien los Amiridas habian enriquecido, y con quienes Sanchol creia que podía contar. Ignoraba que el reconocimiento y la adhesion no entraban en el número de sus virtudes. Considerando perdida la cáusa de sus bienhechores, no pensaban mas que en conservar sus riquezas con una pronta sumision al nuevo Califa, y ni siquiera se tomaban el trabajo de ocultar sus intenciones, porque cuando Sanchol llamó á Mohamed ibn-Yila, uno de sus generales, y le preguntó su parecer acerca de la disposiciones de sus soldados respecto á él, le respondió:

—No quiero engañaros, ni sobre mis propias opiniones, ni sobre las del ejército, así

que os diré francamente que nadie se batirá por vos.

—¿Cómo nadie? le preguntó Sanchol, que aunque ya desengañado de la fidelidad de una parte de sus tropas, no esperaba, sin embargo, confesion semejante; ¿y de qué modo podría convencerme de que es fundada vuestra opinion?

—Haced que tomen vuestras gentes el camino de Toledo, y decidles que vais á seguirles y vereis entónces si hay soldados que os acompañen.

—Acaso tengais razon, dijo Sanchol tristemente, y no se atrevió á arriesgarse á hacer la prueba que el berberisco le proponía.

En medio de la defeccion general, solo le quedó un amigo sincero y adicto, era uno de sus aliados leoneses, un conde de Carrion de la familia de los Gomez. (1)

—Veníos conmigo, le dijo este caballero; mi castillo os dará asilo, y yo verteré hasta la última gota de sangre, si es preciso, para defenderos.

---

(1) Véase sobre estos condes á Sandoval. «Cinco Reyes,» fól. 62 v. y sig.

—Gracias por vuestra oferta, mi buen amigo, le replicó Sanchol, pero no puedo aceptarla. Es preciso que vaya á Córdoba, donde me esperan mis amigos, que se levantarán como un solo hombre en mi favor, desde que sepan que estoy en los alrededores. Espero además, estoy seguro de ello, que en cuanto llegue, muchos de los que parecen estar ahora por Mohamed, abandonarán á ese hombre para venirse conmigo.

—Príncipe, replicó el conde, no os entregueis á vanas y quiméricas esperanzas; creedme, todo está perdido, y así como el ejército se ha declarado en contra vuestra, tampoco encontraréis en Córdoba quien os ayude.

—Lo veremos, replicó el Amirida; pero hé resuelto ir á Córdoba, é iré.

—No apruebo vuestro designio, le dijo entónces el conde; y estoy persuadido de que os dejais guiar por una ilusion que ha de seros fatal, pero suceda lo que quiera no os abandonaré.

Habiendo dado la órden de continuar la marcha á la capital, llegó Sanchol á una posada que se llamaba Manzil-Hani. Allí se detuvo, pero los Berberiscos aprove-

chándose de la oscuridad de la noche, desertaron en masa, y á la mañana siguiente, no tenía á su lado mas que los criados de su casa y á los soldados del conde. Este le suplicó por última vez que aceptara la oferta que le habian hecho, pero fué inútil; el jóven corría desatentadamente á su pérdida. «He enviado yá á Córdoba al cadí, dijo; pedirá mi perdon, y estoy seguro de obtenerlo.»

La tarde del jueves 4 de Marzo, llegó al convento de Chauch. Algunos ginetes que Mahdí había enviado á su encuentro, lo hallaron allí al dia siguiente. «Qué me quereis? le dijo Sanchol, dejadme en paz, pues que ya me he sometido al nuevo gobierno.—En este caso, le respondió el jefe del escuadron, veníos á Córdoba conmigo.» Sanchol tuvo que obedecer esta órden apesar suyo, y habiéndose puesto en camino, encontró despues de medio dia al primer ministro de Mahdí, acompañado de un destacamento mas considerable. Se hizo alto y mientras enviaban á Córdoba el harem de Sanchol, que se componía de setenta mujeres, se le llevó ante él ministro. Sanchol besó muchas veces el suelo delante de este Omeya, pero se le gritó: «Besa

tambien el casco de su caballo!» Lo hizo así, mientras el conde de Carrion miraba en silencio la profunda humillacion de aquel ante quien habia temblado un imperio poderoso. Luego, cuando lo montaron en un caballo distinto del suyo, gritó el ministro: «¡Que le quiten el gorro!» y ejecutada esta órden se pusieron en camino.

Al oscurecer, cuando llegaron á la posada, los soldados recibieron órden de atar á Sanchol las manos y los pies. Mientras que cumplian brutalmente esta órden, «Me estais lastimando, les dijo: dadme un momento de respiro y dejadme una mano libre.» Habiendo conseguido su demanda, sacó en un abrir y cerrar de ojos un puñal de su botina, pero los soldados se lo quitaron antes de que tuviera tiempo de herirse. «Yo te ahorraré ese trabajo,» gritó el ministro, y tirándolo al suelo, lo mató y luego le cortó la cabeza. El conde fué muerto tambien.

Al dia siguiente, cuando los jinetes entraron en Córdoba, presentaron al Califa los restos de Sanchol. Habiendo hecho embalsamar su cadáver, Mahdí lo pisoteó con su caballo, y luego lo hizo clavar, vestido con una túnica y un pantalon, en una cruz co-

locada cerca de la puerta de palacio, y al lado de la cabeza que estaba en la punta de una pica. Al lado de estos horribles restos, había un hombre que gritaba sin cesar: «Hé aquí el felicísimo (1) Sanchol! Que Dios lo maldiga y á mí tambien!» Era el comandante de la guardia de Sanchol, que no había obtenido su perdon sino á condicion de espiar de esta manera la fidelidad que había mostrado á su amo (2)

---

(1) Este es el nombre que había tomado Sanchol.

(2) Nowairi, p. 474-9, Maccari, t. I, p. 278 379.

# XIV. (1)

Todo parecía ir, al principio, á medida del deseo de Mahdí. El pueblo de Córdoba lo había elevado al trono, los Berberiscos lo habian reconocido y no habían pasado cinco dias desde la muerte del Amirida,

---

(1) Véase Nowairi, p. 479, 484; Ibn-Khaldun, fól. 19 r. y v.; Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 7 v., 8 r. y v. (Ibn-Bassam parece haber abreviado mucho este pasage.) Ab-el-wahid, p. 28-30; Ibn-al-Abbar, p. 159, 160; Ibn-al-Athir, en el año 366: Maccari, t. I, p. 278; Rodrigo de Toledo «Hist. Arabun,» c. 32-35. Sobre las fechas se puede consultar un artículo en mis «Recherches,» t. I, p. 238 y sig., 710 de la primera edicion. Sobre el epitafio de Oton, obispo de Gerona, véase tambien la «Esp. Sagr.,» t. XLIII p. 157 y sig.

cuando recibió una carta en que Wadhid el mas poderoso de los Eslavos y goberna-dor de la Frontera inferior, le aseguraba su obediencia, diciéndole que la noticia de la ejecucion del usurpador, le había causado gran alegría. Como Wadhih debía su fortuna á Almanzor, Mahdí no esperaba de su parte una sumision tan pronta, así, que se apresuró á darle pruebas de su reconocimiento; envióle mucho dinero, un vestido de honor, un caballo ricamente enjaezado y el diploma de gobernador de todas las fronteras.

Todos los partidos se habían pues, agrupado al rededor del gobierno. Esta era por lo menos la apariencia, el movimiento espontáneo de primera hora, pero esta unanimidad era menos real y estaba menos arraigada de lo que parecía. La revolucion se había verificado bajo el imperio de una especie de fiebre general que no había dado tiempo á que se manifestara el buen sentido, pero cuando vino la reflexion, se comenzó á conocer que con la caida de los Amiridas no estaba todo terminado, todo restablecido, ni todo reparado; que podía haber aun, algo que condenar y de que quejarse bajo otro régimen. Madhí, no te-

nía ni talento, ni virtud. Era un hombre disoluto, cruel, sanguinario y tan torpe que se enagenó sucesivamente todos los partidos. Comenzó por licenciar siete mil obreros que se habían alistado. Como no podían dejar á Córdoba á merced de las clases bajas, esta medida era sin duda necesaria, pero descontentó al pueblo, que orgulloso con haber hecho la revolucion, se encontraba muy bien recibiendo un gran sueldo sin hacer nada. En seguida, desterró de la capital á gran número de eslavos Amiridas y quitó el empleo á otros eslavos que servían en palacio. Esto era lanzarlos al partido de la oposicion, mientras que con un poco de tacto acaso se los pudiera haber ganado. Al mismo tiempo irritó á los devotos. Como no salía de palacio, no pensaba mas que en distraerse, y los piadosos musulmanes referían con horror, que daba festines en que tocaban un centenar de laudes y otro de flautas. «Hace lo mismo que Sanchol» decian. Se le llamaba el «bebedor,» se le acusaba de turbar la paz de muchas familias y le sacaban coplas como ántes se las habían sacado á su rival. Su crueldad, acabó de perderlo en la opinion pública. Wahih le había enviado las cabezas de muchos ha-

bitantes de las fronteras que se habían negado á reconocerlo, y el mandó plantar en en ellas flores y colocarlas á la orilla del rio, frente á palacio. Gustaba de contemplar este estraño «jardin» é inducía á sus poetas entre los cuales se distinguía Zaid, que, despues de haber adulado á los Amiridas, adulaba ahora á su enemigo, á componer versos sobre este asunto. (1)

Ya, malquistado con el pueblo, con los Eslavos, con los devotos y en general con todas las gentes honradas, Mahdí, no hizo nada para atraerse á los Berberiscos, que sin embargo, se habían entregado á él por su propia voluntad. Verdad es, que estos rudos pastores eran muy odiados en la capital. El pueblo no les perdonaba haber sido los fautores y el apoyo del despotismo de los Amiridas y si Mahdí los hubiera tomado abiertamente bajo su proteccion, hubiera perdido la poca popularidad que le quedaba. Sin embargo, como no podía volverlos á África, hubiera debido contemplarlos. No lo hizo. Á cada instante les manifestaba su ódio y su menosprecio. Les pro-

---

(1) Véase «Abbad,» t. I. p. 244.

hibió hasta montar á caballo, llevar armas y entrar en palacio. Esto era una gran imprudencia. Acostumbrados á ser respetados honrados y mimados por la corte, los Berberiscos tenían el sentimiento de su dignidad y de su fuerza. Así, que, no se resignaron á no ser nada en el Estado y un dia en que muchos de sus palacios habían sido saqueados por el populacho sin que se hubiera opuesto la policía, Zawi y otros dos jefes suyos, se fueron á buscar al Califa y exigieron imperiosamente el castigo de los culpables. Intimado por su actitud firme y resuelta, Mahdi se escusó lo mejor que pudo y para apaciguarlos mandó cortar la cabeza á los instigadores del desórden. Pero pronto se repuso de su terror y comenzó á vejar de nuevo á los Berberiscos.

Sin embargo, por aturdido que fuera no se le ocultaba enteramente el peligro de su posicion, y lo que temía sobre todo, era que el nombre de Hixem II, no llegara á ser un dia la enseña de union de todos los partidos á quienes había ofendido. Resolvió, pues, no matar á su augusto prisionero, sino hacerlo pasar por muerto. Justamente acababa de morir (Abril de 1009) un cristiano que se parecía mucho á Hixem.

Madhí, hizo llevar á palacio secretamente su cadáver, y lo enseñó á algunas personas que habian conocido á Hixem. Sea que realmente fuera muy parecido, sea que las personas en cuestion estuvieran ganadas, ello es, que declararon que este cadáver era el del último califa. Mahdí hizo venir entónces ministros de la religion, notables y hombres del pueblo y habiendo sido recitadas las oraciones mortuorias, el cristiano fué enterrado en el cementerio musulman con todos los honores reales. A verdadero Hixem, Mahdí lo hizo encerrar en el palacio de uno de sus visires.

Asegurado por esta parte, el imprudente Califa creyó que ya todo se lo podía permitir. En el mes de Mayo hizo poner en prision, no se sabe por qué, á un hijo de Abderramen III que se llamaba Soliman y á quien poco ántes había nombrado heredero del trono. Amás, dejó penetrar su intencion de hacer morir á diez jefes berberiscos. No era preciso tanto para hacer que los africanos tomasen las armas y por su parte Hixem hijo de Soliman, trabajó activamente para formarse un partido. (1) Lo

(1) En su «Tratado sobre el amor» (fól. 121 r.) Ibn-Hazm, habla incidentalmente de la rebelion de este Hixem que tomó el sobrenombre de Rachid.

consiguió sin dificultad; los siete mil obreros licenciados por Mahdí, eran un ejército siempre dispuesto á toda sedicion. El 2 de Junio se reunieron estos hombres ante el palacio de Hixem lo proclamaron Califa, este los llevó entónces á llano fuera de la ciudad y habiéndose reunido á él los Berberiscos marchó contra el palacio de Mahdí. Arrancado bruscamente á sus placeres, el Califa mandó preguntar á la multitud lo que quería. «Tu has puesto á mi padre en prision, le mandó responder Hixem, é ignoro lo que ha sido de él.» Mahdí puso entónces en libertad á Soliman, pero, si creyó que con esto bastaba para hacer que la multitud se dispersara, se engañó, pues Hixem, le envió á decir que debía tambien cederle la corona. Queriendo ganar tiempo, fingió Mahdí entrar en pláticas con él, pero como la negociacion iba larga, los obreros y los Berberiscos que se fastidiaban con su inaccion fueron á saquear é incendiar las tiendas del mercado de los guarnicioneros. Entónces los Cordobeses tomaron las armas, no para sostener á Mahdí, sino para preservar á sus casas del saqueo y pronto vinieron en su ayuda, los soldados que el Califa había tenido tiempo de reunir. El com-

bate duró todo un dia y una noche, pero en la mañana del viernes 3 de Junio, los Berberiscos se vieron obligados á tomar la fuga en el mayor desórden. Parte de los Cordobeses los persiguió hasta las orillas del Guadalmeyato; otros saquearon sus casas y se apoderaron de sus mugeres y se prometió una prima á todo el que trajera la cabeza de un berberisco. El anti-Califa Hixem, y su padre fueron hechos prisioneros y Mahdí los mandó decapitar.

En cuanto los Berberiscos se rehicieron, juraron vengarse de una manera ruidosa, pero tenían poca habilidad y no sabían cómo componérselas. Felízmente para ellos tenían á Zawi. Oriundo de la dinastía cinhedjita, que reinaba en la parte de África de que era capital Cairawan, era mas civilizado y mas inteligente que la mayor parte de sus hermanos de armas y comprendió que ante todo era preciso oponer un competidor á Mahdí. Tenía en la mano un Omeya, Soliman, sobrino de Hixem, que despues de haber tomado parte en la barrabasada de su tío, había seguido á los Berberiscos en su fuga. Zawi propuso á sus camaradas que lo reconociesen por Califa. Algunos se negaron diciendo, que Soliman era

un buen hombre, pero que no tenía ni bastante energía para ser jefe de un partido, ni bastante esperiencia para mandar un ejército. Otros no querían ningun jefe árabe. Para hacer adoptar su resolucion, recurrió entónces Sawí á un medio que nuevo sin duda para los Berbericos, no lo hubiera sido sin embargo para nosotros. Tomó cinco lanzas y habiendo hecho con ellas un haz, se las dió al soldado que pasaba por tener mas fuerza, diciéndole: «Procura romperlo!» No habiendo podido hacerlo el soldado continuó diciendo: «Desata ahora la cuerda y rómpelas una á una.» En un instante el berberisco las rompió todas. «Que esto os sirva de ejemplo, Berberiscos, dijo entónces Zawí, unidos sois invencibles, desunidos vais á perecer, porque estais rodeados de enemigos implacables. Pensad pues en el peligro y decidme pronto lo que pensais.—Prôntos estamos á seguir tus prudentes consejos, gritaron por todas partes y si hemos de sucumbir, que no sea al menos por culpa nuestra.—Pues bien! continuó Zawí tomando á Soliman de la mano, jurad pues, ser fieles á este Coreixita. Nadie podrá acusaros de aspirar al gobierno del país y como es árabe, muchos de su nacion

se declararán por él y por vosotros.»

Cuando se hubo prestado juramento á Soliman, y este príncipe declaró que tomaba el sobrenombre de Mostain, Zawí habló de nuevo: «Las circunstancias, dijo, son graves, y ante todo es preciso que ninguno trate de satisfacer su ambicion, arrogándose un poder á que no tenga derecho. Que cada tribu elija, pues un jeque, y que este responda con su cabeza al Califa de la fidelidad de su regimiento.» Así se hizo y, naturalmente Zawí fué elegido por su tribu de Cinhedja. (1) Desde el principio, pues, Soliman no tuvo autoridad alguna sobre los Berberiscos que habian elegido sus capitanes sin consultarlo; no era mas que un testaferro, y nunca fué otra cosa.

Los Africanos marcharon á Guadalajara, y habiéndose apoderado de la ciudad, propusieron á Wadhih que hiciera cáusa comun con ellos, pidiéndole les abriera las puertas de Medinaceli. Pero Wadhih, no escuchó sus proposiciones y habiendo recibido refuerzos de Mahdí, los atacó. Fué batido, pero los Berberiscos no tuvieron por

(1) Ibn-al-Khatib, artículo sobre Zawí, man. G. fól. 133, v.

qué felicitarse de su victoria, pues Wadhih les cortó los víveres, de modo, que durante quince dias, no tuvieron mas que yerbas por alimento. Para salir de este apuro enviaron algunos de los suyos á Sancho, conde de Castilla, para que solicitasen su intervencion, y le propusieran una alianza, en el caso en que Madhí y Wadhih, no quisieran hacer la paz.

Cuando llegaron á la residencia del conde, los Africanos se encontraron con una embajada de Madhí, que había traido á Sancho, caballos, mulas y otros presentes, y le había prometido muchas ciudades y fortalezas, si quería socorrer al Califa de Córdoba. ¡Cuánto había cambiado todo en pocos meses! Ya no eran los Musulmanes los que dictaban la ley á los príncipes cristianos, era, por el contrario, el conde de Castilla el que iba á decidir de la suerte de la España árabe.

Bien informado del estado de los negocios de sus vecinos, y sabiendo que el poder de Mahdí pendía de un hilo, el Conde prometió á los Berberiscos declararse en su favor si se comprometian á cederle las fortalezas que le habían prometido los mensajeros de Madhi, y cuando convinieron

despidió á los otros embajadores, y envió al campo Berberisco mil bueyes, cinco mil carneros, y mil carros cargados de víveres. Los berberiscos se encontraron pronto en disposicion de ponerse en campaña, y habiéndoseles reunido el conde con sus tropas, tomaron el camino de Medinaceli.

Cuando llegaron cerca de esta ciudad, hicieron nuevas tentativas para ganarse á Wdhih á su partido. No lo consiguieron mas que ántes, y creyendo con razon que no debian peder tiempo, marcharon directamente sobre Córdoba (Julio de 1009). Siguiólos Wadhih con su caballería y los atacó, pero despues de haber perdido muchos de los suyos, se vió obligado á tomar la fuga, y llegó á Córdoba con cuatrocientos caballos, donde se le reunió uno de sus tenientes con otros doscientos que habian tenido tambien la fortuna de escapar á la matanza.

Noticioso de que los Berberiscos marchaban contra la capital, Madhí, despues de haber puesto sobre las armas á todos los que se hallaban en estado de llevarlas, se había atrincherado en una llanada al E. de Córdoba. Pero en vez de esperar al enemigo, tuvo la imprudencia de salir en su

busca. Los dos ejércitos se encontraron en Cantich (el 5 de Noviembre de 1009) y un escuadron de treinta berberiscos bastó para introducir el desórden en las filas de la indisciplinada masa de sus contrarios. En su fuga precipitada ciudadanos, burgueses, obreros y faquíes se derribaban unos á otros. Los Berberiscos y los Castellanos los acuchillaban á centenares y hubo muchos que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivir. Se calculan en diez mil los que perecieron en esta horrible matanza. (1) Wadhih conoció bien pronto que todo estaba perdido y acompañado de sus seiscientos caballos, tomó á escape el camino del Norte. Mahdí por su parte, se refugió en su palacio, donde no tardó en verse sitiado por los Berberiscos. Creyó salvarse devolviendo el trono á Hixem II, y haciéndolo sacar de la prision, lo situó de modo que lo pudieran ver los Berberiscos á quienes envió al Cadí Ibn-Dhacwan, para decirles que Hixem vivía todavía, que lo miraba como

(1) Este número se encuentra en el historiador mas antiguo y mas digno de crédito, esto es, en Ibn-Haiyan («apud» Ibn-Bassam t. I, fól. 8 r.) Otros cuentan veinte mil y hasta treinta y seis mil.

su señor y que él no era mas que su primer ministro. Los Berberiscos se rieron de este mensage. «Ayer, le respondieron al Cadí, Hixem estaba muerto y tú, y tu emir recitábais sobre su cadáver las oraciones fúnebres, ¿cómo ha de vivir hoy? Por lo demás, si es verdad lo que dices, nos alegramos de que viva Hixem, pero no lo necesitamos para nada, porque no queremos mas Califa que á Soliman.» En vano trató el Cadí de escusar á su señor y todavía estaba hablando, cuando los Cordobeses que temblaban al aspecto del príncipe que amezaba sus muros, salieron á su encuentro y lo reconocieron por soberano.

Mientras que Soliman verificaba su entrada en la capital, donde Berberiscos y Castellanos cometieron todo género de escesos, Mahdí se ocultó en la casa de un cierto Mohamed de Toledo, que le suministró los medios de ganar esta ciudad, por que todas las fronteras desde Tortosa hasta Lisboa, estaban todavía por él. Así, que cuando Sancho recordó á Soliman su promesa, éste se vió obligado á responderle que no podía satisfacerle por el pronto, pues que no poseía todavía las ciudades de que se trataba, pero se comprometió por se-

gunda vez á entregarle, en cuanto estuvieran en su poder y entónces Sancho abandonó á Córdoba con sus tropas que se habían enriquecido á espensas de los habitantes de la ciudad (14 de Noviembre de 1009.)

La suerte de Hixem no cambió. Soliman despues de haberlo obligado á abdicar en favòr suyo, lo hizo encerrar de nuevo, pero cediendo al deseo de los antíguos servidores de los Amiritas, hizo enterrar con las ceremonias acostumbradas el cuerpo de Sanchol.

Entretanto, Mahdí había llegado á Toledo, cuyos habitantes le hicieron escelente acogida. Soliman marchó á atacarlo y envió sacerdotes á los Toledanos, para que los amenazaran con su cólera, si continuaban en su rebelion. Pero estas amenazas no produjeron efecto y no queriendo emprender el sitio de una plaza tan fuerte como Toledo y esperando, por otra parte, que se habia de someter espontáneamente en cuanto lo hiciera el resto de España, se dirigió á Medinaceli. Durante su marcha, muchos eslavos vinieron á engrosar su ejército y se apoderó de Medinaceli sin combate porque Wadhih había evacuado esta ciudad,

retirándose á Tortosa. Desde allí escribió á Soliman, diciéndole que lo reconocía siempre que le permitiera quedarse donde estaba.

Él no obraba de este modo, mas que para escapar á la persecucion de Soliman y ganar tiempo. Aprovechóle su astucia, Soliman cayó en el lazo y dejó á Wadhih el gobierno de todas las fronteras.

Teniendo ya las manos libres, Wadhih se apresuró á hacer alianza con dos condes catalanes, Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel, á quienes prometió todo lo que quisieron y marchó á Toledo, acompañado de un ejército catalan y del suyo, donde se unió con las tropas de Mahdí. Soliman intimó entónces á los Cordobeses que tomasen las armas, pero como no obedecían á los Africanos mas que á regañadientes, se escusaron diciendo que no estaban en estado de combatir. Por lo demás en Cantich lo habían demostrado y los Berberiscos que preferían no tener en el ejército soldados de aquel temple, le rogaron á Soliman, que les dejara á ellos solos el cuidado de la victoria. Soliman se dejó persuadir y habiéndose adelantado hasta Acaba-al-bacar, lugar que se hallaba cerca de

cuatro leguas de Córdoba. (1) encontró al ejército de su adversario, que se componía de treinta mil musulmanes y nueve mil cristianos (en la primera mitad de Junio de 1010.) Sus generales lo colocaron á retaguardia, aconsejándole que no abandonara su puesto aunque los enemigos le pisaran los piés y atacaron á las tropas catalanas, pero conforme á las reglas de la estratégica oriental, volvieron enseguida la espalda al enemigo, para volver impetuosamente á la carga. Desgraciadamente, Soliman que recibía órdenes de sus capitanes, no comprendía su táctica y viendo la vanguardia volverse atrás, no dudó que había sido batida y creyendo que todo estaba perdido, echó á huir á todo escape, siguiendo su ejemplo los caballeros que lo acompañaban. Los Berberiscos, sin embargo, volvían á la carga y atacaron al enemigo con tanta furia que mataron sesenta jefes catalanes, entre los que se encontraba el conde Armengol de Urgel; pero cuando vieron que Soliman había abandonado su puesto, se reti-

---

(1) Véase Edrisi, t. II, p. 64, 65. Hoy castillo del Bacar.

raron á Zahra, de modo, que los Catalanes quedaron dueños del campo. Así es como Soliman perdió, por su ignorancia y su cobardía, la batalla de Acaba-al-Bacar de que acaso hubiera salido vencedor, si hubiera comprendido la táctica de sus capitanes ó se hubiera prestado á obedecer sus órdenes. Por lo demás, el triunfo fué obtenido por los Catalanes, porque las tropas de Mahdí y de Wadhih no parecen haber tomado parte muy activa en el combate.

Mahdí entró en Córdoba, y esta desdichada ciudad que había sido saqueada seis meses antes por los Castellanos y los Berberiscos, ahora lo fué de nuevo por los Catalanes. Madhí salió en persecucion de los Berberes que marchaban hácia Algeciras, matando á todos los que encontraban, y saqueando las aldeas, pero que volvieron sobre sus pasos en cuanto supieron que sus adversarios los buscaban. El 21 de Junio (1) vinieron á las manos los dos ejércitos, donde el Guadaira desemboca en el Guadalquivir. Esta vez los Africanos ob-

(1) Esta es la fecha que da Nowairi. Tambien se encuentra en un documento latino publicado en la «Esp. Sag. t. XLIII, p. 156.

tuvieron una completa vengànza del descalabro que habian sufrido en Acaba-albasar. El ejercito de Madhí, fué derrotado; muchos capitanes de eslavos, y más de tres mil catalanes quedaron en el campo de batalla, además del gran número de soldados que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivír. (1)

Dos dias despues entraron los vencidos en Córdoba, y los Catalanes, furiosos con su derrota, se condujeron con una crueldad inaudita. Mataron especialmente á todos los que tenian algun parecido con los Berberiscos, pero cuando Madhí les rogó que marcharan de nuevo contra el enemigo, se negaron, diciendo que las pérdidas que habian sufrido no se lo permitian. Dejaron, pues, á Córdoba (el 8 de Julio,) y apesar de todo el mal que habian hecho, los habitantes los vieron partir con sentimiento, porque las hordas berberiscas, contra las que hubieran podido defenderlos, les inspiraban más miedo todavía. «Despues de la partida de los Catalanes, dice

(1) «En las olas del mar,» dice Nowairi. Es sabido que el flujo y reflujo llega hasta el sitio en que se hahía dado la batalla.



un autor arábigo; cuando los Cordobeses se encontraban en la calle, se daban el pésame, como se dá á los que han perdido su fortuna y su familia.»

Entretanto Madhí, que había impuesto á la ciudad una contribucion extraordinaria para poder pagar sus tropas, se puso en marcha contra el enemigo. Pero despues de la partida de los Catalanes, su ejército había perdido el valor, y apenas había andado siete leguas, cuando un terror pánico, la idea sola de que dentro de poco tendrían que combatir contra los terribles Berberiscos, le hizo volver á Córdoba. Madhí, tuvo pues que resignarse á esperar los enemigos en la capital, que hizo cercar con un foso y una muralla; pero quería el destino que en lugar de caer por los Berberiscos, cayera por los Eslavos.

Algunos de estos, entre los que Wadhih ocupaba el primer lugar, servian bajo las banderas de Madhí, pero otros, como Khairan y Anbar, seguian el partido opuesto. Todos conocieron al fin que para alcanzar el objeto de su ambicion, es decir, el poder, su union era necesaria, y resolvieron volver á colocar en el trono á Hixem

II. Decidido este plan, Wadhih tuvo buen cuidado de fomentar el descontento de los habitantes de Córdoba. Hizo estender los rumores más exagerados sobre la vida desarreglada del «bebedor,» y aunque reprobaba en público los desórdenes que sus soldados se permitian, los favorecía en secreto. Y cuando estos manejos acabaron de quitar al Califa la poca popularidad que le quedaba, Khairam, Anbar y otros generales eslavos del ejército de Soliman ofrecieron sus servicios á Mahdí. Apresuróse este á aceptar su oferta, pero apenas entraron en Córdoba estos pretendidos auxiliares, no tardó en apercibirse de que maquinaban su pérdida, y como no se encontraba en estado de resistirles, resolvió por segunda vez refugiarse en Toledo. Los Eslavos se le adelantaron. El Domingo 23 de Julio de 1010, recorrieron á caballo las calles gritando: «¡Viva Hixem II!» y habiendo sacado á este príncipe de su prision, lo colocaron en el trono adornado con régias vestiduras.

En este momento Madhí se encontraba en el baño. Informado de lo que pasaba, vuela al salon y vá á sentarse al lado de Hixem, pero Anbar lo coje violentamente

del brazo, y lo obliga á sentarse enfrente de Hixem, que le reprende en los términos mas amargos, los males que le ha hecho sufrir. En seguida Anbar lo coje de nuevo del brazo, lo arrastra á la plataforma y saca la espada para cortarle la cabeza. Madhí lo coje á brazo partido, pero al punto caen sobre él las espadas de los otros Eslavos. Poco tiempo despues, su cadáver yacía en el mismo sitio donde había hecho caer diez y siete meses ántes, el de Ibn-Ascaledja. Elevado al trono por una conspiracion, otra conspiracion le había privado del trono y de la vida.

---

## XV. (1)

Con un soberano tan débil como era Hixem II, los Eslavos eran omnipotentes. Así Wadhid que quedó de primer ministro, pretendió gobernar á España como su patrono Almanzor, pero desgraciadamente para él, las circunstancias habian cambiado mucho, y Wadhih no era Almanzor. Verdad es, que al principio no encontró oposicion en la capital. La cabeza de Mahdí fué paseada por las calles, sin que se oye-

(1) Nowairi, p. 484-6. Ibn-al-Athir en el año 400; Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fol. 8 v. Rodrigo de Toledo, c. 36-39.

ra un solo murmullo, porque nadie echaba de menos á aquel tirano; pero Wadhih se había lisonjeado con la esperanza de que los Berberiscos reconocieran tambien al monarca, á quien había devuelto la corona, y pronto pudo convencerse de cuán quimérica era esta esperanza, pues, cuando les envió la cabeza de Madhí, rogándoles que se sometieran á Hixem, fué tan grande su indignacion, que si no se hubiera interpuesto Soliman para salvar la vida de los que llevaban este mensaje, los hubieran muerto. El mismo Soliman derramó lágrimas al ver la cabeza de su pariente, la hizo limpiar y la envió á Obaidallah, hijo de Madhí, que se encontraba en Toledo.

Desengañado por lo que toca á los Berberiscos, Wadhih, vió poco despues que tenia enemigos en la misma ciudad. Algunos Omeyas, que no querian la dominacion eslava y creian trabajar en su propio interés, sirviendo el de Soliman, le avisaron secretamente que viniera el 12 de Agosto hasta las puertas de la capital, y que ellos se la entregarían. Soliman prometió venir, pero Wadhih informado del complot, por Khairan y Anbar, hizo prender á los

conspiradores, y cuando Soliman se presentó bajo los muros de la ciudad el dia prefijado, fué atacado bruscamente, y obligado á una precipitada retirada.

Esperando que este descalabro había hecho mas tratables á los Berberiscos. Wadhih entabló nuevas negociaciones con ellos, pero sin resultado, y entre tanto Soliman, pidió ayuda á su antiguo aliado Sancho de Castilla, ofreciendo cederle las fortalezas que Almanzor había conquistado. No sé si eran las mismas que le había prometido ántes, pero lo cierto es que el Conde encontró ahora el modo de estender su territorio, sin tomarse el trabajo de hacer una espedicion á Andalucía. Como las fortalezas en cuestion no se hallaban en poder de Soliman, sino en el de Wadhih, mandó á decir á este último que, si nó se las cedía, marcharía con sus Castellanos en socorro de los Berberiscos. El asunto pareció tan importante á Wadhih, que no se atrevió á tomar sobre sí la responsabilidad de su resolucion. Convocó pues á los notables, y habiéndoles comunicado el mensaje de Sancho, les preguntó su parecer. El temor de ver á los Berberiscos reforzados por los Castellanos, hizo callar en los notables el sentimien-

to del honor nacional y respondieron que, en su opinion debía ser otorgada la demanda. En el mes de Agosto ó de Setiembre de 1010, Wadhih concluyó, pues, un tratado con Sancho, y le entregó, al decir de los escritores árabes, mas de doscientas fortalezas, entre las que los cronistas cristianos (1) citan á San Estéban, Coruña del Conde, Gormaz y Osma. Semejante ejemplo era contagioso. Viendo que para obtener plazas fuertes, bastaba con algunas amenazas y palabras mayores, otro conde mandó á pedirlas á su vez, diciendo que si nó se las daban iría al punto á reunírse con Soliman. No se atrevieron á negárselas. Así el imperio musulman, presa de la guerra civil, y reducido á la mas completa impotencia, se caia á pedazos. ¿Se felicitarian todavía los Cordobeses de la caida de los Amiridas como en el dia fatal en que con irreflecsivo entusiasmo saludaron el rápido triunfo de la revolucion? Lícito es dudario, pero pensáran lo que quisieran en este período, ya no podian volver atrás. En aquellas circunstancias, tenian que re-

(1) «Ann. Compost. Chron. de Cardeña.»

signarse á bajar la cabeza ante los enemigos de su religion, á sufrir el amo que los Eslavos ó los Berberiscos quisieran imponerles, á ser maltratados y saqueados, ya por unos, ya por otros, á aceptar, en una palabra, todas las consecuencias á que se esponen los pueblos que, sin ir á un objeto claramente definido, sin tener una grande y sana idea política ó religiosa que realizar, se lanzan aturdidamente en el torbellino de las revoluciones.

Por el pronto, no fueron ellos sin embargo, los que más sufrieron la ferocidad de los Berberiscos. Despues de haber asediado á Córdoba, durante mes y medio, se habian dirigido contra Zahra, de que se hicieron dueños despues de un sitio de solo tres dias, gracias á la traicion de un oficial que le entregó una de las puertas de la ciudad, (4 de Noviembre de 1010.) Enseguida comenzó la carnicería, y si los Cordobeses hubieran tenido duda sobre la suerte que los Berberiscos les reservaban, las cosas que pasaron en Zahra, les hubieran dado bastante luz sobre este asunto. Casi todos los soldados de la guarnicion fueron degollados. Los habitantes se refugiaron en la Mezquita, pero la santidad del

lugar no impuso á los Berberiscos. Hombres, mujeres y niños, todos fueron degollados, sin distincion. Despues de haber sáqueado la ciudad, la incendiaron, y desde entónces esta residencia, una de las mas magníficas de Europa, se convirtió en lo que Zahira, ántes su rival en hermosura, en un monton de escombros.

Durante todo el invierno, parte del ejército africano, saqueó los alrededores de Córdoba, é impidió que entraran víveres en la capital. Despojados de todo lo que poseian, los habitantes de las campiñas afluian á ella en masa, y su número escedió bien pronto al de los vecinos; pero como todos los géneros estaban carísimos, era imposible mantenerlos, y la mayor parte morian de hambre. El gobierno mismo estaba en la última estremidad, y para procurarse un poco de dinero, Wadhih tuvo que vender la mayor parte de la biblioteca de Haquen II. (1) Otras bandas recorrian al mismo tiempo las provincias. Las ciudades mas importantes cayeron en sus manos, y por lo comun sufrieron sus ha-

(1) Maccari, t. I. p. 250.

bitántes, la misma suerte que los de Zahra. España presentaba por dó quiera el espectáculo mas aflictivo. Los pueblos estaban desiertos y se podian recorrer durante dias enteros los caminos ántes mas frecuentados, sin encontrar alma viviente.

En el Verano de 1011 la miseria de España en general, y especialmente la de Córdoba, no hizo mas que aumentarse. Esta desventurada ciudad, que asolaba la peste, (1) parecía complacerse en agravar sus males con la discordia. Los soldados atribuian á Wadhid las calamidades que sufrian, y el general eslavo Ibn-Abi-Wadaa, enemigo personal del ministro fomentaba su descontento. Ultrajado en público, y conóciendo que era insostenible su posicion, Wadhih encargó á un tal Ibn-Becr de que fuera á hacer proposiciones de paz á Soliman. Este paso escitó la mas viva indignacion. Cuando Ibn-Becr, que había tenido una conferencia con el anti-Califa, estuvo de vuelta y se presentó en la sala del Concejo, los soldados se precipi-

---

(1) Ibn-Hrzum, «Tratado] sobre el amor,» fól. 106 r.; cf. Rodrígo c. 28.

taron sobre él, y sin darle tiempo á comunicar la respuesta que había recibido, lo asesinaron en presencia del Califa y de Wadhih. Este resolvió entónces refugiarse entre los Berberiscos, pero Ibn-abí-Wadaa que se había apercibido de este proyecto, le impidió ejecutarlo. Reuniendo á sus soldados, penetró con ellos en el palacio del ministro, y le gritó: ¡Miserable, tú has derrochado el dinero de que tenemos tanta necesidad, y has querido vendernos y entregarnos á los Berberiscos! y le hirió con su espada; sus soldados hicieron otro tanto, y á los pocos momentos paseaban su cabeza por las calles, y saqueaban las casas de sus partidarios, mientras que su cadáver yacía donde yacieron los de Madhí é Inb-Ascaledja, (16 de Octubre de 1011.)

Todavía pasaron año y medio ántes que los enemigos vinieran á quitar á los Eslavos y á los Cordobeses el trabajo de asesinarse mútuamente. En este intérvalo, Ibn-abí-Wadaa gobernó la ciudad con firme mano y severidad inexorable. Secundábale activamente el clero, que proclamó guerra santa, la guerra contra los Berberiscos. Alguna vez, los de dentro conse-

guian ventajas. En el mes de Mayo de 1012 cayó en sus manos un ilustre guerrero berberisco. Era Hobasa, sobrino de Zawi. Hiriendo á diestro y siniestro, se había metido en lo mas récio de la pelea, cuando se aflojó la cincha de su caballo, y cuando se bajaba para apretársela, un eslavo cristiano lo desmontó de un lanzazo vigoroso. Otros eslavos lo remataron. Su hermano Habbuz, trató entónces de disputar su cadáver á los enemigos, pero estos lo rechazaron despues de un combate encarnizado. Los Eslavos llevaron en triunfo á palacio la cabeza de Hobasa, y abandonaron su cuerpo á los insultos del populacho, que despues de haberle mutilado y arrastrado por las calles, lo entregó á las llamas. Los Berberiscos se pusieron furiosos. «Vengarémos á nuestro capitan, gritaron, y nó tendrémos bastante con derramar la sangre de todos los Cordobeses. (1) Redoblaron, pues, sus esfuerzos, pero la desesperacion había prestado á los Cordobeses fuerzas sobre humanas, é Ibn-abí-

(1) Ibn-al-Khaiib, artículo sobre Hobasa, ms. G. fól. 124.

Wadaa, hizo una salida tan vigorosa, que obligó á los enemigos á levantar el sitio. Supo tambien rechazarlos de Sevilla, pero no pudo evitar que tomaran á Calatrava, y no tardaron en volver ante los muros de la capital. Apesar de la resistencia desesperada de los Cordobeses, lograron cegar el foso, lo que los puso en estado de apoderarse de la parte orieutal de la ciudad. Una vez mas pareció que la fortuna quería favorecer á los Cordobeses, pues que obligaron á sus enemigos á evacuar el barrio de que se habian hecho dueños. Pero este fué su último triunfo. El Domingo 19 de Abril de 1013, los Berberes entraron en la ciudad por la puerta del arrabal de Secunda, que un oficial que se había vendido, les entregó.

Córdoba pagó su larga resistencia con torrentes de sangre. Habiéndose retirado los Eslavos cuando se perdió toda esperanza, los Berberiscos se pusieron á recorrer las calles lanzando gritos feroces. Aquí saqueaban, allá violaban, asesinaban en todas partes. Los hombres mas inofensivos eran víctimas de su ciega furia. Aquí, el anciano Said ibn-Mondhir, que había sido prior de la mezquita principal desde los tiempos

de Haquen II, famoso por su religiosidad y su virtud; (1) allí, el desdichado Merwan, de la noble familia de los Beni-Hodair, que había perdido la razon á consecuencia de un amor desgraciado (2) Mas allá, yacía el cuerpo del sábio Ibn-al-Faradhi, autor de un precioso diccionario biográfico y que había sido Cadí de Valencia en el reinado de Mahdí. El voto que había hecho en un momento de entusiasmo religioso, se había cumplido, había obtenido la palma del martirio. (3) Las víctimas, fueron tan numerosas que ni siquiera se trató de contarlas. Pronto el incendio vino á alumbrar con su luz siniestra estas escenas horribles. Los mas hermosos palacios, fueron presa de las llamas. «Al fin he sabido, escribía mas adelante Ibn-Hazm, (4) lo que se ha hecho de mi soberbio palacio de Bilat-Moghit. Un hombre que vino de Córdoba me lo ha contado: me ha dicho que no quedan de él

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fólio 38 r. y v.

(2) El mismo, fól. 96 r.

(3) Ibn-Bassam, t. I. fól. 161 r.; Maccari, t. I, p. 546.

(4) Véase su «Tratado sobre el amor,» fól. 87 r. 88 r.

mas que ruinas. Tambien ¡ay! sé lo que ha sido de mis mugeres, unas están enterradas, otras llevan una vida errante en lejanos países.»

Dos dias, despues de la toma de la ciudad, Soliman fué á tomar posesion del palacio del Califa. Todos los Cordobeses que por una casualidad cualquiera habían escapado á la espada de los Berberiscos, vinieron á colocarse á su paso. Asustados y malferidos hasta el fondo del corazon, por los horribles espectáculos que habían pasado á su vista, se forzaban sin embargo en gritar: ¡viva el Califa! Soliman supo apreciar en su justo valor este entusiasmo fingido. «Me desean larga vida, dijo, valiéndose de las palabras de un antiguo poeta, pero me matarían si me tuvieran en su poder.» (1)

Cuando llegó á palacio mandó venir á Hixem II.

—Traidor, le dijo, ¿no habías abdicado en mi favor y me habías prometido no pretender el trono? ¿Por qué has faltado á tu palabra?

---

(1) Ibn-al-Abbar, p. 164.

—¡Ay! le respondió el pobre hombre juntando las manos; bien sabeis que no tengo voluntad y que no hago más que lo que me mandan. Pero perdonadme, os lo suplico, porque os declaro de nuevo que abdico y que os nombro mi sucesor.

Los Berberiscos se establecieron al principio en Secunda, pero tres meses despues, todos los habitantes de Córdoba á escepcion de los que vivian en arrabal oriental y en el barrio que se llamaba de la Ciudad, fueron sentenciados á destierro y confiscados sus bienes en provecho de los vencedores que ocuparon entónces las casas que habían escapado del incendio. (1)

---

(1) Abd-al-wahid, p. 28; Ibn-Hazm, fól. 102, r.; Ibn-Bassan, t. III, fól. 10 y sig.

# XVI. (1)

Desde el principio de la guerra civil, muchos gobernadores se habian declarado independientes; la toma de Córdoba por los Berberiscos, dió el último golpe á la unidad del imperio. Los generales eslavos se apoderaron de las grandes ciudades del

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fól. 6 v.-24 r., 120 r., 122 v., 127 v.-129 r., 9 r. y v.; Maccari, t. I, p. 315-319; Abd-al-wahid, p. 35-38; Ibn-al-Athir, en el año 407; Nowairi, p. 486-490; Ibn-al-Khatib, artículo sobre Alí-Ibn-Hammud; man. E.; Ibn-al-Abbar, p. 160, 161. Compárense con Rodrigo, c. 40-44, y mis «Recherches,» t. I, p. 238-241.

Este; los jeques Berberiscos, á quienes los Amiridas habian dado féudos ó provincias que gobernar, gozaban tambien de una completa independencia, y las pocas familias árabes que eran todavía bastante poderosas para hacerse valer, no obedecian tampoco al nuevo Califa, de modo que la autoridad de este no se estendía mas que á cinco ciudades considerables, Córdoba, Sevilla, Niebla, Oczonoba y Beja.

Y había pocas esperanzas de que cambiara este estado de cosas. Los Berberiscos se habian apresurado á gozar las riquezas adquiridas en el saqueo de la capital y de muchas otras ciudades, y el mismo Soliman, aunque forzado á hacer la guerra durante cuatro años, no era belicoso en manera alguna. Por un raro contraste, este jefe de las hordas feroces que habian desvastado todo el imperio, era un hombre recto, dulce y generoso. Amaba las letras, hacía buenos versos, y tenía en el amor una ternura, una sumision y una galantería enteramente caballerescas. Todo lo que deseaba era contribuir en todo lo que estuviera de su parte, á que siguiera un poco de calma á la tempestad. Pero desgraciadamente para él, las crueldades de

sus tropas, de que había sido testigo sin poderlas impedir, (pues que no las mandaba sino á condicion de ejecutar lo que ellas querian) lo habian hecho sumamente impopular. Para los Andaluces era un hombre sin fé ni ley; un impío, un descreido, un usurpador que había sido colocado en el trono por los Berberiscos, y los cristianos del Norte, es decir, por dos pueblos á quienes odiaban; y cuando tuvo la imprudencia de enviar á las diferentes ciudades cartas en que les decia que las trataría como había tratado á Córdoba si se negaban á reconocerlo, se elevó contra él un concierto de maldiciones. (1) «Que Dios no tenga piedad de vuestro Soliman, pues que ha hecho todo lo contrario de aquel de que habla la Escritura. (2) El uno encadenaba á los demonios, el otro los ha soltado, y se han repartido en su nombre por nuestro pais, para saquear nuestras casas y para asesinarnos.» «Hé jurado, añadía, hundir mi espada en el pecho de los tiranos, y devolver á la religion el

---

(1) Ibn-Bassam, t. I, fól. 6 r. y v,

(2) Sábese que Soliman es la forma arábiga de Salomon.

esplendor perdido. ¡Qué estraño espectáculo! ¡Hé aquí á un descendiente de Abd-Chams que se ha hecho Berberisco, y que ha sido coronado á despecho de la nobleza! ¡Pues bien! puesto que puedo elegir, no quiero obedecer á mónstruos. Me entrego á la decision de la espada: si sucumben, la vida tendrá nuevos encantos para mí, y si quiere el destino que yo sea el que perezca, tendré al menos la satisfaccion de no ser testigo de sus maldades!» (1)

Tal era la opinion de los Andalúces, y tambien la de los Eslavos, que en las oraciones públicas continuaban nombrando á Hixem II, aunque Soliman les hubiere suplicado alguna vez que le sustituyeran el suyo, asegurándoles que se contentaría con ésta especie de homenaje, sin exigirles mas. (2) Y sin embargo, no estaban seguros de que Hixem viniera todavía. Acerca de la suerte de este monarca corrian los rumores mas contradictorios. Unos decian que Soliman lo había hecho matar, otros que lo habían encerrado en un calabozo de palacio. Esta última asercion era la que tenía

(1) Maccari, t. I, p. 280.
(2) Véase Ibn-Hassam, t. III, fól. 5 r.

mas crédito, porque cuando un usurpador hacía morir á aquel á quien arrebataba el trono, acostumbraba de ordinario á enseñar su cadáver al pueblo y Soliman no había enseñado el de Hixem á nadie. (1) Los Eslavos continuaban pues combatiendo en nombre de este soberano. El mas poderoso de ellos, era Khairan. Cliente de Almanzor que lo había nombrado gobernador de Almería, (2) emprendió la fuga cuando los Berberiscos entraron en Córdoba, pero perseguido por ellos, tuvo que aceptar el combate. Abandonado de sus tropas que huyeron y acribillado de heridas, quedó por muerto en el campo de batalla; pero habiendo recobrado bastantes fuerzas para poder andar, volvió á Córdoba donde un amigo que tenía entre los vencedores le dió hospitalidad y lo proveyó de dinero despues de su curacion, de modo que Khairán pudo volverse al Este. Entónces muchos Eslavos andaluces vinieron á alistarse en sus banderas y despues de un sitio de veinte dias se apoderó de Almería. Encontró además un poderoso aliado en uno de los generales de Soliman.

(1) Véase «Abbad,» t, I, p. 222.
(2) Maccari, t. I, p. 102.

Este general se llamaba Alí-ibn-Hammud, Descendía del yerno del Profeta, pero como su familia hacía dos siglos que se había establecido en África, se había berberizado, de modo que, él mismo hablaba el árabe bastante mal. Gobernador de Céuta y de Tanger, mientras que Casim, su hermano mayor, lo era de Algeciras, era casi independiente en su provincia; sin embargo su ambicion no estaba satisfecha, pues era tal que solo podía contentarse con el trono. Para alcanzarlo no había mas medio que aliarse con los Eslavos y para esto se dirigió á Khairan. Para ganárselo inventó un cuento muy singular. Pretendía que Hixem II había leido en un libro de profecías que despues de la caida de los Omeyas, reinaría en España un Alida, cuyo nombre había de comenzar con la letra «ain» y añadía: «Hixem oyó pues, hablar de mí despues de la toma de Córdoba y desde su prision me envió uno que me dijera:—Tengo el presentimiento de que el usurpador ha de quitarme la vida, os nombro mi sucesor y os dejo el encargo de vengarme.» Muy contento por tener tal auxiliar y persuadido de que Hixem II vivía todavía, aceptó Khairan esta version sin discutirla

y como le prometía Alí, que si volvía á encontrarse á Hixem sería puesto de nuevo en el trono, se comprometió por su parte á reconocer á Alí en el caso en que se probara que Hixem había muerto.

Convenidas estas condiciones, Alí atravesó el Estrecho y rogó á Amir-ibn-Fotuh, gobernador de Málaga que le entregara la ciudad. Cliente de un cliente Omeya y por consiguiente muy inclinado ya á hacer causa comun con los Eslavos, Amir tenía además, agravios personales que vengar contra los Berberiscos porque uno de sus jeques le había quitado á Ronda. (1) Consintió pues en la demanda de Alí, el cual se dirigió enseguida á Almuñecar, donde se unió con Khairan y juntos marcharon á Córdoba.

Alí, no contaba solo con los Eslavos, sino tambien con gran parte de los Berberiscos. En general estos hacían poco caso de Soliman. Lo habían proclamado Califa por que por de pronto necesitaban de un pretendiente y habían encontrado á este por casualidad, pero como á su entender era de-

---

(1) Véase «Abbad,» t. I, p. 214,

masiado blando y no poseía talentos militares, únicos que ellos podían apreciar, lo despreciaban. Alí por el contrario les inspiraba respeto por su bravura y lo miraban como su compatriota. Juntóse á esto que Zawi, el mas poderoso de sus jeques que era entónces gobernador de Granada y el que había colocado á Soliman en el trono, profesaba á los Omeyas un ódio inveterado, porque la cabeza de su padre Zirí que había perecido en África en un combate que dió á los partidarios de aquella dinastía, había sido clavada en los muros del alcázar de Córdoba, donde estuvo hasque él y los suyos tomaron y saquearon la capital. Este era un insulto que jamás había perdonado á los Omeyas. (1) Así que se declaró por Alí desde que este hubo levantado el estandarte de la rebelion. Su ejemplo influyó mucho en la conducta de los demás Berberiscos. Los que Soliman envió contra su competidor se dejaron vencer. «Emir, le dijo entónces un general berbe-

(1) Compárese á Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. II, p. 8 y 61 con Ibn-Haiyan «opad» Ibn-Bassan, t. I, fól. 122 r.

risco, si quereis conseguir la victoria es preciso que os pongais á nuestra cabeza.» Consintió, pero cuando llegaron cerca del campo enemigo cogieron su mula de la brida y lo entregaron á sus adversarios.

El Domingo 1.° de Julio del año 1016, Alí y sus aliados, hicieron su entrada en la capital. El primer cuidado de Khairan y de los otros eslavos, fué el de encontrar á Hixem II, pero con gran satisfaccion de Alí, sus pesquizas fueron inútiles. Alí preguntó entónces á Soliman, á presencia de los visires y de los ministros de la religion qué había sido de Hixem. «Ha muerto,» respondió Soliman sin dar á lo que parece más detalles. «En este caso, replicó Alí, dime donde está su sepulcro.» Soliman le indicó uno, y cuando lo abrieron desenterraron un cadáver que Alí enseñó á un criado de Hixem, preguntándole si era el de su amo. Este criado, que, á lo que se asegura, sabía que Hixem vivía aun, pero que había sido intimidado por Alí, hizo notar como prueba, un cliente negro, asegurando que Hixem había tenido uno igual. Su testimonio fué confirmado por otras personas que, ó querian insinuarse en el favor de Alí, ó que temian desagradarle, de

modo que los Eslavos se vieron obligados á admitir que el soberano legítimo había muerto, y á reconocer á Alí por sucesor. Por lo que toca á Soliman, Alí dió la órden de matarlo, lo mismo que á su hermano y á su padre; pero cuando llevaban á este último al suplicio, le dijo Alí:

—Vosotros habeis muerto á Hixem, ¿no es así?...

—Nó, le respondió este piadoso septuagenario, que absorto en sus ejercicios espirituales no había tomado ninguna parte en los acontecimientos políticos; tan cierto como Dios me oye, no hemos muerto á Hixem. Vive todavía. . . . . . . . . . . .

Sin dejarle tiempo de decir mas, Alí que temía que hiciera acaso revelaciones peligrosas, hizo señal al verdugo de cortarle la cabeza. (1) Despues hizo enterrar de nuevo y con todos los honores reales, el cadáver que pasaba por ser el de Hixem II.

¿Había muerto en efecto este monarca? El espíritu de partido ha echado un velo espeso y casi impenetrable sobre esta cues-

(1) Estos detalles importantes se encuentran en Ibn-Haiyan y en Ibn-al-Athir. Abulfeda, (t. III, p. 28) ha copiado á este último.



tion. Cierto es que Hixem no volvió á aparecer, y que el personaje que mas adelante se presentó como tal, era un impostor. Pero por otra parte, nunca se ha probado suficientemente ni que Hixem fuera muerto por Soliman, ni de muerte natural en el reinado de este príncipe, y los clientes omeyas que le habian conocido afirman que el cadáver desenterrado por órden de Alí no era el suyo. Verdad es, que el mismo Soliman declaró á presencia de los hombres mas considerados de Córdoba, que Hixem había cesado de existir, pero su testimonio nos parece sospechoso, y puede que Alí le hubiera prometido que si hacía esta declaracion le dejaría la vida. Además, Soliman no era sanguinario, y no es de presumir que hubiera cometido un crímen ante el que había retrocedido hasta el feróz Mahdí. Debe notarse tambien que si Hixem hubiera muerto en su reinado, hubiera enseñado á los Cordobeses el cadáver de este monarca, como lo exigía la costumbre y su propio interés. Pretenden los clientes omeyas (1) que menospreciaba demasiado

(1) Véase «Abbad,» t. I, p. 222.

á los Cordobeses para hacerlo, pero olvidan que no menospreciaba á los Eslavos, que hacía todos los esfuerzos posibles para que lo reconocieran, y el mejor medio para conseguirlos hubiera sido convencerlos de la muerte de Hixem. Tenemos, en fin, el testimonio del anciano padre de Soliman, que apesar de la afirmacion contraria de su hijo, tomaba á Dios por testigo de que Hixem vivía todavía. ¿Mentiría este piadoso anciano en el momento de ir á comparecer ante el tribunal supremo? No lo creemos.

Todas estas razones nos inclinan á que hay algo de verdad en los relatos de las mujeres y de los eunucos del serrallo. Estos decian que Hixem había conseguido evadirse de palacio en el reinado de Soliman, y que despues de haber estado escondido en Córdoba, donde se había ganado la vida como un jornalero, se había ido al Asia. ¿Había favorecido Soliman su evasion, despues de haberle hecho jurar que no le inquietaría? ¿Quedó en relaciones con él, y sabía dónde estaba? Cuestiones son estas que sugieren las palabras del padre de Soliman, á las que no podemos dar respuesta positiva. Sin embargo, no nos parece improbable que Hixem, cansado de

ver servir su nombre de grito de guerra á ambiciosos que no le dejaban ni una sombra de poder, fuera á ocultarse en un oscuro rincon de Asia, y que terminára allí desconocido y sosegado, una vida llena de tormentos y de dolores.

Sea de esto lo que quiera. Alí reinaba ahora, y parecía que una era más feliz iba á comenzar. Aunque medio berberisco, el fundador de la dinastía Hammudita, se declaró desde luego por los Andaluces. Prestaba atento oido á los cantos de sus poetas que apenas comprendía, daba audiencia á todos los que querian hablarle, y se oponía con la mayor firmeza á las estorsiones de los Berberiscos. Castigaba con inexorable rigor los menores delitos contra la propiedad. Un dia, por ejemplo, encontró á uno que llevaba una cesta llena de racimos sobre la silla. Le detuvo y le preguntó quién le había dado aquella fruta. Un poco aturdido con la pregunta, el ginete le respondió de buenas á primeras: «La encontré á mi disposicion y la hé cojido.» Pagó su latrocinio con la cabeza. Alí meditaba una gran medida: quería devolver á los Cordobeses lo que los Berberiscos le habían quitado durante la guerra civil. Desgra-

ciadamente para los habitantes de la capital, la ambicion de Khairán lo obligó á cambiar de repente de conducta.

Al principio Khairán, le sirvió con celo. En su provincia hizo detener y castigar á los que intrigaban en favor de los Omeyas (1) y si hubiera persistido en sostener la causa de Alí, no hubiera tardado en renacer la calma. Pero aspiraba á representar el papel de Almanzor y como conocía que Alí no era hombre para contenerse con el de Hixem II, concibió el proyecto de restablecer la antigua dinastía, salvo sin embargo reinar en su nombre. Buscó pues, un pretendiente y por el mes de Marzo de 1017 (2) lo encontró en la persona de un biznieto de Abderramen II que tenía el mismo nombre que su bisabuelo y que habitaba en Valencia. (3) Muchos Andaluces le prometieron su apoyo, de cuyo número fué Mondhir, gobernador de Zaragoza, de la familia de los Beni-Hachim, que marchó en efec-

---

(1) Ibn-Hazm, en mi catálogo, t. I, p. 225.

(2) Véase Maccari, t. I, p. 315, l. 19. Las mismas palabras se encuentran en Ibn-Haiyan.

(3) Ibn-Hazm, «loco laudato.»

to al Mediodía acompañado de su aliado Raimundo, conde de Barcelona. Vendido así, por el partido que favorecía y conociendo qne el pueblo de la capital deseaba tambien el restablecimiento de los Omeyas, Alí se creyó obligado á tratar con rigor á los que había protegido hasta entónces y á echarse en brazos de los Berberiscos á quienes había perseguido. Dejóles, pues, de nuevo en libertad de tratar á Córdoba como país conquistado y él mismo les dió ejemplo. Para procurarse dinero, impuso contribuciones estraordinarias y haciendo detener á gran número de notables, entre los que se contaba Ibn-Djahwar, uno de los miembros mas considerados del consejo de Estado, no los puso en libertad hasta que les sacó sumas enormes. Á la injusticia juntó el ultraje, porque cuando estos notables salieron de la prision y sus criados les trajeron sus cabalgaduras, dijo: «Ellos pueden muy bien volver á su casa á pié, que se lleven esas bestias á mis caballerizas.» Ni siquiera fueron respetados los bienes de las mezquitas que provenían de legados piadosos. Valiéndose para ello de la mediacion de un faquí de alma vil, que se llamaba Ibn-al-Djaujar, Alí obligó á los guardadores á en-

tregárselos (1) Un terror sombrío reinaba en Córdoba. La ciudad era un hormiguero de agentes de policía, de espías y de delatores. No había justicia. Mientras que Alí había protegido á los Andaluces, los jueces habían mostrado por ellos gran parcialidad, pero era tanta su complacencia para con el poder que ahora no hacian ningun caso de las quejas que se les dirigían contra los Berbericos por justas que fueran. Muchas otras personas se habían vendido igualmente al monarca. «La mitad de los vecinos, dice un historiador contemporáneo, vigilaba á la otra mitad.» Las calles estaban desiertas, apénas pasaban por ellas mas que infelices tenidos por sospechosos que llevaban á la cárcel; los que no habían sido presos, se ocultaban en subterráneos y esperaban la noche, para comprar la despensa. En su ódio contra los Andaluces, Alí llegó á jurar destruir á Córdoba despues de echar ó de esterminar á sus habitantes. La muerte le dispensó de cumplir su juramento. Por el mes de Noviembre de

---

(1) Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam t. III. fól. 141 r.

1017, había ido hasta Guadix á combatir á los insurrectos, pero las lluvias le habían obligado á volverse atrás. Se estaba ya en Abril de 1018 y como había sabido que los aliados habían avanzado hasta Jaen, anunció una gran revista para el 17, terminada la que, saldría á campaña, pero en vano lo esperaron los soldados el dia prefijado y cuando los oficiales fueron á palacio, para informarse de la causa de su ausencia, se lo encontraron asesinado en el baño.

Este crímen había sido cometido por tres eslavos de palacio que habian estado ántes al servicio de los Omeyas. No tenian ninguna queja personal contra el monarca, pues gozaban de su favor y confianza, y no parece tampoco que fueran seducidos por Khairan ó por los Cordobeses. Por lo menos, cuando mas adelante fueron presos y condenados al último suplicio, ellos negaron constantemente que su proyecto les hubiera sido sugerido por nadie. Todo inclina, pues á creer que cuando resolvieron matar á su amo, querian librar al pais de un déspota cuya tiranía se había hecho insoportáble.

Sea de ello lo que quiera, la muerte de Alí causó gran alegría en la capital. Sin

embargo, no tuvo por consecuencia la caida de los Hammuditas. Alí había dejado dos hijos, de los que el mayor que se llamaba Yahya, era gobernador de Céuta y tambien un hermano, Casim, que era gobernador de Sevilla. Algunos Berberiscos querian dar el trono á Yahya, pero otros les hicieron observar que era mejor dárselo á Casim, que estaba mas cerca. Prevaleció su opinion y seis dias despues de la muerte de su hermano, Casim hizo su entrada en la capital, donde se le prestó juramento.

Por su parte Khairan y Mondhir habian convocado para el 30 de Abril á todos los jeques con quienes creian poder contar. La reunion, que fué numerosa, y de la que formaban parte muchos eclesiásticos, resolvió que el califato fuera electivo y ratificó la eleccion de Abderramen IV, que tomó el título de Mortadha. Hecho esto, marcharon contra Granada. Cuando llegó frente á esta ciudad, Mortadha escribió á Zawí en términos muy políticos intimándole que lo reconociera por Califa. Pero Zawí, habiendo escuchado la lectura de esta carta, mandó á su secretario que escribiera sobre el reverso la sura 109 del Co-

ran, concebida en estos términos:

«¡Oh infieles! Yo no adoraré lo que adorais y vosotros no adorareís lo que yo adoro; yo no adoro lo que vosotros adorais y vosotros no adorais lo que yo adoro. Vosotros teneis vuestra religion y yo la mía.»

Cuando hubo recibido esta respuesta Mortadha, dirigió á Zawí una segunda carta llena de amenazas en que decía entre otras cosas: «Marcho contra tí, acompañañado de una multitud de cristianos y de todos los bravos de Andalucía. ¿Qué has de hacer?» Y terminaba con estos versos:

Si estais con nosotros vuestra suerte será feliz, pero si estais contra nosotros será deplorable.

Zawí respondió citando la sura 102, concebida así:

«El deseo de aumentar el número de los vuestros os preocupa y visitais hasta los cementerios para contar los muertos; (1) dejad de hacerlo, mas tarde conocereis vuestra locura. Por última vez dejad de hacerlo, mas tarde conocereis vuestra locura. Dejad

---

(1) Véase la esplicacion de estas palabras en una nota de Sale en su traduccion inglesa del Coran.

de hacerlo, si tuviérais la verdadera sabiduría no obraríais así. Ciertamente que habeis de ver el infierno; por última vez, lo habeis de ver con vuestros propios ojos. Entónces se os pedirá cuenta de los placeres de este mundo.»

Exasperado con esta respuesta Mortadha, resolvió tentar la suerte de las armas.

Sin embargo, Khairán y Mondhir se habían apercibido de que este Califa no era el que les hacía falta, ellos se preocupaban muy poco de los derechos de la familia Ommiada y si combatían por un Omeya era á condicion de que se dejara gobernar por ellos. Mortadha era demasiado altivo para resignarse á semejante papel, no se contentaba con una sombra de autoridad y en lugar de conformarse á la voluntad de sus generales quería imponerles la suya. Estos resolvieron hacerle traicion y habían prometido á Zawí que lo abandonarían una vez empeñado el combate.

No lo hicieron sin embargo, y se batieron durante muchos dias consecutivos. Al fin Zawí pidió á Khairan que cumpliera su promesa. «Hemos tardado en hacerlo, le respondió éste, á fin de daros idea de nuestra fuerza y de nuestro valor, y si Mor-

tadha hubiera sabido conquistarnos ya la victoria estaría declarada por él. Pero mañana, cuando presenteis vuestras tropas en batalla, le abandonarémos.»

Á la mañana siguiente, Khairan y Mondhir volvieron, en efecto la espalda al enemigo. No todos sus oficiales aprobaron su conducta, antes por el contario, muchos estaban grandemente indignados. De estos eran Soliman-Ibn-Hud, que mandaba las tropas cristia nas en el ejército de Mondhir, y que sin dejarse arrastrar por los fugitivos, presentó sus tropas en batalla. Pasando cerca de él, le gritó Mondhir: «Sálvate miserable! ¿Crees que tengo tiempo de esperarte» —¡Ah! esclamó entónces Soliman, tú nos has traido una horrible desgracia y cubres á tu partido de ignominia!» Pero convencido, sin embargo, de la imposibilidad de resistir, siguió á su señor.

Abandonado por la mayor parte de los soldados, Mortadha se defendió con el valor de la desesperacion, y poco faltó para que cayera en manos de sus enemigos. Escapó, sin embargo, y ya había llegado á Guadix, fuera de los límites del territorio granadino, cuando fué asesinado por emi-

sarios de Khairan.

Khairan expió con la ruina de su propio partido, su cobarde é infame traicion: los Eslavos no volvieron á encontrarse en estado de reunir un ejército, y sus enemigos los Berberiscos fueron desde entónces los dueños de Andalucía. Córdoba, sin embargo, hubiera podido ser todavía felíz tanto por lo menos como puede serlo un pueblo que es dominado por otro pueblo. El régimen militar había casi concluido, y un gobierno menos arbitrario y menos duro, tendía á consolidarse. Casim amaba la paz y el reposo, y nó agravaba las desdichas de los Cordobeses con nuevas opresiones. Queriendo hacer olvidar las antiguas diferencias, hizo venir á Khairan, se reconcilió con él y dió á Zohair, señor de Murcia, otro eslavo, los féudos de Jaen de Calatrava y de Baeza. Su ortodoxia era un poco sospechosa; se le creía afiliado á las doctrinas xiitas; sin embargo, cualesquiera que fueran su opiniones, no solo no se las impuso á nadie, sino que ni siquiera hablaba de ellas, y nada cambió en lo respectivo á la Iglesia. Gracias á su moderacion, la dinastía Hammudita tenía esperanzas de estabilidad. Verdad es que el

pueblo de la capital no la quería, pero á la larga se hubiera probablemente consolado de la pérdida de sus antiguos señores, si circunstancias independientes de su voluntad no hubieran hecho renacer casi ya muertas esperanzas.

Desconfiando de los Berberiscos, Casim buscó su apoyo en otra parte. Los Berberiscos tenían á su servicio muchos esclavos negros. Casim se los compró, formó con ellos regimientos y confió á sus jefes los empleos mas importantes. (1) Con esto irrito á los Berberiscos y su sobrino Yahya supo aprovechar su descontento. Escribióles una carta en que les decía entre otras cosas: «Mi tio me ha privado de mi herencia y con vosotros á cometido una gran sin razon, dando á vuestros esclavos negros los empleos que os pertenecen. Pues bien, si quereis darme el trono de mi padre, yo me comprometo á mi vez á devolveros vuestras dignidades y á poner de nuevo á los negros en el que les corresponde.» Como era fácil preveer los Berberiscos le prometieron su apoyo.

---

(1) Ibn-Haiyan, fól. 128 r.; Abd-al-wahid, página 45; Maccari, t. I, p. 316, 318.

Yahya pasó pues, el Estrecho con sus tropas y desembarcó en Málaga, donde su hermano Idris, que hacía cáusa comun con él, era gobernador. Allí recibió una carta de Khairan, que, pronto siempre á sostener á todo nuevo pretendiente, á reserva de volverse contra él cuando triunfaba, le recordaba lo que había hecho por su padre y le ofrecía sus servicios. Idris le aconsejó que no aceptara esta oferta. Khairan, le dijo, es un hombre pérfido y quiere engañaros.—Así lo creo, respondió Yahya, pero dejémonos engañar, puesto que no perdemos nada en ello,» y escribió al señor de Almería para decirle que aceptaba sus servicios, hecho lo cual, se preparó á marchar sobre Córdoba. Su tio juzgó prudente no esperarlo. En la noche del 11 al 12 de Agosto de 1021, huyó á Sevilla acompañado solo de cinco caballeros y al mes su sobrino hizo su entrada en la capital. Su reinado sin embargo, fué de corta duracion. Los negros no tardaron en unirse á Casim, muchos capitanes andaluces siguieron su ejemplo, y en fin, Yahya se vió abandonado por gran parte de los Berberiscos á quienes indignaba su orgullo. Su posicion llegó á ser tan peligrosa que á cada instante temía ser

preso en su propia casa. Resolvió ponerse en seguridad y dejando á Córdoba entregada á su suerte salió de noche para Málaga. Casim volvió entónces y el 12 de Febrero de 1023 fué proclamado Califa por segunda vez, pero su poder no descansaba sobre ninguna base sólida y disminuía cada vez mas. En África Idris, que era entónces gobernador de Céuta, le quitó la ciudad de Tanger que había hecho fortificar con esmero y á donde esperaba retirarse en caso de que no pudiera mantenerse de este lado del Estrecho, y en España, Yahya le quitó Algeciras donde estaban su esposa y sus tesoros. En la misma capital no podía contar mas que con los negros. Envalentonados por este estado de cosas, los Cordobeses que habían visto con frialdad la lucha entre el tio y el sobrino, comenzaron á removerse. La idea de libertarse del yugo de los Berberiscos latía en el fondo de todos los pechos y se esparció el rumor de que no tardaría en presentarse un miembro de la familia de Omeya á posesionarse del trono. Casim se alarmó con esto y, como ningun Omeya hubiera sido designado, dió órden de prender á todos los que se encontraran. Ellos se ocultaron entónces ya

entre gente baja, ya en las provincias; pero las medidas de Casim no impidieron que estallara la revolucion.

Puestos en la última estremidad por las vejaciones de los Berberiscos, los Cordobeses tomaron las armas el 31 de Julio de 1023. Despues de un combate encarnizado, ambos partidos concluyeron una especie de paz ó mas bien de tregua, prometiendo respetarse mútuamente. Esta tregua fué de corta duracion, aunque Casim trató de prolongarla por una condescendencia simulada con el pueblo. El viernes 6 de Setiembre despues de los oficios divinos el grito de: Á las armas! á las armas! se oyó por todas partes y los Cordobeses arrojaron á Casim y á sus Berberiscos, si nó de los arrabales, al menos de la ciudad. Casim se estableció al Oeste y asedió á los Cordobeses durante mas de cincuenta dias. Estos se defendieron con gran tenacidad, pero cuando comenzaron á carecer de víveres, pidieron permiso á los sitiadores para salir de la ciudad con sus mugeres y con sus hijos. Esta proposicion fué denegada y entónces tomaron los Cordobeses una resolucion que solo la desesperacion pudo dictarles. Demoliendo una puerta salieron todos de la

ciudad el jueves 31 de Octubre y cayeron con tanta furia sobre sus enemigos que estos huyeron en el mayor desórden. Los capitanes se retiraron á sus feudos, el mismo Casim esperaba encontrar un refugio en Sevilla, pero esta animada con el ejemplo de Córdoba, le cerró las puertas y se constituyó en República. Metióse entónces en Jerez, Pero Yahya, vino á sitiarlo y lo obligó á rendirse. Entónces concluyó el papel que había desempeñado en la escena política. Yahya que lo había llevado á Málaga cargado de cadenas, había jurado matarlo, pero sus escrúpulos le impidieron por mucho tiempo cumplir su juramento. Se figuraba ver á su padre en sueños, que le decía: «No mates á mi hermano, yo te lo ruego. Cuando yo era niño me hizo mucho bien y, aunque era mayor que yo, no me ha disputado el trono.» Sin embargo, algunas veces, cuando estaba borracho, quería matarlo, pero siempre cedía á los consejos de sus convidados que le hacían presente, que estando preso Casim no podía perjudicarle. Casim permaneció pues, encerrado durante trece años en un castillo de la provincia de Málaga, pero en el de 1037, Yahya oyó decir que había tratado de ganar la guarnicion

y de inducirla á la rebeldía. «¡Qué! esclamó entónces ¿todavía este viejo tiene ambicion? En este caso es preciso acabar con él,» y dió la órden de estrangularlo. (1)

Habiendo recobrado los Cordobeses su independencia, resolvieron, no tumultuariamente sino con órden y con regularidad, volver á colocar á los Omeyas en el trono. En el mes de Noviembre de 1023, quedaron constituidas las juntas y comenzaron las deliberaciones. Los visires resolvieron proponer á la eleccion de sus conciudadanos tres personas, á saber: Soliman, hijo de Abderramen IV, Mortadha; Abderramen, hermano de Mahdí, y Mohamed ibn-al-Iraki. Estaban tan convencidos de que Soliman cuyo nombre habían puesto á la cabeza de la lista, obtendría mayoría de votos que, el secretario de Estado Ahmed-ibn-Bord, había hecho ya redactar el acta de investidura á nombre de este candidato.

Su influencia sin embargo, era menor de

---

(1) He creido que debia preferir el testimonio del autor copiado por Maccari, (t. I, p. 319,) cuyo relato es mas circunstanciado al de Homaidi («apud» Abd-el-wahid, p. 37.)

lo que se imaginaban y se habían equivocado grandemente figurándose que el partido del segundo candidato no era de temer. Este Abderramen, jóven de veintidos años que había sido desterrado por los Hammuditas, había vuelto secretamente á la capital poco ántes. Testigo de la rebelion de los Cordobeses contra los Berberiscos, trató en esta ocasion de formarse un partido y de proclamarse Califa. Este proyecto se había frustrado. Los visires que dirigian la insurreccion y que no lo querían, habían hecho meter á sus emisarios en la cárcel donde estaban todavía, cuando tuvo lugar la eleccion y hasta habían tratado de arrestar al mismo Abderramen. Sin embargo, cuando fórmaron la lista de candidatos, creyeron que debían colocarlo en ella, temiendo si nó lo hacían, descontentar á algunos de sus conciudadanos, péro tan léjos estaban de pensar que este príncipe había de ser para Soliman un temible competidor que lo colocaban poco mas ó menos en la misma línea que á Mohamed ibn-al-Iraki, que no gozaba de ninguna popularidad.

Creyéndose, pues, seguros del triunfo, los visires invitaron á los nobles, á los soldados y al pueblo, á reunirse en la Mez-

quita mayor el 1.° de Diciembre, á fin de elegir Califa. En el dia prefijado, el primero que se presentó fué Soliman acompañado del visir Abdallah ibn-Mokhamis. Iba vestido con magnificencia y rebozaba en su semblante la alegría, porque estaba convencido de que en él iba á recaer la eleccion del pueblo. Sus amigos le salieron al encuentro, y le rogaron que se sentara en un estrado muy elevado, que estaba preparado para él. Algun tiempo despues, Abderramen entró en la Mezquita por otra puerta. Venía rodeado de muchos obreros y soldados, y en cuanto aquella multitud pasó el umbral de la puerta, le proclamó Califa, enmedio de atronadoras aclamaciones. Los visires, que no esperaban semejante cosa, quedaron sumidos en un estupor que los dejó mudos, aparte de que hubiera sido imposible hacérse oir en aquel tumulto. Se resignaron pues, á aceptar á Abderramen como Califa, y Soliman mas asombrado y más turbado todavía que ellos tuvo que darles ejemplo. Lo arrastraron á presencia de Abderramen, á quien besó la mano, y que lo hizo sentar á su lado. El tercer candidato, Mohamed-ibn-al Iraki, prestó tambien juramento, y entónces el

Secretario de Estado borró con un raspador el nombre de Soliman, del acta de investidura, y sustituyó el de Abderramen V, que tomó el título de Mostadhir.

## XVII.

Cuando se refiere la historia de un período desastroso, desgarrado por guerras civiles, se esperimenta á veces la necesidad de apartar los ojos de las luchas de los partidos, de las convulsiones sociales, de la sangre vertida, y distraer la imaginacion hácia un ideal de calma, de inocencia y de ilusiones. Detengámonos, pues un instante para fijar la atencion en los poemas que un amor puro y cándido inspiró al jóven Abderramen V y á su visir Ibn-Hazm. Se exhála de ellos como un perfume de juventud, de sencilléz y de dicha,

y tienen un atractivo tanto mas irresistible, cuanto que ménos se esperan oir estos acentos dulces y tranquilos en medio del trastorno universal, este canto de ruiseñor en medio de la borrasca.

Casi niño todavía, Abderramen amaba perdidamente á su prima Habiba (Amada,) hija del Califa Soliman. Pero suspiraba en vano. La viuda de Soliman se oponía al matrimonio, y le daba á entender que por nada cedería. Entónces él compuso estos versos, donde el sentimiento de la dignidad herida, se manifiesta al lado de un amor profundo:

¡Siempre pretestos para no concederme mi demanda, pretestos contra los cuales se rebela mi dignidad! Su ciega familia quiere obligarla á que se me niegue, ¿pero puede la luna negarse al sol? ¿Cómo la madre de Habiba que conoce mi mérito, puede no quererme por yerno?

Yo amo mucho, sin embargo, á esta jójen hermosa y cándida de la familia de Abd-Chamz, que lleva una vida tan retitirada en el haren de sus padres; yo la hé prometido servirla como esclavo toda mi vida, y le hé ofrecido mi corazon por dote...

Como el gavilan cae sobre la paloma que despliega sus álas, yo me hé lanzado desde que la vi, sobre esta paloma de los Abd-Chamz; yo que soy de su misma ilustre familia.

¡Cuán bella es! Las pléyades la envidian la blancura de sus manos, y la Aurora está celosa del brillo de su cuello.

Tú has impuesto á mi amor un ayuno muy largo ¡oh amada mia! ¿que te había de suceder si me permitieras romperlo?

En tu casa busco remedio á mis males: en tu casa, sobre la cual quiera Dios repartir sus bendiciones. Allí es donde mi corazon hallaría alivio á mis penas; allí es donde se estinguiría el fuego que me devora.

Si me rechazas, prima mia, te juro que rechazas á un hombre que es tu igual por su nacimiento, y que por el amor que le has inspirado, tiene un velo delante de sus ojos.

Pero no desespero de poseerla un dia y llegar así al colmo de mi gloria, porque sé manejar la lanza cuando los caballos negros parecen rojos á fuerza de sangre; honro y respeto al extrangero que se ha abrigado bajo mi techo, y colmo de beneficios al desdichado que apela á mi generosidad. Ninguno en su familia merece poseerla mas que yo, porque ninguno me iguala en reputacion ni en gloria. Tengo todo lo que

es menester para agradarla: juventud, urbanidad, dulzura y elocuencia.

Se ignora cuáles eran los sentimientos de Habiba, respecto al jóven, los escritores árabes nos han dejado en la incertidumbre y en la vaguedad, acerca de esta bella y fugitiva aparicion, de que la fantasía desearía diseñar los rasgos. Ella, sin embargo, no parece haber sido insensible á los homenajes de Abderramen. Habiéndole encontrado un dia, sus ojos se bajaron ánte las miradas de fuego del príncipe, ruborizóse, y en su turbacion se olvidó de devolverle su saludo. Abderramen interpretó equivocadamente esta falta aparente de urbanidad, que en realidad no era mas que púdica timidéz y compuso este poema:

Salud á la que no se ha dignado dirigirme ni una sola palabra; salud á la graciosa gacela cuyas miradas son otras tantas flechas que me traspasan el corazon. Jamás ¡ay! me envía ella su imágen para calmar la agitacion de mis sueños. ¿Nó sabes tú, cuyo nombre es tan dulce de pronunciar, que te amo sobre todo enca-

recimiento, y que sería para tí el amante mas fiel del mundo? (1)

No parece que obtuvo nunca la mano de Habiba y en general no fué féliz en sus amores. Verdad es que otra hermosa no fué esquiva para él; pero mas adelante le faltó á la fé prometida; testigo estos versos que le dirigió:

¡Ay! ¡Cuan largas son las noches desde que prefieres á mi rival! ¡Oh hermosa gaeela, tú que has faltado á tus juramentos y que me has hecho traicion, ¿has olvidado aquellas noches que hemos pasado juntos en un lecho de rosas? El mismo chal ceñia entónces nuestras espaldas, nos entrelazábamos, como se entrelazan las perlas de un collar, nos abrazábamos como se abrazan las ramas de los árboles, nuestros dos cuerpos no formaban mas que uno, mientras que las estrellas parecian puntos de oro que brillaban en campo azul. (2)

El jóven Abderramen tenía un amigo que

(1) Ibn-al-Abbar, p. 165, 166. El man. de Ibn-Bassam, (t, I, fól. 11 r. y v.,) nos ha servido para corregir algunas faltas en estos textos.

(2) Maccari, t. I, p. 285; variantes en Ibn-Bassam, t, I, fól. 11 v. 12 r.

se le parecía en muchas cosas y á quien hizo su primer ministro; Alí-ibn-Hazm. Sus abuelos que habitaron en el término de Niebla, fueron cristianos hasta que su bisabuelo (Hazm) abrazó el islamismo; pero él avergonzado de su orígen y queriendo borrar la huella, renegaba de sus abuelos. Lo mismo que su padre (Ahmed) que había sido visir en tiempo de los Amiridas, pretendía descender de un Persa emancipado por Yezid, hermano del primer Califa Omeya Moawia, (1) y para la religion de sus padres no tenía mas que un soberano desden. «Nunca debemos admirarnos de la superstición de los hombres, dice en algun lugar de su Tratado sobre las Religiones. Los pueblos mas numerosos y mas civilizados, están sugetos á ella. ¡Ved los Cristianos! Son tan numerosos, que solo su Creador puede contarlos; hay entre ellos sábios ilustres, y príncipes de rara sagacidad, y sin embargo, creen que uno es tres y tres son uno; que uno de los tres es el padre, el otro el hijo, y el tercero el espíritu; que

(1) Véase mi catálogo de los man. orient, de la Bib. de Leiden, t. I, p. 227.

el padre es el hijo y que no es el hijo; que un hombre es Dios y que no es Dios; que el Mesías es Dios enteramente, y que sin embargo, no es el mismo que Dios; que el que ha existido de toda eternidad ha sido creado. La secta que se llama de los Jacobitas, y que comprende centenas de millares, crée tambien que el Creador ha sido azotado, abofeteado, crucificado y muerto; en fin, que el universo ha estado privado duramente tres dias de aquel que lo gobierna!....» (1) Estos sarcasmos, por lo demás, no son de un escéptico, sino de un musulman muy celoso. Ibn-Hazm, sostenía en religion el sistema de los Dhahiritas, secta que se atenía estrictamente á los textos, y que llamaba la decision por analogía, es decir, á la intervencion de la inteligencia humana en las cuestiones de derecho canónico, una invencion del diablo. En política estaba por la dinastía legítima, de la que había llegado á ser cliente, gracias á una falsa genealogía, y los Omeyas no tenian servidor mas leal, mas adicto, ni mas entusiasta. Cuando

(2) Ibn-Hazm, «Tratado de las Religiones,» fól. 227 r.

do su cáusa parecía perdida irrevocablemente, cuando Alí-Ibn-Hammud ocupaba el trono, y hasta el mismo Khairan, jefe del partido eslavo, lo había reconocido, fué de los pocos que no perdieron el ánimo. Cercado de enemigos y de espías, continuó sin embargo, intrigando y conspirando, porque como es propio de los espíritus entusiastas, la prudencia le parecía cobardía. Khairan descubrió sus manejos, y haciéndole expiar su celo intempestivo con muchos meses de prision, lo condenó al destierro. Ibn-Hazm se fué entónces con el gobernador del castillo de Aznalcázar, no léjos de Sevilla, y allí estaba todavía cuando supo que el Omeya Abderramen IV, Mortadha, había sido proclamado Califa en Valencia. Embarcóse al punto para ir á ofrecerle sus servicios y combatió heróicamente en la batalla que Mortadha perdió por la traicion de sus pretendidos amigos; pero habiendo caido en manos de los Berberiscos vencedores, no recobró la libertad, sino muy tarde. (1)

Tiempo llegará en que Ibn-Hazm llegue

(1) Véase mi Catálogo, t. I, ps. 225, 230.

á ser el sábio mas grande de su época, y el escritor mas fecundo que España haya producido nunca. Pero por el pronto era ante todo poeta, y uno de los poetas mas graciosos que tuvo la España árabe. Estaba todavía en la edad feliz de las ilusiones, pues no tenía mas que ocho años mas que su jóven soberano. Había tenido tambien su novela de amor; novela muy sencilla por lo demás, pero que cuenta con tanto candor, delicadeza y gracia, que no podemos resistir á la tentacion de reproducirla con sus propias palabras. Nos vemos, sin embargo, obligados á suprimir algunas metáforas atrevidas, algunos adornos, algunas lantejuelas que en la opinion de un árabe, dan al discurso inimitable gracia, pero que toleraría dificilmente la sobriedad de nuestro gusto.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn-Hazm, había una jóven que recibía allí su educacion. Tenía diez y seis años y no había mujer que la igualara en belleza, en inteligencia, en pudor, en recato, en modestia y en amabilidad. Las chanzas y los galanteos la enfadaban y hablaba poco. Nadie se atrevía á elevar sus deseos hasta ella, y sin embargo, su belleza conquis-

taba todos los corazones; porque aunque altiva y avara de sus favores, era mas seductora que la coqueta mas refinada. Era séria y no gustaba de las diversiones frívolas, pero tocaba el laud de un modo admirable.

Yo era entónces muy jóven y no pensaba mas que en ella. La oia hablar algunas veces, pero siempre en presencia de otras personas, y durante dos años había buscado, en vano, la ocasion de hablarla sin testigos. Un dia, había en nuestra casa una de esas fiestas que son frecuentes en los palacios de los grandes, y á la que habian sido invitadas las mujeres de la casa, las de la de mi hermano, y en fin las de nuestros clientes y servidores mas considerados. Despues de haber pasado parte del dia en palacio, las señoras fueron al berveder, desde donde se disfrutaba una magnífica vista de Córdoba y de sus alrededores, y se colocaron donde los árboles de nuestro jardin no quitaban la vista. Yo estaba con ellas y me aproximé al alfeizar donde «ella» se encontraba; pero en cuanto me vió á su lado, corrió con graciosa rapidéz hácia otro alfeizar. La sigo, y se me escapa de nuevo. Ella conocía muy bien

mis sentimientos respecto á su persona, porque las mujeres tienen mas sutileza para adivinar el amor que les profesan, que el Beduino que viaja de noche por el desierto, para reconocer las trazas del camino; pero felizmente, las otras damas no se apercibieron de nada, porque ocupadas en buscar el mejor punto de vista, no fijaban su atencion en mí.

Habiendo luego bajado las damas al jardin, rogaron á la señora de mis pensamientos que cantara alguna cosa, y yo apoyé su demanda. Ella tomó entónces su laud y se puso á templarlo, con un pudor que doblaba sus gracias á mis ojos, y luego cantó estos versos de Abbas, hijo de Almaf:

Yo no pienso mas que en mi sol, en la jóven ligera y flexible que hé visto desaparecer tras las sombrías murallas de palacio. ¿Es una criatura humana? ¿Es un génio? Es mas que una criatura humana, pero si tiene toda la belleza de un génio, no tiene su malicia. Su cara es una perla, su talle es un narciso, su aliento un perfume, y toda ella una emanacion de luz. Cuando se la vé vestida con su ropa amarilla, marchar con ligereza inconcebible, se

diría que puede poner los pies sobre las cosas mas frágiles, sin romperlas.

Miéntras que ella cantaba, no eran las cuerdas del laud las que hería con el plectro, sino mi corazon. Jamás este delicioso dia se borrará de mi memoria, y hasta en mi lecho de muerte yo lo recordaré. Pero desde entónces yo no hé escuchado su dulce voz, ni siquiera la hé visto.

No la censuro, decía yo en mis versos, si me evita y me huye no son censuras lo que merece: Bella es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y no es dado á un mortal alcanzar la luna.

Me privas de la dicha de escuchar tu suave voz, decía yo tambien, y no quieres que mis ojos contemplen tu belleza. Absorta en tus piadosas meditaciones, entregada á Dios, no piensas en los mortales. ¡Cuán feliz Abbas, cuyos versos has cantado! Y sin embargo, si te hubiera oido, estaría triste el gran poeta, envidia te tendría como á su vencedor, porque, cantando sus versos, les has dado un sentimiento de que nunca tuvo idea.

Tres dias despues que Mahdi fué declarado Califa, dejamos nuestro nuevo palacio, que estaba en el barrio oriental de Córdoba, esto es, en el arrabal llamado de Zahira, para establecernos en nuestro antiguo palacio situado en el barrio occidental, en el Balat-Moghith, pero por razones que es escusado poner aquí, la jóven no se vino con nosotros. Habiendo vuelto luego á subir al trono Hixem II, los que estaban entónces en el poder nos hicieron caer en desgracia, nos sacaron sumas enormes, nos pusieron en prision, y cuando recobramos la libertad tuvimos que escondernos. Vino la guerra civil. Todo el mundo tuvo que padecer, pero nuestra familia mas que ninguna otra. Mi padre murió entretanto, el Sábado 21 de Junio de 1012 y nuestra suerte no se mejoró. Pero un dia en que yo asistía á los funerales de uno de mis parientes, conocí á la jóven entre las plañideras. Yo tenía muchos motivos de tristeza aquel dia, todas las desgracias, parecian llover sobre mí, y sin embargo, cuando la volví á ver, me figuraba que el presente con sus miserias desaparecería como por encanto: ella me recordaba lo pasado, mi amor de jóven, mis hermosos dias mar-

chitos, y por un momento me encontré jóven y feliz como otras veces. Pero ¡ay! este instante fué muy corto, y vuelto de nuevo á la triste y sombría realidad, mi dolor agravado con el sufrimiento que me causaba un amor sin esperanza, se hizo mas penetrante y más agudo.

Ella llora á un muerto, á quien todo el mundo honraba y respetaba, decía yo en unos versos compuestos en esta ocasion, pero el que vive todavía tiene mas derecho á sus lágrimas. ¡Cosa admirable! Ella se duele del que ha muerto natural y dulcemente, y no tiene piedad para el que hace morir de desesperacion.

Poco tiempo despues, cuando las tropas berberiscas se apoderaron de la capital, fuimos sentenciados al destierro y yo dejé á Córdoba á mediados de Julio de 1013. Pasaron cinco años, durante los que no volví á ver á la jóven. En fin, cuando volví á Córdoba en Febrero de 1018, fuí á parar á casa de una de mis parientas y la encontré allí. Pero estaba tan cambiada, que apenas hubiera podido reconocerla, si no me hubieran dicho que era ella. Aque-

lla flor que ántes contemplaba con enagenamiento y que todos hubieran querido coger, si el respeto no los hubiera detenido, estaba ya marchita, apenas quedaban en ella algunos rasgos que atestiguaran que había sido bella. Es que durante aquellos tiempos desastrosos, no había podido cuidar de sí. Educada bajo nuestro techo, en medio del lujo, se había visto obligada repentinamente á ganarse su vida con un trabajo contínuo. ¡Ay! las mujeres son flores muy frágiles; cuando no se las cuida, se marchitan. Su belleza no resiste, como la de los hombres, á los ardores del sol, al simun, á la intemperie de las estaciones, á la falta de comodidades. Sin embargo, tal como era me hubiera hecho todavía el mas feliz de los mortales si hubiera querido dirigirme una palabra tierna, pero permaneció indiferente y fria, como lo había sido siempre para mí. Poco á poco esta frialdad comenzó á apartarme de ella; la pérdida de su belleza acabó de hacerlo.

Nunca le he censurado nada, ni hoy se lo censuro. No tengo derecho á ello. ¿De qué me puedo quejar? Yo podría quejarme si ella me hubiera entretenido con alguna esperanza engañadora, pero jamás me dió

la menor esperanza, nunca me prometió nada.» (1)

En el relato que acaba de leerse, se habrán notado sin duda rasgos de una sensibilidad esquisita y poco comun entre los Árabes que prefieren generalmente las gracias que atraen, los ojos que agasajan, la sonrisa que anima. El amor que sueña Ibn-Hazm, tiene una mezcla de atractivo físico sin duda.—El objeto deseado cuando ya no es lo que era, hace que el sentimiento sea menos cruel, pero hay tambien inclinacion moral, delicada galantería, estimacion, entusiasmo y lo que le encanta es una belleza tranquila, modesta, llena de dulce dignidad. Pero conviene no olvidar que este poeta, el mas casto y estoy tentado por decir el mas cristiano entre los poetas musulmanes, no era árabe de pura sangre. Biznieto de un español cristiano, no había perdido enteramente la manera de pensar y de sentir propia de su raza. Podían estos españoles arabizados, renegar de su orígen, invocar á Mahoma en lugar de Cristo y

(1) Ibn-Hazm, «Tratado sobre el amor,» fól. 99 r. 102 v.

perseguir con sarcasmos á sus antiguos correligionarios, pero quedaba siempre en el fondo de su alma algo de puro, de delicado y de espiritual que no era árabe.

---

# XVIII.

Apenas habían pasado siete semanas desde que los Cordobeses habían elegido á Abderramen V y que este había nombrado primer ministro á Ibn-Hazm, cuando ya el uno había dejado de vivir y el otro despidiéndose para siempre de la política y de las grandezas mundanas, buscaba el consuelo y el olvido de lo pasado en el estudio, en el silencio y en la oracion. Y no porque se les puede censurar de que trajeran á los negocios sérios la vanidad y los caprichos que el público cree privilegio de los poetas; por el contrario, se les reconocía de buen grado gran aptitud para el gobierno. Educados

en la ruda escuela del infortunio y del destierro habían aprendido bien pronto á conocer á los hombres y á comprender y á juzgar los hechos pero estaban rodeados de todo género de peligros. Abderramen no se apoyaba mas que en la jóven nobleza. Además de Alí ibn-Hazm, un primo de este llamado Abd-al-wahhab ibn-Hazm, y Abu-Amir ibn-Chohaid eran sus habituales consejeros. Eran hombres de ingenio y de talento, pero que chocaban á los musulmanes rígidos por la libertad de sus opiniones religiosas. En cuanto á los patricios de mas edad, habían querido votar á Soliman y habiendo sido desechado este candidato por la mayoría, habían intrigado tan abiertamente en su favor que Abderramen se había visto obligado á prenderlos. Las personas sensatas aprobaban esta medida, porque la creían necesaria, pero la aristocracia estaba descontenta. Se le censuraba además al monarca que retuviera prisioneros á sus dos competidores. Los trataba amigablemente, es verdad, pero no les permitía salir de palacio. Por otra parte, como las desgracias públicas habían agotado casi todas las fuentes del trabajo, había una multitud de obreros sin ocupacion que es-

taban siempre prontos á echar abajo con su hacha todo el edificio de la antigua sociedad. Y desgraciadamente estas cohortes de destruccion tenían un jefe. Era un Omeya que se llamaba Mohamed. Cuando se constituyeron las juntas para elegir monarca había esperado que la eleccion cayera en él. Sin embargo, su nombre no fué siquiera pronunciado, lo que no tiene nada de extraño pues que era un hombre sin instruccion, sin talento, sin cultura y que no conocía mas placeres que los de la mesa y los del libertinaje. Pero él no se juzgaba así y cuando supo que nadie se había acordado de él y que se había dado el trono á un hombre muy jóven, su furor no tuvo límites. Sirvióse entónces de la influencia que tenía sobre los obreros, que tomaban su grosería por bondad y con los que vivía en una intimidad tan estrecha que, un tejedor llamado Ahmed ibn-Khalid era su mejor amigo. Fuerte y hábilmente secundado por este hombre, Mohamed estimuló en los obreros la pasion del robo y de la rebeldía y lo preparó todo para una insurreccion formidable.

Una coalicion del populacho con los patricios que habían sido presos, no parecía

al principio de temer, puesto que cada uno tenía candidato diferente; pero habiendo muerto Soliman, los patricios consintieron en aliarse con los demagogos. Uno de aquellos, Ibn-Imran, les sirvió de intermediario. En su imprevisora bondad le había devuelto la libertad Abderramen V, aunque uno de sus amigos se hubiera opuesto á ello diciéndole: «Si este Ibn-Imran da un paso fuera de la prision, acortará todo un año vuestra vida.» En efecto, era un hombre muy peligroso. Trató de ganarse á los jefes de la guardia y lo consiguió tanto más fácilmente, cuanto que la guardia estaba descontenta del Califa. Dos dias ántes había llegado á Córdoba un escuadron berberisco, para ofrecer sus servicios al monarca y este que veía que, rodeado de peligros de toda especie, tenía necesidad de soldados, había aceptado su oferta. Esto fué lo que escitó los celos de la guardia que estimulada por Ibn-Imran, se dirigió entónces al pueblo. «Nosotros somos los que hemos vencido á los Berberiscos, decían los soldados, nosotros los que los hemos echado y ahora este hombre que nosotros hemos colocado en el trono, trata de traerlos de nuevo á la ciudad y someternos otra vez á su detesta-

ble yugo.» El pueblo que no esperaba mas que una ocasion para insurreccionarse se dijó fácilmente seducir con estas instigaciones y cuando Abderramen no se había apercibido todavía de nada ya la multitud había invadido su palacio y libertado á los nobles que había hecho prender. El infelíz monarca comprendió al punto que era su vida lo que querían. Pidió consejo á sus visires, pero estos que temían por su propia existencia, deliberaban aun acerca del partido que debía tomarse, cuando les gritaron los guardias que nada tenían que temer siempre que dejasen abandonado á Abderramen á su suerte. Entónces triunfó el egoismo en la mayor parte y abandonaron furtivamente al monarca uno en pos de otro. Pronto sin embargo, conocieron que eran falaces las promesas de los guardias, por que muchos de ellos, como el prefecto de la ciudad, fueron muertos cuando salían de palacio por la puerta de la sala del baño.

Tambien Abderramen, que había montado á caballo, quiso salir por esta misma puerta, pero se lo impidiéron los guardias presentándole la punta de sus lanzas y llenándolo de injurias. Volvió entónces piés atrás y habiéndose bajado del caballo entró

en la sala del baño, donde se quitó sus vestidos á escepcion de su túnica y se ocultó en la estufa.

En este entretanto, el pueblo y los guardias ojeaban á los Berberiscos como si fueran fieras. Estos infelices fueron muertos donde quiera que habían buscado un refugio, en palacio en la sala del baño y en la mezquita. Las mugeres del serrallo de Abderramen cayeron en suerte á los guardias que se las llevaron á sus casas.

Mohamed triunfaba. Proclamado Califa en la sala en que el Califa destronado estaba oculto, fué al salon y se sentó sobre el trono, rodeado de los guardias y del populacho. Sin embargo, su posicion era precaria mientras que viniera su predecesor. Mandó pues, que lo buscaran por todas partes y cuando lo encontraron lo hizo matar, (18 de Enero de 1024.)

Mohamed, tomó el título de Mostacfi y trató de hacerse popular repartiendo dinero y títulos á todos los que los pedían; pero la cólera de la clase media y de la nobleza, llegó al estremo cuando nombró primer ministro á su amigo el tejedor. Por lo demás, su reinado no fué de larga duracion. Como se comprende gobernó mal.

Sabiendo que se conspiraba contra él, hizo meter en la cárcel á muchos individuos de su familia y hasta mandó estrangular á uno de ellos, lo que causó gran indignacion en Córdoba. Hizo tambien prender á los principales consejeros de su predecesor tales, como los dos Ibn-Hazm, y á fin de no participar de la misma suerte Abu-Abu-Amir ibn-Chohaid y muchos otros abandonaron la capital y se fueron á Málaga con el Hammudita Yahya, á quien excitaron á poner término á la anarquía que reinaba en Córdoba. (1) Las tentativas que hicieron con este fin, no fueron enteramente infructuosas. Se supo por lo menos en Córdoba que Yahya se preparaba á venir á atacar la ciudad, y estalló un motin (Mayo de 1025). El visir de Mohamed II, el antiguo tejedor, fué muerto á puñaladas por el pueblo, que en su ira brutal no dejó de herirlo hasta que su cadáver estuvo enteramente frio. En cuanto á Mohamed II, su palacio fué cercado y los guardias vinieron á decirle: «Bien sabe Dios que hemos hecho todo lo que

(1) Véase Ibn-Bassam, t. I, fól. 82 v.

podíamos por mantener vuestro poder, pero ahora vemos que hemos intentado lo imposible. Tenemos que salir á combatir á Yahya que nos amenaza y tememos no os pase algo malo en cuanto nos hayamos ido. Os aconsejamos, pues, que salgais en secreto de la ciudad.» Viendo que todo estaba perdido para él, Mohamed resolvió seguir sus consejos, y poniéndose el traje de una cantadora, y cubriéndose el rostro con un velo, salió de palacio y de la ciudad, acompañado de dos mujeres, yendo á ocultar su vergüenza á un oscuro lugar de la frontera, donde fué envenenado por un oficial demasiado comprometido para no haberse visto obligado á seguirlo, pero á quien fastidiaba estar encadenado á un proscripto, (1)

Durante seis meses, no hubo monarca en Córdoba. La ciudad fué gobernada mal que bien, por el consejo de Estado, pero semejante situacion no podía prolongarse mucho tiempo. Un dia será preciso llegar ahí,

---

Ibn-Haiyan, «apud» Ibn-Bassam, t. I. fól. 9 r. -11 r., 114 r.-115 r.; Ibn-al-Athir; Maccari t. I, p. 319, 320; Abd-al-Wahid, p. 38-40; Rodrigo de Toledo, c. 44.

pero el momento no había llegado todavía; lo antiguo se hundía, pero lo nuevo no estaba mas que en ensayo. Á los hombres sensatos les parecía aún la monarquía la única forma de gobierno que fuera compatible con el órden, ¿pero en quién restablecerla? ¿En un Omeya? Se quiso, se intentó, se eligió el mejor príncipe que había en esta casa, cuando se dió el trono á Abderramen V, y sin embargo, la empresa se había frustrado por completo. Para mantener el órden, para contener al populacho, siempre inquieto, siempre agitado, y pronto siempre á la sedicion, al pillaje y al asesinato, era preciso un príncipe que dispusiera de tropas extrangeras, y los Omeyas no las habia. Entónces se pensó en volver el trono al Hammudita Yahya, del que no tenian mucho de qué quejarse, y esta idea no la tuvieron, á nuestro parecer algunas personas mal intencionadas, como dá á entender un autor arábigo, (1) sino todo el partido de órden que no veia otro medio de salvacion. En-

---

(1) Homaidi, á quien todos los demás escritores árabes han copiado.

tróse, pues en negociaciones con Yahya, que residía en Málaga. Este, aceptó la oferta de los Cordobeses, sin entusiasmo, casi con indiferencia y desconfiando de la movilidad habitual de los que la hacian, y sabiendo además que para ellos no era mas que una mala andanza, se quedó donde estaba y se limitó á enviar á Córdoba á un general berberisco con algunas tropas. (Noviembre de 1025).

Los sucesos mostraron que había obrado con prudencia. Los habitantes de la capital no tardaron en disgustarse de la dominacion africana, y prestaron atento oido á los emisarios de los señores Eslavos del Este, Khairan de Almería, y Modjahid de Denia, que les decian que si querian emanciparse de ella, sus señores les ayudarian. No fué vana esta promesa. En el mes de Mayo del año 1026, cuando los ánimos les parecieron estar suficientemente preparados, marcharon ambos príncipes hácia la capital con numerosas tropas, y los Cordobeses se insurreccionaron, echando al gobernador que Yahya les había puesto, despues de matarle gran número de soldados. Hecho esto, abrieron las puertas á Khairan y Modjehid, pero cuando se tra-

tó de constituir gobierno, los príncipes se desavinieron y como Khairan temía que su aliado le hiciera traicion, se apresuró á volverse á Almería. (12 de Junio). Modjaid se quedó todavía algun tiempo en la capital, pero tambien la abandonó sin haber restablecido la monarquía. Despues de su partida, los del consejo de Estado resolvieron hacerlo, aunque una triste esperiencia debió haberles enseñado que iban á intentar un imposible. Un príncipe Omeya, lanzado sin el apoyo de tropas extrangeras en medio de dos clases irreconciliables, estaba condenado de antemano á sucumbir, ya por una insurreccion popular, ya por una conspiracion de los patricios. Para restablecer un gobierno estable, el llamamiento de los Omeyas no era, pues, mas que un medio engañoso, pero era el único que los más hábiles sabian imaginar. Abu-'l-Hazm ibn-Djahwar que era entónces el mas influyente en el consejo, acariciaba sobre todo esta idea. Concertóse pues, con los jefes de las fronteras que pasaban por pertenecer al partido Omeya ó Eslavo, pero que á decir verdad no tenian entre sí de comun mas que un ódio profundo á los Berberiscos, y despues de largas

negociaciones, algunos de estos señores dieron al fin su asentimiento al proyecto, probablemente porque estaban convencidos de que no había ninguna probabilidad de que se lograra, y se resolvió dar el trono á Hixem, el hermano primogénito de Abderramen IV, Mortadha. Este príncipe vivía en Alpuente, donde se había refugiado despues de la muerte de su hermano. En el mes de Abril de 1027, los habitantes de Córdoba le prestaron juramento, pero todavía se pasaron cerca de tres años ántes que se allanaran todas las dificultades, durante cuyo tiempo Hixem III, apellidado Motadd, (1) andaba errante de ciudad en ciudad, porque muchos jefes se oponian á que entrara en Córdoba. (2) Los Cordobeses supieron al fin que iba á llegar. Los miembros del consejo de Estado hicieron en seguida los preparativos necesarios para recibirlo con pompa, pero ántes de que se hubieran acabado se tuvo noticia (el 18 de Diciembre de 1029) de que Hixem iba á entrar en la ciudad.

---

(1) O Motamid, segun otros.

(2) Abd-el-wahid, p. 40 y 41.

Las tropas salieron á su encuentro y por toda la ciudad resonaron gritos de alegría. La multitud llenaba las calles por que el príncipe iba á pasar, y se esperaba verle desplegar un aparato magnífico y verdaderamente régio. Esta esperanza se desvaneció: Hixem venía montado en un mal caballo pobremente equipado, y traia sencillos vestidos, poco en armonía con la dignidad califal. No tuvo, pues, ningun prestigio; sin embargo, el pueblo le saludó con ardientes aclamaciones de júbilo, porque se esperaba que ya se habian acabado los desórdenes y que iba á renacer un gobierno equitativo y vigoroso.

Hixem III no había sido hecho para realizar tales esperanzas. Bueno y dulce, era al mismo tiempo débil, irresoluto, indolente, y no sabía apreciar mas que los placeres de la mesa. Desde el dia siguiente, pudieron convencerse los patricios de que no habian hecho una feliz eleccion. Hubo entónces una gran audiencia en la sala del trono, y todos los empleados fueron presentados al Califa, pero no acostumbrado á las recepciones, ni á las arengas, apenas pudo este anciano balbucear algunas palabras y uno de los grandes dignatarios

tuvo que contestar en su nombre. Luego cuando los poetas recitaron las odas que habian compuesto con ocasion de su advenimiento al trono, no supo dirigirles ninguna frase gratulatoria y hasta pareció que no entendía lo que se le recitaba.

El estreno del Califa había ya disipado toda ilusion, pero todavía fué peor cuando poco despues nombró á Haquem ibn-Said su primer ministro. Cliente de los Amiridas, Haquem había trabajado primero en el oficio de tejedor, en la capital, y esta fué la cáusa de haber hecho conocimiento con Hixem, porque los príncipes Omeyas entablaban muchas veces relaciones con las clases bajas, cuyo apoyo buscaban. Mas tarde, durante la guerra civil, Haquem se había hecho soldado, y como no parece que carecía de bravura ni de talentos militares, había subido rápidamente en graduacion, y se había ganado el afecto de los señores de las fronteras con quienes servía. Habiendo sido Hixem proclamado Califa, fué á verlo y recordándole su antigua amistad, supo insinuarse tan bien que no tardó en dominarlo enteramente. Nombrado primer ministro, tuvo buen cuidado de que la mesa del monarca tuviera

todos los dias los manjares mas esquisitos y los mejores vinos; lo rodeó de cantadoras y de bailarines; trató en una palabra de hacerle la vida lo mas dulce posible, y al débil Hixem, indiferente á todo lo demás, y hasta considerándose dichoso con no tener que mezclarse en negocios que le fastidiaban, le abandonaba de buen grado el gobierno del Estado.

Haquem se encontró el tesoro vacío. Para subvenir á los gastos, era preciso hallar ingresos mas considerables y mas prontos que los que la ley le otorgaba, ¿pero de donde sacarlos? No había que pensar en pedir nuevas contribuciones, hubiera sido el medio mas seguro de hacerse impopular. El ministro tuvo que recurrir á diversos expedientes, pocos honrosos en verdad, pero que la necesidad exigía. Habiendo descubierto algunos objetos preciosos que los hijos de Mudhaffar el Amirita, habían depositado en casa de sus amigos, se apoderó de ellos y obligó á los principales negociantes á tomarlos á un precio elevadísimo. Forzóles tambien á comprar el plomo y el hierro que provenía de los palacios reales, demolidos durante la guerra civil. Pero el dinero adquirido de este modo no bastaba y conce-

dió su confianza á un faquí odiado y desacreditado llamado Ibn-al-Djaijar que ya ántes había indicado al Califa Alí ibn-Hammud medios eficaces, pero vergonzosos, para llenar el tesoro. Todavía esta vez supo proporcionar á Haquem ingresos considerables á espensas de las mezquitas. Este hecho fraudulento no permaneció oculto y los Cordobeses y sobre todo los faquíes murmuraron. No habia, sin embargo, mucho tiempo que los faquíes que tenían asiento en el tribunal, habían dejado que les aumentaran los sueldos aunque no ignoraban que el dinero que se les daba provenía de contribuciones ilegales y que por consiguiente no les era lícito aceptarlo. Así, que Haquem se indignó de la hipocresía de los faquíes y les respondió lanzándoles un manifiesto fulminante. Abu-Amir ibn-Chohaid que lo había compuesto lo leyó en público primero en palacio y en seguida en la mezquita (Junio de 1030.) Vivamente ofendidos trataron los faquíes de hacer participante de su cólera, al pueblo pero como las masas no parece que tenían graves motivos de queja no lo consiguieron. Por su parte el gobierno redobló el rigor. Un visir que había entrado en un complot fué ejecutado, é

Ibn-Chohaid quería que se tratara sin misericordia á los «grandes bonetes» como los llamaba. «No presteis atencion á las declamaciones de esa gabilla de avaros que bien merecen que se les robe, decía en una composicion en verso dirigida al Califa y dejad á mi lengua de basilisco el cuidado de decirles lo que son.»

Si Haquem no hubiera tenido contra sí mas que los teólogos, se hubiera mantenido en el poder, porque en este tiempo tenían poco crédito para perjudicarle, pero tenía enemigos mucho mas poderosos: casi toda la nobleza le era hostil. Lo bajo de su nacimiento era á los ojos de los patricios una mancha indeleble. Ellos veían en él no un soldado de fortuna, sino un tejedor y lo colocaban casi en la misma línea que al primer ministro de Mohamed II, aun cuando hubiera gran diferencia entre ambos, no habiendo sido nunca el uno mas que un obrero y habiendo pasado el otro los mejores años de su vida en los campamentos ó en la córte de los príncipes de la frontera. Poco escrupulosos en los medios de llenar el tesoro, fácilmente hubieran perdonado á un hombre de su casta, las operaciones financieras á que el ministro se había visto

obligado á recurrir, pero como era un plebeyo quien las había hecho, las denunciaron al pueblo desde que las huzmaron y las explotaron en provecho de su ódio. Este ódio por lo demás dañaba á sus propios intereses. Haquem, al principio no había sentido repugnancia para ellos y no los había escluido intencionadamente; prueba, que había hecho del patricio Ibn-Chohaid su amigo y su confidente, pero como veía que no correspondían á estos preliminares mas que con el desden y con el desprecio, como no encontraba entre ellos mas que mala voluntad, repulsion y hostilidad abierta, su susceptibilidad fué herida y buscó sus empleados entre los plebeyos. Aquellos á quienes confiaba los empleos, tenían anticipadamente la reprobacion de la nobleza que no dejaba de decir que el ministro no colocaba mas que á jóvenos tejedores sin esperiencia, á libertinos sin religion, que no se ocupaban mas que de vino, de flores y de trajes, que lucían sus agudezas á espensas de las gentes mas respetables y se burlaban de los infelices que venían á pedirles justicia.» Á Haquem lo declaraban un intrigante sin capacidad, un capitan sin valor, un buen ginete y nada mas. Acaso los cega-

ba el ódio, pero lo cierto es, que para hacer caer al que odiaban recurrieron á los medios mas odiosos.

Trataron primero, de lanzar al pueblo á la rebelion diciéndole que, la paralizacion del comercio (cuya verdadera causa eran las calamidades públicas,) no debía ser imputada mas que á los derechos que el ministro había impuesto sobre muchas mercancías. Estos discursos produjeron sus frutos y algunos hombres del pueblo prometieron á los nobles ir á atacar la casa del ministro, pero este avisado á tiempo por uno de sus amigos, dejó su palacio y, habiéndose instalado en el del Califa abolió los impuestos de que se quejaban y dirigió al pueblo un largo manifiesto en el que le decía que no había establecido estos derechos sino para satisfacer necesidades apremiantes del tesoro, pero que adelante trataría de componerse sin ellos. Habiendo cesado el pueblo de murmurar, recurrieron los nobles á otro medio. Como Haquem tenía poca confianza en los soldados andaluces, que estaban á devocion de los patricios, tràtó de formar compañías berberiscas. (1)

(1) Véase Ibn-al-Athir.

Los Andaluces murmuraban y los nobles no dejaron de fomentar su descontento, pero apercibiéndose Haquem de lo que se tramaba contra él, tomó medidas eficaces para mantener á los soldados en la obediencia y castigó á los cizañeros reteniéndoles la paga. Entónces, intentaron los patricios hacerlo caer en desgracia de Hixem. Tampoco lo consiguieron: Haquem tenía mas influencia que ellos en el ámino del débil monarca y les fué prohibida la entrada en palacio. Solo el presidente del consejo de Estado, Ibn-Djahwar, conservaba cierta influencia sobre el Califa, que le miraba con un sentimiento de respeto mezclado de gratitud, pues, á él era á quien debía su trono ó mas bien su dorada ociosidad. Todos los esfuerzos de Haquem para hacer destituir á Ibn-Djahwar fueron inútiles; sin embargo, el ministro no se desanimaba, insistía sin cesar y se prometía vencer al fin los escrúpulos del monarca. Ibn-Djahwar lo sabía, acaso se apercibía de que iba perdiendo terreno y desde entónces tomó su partido: era preciso acabar no solo con el ministro, sino tambien con la monarquía y entónces el consejo de Estado reinaría solo. No necesitó trabajar

mucho para convencer á sus cólegas de este proyecto. ¿Pero qué hacer para ganarse partidarios? Ahí estaba la dificultad; había muchos dispuestos á hacer todo lo necesario para destronar á Hixem III, pero en cuanto á sustituir una oligarquía al gobierno de uno solo, nadie, escepto los miembros del consejo parece haberlo imaginado siquiera, tan monárquicas eran aun las ideas y los sentimientos. Los consejeros creyeron, pues, prudente ocultar su juego y fingiendo querer solamente sustituir otro monarca á Hixem, entraron en negociaciones con un pariente del Califa, que se llamaba Omeya. Era este un jóven temerario y ambicioso, pero poco discreto. Los consejeros le dieron á entender que, si quería ponerse á la cabeza de la insurreccion, podría conquistar el trono. Sin sospechar que no era para ellos mas que un instrumento que tirarían en cuanto se hubieran servido de él, el jóven príncipe acogió ávidamente sus insinuaciones y como no economizaba el dinero, se ganó fácilmente á los soldados á quienes el ministro había retenido la paga. En Diciembre de 1031 (1)

(1) Véase á Ibn-Haiyan «apud,» Ibn-Bassam, t. I, fól. 157 r.

estos hombres se emboscaron y cayendo sobre Haquem cuando salía de palacio, lo tiraron al suelo y lo asesinaron antes que hubiera tenido tiempo de sacar la espada; luego le cortaron la cabeza y habiéndola lavado en el colador de la pescadería, por que la sangre y el barro la habían puesto desconocida, la pasearon clavada en la punta de una pica. Omeya vino entónces á dirigir el movimiento de los soldados y de la multitud que se había reunido á ellos, mientras que Hixem aterrorizado por los horribles gritos que oía al rededor de su estancia, se subía á una alta torre, acompañado de las mugeres de su harem y de cuatro esclavos.

—¿Qué me quereis? gritó á los insurrectos que se apoderaban ya de palacio; yo no os hecho nada, si teneis algo de que quejaros, id á mi visir y os hará justicia.

—¿Á tu visir? respondieron de abajo, vamos á enseñártelo.

Y entónces Hixem vió en la punta de una lanza una cabeza horriblemente mutilada.

—¡Mira la cabeza de tu visir, le gritaron, de ese infame á quien tú has entregado el pueblo, miserable holgazan!

Mientras que Hixem trataba aún de apaciguar á estos hombres feroces que no le respondían sino con injurias y ultrajes, otra banda penetró hasta los departamentos de las mujeres, donde cojieron todo lo que valía la pena y donde se encontraron unas cadenas acabadas de hacer que se decia que Haquem había hecho fabricar para los nobles. Omeya estimulaba á los saqueadores con el ademan y la palabra. «Tomad, amigos míos, les decía, todas esas riquezas son vuestras; pero tratad tambien de subir á la torre y matad á ese infame.» Intentóse escalarla, pero en vano, porque la torre era muy alta. Hixem llamaba en su auxilio á los habitantes de la ciudad que no habían tomado parte en el saqueo, pero ninguno respondió á su llamamiento.

Entretanto, convencido Omeya de que los visires iban á reconocerlo por Califa, se había situado en el salon. Sentado en el sofá de Hixem, y rodeado de los principales, de aquellos bribones á quienes ya había conferido empleos, les daba sus órdenes, como si fuera ya Califa. «Tememos que os maten, le dijo uno de los que estaban allí, porque la fortuna parece haber abandonado á vuestra familia.—No im-

porta, le respondió Omeya, que me presten hoy juramento, y que me maten mañana!» (1) El jóven ambicioso, no sabía lo que pasaba entónces en casa de Ibn-Djahwar.

Desde el principio de la sedicion, el presidente del consejo había estado deliberando con sus cólegas, á quienes había convocado á su casa, sobre las medidas que convenía tomar, y habiéndolo arreglado todo entre ellos, fueron á palacio, los consejeros, acompañados de sus clientes y de sus criados, todos bien armados. «¡Que cese el saqueo! gritaron: Hixem abdicará, nosotros os respondemos.» Sea que la presencia de estos altos dignatarios impusiera á la muchedumbre, sea que temiera venir á las manos con su escolta, ó sea por último que no hubiera ya gran cosa que robar, el órden se restableció poco á poco. «Rendíos y bajad de la torre, gritaron entónces los visires á Hixem; abdicaréis pero se os perdonará la vida.» Apesar suyo, Hixem tuvo que ponerse en sus manos, porque en la torre carecía de víveres. Bajó pues, los vi-

(1) Ibn-al-Athir, en el año 407.

sires lo hicieron llevar con sus mujeres á una especie de pasadizo que formaba parte de la mezquita mayor. «Mejor quisiera ser arrojado al mar que pasar por tantas tribulaciones; esclamó durante el trayecto. Haced de mí lo que querais, pero os suplico que perdoneis á mis mujeres.»

Á la caida de la noche, convocaron los visires á los principales habitantes de Córdoba, y consultaron con ellos lo que había de hacerse con Hixem. Resolvieron hacerlo encerrar en una fortaleza que dedesignaron y hacerlo partir sin demora. Algunos chaikhes quedaron encargados de ir á comunicar esta decision al prisionero.

Cuando llegaron al corredor, un triste espectáculo apareció á su ojos. Encontraron á Hixem sentado en las lozas y rodeado de sus mujeres que lloraban con los cabellos sueltos y casi desnudas. Con mirada triste y sombría trataba de abrigar en su seno á su hija única á quien amaba apasionadamente hasta el delirio. La pobre niña, demasiado jóven aun para comprender la terrible desgracia que había caido sobre su padre, tiritaba en aquel sitio mal oreado y húmedo, que el penetrante frio de la noche hacía mas glacial

todavía, y se moría de hambre, porque ya por olvido, ya por un refinamiento de crueldad, nadie se había cuidado de traer ningun alimento á esta desdichada familia.

Uno de los chaikhes tomó la palabra y dijo:

—Venimos á comunicaros, señor, que los visires y los notables reunidos en la Mezquita han decidido que vos...

—Bueno, bueno, le interrumpió Hixem; yo me someto á su decision, cualquiera que ella sea, pero os suplico que mandeis dar un pedazo de pan á esta pobre niña, que se está muriendo de hambre.

Profundamente conmovidos los chaikhes no pudieron contener sus lágrimas. Hicieron traer pan, y entónces el que llevaba la palabra continuó en estos términos:

—Señor, se ha decidido que al apuntar el dia seais trasportado á una fortaleza, donde quedareis preso.

—Sea, respondió Hixem con aire triste, pero resignado. No tengo mas que una gracia que pediros; dadnos una luz porque la oscuridad que reina en este triste sitio nos dá miedo.

Á la mañana siguiente, en cuanto Hixem hubo salido de la ciudad, los visires anun-

ciaron en un manifiesto á los Cordobeses que el Califato quedaba abolido para siempre, y que el Concejo de Estado había tomado en sus manos las riendas del gobierno, y en seguida fueron á palacio. Allí estaba Omeya todavía, que había creido firmemente hasta entónces en las promesas secretas de los visires, y que había convocado ya á los empleados para que les prestaran juramento. Iba á quedar desengañado. Los visires reprendieron á jefes y á soldados la precipitacion con que iban á reconocer á un aventurero sin haber esperado la decision de los notables. «Los notables, prosiguió Ibn-Djahwar, han abolido la monarquía, y esta medida ha sido aplaudida por el pueblo. Guardaos, pues, ¡oh soldados! de encender la guerra civil, acordaos de los beneficios que os hemos hecho, y esperadlos mayores si os mostrais dispuestos á obedecer.» Y luego dirigiéndose á los oficiales, les dijo: «Os mando que prendais á Omeya, y que lo saqueis primero de palacio, luego fuera del término de la ciudad.»

Esta órden fué ejecutada al punto; Omeya, en el colmo de su furor pedía venganza contra los pérfidos visires, que despues

de haberlo mecido con esperanzas engañosas, lo arrojaban como un vil criminal, y trataba de interesar en su cáusa á los capitanes. Pero como estos estaban acostumbrados á obedecer á los indivíduos del Concejo, tan vanas fueron las promesas que les prodigó, como sus amenazas y sus injurias. No se sabe de cierto cuál fué su suerte. Pasóse algun tiempo sin que se oyera hablar de él. Mas tarde trató de volver á Córdoba, y hay quien dice que en esta ocasion lo hicieron asesinar secretamente los patricios. (1)

En cuanto al desdichado Hixem, huyó del castillo en que lo habian encerrado, (2) y se fué á la ciudad de Lérida, que estaba entónces en poder de Soliman ibn-Hud. Ya sea por olvido, ya por desden, dice un autor contemporáneo, que el Senado, porque ya podemos dar en adelante este nombre al Concejo de Estado, no le hizo nunca firmar un acta de abdicacion; nunca le hizo declarar en presencia de testigos que era incapáz de reinar, y que el pueblo quedaba

---

(1) Véase Ibn-al-Athir en el año 407.

(2) El mismo «ibid.»

desligado de su juramento, como se hacía de ordinario cuando se destronaba á un príncipe. (1) Nadie se ocupó mas de él, quedó olvidado, y cuando murió cinco años despues, (en Diciembre de 1036) su muerte apenas fué notada en Córdoba; el resto de España se cuidó de ella ménos aun.

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. III, fól. 139 v.-142 v.

## NOTAS DEL TRADUCTOR.

### NOTA I. p. 33.

Es comun la censura de historiadores nacionales y extrangeros (mas disculpable en estos que en aquellos) á los reyes cristianos, por la lentitud con que llevaron la reconquista. Lo que Tarik y Muza con un puñado de hombres hicieron en algunos meses tardaron los monarcas españoles nada menos que siete siglos, y eso que contaban con la mayoría de la poblacion, ó mejor dicho, toda ella, salvo los dominadores, era del mismo orígen, gran parte de su misma religion, y por consiguiente debía serles afecta. Y aquí es el lamentar de las discordias intestinas y de la division de los reinos que consumian en guerras frátricidas las fuerzas que debian haber empleado contra el enemigo comun. Por general y cuasi universal que sea este modo de discurrir, no

implica menos un desconocimiento cuasi completo de la historia íntima de este período. Pudiera, acaso, pasar en aquellos dias en que se satisfacía la crítica histórica con atribuir la pérdida de España al criminal antojo de D. Rodrigo, pero cuando se han estudiado profundamente las cáusas de la caida del reino visigótico, cuando se ha visto que apesar de los laudables esfuerzos de algunos reyes aquel haz de razas é intereses contrapuestos, no había llegado á constituir una nacionalidad, es preciso juzgar de otra manera la vida de este período, el más importante quizá y quizá el mas glorioso de toda nuestra historia, en que España enseñó al mundo cómo sin territorio, casi sin gente, sin legislacion, sin instituciones, y oprimida por el pueblo mas potente entónces, y uno de los mas valerosos, siempre supo crear una nacionalidad tan enérgica, que pretendió, y lo hubiera conseguido, á ser posible dominar el mundo. No podemos detenernos aquí, ni siquiera en mostrar los hechos capitales de aquella gloriosísima edad en que todos los elementos se desarrollan con un paralelismo y una regularidad, apesar de sus esternas y aparentes contradicciones, que no tiene semejantes sino en la historia de Roma, y que el pueblo ha grabado en los inmortales cantos del Romancero, que será siempre el poema de las nacionalidades. Pero séanos lícito señalar que lo que hasta ahora ha pasado desapercibido para la reflexion de los doctos, la clara intuicion del pueblo lo ha grabado indeleblemente

con la creacion de las magníficas figuras de Bernardo del Carpio, de Fernan-Gonzalez y del Cid-Campeador. Es Bernardo del Carpio la primera personificacion de la nacionalidad que aspira á vivir independiente en aquellos riscos donde

«Ni el rubor sube á las frentes
Ni se pagan vasallajes.»

Enemigo jurado de los árabes, con los que aunque débil, no quiere hacer ningun género de pactos y bosquejo ya de aquella aristocracia insubordinada y levantisca, pero valiente é intransigente contra el enemigo, que ha de ser despues el nervio de Castilla, cuando vé en peligro la independencia de su pátria se impone á su rey y olvida la intolerancia religiosa, aliándose con los árabes, contra Carlomagno, cuyo ejército sepulta bajo las rocas de Roncesvalles, mostrando que el derecho nacional está sobre los intereses de toda institucion, por altas y seculares que estas sean, y haciendo así de nuestra historia una historia aparte que sale del concierto de toda la vida de la Edad Media.

Es Fernan-Gonzalez la representacion genuina de Castilla: liberta á su condado del féudo y dá á sus habitantes fueros con lo que se ligan al terreno, y se obligan á avanzar en la reconquista. A los enviados del rey, les dice:

«Mensajero eres amigo
Non mereces culpa, non,
Que yon non ha miedo al rey
Ni á cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
Todos á mi mandar son,
D'ellos me dejó mi padre,
D'ellos me ganara yo:
Los que me dejó mi padre
Poblélos de ricos hombres,
Los que yo me hube ganado
Poblélos de labradores;
Quien no tenía mas que un buey
Dábale otro que eran dos;
Al que casaba á su hija
Dóile yo muy rico don;
Al que faltaban dineros
Tambien se los presto yo:
Cada dia que amanece
Por mí hacen oracion;
No la hacian por el Rey
Que non la merece, non;
El les puso muchos pechos
Y quitaráselos yo.

Con los árabes no hace nunca paces ni treguas; se opone á las demasías del clero, matando al Arcipreste, que intentaba abusar de su esposa, y aquellos preciados derechos que hacen que nuestra pátria se adelante á todas en el uso de la libertad ha-

cen tan fuerte á Castilla que su personificacion en Fernan-Gonzalez vence la personificacion del imperio árabe en Almanzor, y obliga á los reyes leoneses á salir del estancamiento de las leyes góticas y á aceptar el sistema foral castellano, con el fuero de Leon de 1020.

Por último, el Cid Campeador no es ya la personificacion de un Estado, ni de una clase particular, es la personificacion de España. Monárquico en el Poema, místico en la leyenda, señor feudal en la Crónica, plebeyo en los Romances, el descendiente de Lain Calvo, el hijo del alcalde ciudadano, resume en sí todas las clases sociales. Defiende los privilegios adquiridos por la nobleza, abandona á la envidia sus propiedades y sus títulos y tiene reyes por vasallos; salva á su pátria del yugo de los Almoravides, y vence aun despues de muerto. Alfonso VIII le vé acaudillar las huestes que van á combatir en las Navas, y Felipe II pide que lo canonicen. Niégase á reconocer la supremacía que los Emperadores de Alemania, como representantes del antiguo Imperio Romano, se atribuian sobre todos los reyes europeos, y contesta al Papa que quería hacerlo emperador de España

«Dévos Dios malas gracias, ay, Papa Romano,
que por lo por ganar venimos, que non por lo ganado;
ca los cinco reynos de España sin vos le bessan la mano.
Viene por conquerir el imperyo de Alemania, que de derecho ha de heredarlo,
Assentósse en la silla, por ende sea Dios loado.»

Estas tres idealizaciones marcan tres períodos distintos. En el primero, España trata de reconcentrar sus fuerzas para presentar un nucleo de resistencia, es lo que empieza á hacer Alfonso I, y lo que caracteriza á los reinos de Astúrias y Leon; encerrarse en riscos inaccesibles, mantener dentro de ellos una poblacion numerosa y aguerrida, separarse por un desierto del Imperio Arabe, que intenta absolverlos, y por el muro mas infranqueable de la religion y de las leyes, es lo que hacen los primeros monarcas, y eso se esplica el por qué Alfonso I no conserve más pueblos que los que puede defender, aglomere allí la poblacion Muzárabe, que arrastra en sus afortunadas correrías, y no procure una reconquista total de la Península, que aun cuando hubiera tenido füerzas, que no las tenía, para hacerla, hubiera dejado las cosas en el mismo estado que ántes.

## Nota II, pág. 293.

Dozy omite aquí la batalla de Caltañazor contra cuya existencia ha escrito un artículo que con el número XIV aparece en sus «Recherches» págs. 211-221 de la segunda edicion. Y como este sea uno de los cargos mas fundamentales que haya dirigido á Conde, de quien dice p. X-XI, entre otras cosas, que «Ha trabajado sobre documentos árabes sin conocer mucho más de esta lengua que las letras con que están escri-

tos» y que «supliendo con una imaginacion extremadamente fecunda, la falta de los conocimientos mas elementales, con una impudencia sin semejante, ha forjado fechas á centenares, é inventado hechos á millones, teniendo siempre la pretension de traducir fielmente textos arábigos,» cúmplenos en este lugar dejar en el que se merece la buena fé del arabista español, y haciendo debida justicia á los notables trabajos del profesor holandés, mostrar, que no es cuestion tan decidida como supone, la de la no existencia de aquel combate á los ojos de una crítica imparcial y desapasionada.

Conde dejó escritos los pasajes de los escritores árabes de que se servian, en unos cuadernos que están al presente en la Biblioteca del Escorial. El distinguido arabista D. Francisco Fernandez y Gonzalez, tan conocido entre nosotros por sus traducciones de Ibn-Adhari y su «Memoria sobre los Mudejares,» los ha examinado con ocasion de continuar el Catálogo de Casiri, encontrando todos los que ha comprobado, y son muchos, de una escrupulosa exactitud. Aquel en que refiere la batalla de Caltañazor, aparece atribuido á Ibn-Haiyan, escritor que en concepto de los mas distinguidos arabistas, (nosotros no somos ni lo uno ni lo otro,) es la guia mas segura para la historia del Califado, por no haber caido en aquel vicio de adulacion que ha llevado á otros historiadores arábigos á exagerar triunfos y á callar derrotas. Ibn-Haiyan desgraciadamente no se encuentra completo, y muchos de sus pasajes,

aparecen esparcidos en otros historiadores. Ahóra bien, ¿no es posible y aun probable que Conde haya visto este pasaje en alguna crónica ó documento que no haya podido estudiar el Sr. Dozy? ¿No es eso mas fácil que suponer que Conde, que al decir del Profesor de Leiden «no conocía del árabe mucho mas que las letras,» haya podido poner en árabe un pasaje no muy corto?

Esto por lo que toca á Conde. Por lo que respecta á la batalla, las tres razones que tiene nuestro autor para negarla, son, el silencio de las crónicas cristianas hasta D. Rodrigo, y Lucas de Tuy; la inverosimilitud y anacronismos de la narracion de este, y el silencio de las crónicas arábigas. Respecto á lo primero, no es enteramente exacta su apreciacion. El mas cercano y el único donde no se halla vestigio de ella es la de Sampiro, en la cual es cierto no se habla de batalla, y solo se indica que los Agarenos tuvieron que retirarse á cáusa de una enfermedad en el vientre que no dejó volver ninguno vivo á su pais; pero hay que notar que estas son las últimas palabras con que aparece terminada la crónica; que esta, ántes de imprimirse, anduvo en muchos manuscritos en que se confundió con las de otros cronistas, habiendo estado inéditos hasta bien entrado el siglo XVII en que los imprimió Sandoval.

Ahora bien, el sentido de las palabras con que termina, «sed Rex noster cœlestis non est oblitus christianam plebem, misit in Agarenos infirmita-

tem ventris, et nemo ex eis vivus remansit, qui rediret in patriam unde venerat,» parece casi encontrarse en estas del chronicon de D. Pelayo: «Sed Rex cœlestis,» solita pietate, memorans misericordiæ suæ, ultionem fecit de inimicis suis: morte etenim quadam cubitanea, et gladio ipsa gens Agarenorum cæpit assidue interire et ad nihilum quotidie devenire,» y el Silense, que ingirió en su chronicon el de Sampiro, al parecer con la pureza de su autor, sin las interpolaciones del Obispo de Oviedo, que, ó no había escrito al tiempo de formar su obra, ó no tuvo noticia de ella, escribe sustancialmente lo mismo, de esta manera: «Rex Cœlestis memorans misericordiæ suæ, ultionem fecit de inimicis suis. Morte quidem subitanea, et gladio ipsa gens Agarenorum cœpit interire, et ad nihilum quotidie pervenire.» Tenemos, pues, que los dos únicos historiadores de dondo se ha podido sacar el manuscrito de Sampiro, hablan de que el desastre de la última expedicion de Almanzor, fué debido á la enfermedad y á la espada (gladio) de los cristianos. ¿No parece por consiguiente muy probable que falte algo en Sampiro, tal como lo tenemos actualmente, ó mejor, tal como se ha venido publicando hasta Florez, y que ese algo, sea lo que los otros dos chronicones dicen? Y aun cuando no fuera así ¿si lo que ocasionó la principal ruina de esta expedicion fué la enfermedad y los ataques sucesivos fueron consecuencia de la debilidad que esta en el ejército produjo, ¿qué estraño que el primer

cronista, en la brevedad con que se esplica, no hiciera mencion de ella, tanto mas cuanto que la batalla de Caltañazor, si la hubo, mas parece un encuentro desgraciado que nó una derrota decisiva? Confesamos de plano todos los anacronismos é imposibilidades de la narracion de Lucas, de Tuy, pero á través de ellos se trasluce una tradicion popular; aquella especie del pescador que gritaba en las orillas del Guadalquivir, en español y en caldeo:

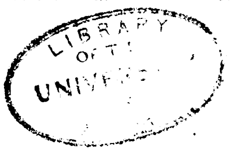
En Calatañazor
perdió Almanzor
el tambor,

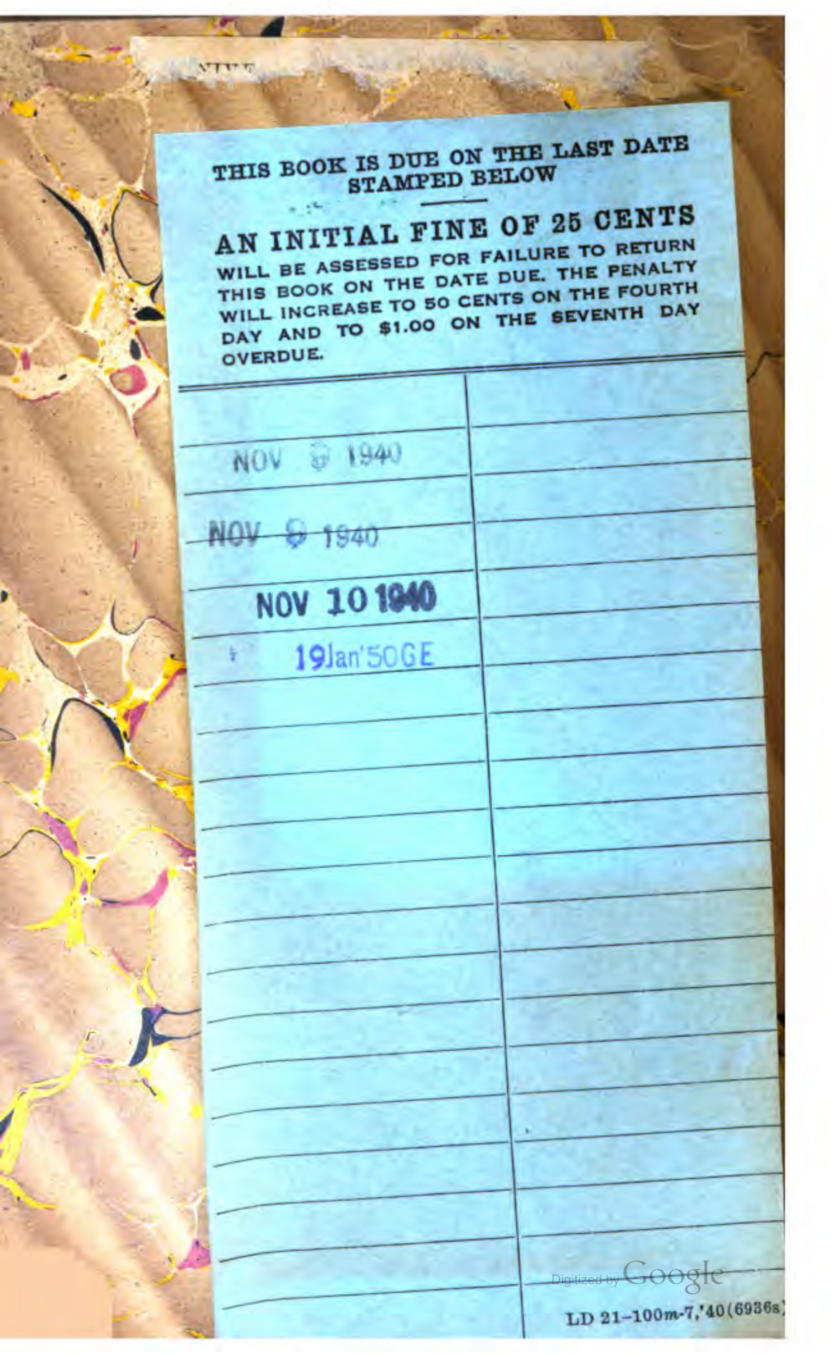
aquella derrota que le permite retirarse durante la noche aunque vencido, ¿no es en el fondo la misma narracion del Silense y de Pelayo? ¿No concuerda tambien con la tradicion que se encuentra en la Historia Compostelana? ¿No es mas fácil de aceptar para la crítica, echando á un lado lo milagroso, que el ejército de Almanzor sufrió una enfermedad que le obligó á retirarse, y que en la retirada fué atacado por los Cristianos, que le hicieron sufrir algunas pérdidas, entre las que pudo haber algun descalabro en terreno montañoso, como lo indica la misma palabra Caltañazor (Roca de las Aguilas? ¿No parece tambien mas natural que los cronistas cristianos, sacerdotes, habian de dar mas importancia á la accion divina, mostrada en la enfermedad, que á la de los hombres en la batalla? ¿No parece, por último, esto mas fundado en los datos históricos que la suposician meramente gratuita de las leyendas compostelanas de Dozy? ¿Qué necesitaban los sacerdotes para mostrar el poder de Dios y de Santiago, mas que esplicar sobrenaturalmente el hecho cierto de la muerte del insigne caudillo de los Arabes. Almanzor se atrevió á penetrar en el templo del Apóstol; su sacrilegio fué castigado con la muerte, por una

cruel enfermedad. ¿Qué añadirían, ni añaden á esto la disenteria del ejército, ni el descalabro en algun desfiladero? ¿No parece que si se trataba de hacer historias milagrosas debía amenguarse la obra de los hombres para hacer resaltar la de Dios y sus santos? Porque, si es leyenda, ¿cómo se esplica que en esta batalla, Santiago no peleó? Pero se dice: no está referida en los historiadores árabes. La cosa no tendria nada de estraño. Es muy frecuente que los historiadores árabes callen sus derrotas como los cristianos las suyas. Pero, ¿podrían ellos considerarla como una verdadera derrota? Aun aceptando la narracion de Lucas de Tuy, apesar de las grandes pérdidas de los Sarracenos, estos pudieron retirarse durante la noche abandonando las tiendas. ¿Y no hay por ventura batallas en que suceda esto mismo, y en que los Arabes no se dén por derrotados? Un descalabro no es una derrota, y esta no fué siquiera dejar la presa por la vuelta. ¿Merece esto mencionarse en una expedicion gloriosísima? ¿Pero no se menciona? Dejemos á los sábios orientalistas Dozy y Gallangos discutir sobre el trozo que este último atribuye á Maccari, ¿Se ha demostrado la falsedad del texto de Ibn-Haiyan, que se encuentra en los estractos de Conde?

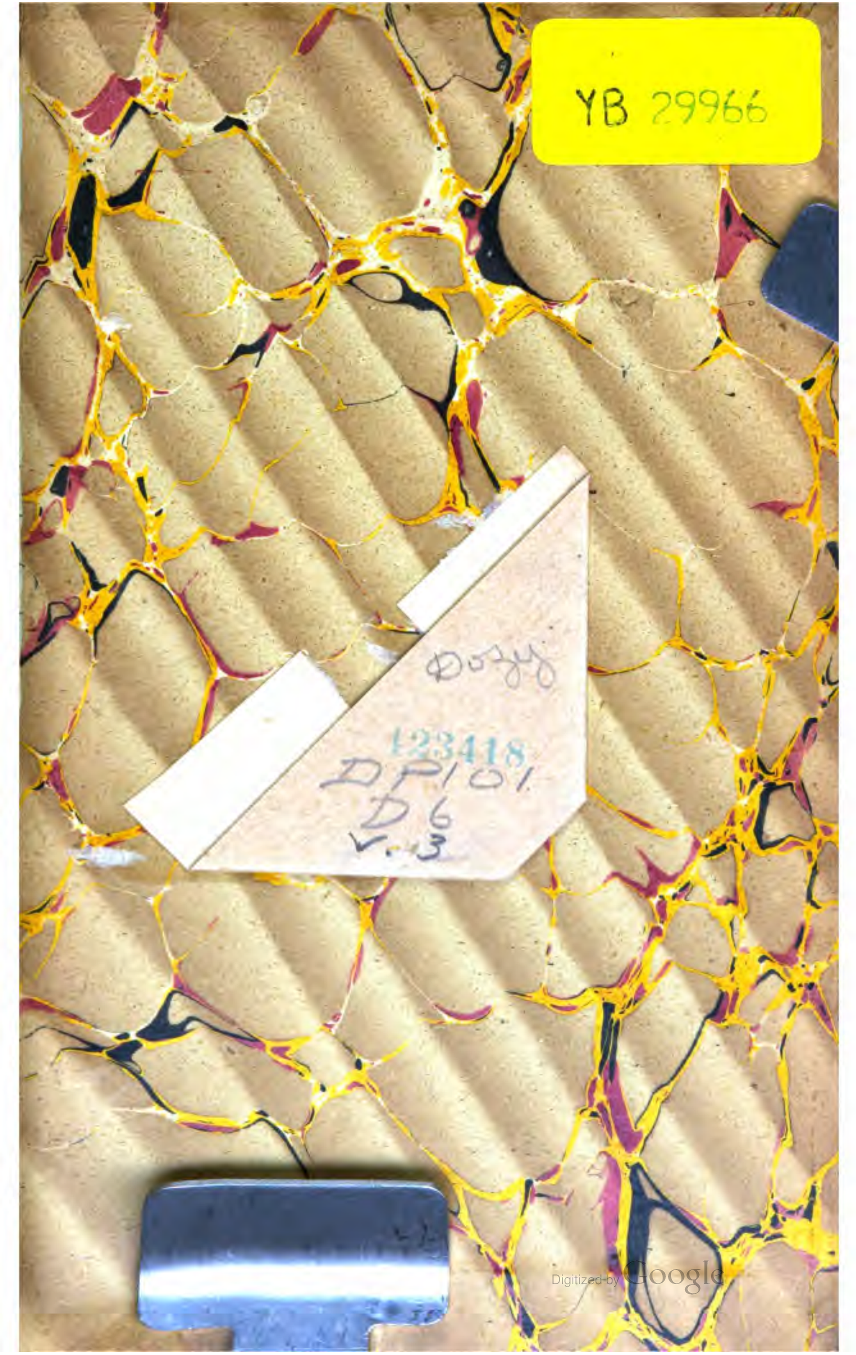
Al hacer estas observaciones, no tenemos ningun interés especial en defender la existencia de la batalla de Calatañazor, que bien podría borrarse perfectamente de nuestra historia, sin que se perjudique en nada. Pero ya que se ha levantado una hipótesis, fundada solo en un silencio, no creemos pecar de audaces, presentando á nuestra vez otra què tiene por apoyo la interpretacion natural de los textos, y una tradicion de mas de seis siglos.

FIN DEL TOMO TERCERO.





THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW
AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.
NOV 9 1940
NOV 9 1940
NOV 10 1940
19Jan'50GE
LD 21-100m-7,'40(6936s)


YB 29966
Dozy
123418
DP101
D6
v.3
Digitized by Google

